

♦ NADO LIBRE

NARRATIVA BRASILEÑA
CONTEMPORÁNEA ♦

Selección

CONSUELO RODRÍGUEZ MUÑOZ

Y CARLOS LÓPEZ MÁRQUEZ

FFL
UNAM
Cátedras

Esta obra, como su nombre sugiere, es una relajada inmersión —pero no carente de rigor— en la narrativa breve brasileña entre los años noventas y los primeros años del siglo XXI. El lector podrá encontrar varios afluentes temáticos: desde el intimismo de Ana Miranda o João Gilberto Noll, hasta las presencias de la urbe y de la periferia que aparecen en las obras de Luiz Ruffato, Márcia Denser o Rubens Figueiredo; pasando por la disquisición intelectual de Bernardo Carvalho, Milton Hatoum o Luis Schwarcz. Aquí se reúnen autores reconocidos y leídos, dentro y fuera de Brasil, que sumergiéndose en los mares literarios ofrecen un piélago de cuentos para distintos tipos de lectores.

NADO LIBRE
NARRATIVA BRASILEÑA
CONTEMPORÁNEA

CÁTEDRAS

♦ SERIE GUIMARÃES ROSA ♦

NADO LIBRE NARRATIVA BRASILEÑA CONTEMPORÁNEA

Selección

CONSUELO RODRÍGUEZ MUÑOZ Y CARLOS LÓPEZ MÁRQUEZ

Presentación

CONSUELO RODRÍGUEZ MUÑOZ

Traducción de: Valquiria Wey, Romeo Tello, Antelma Cisneros,
Consuelo Rodríguez, Carlos López, Brenda Ríos, Cristina Hernández,
Paula Abramo, Sulemi Bermúdez, Daniel Orizaga y Amando Escobar.

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIRECCIÓN GENERAL DE ASUNTOS DEL PERSONAL ACADÉMICO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Dirección General de Asuntos del Personal Académico

La presente edición de *Nado libre. Narrativa brasileña contemporánea* fue realizada en el marco del proyecto PAPIT in400710 y con el apoyo de la Embajada de Brasil en México, en el Seminario de Traducción Literaria, dirigido por Valquiria Wey e Ignacio Díaz Ruiz.

Primera edición: 2013
1 de noviembre de 2013

DR © 2013. UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria
C. U. Delegación Coyoacán,
C. P. 04510, Distrito Federal

ISBN 978-607-02-4781-0

Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin autorización escrita
del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

♦ ¿Nado libre/Narrativa? ♦

Sea como sea, el sentido común indica que el cuento debe tener cierta brevedad, aunque el acto de confinarlo dentro de dimensiones específicas sea inútil desde el punto de vista literario, ya que ningún género soporta ser definido en escalas aritméticas.¹

Modesto Carone

Seleccionar cuentos para una antología resulta una tarea ardua en muchos sentidos. No se trata sólo de leer y elegir, implica el trabajo de valoración que va más allá del “gusto” por un autor o un texto. Teniendo en cuenta que uno de los objetivos de esta antología es brindar un panorama, en su más amplio sentido, de lo que se escribe y lee actualmente en Brasil, es necesario pensar en el posible lector que buscará las directrices de la narrativa brasileña contemporánea más allá de la apreciación del antólogo. De tal manera que se hace necesario pensar en quién será el lector y sus intereses personales al abrir este libro. *Nado libre. Narrativa brasileña contemporánea*, es en ese sentido una inmersión a la producción literaria actual en Brasil.

¹ Modesto Carone, “Anotações sobre o conto”, en *Boa companhia: contos*. São Paulo, Companhia das Letras, 2003, p. 7.

Los autores y los temas

Alfredo Bosí, indica que un historiador de la literatura vería como línea de fuerza que atraviesa la ficción brasileña contemporánea un “cierto estilo de narrar brutal, si no es que intencionalmente brutalista”² totalmente diferente de la producción que se dio entre 1930 y 1960. Y agrega que, la pluralidad de formas es también un elemento a resaltar, aunque aclara que es difícil establecer en qué momento se dieron estos cambios pues considera que pueden haberse dado en más de un nivel. Intentando establecer el momento de transformación plantea que los años más crueles de la dictadura militar (1964-1974) pueden servir de directriz pues fueron un periodo de producción literaria caracterizado por obras que tenían como objetivo hacer literatura-reportaje, de denuncia y testimonio, todas abiertamente comprometidas. Agrega que como Brasil no era un país aislado y los cambios que se estaban dando en el mundo repercutieron en el ámbito cultural se comenzaron a sentir los llamados de la contracultura. Así, la producción literaria brasileña de los años setentas remite a un gran número de obras que siguen el camino de la “contra-ideología, que arma al individuo contra el Estado autoritario y los medios mentirosos. O en otra dirección, disipa las ilusiones de la omnisciencia y omnipotencia del yo burgués, poniendo al desnudo sus límites y oponiéndole la realidad de la indiferencia”.³ Es en este periodo que surgieron autores que en la siguiente década van a alcanzar el refinamiento y reconocimiento de sus obras.

² Alfredo Bosí, *História concisa da literatura brasileira*. São Paulo, Cultrix, 2006, pp. 434-435.

³ *Ibid.*, p. 436.

Es ya en el cambio de milenio, los noventas, que algunos escritores que se iniciaron en el periodo anterior, y otros que empezaron a escribir en esta década, darán cuenta de otras transformaciones y nos conducirán por una narrativa compleja y diversa que no tiene un único asunto o forma de expresión, sino que nos permitirá ver que “La potencialidad de la ficción brasileña en su apertura a nuestras diferencias”.⁴ Es por eso que al examinar la producción literaria brasileña realizada a partir de los noventas, nos encontramos con la necesidad de apartarnos de los modelos establecidos y familiares, y tenemos que movernos entre una serie de nuevos términos que nos conducen a diversas formas de entender lo literario.

Según Beatriz Resende, uno de los factores que identifican a la producción literaria del cambio de milenio en Brasil es la fertilidad. Son muchos los escritores que surgen día a día y más los libros que escriben. Esto se constata no sólo en una visita a una librería, sino también en un paseo por internet donde un buen número de jóvenes escritores publican sus textos. Otra característica importante, vinculada a la anterior, es la multiplicidad. “Esta multiplicidad se revela en el lenguaje, en los formatos, en la relación buscada con el público lector [...] Son múltiples tonos, múltiples temas y, sobre todo, múltiples convicciones sobre lo que es literatura”.⁵ Siendo imposible hablar de generaciones en su más estricto sentido, y partiendo de la idea de fertilidad y multiplicidad, se puede decir que esta antología está integrada por un grupo de autores diversos que escriben sin apearse a criterios

⁴ *Ibid.*, p. 437.

⁵ Beatriz Resende, “A literatura brasileira na era da multiplicidade”, en Valquíria Wey, coord., *Bahia de estudios brasileños. Memoria de la Cátedra João Guimarães Rosa 1998-2006*. México, FFL, UNAM, 2008, pp. 160-161.

establecidos, sino que buscan la expresión individual y propia aprovechando los temas y formas que les ofrece el Brasil contemporáneo.

La antología en este sentido, reúne autores que en los inicios de la década de los noventa ya contaban con cierto reconocimiento y siguieron escribiendo consolidándose como importantes representantes de la literatura brasileña contemporánea como João Gilberto Noll, Ana Miranda y Márcia Dénser. Otros que comenzaron a publicar en los primeros años de los noventa y que pronto ganaron un buen número de lectores y críticas favorables como Marçal Aquino, Heloisa Seixas, Milton Hatoum y Bernardo Carvalho; un grupo más que hizo su aparición a finales de la década, ya en el cambio de siglo, como Luiz Ruffato y Adriana Lisboa. Es decir, están incluidos autores que han hecho del quehacer literario una forma de expresión propia con creaciones interesantes y que hoy en día ocupan un lugar importante en la producción literaria de Brasil.

Uno de los temas centrales que recorre la narrativa brasileña hoy en día es sin duda la ciudad, el espacio donde la mayoría de los escritores ubica sus relatos y donde a sus personajes les acontecen historias que tratan de asuntos diversos. Así los transeúntes, automovilistas, taxistas, vendedores nos dejan ver los sentimientos y pasiones que el día a día de este espacio les provoca. Pero la ciudad no es únicamente el lugar de los grandes edificios, departamentos lujosos y grandes jardines; la metrópoli es también la periferia, la favela, los barrios distantes, los suburbios. Es igualmente ciudad imaginaria y futurista; es espacio provinciano o lejano de las ciudades capitales importantes. Así, nos encontramos en *Nado libre. Narrativa brasileña contemporánea* con relatos en donde lo cotidiano de las ciudades y los seres humanos que las habitan son el eje central de las preocupaciones de la

ficción brasileña contemporánea. Narrativas que develan relaciones personales complicadas donde emergen los recuerdos que se tornan una reflexión y las relaciones familiares se vuelven conflictivas y violentas. La necesidad de ser escuchado, contarle al otro lo que nos preocupa. Cuentos que tratan de enfrentamientos sociales, historias que también denuncian, porque quizá estas temáticas están denunciando todo aquello que aún es lucha para algunos, como la pobreza y el racismo, por ejemplo. En fin, es la crítica a la gran ciudad con sus problemas descomunales. Me parece que la ciudad de la que habla Beatriz Resende está contenida en los textos que reúne esta antología, y es una ciudad con “todas sus marcas: el riesgo de atravesarla, el miedo que asalta al pasajero con frecuencia, el dolor frente al sufrimiento al que se asiste a cada día, la inminencia de la tragedia cada vez que se entra a un coche. Al mismo tiempo la necesidad de aproximación excesiva, la sexualidad reinventada, no son más que señales de soledad, de anomia, de la distancia entre los ocupantes encastillados de la ciudad”.⁶ Sabemos que no son temas nuevos, son asuntos abordados a lo largo de la historia del hombre y por lo tanto de la literatura, aún así, son presentados bajo otra perspectiva, en un periodo de transición donde la tecnología y los medios han alcanzado niveles insospechados. En tiempos en donde, como indica Modesto Carone, “el propio concepto de literatura como arte de la imaginación puede ser revisado, tal vez también junto con la revisión de la idea de una posible separación entre ciudad real y ciudad imaginada”.⁷

⁶ Beatriz Resende, “O súbito desaparecimento da cidade na ficção brasileira dos anos 90”, en *SEMEAR*, núm 3. <http://www.letras.pucrio.br/catedra/revista/3Sem_11.html>.

⁷ M. Carone, *op. cit.*, p. 7.

Nombrando, nadando

Hablar de géneros literarios en una época en donde es imposible definir cualquier cosa es sin duda poco fructífero. Así, definir o hablar sobre el cuento contemporáneo resultaría en redundancias que no llevarían a ningún lugar. Lo cierto es que, como apunta Modesto Carone,⁸ es probable que el cuento sea hoy en día el género narrativo moderno más leído, y que sin duda en la división de géneros, el cuento es para muchos teóricos sólo un tipo de prosa menor. Esto nos conduce inmediatamente a una reflexión que no deja de contradecir las características que lo han definido, ya que, si bien el cuento es tradicionalmente un “*relato breve con un grupo reducido de personajes que cuenta una historia sencilla*”, hoy en día éste cobra formas diversas que es imposible encasillar en una definición tan cerrada. Por eso, nombrar a esta antología *Nado libre. Narrativa brasileña contemporánea* (retomando el título de uno de los cuentos), presupone la idea reconocer el rompimiento con lo que tradicionalmente se ha denominado cuento. Esto se debe fundamentalmente al hecho de darnos cuenta que la escritura literaria hoy en día deja atrás cualquier clasificación y sale en busca de la expresión sin límites y formas establecidas. Es decir, nos encontramos ante narraciones que no pueden más inscribirse en una denominación única. Sus autores, que como “nadadores”, se sumergen en la piscina de la escritura y nadan libremente. No hay género definido, no hay formas específicas a seguir, de lo que se trata es de crear relatos que conduzcan también al lector por un nuevo rumbo literario a través de cuentos, micro-cuentos, crónicas, relatos que a veces son parte de

⁸ *Idem.*

otros textos: narrativas en donde la brevedad, los pocos personajes y la historia sencilla ya no son una determinante.

Del origen, la selección y agradecimientos

Esta antología surgió como parte de un proyecto que tiene como objetivo dar continuidad a otros proyectos ya concluidos exitosamente y que dieron como resultado dos antologías,⁹ coordinadas por Valquiria Wey, y con la colaboración, en la traducción de los cuentos, de un grupo de estudiantes interesados en la literatura brasileña y que a su vez tienen su origen en la *Antología de cuento brasileño contemporáneo*.¹⁰ Estas antologías daban cuenta de la producción cuentística de Brasil hasta la década de los ochentas, por eso el propósito ahora es presentar una selección de narraciones que se escribieron durante la década de los noventas del siglo xx y los primeros años del nuevo milenio. En un primer momento la tarea fue buscar nombres y obras de autores brasileños que hubieran sido publicados durante este periodo y se realizó un listado de autores. Después vino la etapa de lectura en la que decidimos incluir sólo autores con libros publicados¹¹ y que

⁹ V. Wey, coord., *Nueva antología del cuento brasileño contemporáneo*. México, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura, UNAM, 1996 y V. Wey, coord., *El arte de caminar por las calles de Río y otras novelas cortas*. México, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura, UNAM, 1997.

¹⁰ *Antología del cuento brasileño contemporáneo*. Selec., trad., pról. y notas de V. Wey. México, SEP / UNAM, 1984.

¹¹ Dejamos fuera autores que publican en *blogs* o en ediciones electrónicas, no por considerar su obra menor, sino porque son un grupo bastante amplio y diverso de jóvenes escritores cuya obra está vinculada directamente con los espacios que ofrece el internet.

fueran dos textos por autor que no hubieran aparecido en otras antologías, el objetivo era crear nuestra propia antología. No teníamos idea del número exacto de escritores, que por supuesto fue creciendo a medida que encontrábamos libros que llamaban nuestra atención y nos parecían interesantes.

Quizá uno de los rasgos más valiosos de esta antología sea el haber buscado autores y libros sin tener en cuenta las relaciones, vínculos generacionales, amistosos o de cualquier tipo. Fue indagar a partir de nombres escuchados, búsqueda en bibliotecas y librerías, pero sobre todo de la lectura de libros completos, muchas veces más de uno, para elegir los que consideramos mejores, es decir, seguir nuestro propio instinto como lectores de literatura brasileña en particular. Algo verdaderamente valioso fue que antes de decir qué cuentos habíamos elegido, hablamos sobre lo que nos habían parecido los autores, muchos nos habían dejado con un gran sabor de boca, mientras otros, que creíamos nos iban a dar más, nos quedaban debiendo. Aún así decidimos dejarlos porque consideramos que, a pesar de no ser los grandes textos, reunían las características de un buen relato y sobre todo nos permitían mostrar que el concepto de “buen gran cuento” había cambiado, pensamos en cómo muchos de estos cuentos y autores ya tenían, por decir así un *rating* y lectores que apreciaban su obra.

En su mayoría son escritores bien reconocidos y leídos en Brasil, casi todos vinculados al quehacer literario de tiempo completo, y que abordan distintas temáticas y formas de narrar en sus cuentos. Así, la pluralidad de temas e intereses es la característica fundamental de esta selección.

¿Cómo saber si un cuento es mejor que otro, si funcionará o no dentro de una antología?, es difícil decirlo. Considero que la disparidad que se pueda percibir entre unos y otros autores

o narrativas, responde al propio desarrollo que la literatura ha tenido en estos últimos años, al rompimiento con el canon, la experimentación y otros factores mediáticos que responden a diferentes intereses. Aún así, hay en esta antología un balance que permite decir que reúne textos para diversos tipos de lectores que sabrán encontrar un valor en cada uno de los cuentos.

Todos los proyectos conjuntos conducen al agradecimiento colectivo. Sin embargo, esta antología es el resultado, en primer lugar, de las siempre brillantes ideas de Valquiria Wey para continuar trabajando en la difusión y divulgación de la literatura brasileña en México. Por eso quiero agradecer el apoyo y la confianza que me brindó para llevar a buen fin este trabajo que forma parte del Proyecto PAPIIT IN400710 “La literatura brasileña en México. Materiales para la docencia e investigación” coordinado por ella y por el doctor Ignacio Díaz Ruiz, y que cuenta también con el apoyo de la Embajada de Brasil en México.

Esta antología no existiría si los autores no hubieran cedido generosa y gratuitamente los derechos de sus cuentos, a ellos mi sincero agradecimiento.

Nado libre. Narrativa brasileña contemporánea, no sería lo que es sin la ayuda de Carlos López Márquez, colaborador en la lectura y selección de los cuentos.

Todo trabajo en equipo merece agradecimiento al máximo, a lo (as) amigas y colegas traductores (as), que durante un buen número de tardes se reunieron para trabajar (y también divertirse), les agradezco el esmero y dedicación que siempre pusieron al traducir los textos que en muchos casos no conocían, pero que estoy segura, disfrutaron.

CONSUELO RODRÍGUEZ MUÑOZ

ANA MIRANDA (Fortaleza, Ceará, 1951). En 1979 publicó su primer libro de poesía *Anjos e demônios* y en 1984, *Celebrações do outro*. Es autora de las novelas *Boca do inferno* (1989); *O retrato do rei* (1991); *Sem pecado* (1993); *Desmundo* (1996); *Dias & Dias* (2002), entre otras. Recibió el premio Jabuti como revelación del año en 1990, por *Boca do inferno*. Este mismo premio lo volvió a recibir en 2003, por su novela *Dias & Dias*. También en el mismo año y, por la misma obra, se le otorgó el Premio de la Academia de Letras.

“La poesía es uno de los elementos más fuertes en mis novelas, por la presencia de poetas, por el lenguaje en sí, y también por el amor que siento por las palabras, la poesía nos enseña a amar las palabras”.

Los cuentos “Celos”, “Macaco” y “Pies descalzos”, pertenecen al libro *Noturnos* (São Paulo, Companhia das Letras, 1999).

♦ Celos ♦

Él es fuerte, cuando terminamos de tener sexo mi cuerpo queda marcado con manchas moradas y cuando aprieta mi mano siento como si los huesos se me fueran a quebrar, Cuidado, cuidado mi amor, él relaja un poco su mano pero nunca me suelta cuando estamos juntos, con su mirar suplicante me asegura como si tuviera miedo de que yo salga volando o huya con un desconocido de la calle o entre por una puerta y desaparezca, tiene miedo de que yo me vuelva una ilusión, dice, Yo no soy capaz de aplastar a una hormiga pero soy capaz de matar a un hombre si se acerca a ti, y enciende un cigarro, en la noche que me tocó por primera vez era Año Nuevo y había bebido unas copas de vino, él que nunca había bebido antes, a la media noche me abrazó, un abrazo profundo, sofocante, sentí un dolor en el pecho y dije, Me rompiste la costilla, él se puso pálido, lloró, pidió perdón, dije Yo sé que no lo hiciste a propósito y sé que eres un amor, él dijo que sólo yo lo entiendo, que sólo yo sé que es dulce e inofensivo, las personas creen que él es bruto pero es delicado, sí, como un capullo de seda, en el día de nuestra boda golpeó a uno de sus hermanos por celos, intenta controlar las miradas de los hombres, desviar la mirada de los hombres, apartar a los desconocidos en las calles y si yo digo que no necesita sentir celos él responde que la manera de cómo me acerqué a él por primera vez muestra cuánto es necesario tener celos de mí, que la verdad ya es un indicio de la mentira y aprieta mis huesos como si los fuera a romper, por amor y yo digo Cuidado para que no me rompa, él suelta mi mano

y estruja el sombrero, dice Perdón Perdón vamos a tener una vida nueva vamos a huir de este lugar aquí es malo vamos a tener una casita en la montaña sólo nosotros dos, enciende un cigarro, juega con la navaja, me besa y me deja todo el cuerpo marcado con los moretones de sus dedos, enciende un cigarro, despierta en medio de la noche y sentado en la cama en una vigilia de ave de rapiña intenta penetrar en mi mundo de sueños, algunas veces lo consigue y yo sueño con él, en el sueño me avienta de un precipicio, o en una jaula me alimenta con carne cruda y sangre.

TRADUCCIÓN DE BRENDA RÍOS

♦ Macaco ♦

Demoro en dormir por la noche con miedo del farfullar de las hojas en el jardín, del ruido de los coches que pasan distantes y del barullo de las olas del mar batiendo en la muralla de piedras, del viento zumbando en los cocoteros y de las palmas que caen en la arena, olas gigantescas me persiguen tratando de llevarme al lugar oscuro del mundo, corro, miro hacia atrás, las olas cada vez más cerca, la pesadilla se transforma en otra, de madrugada despierto con alguien que sacude mi hombro, es mi hermana pequeña, la sonámbula que camina por la casa de noche, Yo lo vi, dice, trémula, Hoy lo vi de nuevo, Fue sólo un sueño, digo, Él no existe, No, lo vi, responde, Vamos a rezar para que se vaya Ave María llena eres de gracia el Señor es contigo, le mando que se quede en silencio, escucho una melodía que viene de la vitrola en la sala, la misma música que yo estaba estudiando al piano, oigo un tintinear de vidrios, llevando a mi hermana en el regazo salimos del cuarto, atravesamos el corredor, miro por la ventana el cuarto de mi mamá, papá duerme en la cama, ronca, cruzamos el *hall* nos sentamos en lo alto de la escalera de manera que podamos ver lo que pasa en la sala inmersa en una penumbra azulada, luz de la luna, acostada en un sofá mamá oye la música, girando un hielo dentro de un vaso y fumando lánguida un cigarro, piernas cruzadas, balanceando el pie al ritmo impresionista de la música, está desnuda, sus ropas se esparcen por el piso vueltas al revés pero los zapatos continúan en sus pies, tiene el cuerpo blanco y largo, delgado, los senos pequeños, vellos negros

aunque los cabellos sean rubios, Él se fue, susurra mi hermana, pongo el dedo sobre los labios, le hago una seña, bajamos la escalera y pisando en el frío mármol de la sala nos acercamos a mamá, siento mi cuerpo helar cuando veo una bola negra y peluda sobre el vientre de mi madre, observo que es su cabeza sobre el vientre de mi madre, de repente brinca de la poltrona negra en la penumbra, se envuelve en una tela, corre y desaparece por una puerta, Cama, dice mamá sin moverse de su posición en el sofá, A la cama, grita, aseguro a mi hermana en el regazo, subimos la escalera y volvemos a nuestro cuarto.

TRADUCCIÓN DE ANTELMA CISNEROS

♦ Pies descalzos ♦

Sucedió hace más de diez años, lo olvidé completamente pero esta noche me vuelve a la cabeza y no logro dormir, los libros esparcidos por el piso al lado de la cama, los objetos embrujados, siento mis labios resecos pero no logro levantarme para tomar un vaso de agua, ni puedo mover alguna parte de mi cuerpo como si existiera sólo la mente entregada a un pensamiento, un recuerdo que pasaba lentamente, yo sin poder comprender cómo sucedió, cómo fui capaz de hacerlo, él era en aquella época un hombre casi extraño para mí, hablaba con respeto, de una manera formal, estábamos sentados en el sofá a cierta distancia uno del otro cuando percibí que mis pies salían de los zapatos como si tuvieran vida propia, me acosté en el sofá, extendí las piernas y los pies se posaron en su regazo, se puso pálido, mudo, su fisonomía siempre suave se volvió seria, o mejor, expresó una mezcla de sorpresa, crítica, miedo y placer de lo inusitado, luego se recobró y sonrió, sentí un olor a sudor que venía de las medias y me reí nerviosa, quería sacar los pies pero no sabía cómo, no *había* cómo, eran pesados e incontrolables, él continuaba inmóvil, el instante parecía no tener fin como los instantes de las tragedias, de los accidentes, mi corazón hacía el latir acompasado de un tambor distante, el olor que aspirábamos tenía algo de sexual, de cierta forma femenino, como cuando me quito la ropa y se desprende mi verdadero olor, un secreto que paira, descubierto, me gustaría hablarle de mis vidas profundas, contar mis secretos, pero los pies descalzos me lo impedían, esperábamos que llegara

alguien para romper el instante de inmovilidad, pero la puerta continuaba cerrada y sabíamos que a esa hora ya nadie vendría, los platos de la cena habían sido retirados de la mesa y las velas estaban acabándose, era uno de aquellos momentos en que nos sentimos impotentes, pues estamos durmiendo o casi, incapaces de mover siquiera los labios para decir una palabra o pedir auxilio, agua amor compasión, pedir odio, él permaneció inmóvil agarrando su taza de camomila, mirando absorto hacia la puerta, yo quería huir él quería huir pero no podíamos.

TRADUCCIÓN DE ANTELMA CISNEROS

JOÃO GILBERTO NOLL (Porto Alegre, 1946). Estudió Letras en la Universidade Federal do Rio Grande do Sul. En 1980 publicó *O cego e a dançarina* que recibió varias distinciones, entre ellas “Revelación del año” y el “Premio Jabuti” que otorga la Câmara Brasileira do Livro (al que se ha hecho acreedor en cuatro ocasiones más). En 1981, editó su primera novela *A fúria do corpo* y en 2010 la más reciente *Anjo das ondas*.

Ha sido escritor residente en diversas instituciones educativas, como la Universidade Federal do Rio de Janeiro, la University of California, Berkeley y el Kings’s College.

“[La literatura es un] acontecimiento, no sólo como espejo de las cuestiones sociales más inmediatas. Sino que ella trae al lector hacia un horizonte ritual, un horizonte litúrgico. Es como si se sentara, fuera al palco y participara junto con el actor”.

Sitio web: <<http://www.joaogilbertonoll.com.br>>.

Los cuentos “Nado libre” y “En nombre del hijo”, son parte del libro *A máquina de ser* (Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 2006.)

♦ Nado libre ♦

Viví tanto aquel día que de mí escurrió sangre al acostarme. Había bebido champaña, una botella completa de vodka; me había hecho profundos arañazos con las espinas de unas plantas que podrían ser de un jardín, de una plaza, de un parque, ¡quién sabe! Y, de repente, estaba en casa sin bebida. Entonces, como si fuera una botella de vino, acabé bebiendo en una pesadilla lo que había sobrado de mí misma en medio de cólicos; sí, deshidratándome entera, la cabeza pelirroja sobre las almohadas, las mismas sobre las cuales había besado poco antes unos labios carnosos que se abrieron pasando sorbos de champán hacia los míos, ávidos de sal. Mi hijo, un hombre adolescente, me despertó por la mañana pidiéndome que le hiciera el sándwich, que ya estaba retrasado para irse al colegio. ¿Eh?, casi supliqué una tregua con ese cuestionamiento vaguísimo. Él insistió que yo preparara el desayuno porque la clase de inglés comenzaba a las ocho. Entonces me levanté, después de arrastrarme por las sábanas como si fuera un soldado sobre los charcos de una tierra enemiga, hasta que mi hijo, hombre en el despuntar de la adolescencia, me tomó por los brazos y me fue guiando hasta el baño para mi higiene matutina. Cerré la puerta tras de mí. Aún me sentía atontada por la embriaguez de la noche. Fui hasta el retrete sujetándome de los objetos para no caer. ¿Cómo darle mis próximos minutos al fruto de mi vientre? Me senté, la pipí tardó en salir. Me quedé ahí, esperando, hasta que al salir de mí de un amarillo caliente, no se detuvo más... Mi hijo ya tocaba a la puerta, pidiendo que saliera rápido,

que ya eran las siete y media. ¡Ay!, gemí muy alto, pero no tanto para acallar el sonido de mi pipí. ¡Sal, madre!, él reclamaba. Yo bostezaba trayendo a la superficie no sólo el cansancio inherente a una resaca brutal, sino también la expresión de un tedio casi siempre partícipe en el acto del bostezo. Era yo la que tenía ganas de reclamarle. Reclamar un armisticio válido apenas para esa mañana... Pero yo ya sabía, él era la traducción de un ego inflamado de adolescente. Si lo tachara de mi día, jamás sería perdonada. ¿Y yo necesitaba ser perdonada? No, no, permanecería encerrada en aquel baño todo el día, acostada sobre el piso frío. Él podía usar el baño del área de servicio. Que se las arreglara para comer. Que se fuera para el colegio y desayunara allá. Aún oía el sonido de mi pipí para así encontrar un equilibrio interno, cualquier cosa por ahí, cuando de un golpe la puerta del baño es derribada trayendo junto a sí el cuerpo de un hombre enorme, con certeza aquel que la tumbó y que acaba cayendo cerca de mis pies junto con los pedazos de puerta. ¿Quién era el hombre? ¿Podría decirlo así de sopetón? ¿Estaría ya mi hijo así de grande? No, definitivamente, no era él. ¿Pero aquél tendría muchos años más? Era joven, tal vez un poco mayor que el mío... y parecía herido. Sí, tenía una cortada muy fea en su frente. Gemía, no intentaba levantarse. ¿Estaría gravemente herido en mi casa? Subí las pantaletas nuevamente a mi cintura, tomé una toalla, me arrodillé, intenté verificar de dónde realmente procedía la sangre. Pasé la toalla sobre donde parecía estar el centro del trauma, coloqué su cabeza sobre mis piernas dobladas, procurando limpiarlo totalmente para hallar su identidad. ¿Quién era? El amigo íntimo de mi hijo, Ignacio, con quien había llegado al máximo de la noche entre mis sábanas. Sí, era él. ¿Y yo puedo?, medité boquiabierta, intentando recobrar lo que yacía enterrado bajo la amnesia alcohólica. Él no estaba tan grave, pues me escuchó y respondió:

Sí, puedes. ¿Y a dónde llevarte?, farfullé. Para el primer hospital de urgencias, respondió muy juiciosamente. Devolví su cabeza al piso del baño y fui tras de alguna cosa o de alguien que no fuera mi hijo, pues ése yo quería que, de hecho, estuviera entregado a su clase de inglés, muy entregado, ¡como si tuviera en aquella tarde una entrevista súper importante para su futuro con un norteamericano monolingüe! No, él no se encontraba en casa, fui entonces a vestirme con cualquier ropa, tomé las llaves del carro, me arrodillé de nuevo en el baño, aún tuve el atrevimiento de imaginarlo con la cabeza ensangrentada sobre mis piernas como una buena imitación de la Piedad, ¡así es! Inmediatamente borré eso de mi cabeza y le pregunté: ¿tienes fuerzas para levantarte con mi ayuda? Sí, dijo, y se fue levantando con bastante autonomía. En el estacionamiento alguien escuchaba a los Rolling Stones. Mientras conducía al chico hacia mi auto, me di cuenta que se trataba de dos jóvenes del edificio que se besaban en el carro del padre de la muchacha. Como yo venía de una noche de embriaguez, casi me detengo para dar cuerda a una curiosidad insana, casi que me detengo para mirar a aquella parejita en altos gemidos en pleno inicio de la mañana. En urgencias fuimos llevados a una de las salas de trauma auxiliados por un enfermero que lo aseguraba por el brazo, mientras yo iba junto diciendo aquellas tonterías que se les dicen a los recién heridos: no es nada grave, ya lo verás; te harán una curación a tiempo para que podamos abrir otra champaña y etc... Pidieron que se sentara. En tanto que ellos tomaban las providencias sobre el corte en una de las sienas, me aproximé; me acerqué al otro lado de su rostro. Él recostó la cara en mi pecho. Sus lágrimas mojaban mi vestido negro de tirantes. Daban arriesgadas puntadas en la frente del muchacho. Yo le decía que se calmara porque enseguida pasaría el dolor. Sentí que se tranquilizaba con la oreja sobre los

generosos latidos de mi corazón. Yo repetía con convicción que apenas fuera dada la última puntada saludaríamos los nuevos tiempos con una botella de champaña más. Lo que te ocurrió fue un bautizo, querido mío, saludando los nuevos tiempos... Y de súbito me encontré terriblemente ridícula... y me puse a llorar llena de candor por su llanto... Y lo peor es que aquellas lágrimas al encuentro de las lágrimas del chico aumentaban la sensación de ridículo. El médico ahora decía que el muchacho ya se podía ir a casa. Fue entonces que besé sus cabellos empapados de sudor. Al besarlos percibí el olor que tanto me había gustado sentir sobre mis sábanas. No tenía loción, apenas la grata aspereza de un héroe del cloro, del campeón del nado libre. Al sentarme dentro del auto percibí que el sudor me pegaba al cuero del respaldo. Vi que los broches de atrás del vestido estaban abiertos. Pedí al bello campeón herido que los abrochara. Él se acercó muy despacio y fue intentando casar un lado con el otro, poco a poco, hasta conseguirlo. Noté que se mostraba trémulo. Te llevaré a casa, le dije. ¿O quieres ir a la mía? Dijo que no, que prefería a la suya. De hecho, pese a todo ese cuerpo de nadador, él aún era de la misma generación que mi hijo. Sólo un poquito más grande que el mío. Me detuve frente a una buena casa en una calle arbolada. El padre abrió la puerta al hijo. Me dio la impresión de conocer al hombre de algún lugar. ¿Quién era...? A la puerta, el hijo parecía relatar lo acontecido. Hice un gesto de despedida, el hombre respondió. Toqué el claxon. El muchacho miró. Nos despedimos cortésmente, exactamente como debería ser el saludo entre cierta madre y el amigo de su hijo. Abriendo la puerta de mi departamento vi que mi hijo ya había regresado del colegio. Veía la televisión, acostado en el sillón, en traje de baño. El traje de baño de marca que le había traído de Roma. Esperaba el almuerzo, claro. Sin embargo, esa vez no parecía esperar nada. Roncaba. Me

senté en el sofá para mirarlo. Estaba muy alto, cuerpo marcado. El ombligo era lo que más tenía de mí. Me acerqué más, muy despacio, casi sin respirar, para que no me sorprendiera en el acto de examinar aquel pequeño punto cóncavo en su estómago, aquel punto de donde salía un hilo de vellos que se iba alargando en dirección al pubis, un punto, en fin, que estuvo ligado a mi cuerpo por un cordón... hasta la noche de temporal de su nacimiento. Estaba tan próxima a su ombligo que casi podía sentir el olor de sus vísceras... y por sus caminos allá adentro yo podría, quién sabe, adentrarme... Volví en mí, me aparté de mi hijo, apagué la televisión. ¿Y ahora?, me pregunté. Pasé por el baño con la puerta abatida en pedazos. Cerré los ojos ante aquel pequeño horror. Delante de mi cama, con las sábanas revueltas y la funda de la almohada sucia de la sangre que escurriera de mí al acostarme a las tantas de la madrugada, delante de la cama en ese estado sólo me restaba echarme exhausta tal como lo hacía aquí y ahora. Que dejara a mi hijo sin almuerzo, que abandonara el departamento sin tomar cualquier providencia para el día, que inventara mañana alguna enfermedad para justificar mi ausencia donde fuera sentida... No importaba, pues ya iba soñando con aguas mansas en alta luz de primavera... iba, iba sí ya toda, toda desnuda, sin prisa por llegar a ningún lugar —ah, llevada por las aguas, bien así, así...

TRADUCCIÓN DE CARLOS A. LÓPEZ MÁRQUEZ

♦ En nombre del hijo ♦

El médico salió del quirófano como si adivinara en mis ojos al destinatario de la noticia que tendría que dar: “Su hijo ha entrado en el obituario”. Claro, al decir, “ha entrado en el obituario” él pretendía suavizar el hecho de que mi hijo había muerto de una vez por todas —para que yo mismo, como de hecho ocurrió, no me diera cuenta así, de sopetón, de que mi hijo había entrado a un estado que lo apartaba de mí para siempre jamás. Entre tanto, yo no podría imaginar que a partir de ese momento me referiría a él definitivamente en pasado. Que yo ni continuaría siquiera por algunos segundos usando el infatigable presente de mi hijo en su actuar en el mundo a mi alrededor. O ni tan alrededor, ya que mi hijo sufría de ausencias. Pero en fin, hasta ahí, aunque él hubiera ingresado en algún estado límite, ese estado, como casi todo en la vida, podría acabar desaguando en otra situación, tal vez mejor.

Pues así fue, el médico salió del quirófano y dijo: “Su hijo entró en el obituario” y no que había muerto, para que comenzara, paulatinamente, a digerir el verdadero abismo del momento.

Él me tocó en el hombro y me condujo hasta una silla al lado de un pedestal con una maceta que sustentaba una planta que se desparramaba hasta rozar el piso. Sé que fijé la atención en aquella planta de ornato del corredor del hospital, demorando un poco lo que ya comenzaba a digerir, incluso antes de abandonarme a todas las letras del suceso.

Fue cuando pasó la camilla con un cuerpo cubierto con una sábana hasta la cabeza. Intenté ir hacia ella, pero el doctor lo impidió, no: el cuerpo aún está allá adentro. A partir de ahí el verbo “morir” comenzó poco a poco a tomar consistencia hasta imponerse. Yo fui el primero en pronunciarlo. En ese punto exacto el médico se disculpó y se fue a otro piso.

Pasos comedidos, me dirigí hasta la puerta del quirófano. Esperé sin ansias para entrar. Tal vez unos diez minutos o más. Hasta que apareció otra camilla donde alguien descansaba todo cubierto por una sábana percutida. Me dijeron que ahí iba mi hijo hacia el baño final. Los seguí. En la sala donde ocurriría la limpieza postrera, no me dejaron entrar.

Dije que quería ver. Alguien intervino: sólo después del baño. Y nuevamente me puse a esperar.

Moscas volaban a mí alrededor. Preferí no espantarlas, resignarme a ese cosquillar impertinente sobre mi nariz, orejas, cuello, no sé dónde más. Así permanecí un tiempo, indefenso..., ensayando la nueva situación de mi hijo para ampararlo un poco, no sé, ofrendarle la experiencia de la inmovilidad física y mental, aunque al respecto él ya fuera un catedrático con sus buenos minutos de muerto, tenía todo para enseñarme, a mí, este casi viejo que aún no sabía cómo partir.

Hasta que el supuesto cuerpo de mi hijo volvió a aparecer en el corredor, ahora dentro de un ataúd de mísera madera, mal pintada. Quiero verlo, insistí. Aún no, balbuceó un hombre que agarraba una de las asas. Y señaló para otra asa, la única desocupada.

Acudí prestamente para aliviar un poco el esfuerzo del resto de los hombres del cortejo improvisado por los largos corredores del hospital.

Entramos en una sala grande. Un sinnúmero de cajones cerrados, seguramente con difuntos en el interior, claro, pues al pie

de ellos algunas figuras lloraban o simplemente pasaban el pañuelo por la cara a fin de secar sudores y lágrimas imaginarias. Calor infernal.

Entonces colocamos el ataúd sobre una especie de mesa. Uno de ellos habló. Dijo que ahora lo abrirían para que pudiera mirar. Cada uno desenroscó uno de los tornillos de la tapa. El tornillo, en mí, sonó con tres o cuatro escalofríos. Y la imagen de mi hijo surgió estancada.

Su piel, que en vida era un poquito más clara que la mía, ahora se mostraba de un negro más fuerte, casi azulado. Al tocar sus dedos cruzados sobre el pecho, concluí que de hecho los míos podrían ser vistos como los de un mulato, mientras que los de él parecían venir de una oscuridad que ninguna *senzala*¹ llegó a conocer. El tono negro de su cuerpo era tal que su origen seguramente ya no viniera de este mundo sino de alguna intangible materia del Cosmos.

Apenas pude verlo bien. Aquel que parecía ser el jefe del funeral, demasiado improvisado, ordenó de inmediato que se cerrara el ataúd para que pudiéramos lanzar los despojos por una abertura enorme en la pared, abertura desde la que descendía una estera que llevaba el cuerpo de mi hijo hacia las manos de los hombres que acomodaban decenas de cajones en un camión. El de mi hijo era absolutamente igual a los demás.

Agradecí a los cinco tipos que, para siempre, habían transportado conmigo los despojos. Y decidí salir de ahí.

Al llegar a la banqueta verifiqué que el taxi del que a floraba mi sustento continuaba ahí. Entré. Medité si me iba para la casa o continuaba buscando mis eternos pasajeros por lo que restara del día. Finalmente, supe del accidente de mi hijo muy tempra-

¹ Alojamiento que se destinaba a los esclavos de una hacienda (N. del trad.)

no por la mañana... Apenas sería hora del almuerzo. ¿Comer?, ni pensarlo. ¿Volver a la casa para sondear debajo de las cobijas el tamaño de la pérdida? Entonces mejor era ir a recoger pasajeros que necesitaban de mi servicio. Y fui...

Dos esquinas adelante avisté un hombre con el brazo al aire en busca de taxi. Se sentó a mi lado. Quería ir para el barrio de la Auxiliadora.

Me detuve delante de un paso peatonal. Dejé a una viejita atravesar. Ahí, aguardando que una súbita turba de niños también pasara, comenté que hoy pocos respetaban el paso, había urgencia para todo. El joven rubio respondió que era cierto, ¡claro que era! Entonces dije que venía del entierro de mi hijo. Si es que se podía tildar a aquella brevedad de entierro.

Él había salido la noche anterior, dije. Aún fui a la puerta y lo llamé para que fuera conmigo al partido del Inter contra el São Paulo en el Beira-Rio, lógico, ¿dónde más podría ser? Él dijo que no era “colorado”, si yo no lo sabía... Listo, fue la última vez que lo vi con vida.

El joven rubio que llevaba en mi taxi se impresionó con mi relato. Con la fisonomía repentinamente abatida y vuelta hacia mí, parecía pedirme que hablara más. Vamos, vamos, él repetía con una sinceridad colosal para ser un simple viaje hasta la Auxiliadora.

Él tenía la intención de quererme someter a su solidaridad, al expresar así, de forma tan inmediata, su larga, dolorida compasión.

En el primer intervalo de aquel umbral de llanto, contemplé un horizonte ciertamente de ficción y me confesó que era astrónomo.

¿Qué? Quise cerciorarme.

Sí, astrónomo, repitió medio drástico, sin mirarme.

Y así la conversación continuó hacia otros aires que no los fúnebres.

Hasta que el joven dijo que su destino estaba ahí adelante, frente a aquel edificio.

Mañana me iré de Brasil, dijo sacando la cartera. Tomó un billete que parecía ser un dólar.

Yo dije que preferiría que me pagase en reales.

Los buscó en los bolsillos, los encontró.

Salió, azotó la puerta.

El tiempo ahora estaba limpio. Sólo algunos charcos aún podrían recordar el temporal de la madrugada...

Y yo había perdido ese pasajero en algún país distante.

Me puse en marcha, pasé por un terreno inundado. Salpiqué agua enlamada hacia la calle desierta, quién sabe, en un domingo.

La falta de nuevos pasajeros durante tantas cuadras parecía indicarme que era sólo uno de esos domingos modorros, lentos, complacientes con su vacío de quehaceres...

Avisté entonces otro pasajero. Abrí la puerta estirándome por completo. Ah, era un sujeto que ya había llevado muchas veces. ¿Otra vez?, exclamó con simpatía. Así es, repliqué sonriendo. Y permanecemos callados todo el trayecto...

TRADUCCIÓN DE CARLOS A. LÓPEZ MÁRQUEZ

MARÇAL AQUINO (Amparo, 1958). Es periodista, escritor y guionista de cine. Entre sus obras destacan: *O amor e outros objetos pontiagudos* (Premio Jabuti, 2000); *Miss Danúbio* (Premio del Concurso de Cuentos de Paraná); *Famílias terrivelmente felizes* (2003) y *Eu receberia as piores notícias dos seus lindos lábios* (2005). En cine ha participado en los guiones de *Os matadores*, *O invasor* y *O cheiro do ralo*, entre otros.

Trabajó como revisor, reportero y redactor en los periódicos *O Estado de São Paulo* y *Jornal da Tarde*. Recientemente ha hecho contribuciones para la revista *Época São Paulo*. Fue consultor en el IV Taller de Guiones Sundance / Rio Filme, invitado por el Sundance Institute, de los Estados Unidos de América, en 2002.

“Escribo de una forma muy caótica, cuando entro en la historia aún no sé cuál es la historia. La mejor manera de escribir es perderse en la historia, permitirle que de una cierta forma sea ella quien se cuente a uno mismo.”

Los cuentos “Repartición 1” y “Matadero”, se tomaron del libro *O amor e outros objetos pontiagudos* (São Paulo, Geração Editorial, 1999).

♦ Repartición I ♦

Estaba en la mierda.

Había salido por el indulto de fin de año, en la víspera de Navidad, por la tarde. Con lo puesto y una bolsa con tres camisas, dos pantalones, una camiseta, calzones y una Biblia resumida, regalo de los evangélicos.

Hacía seis años que no veía la calle. La ciudad estaba cambiada, carros diferentes, gente con ropas y cabellos extraños. Hasta los olores eran raros.

No tenía mucho dinero y necesitaba entrar en alguna organización rápido, si no quería joderme más rápido aún. Reintegración a la sociedad. Lo sé.

En los primeros tres años, algunos amigos se aparecían para saber si necesitaba alguna cosa: cigarros, ropa, mandar algún recado afuera. Pero después las visitas fueron disminuyendo, hasta que se acabaron por completo. En esas horas es cuando ves si tienes amigos de verdad. Yo no tenía.

Me animé en un bar y tomé un camión. Me quedé viendo el tráfico por la ventana, para no tener que encarar a nadie. Tuve la impresión de que los otros pasajeros me observaban con curiosidad. Debía tener la cara envejecida.

La gente andaba de prisa por las avenidas, cargando bultos y cajas. Yo me había prometido una mujer para el momento en que saliera, del tipo 'la primera cosa que hacer', pero empezaba a darme cuenta que eso no iba a ocurrir. Cuando pasamos por la Juscelino, me di cuenta que habían desaparecido la favela, cosa

que leí en el periódico en su momento, pero ya no me acordaba. En su lugar, túneles y una calle bonita, larga, llena de carros. Dudé si sería posible perderme si caminara por ahí.

Me bajé en la terminal y subí la ladera, mirando el amontonamiento de casas de madera, que parecían haber aumentado. Un perro flaco me miró, desconfiado, pero pronto se desinteresó. Cerca del montón de basura, tres niños descalzos y sin camisa arrojaban piedras a los buitres. Algunas cosas no habían cambiado.

Una mulata bonita estaba sentada en la puerta de una barraca, mirando la TV encendida en la sala, y me saludó cuando pasé. Por costumbre, pensé. No tenía la menor idea de quién era ella.

Entré en el bar de Valtencir, coloqué mi bolsa sobre una mesa y me senté. Tres muchachos jugaban billar y bebían cerveza. Vestían ropas grandes y de colores, uno de ellos tenía lentes oscuros y los otros dos usaban aretes. Los cabellos cortísimos. Me echaron una rápida ojeada y volvieron a poner atención en el juego, hablando rápido, con frases a medias. Se parecían a esos negros americanos que salen en la televisión. No conocía a ninguno de ellos.

Valtencir salió de detrás del mostrador y vino hasta la mesa para ver qué quería. Su cabello se había blanqueado por completo y estaba medio curvado. Había envejecido mucho. Iba a pasar el trapo por la mesa, pero se detuvo de repente y me encaró.

“¡Putá madre! ¡Mira quién está aquí! ¿Hace cuánto tiempo, eh, muchacho?”

Me levanté para recibir su abrazo y él se quedó mirando mi cara, como si no creyera lo que estaba viendo.

“Seis años”, dije.

“¡Caramba!, ¿tanto? ¿Cuándo saliste?”

“Hoy. Agarré el indulto”.

“Pero esto merece una celebración”, dijo.

Y antes de que yo dijera alguna cosa, fue tras el mostrador y trajo cerveza y cachaza a la mesa. Brindamos. Valtencir sonrió y comentó que me veía diferente, más gordo.

“¿Y qué querías? Sólo comía y dormía”.

“¿Y qué vas a hacer ahora?”

“Todavía no sé. Vine para acá pensando en buscar a Nildão y ver si tiene alguna cosa para mí...”

En ese momento la partida llegó a su fin y uno de los muchachos gritó y ensayó unos pasos de baile con el taco en la mano, burlándose de los otros dos. Valtencir miró la escena y luego se puso serio.

“Sólo podrías hablar con Nildão en un centro espiritista. Lo mataron hace como dos años”.

“¡Putá! No lo sabía. ¿Cómo fue?”

“El Alemãozinho ¿Llegaste a conocerlo? De la Brasilândia. Quería este punto a como diera lugar y empezó una guerra. Nildão intentó aguantarle el paso, pero había aquí mucha gente a la que no le caía bien. Diógenes fue uno de los que se cambió de bando. Hasta dicen que fue él quien mató a Nildão. Yo no estoy seguro. Lo que sí sé es que el Alemãozinho vino con su gente y se hizo cargo de todo. Es él quien manda aquí hoy en día. Y Diógenes está con él”.

Diógenes y yo, juntos, habíamos hecho un montón de cosas en el pasado. Me caía bien.

“Por lo menos no se metieron contigo”.

“Tú sabes cómo soy, me quedé quieto, esperando a ver qué iba a pasar. Un día el Alemãozinho vino aquí al bar con Diógenes, se sentaron en esta misma mesa y estuvieron bebiendo y observándose. Recuerdo que los dos murmuraron todo el tiempo y yo sabía que hablaban de mí. Pero yo permanecí en silencio, fingiendo que no entendía su asunto. Hasta que el Alemãozinho se levantó, vino hasta el mostrador y me preguntó si sabía quién era”.

Desde donde estaba, podía seguir perfectamente los movimientos de los tres muchachos, que habían empezado a jugar nuevamente. De vez en cuando, uno de los que usaban arete en la oreja me miraba.

“Le dije que ya había oído hablar de él, ya sabes cómo es la cosa, que era un placer y que esto y que lo otro. El Alemãozinho me dijo entonces que si llegara a necesitar alguna cosa sólo hablara con Diógenes. Me garantizó que nadie se metería conmigo. Y, a la hora de despedirse, preguntó cuánto era de la cuenta. Imagínate. Le dije que iba por cuenta de la casa, pero él insistió en pagarme, y hasta dejó una propina. Desde entonces nadie me viene a joder y la vida me sonrío”.

Vacíé la botella de cerveza en mi vaso y en el de Valtencir.

“Yo podría hablar con Diógenes para ver si consigo algo que hacer”.

Valtencir bebió un trago de cachaza, seguido de otro de cerveza, y chasqueó los labios.

“A decir verdad, no creo que sea una buena idea, no. ¿Vas a decirme que no sabes de Dirce?”

“¿Qué hay con Dirce?”

“Diógenes. Él empezó a andar con Dirce hace ya tres años. Disculpa, pero pensé que lo sabías”.

Dirce era la mujer con quien yo había vivido algunos años. Cuando me encerraron, ella me visitó durante un tiempo. Después empezó a fallar. Hasta el día en que apareció y me avisó que había conocido a alguien. En ese momento entendí: no sabía cuánto tiempo estaría fuera de circulación y, finalmente, ella necesitaba vivir su vida.

“No sabía que era Diógenes”.

“Pues sí. Le dio una vida de *madame* a Dirce. Viven en una casa en la Vila das Mercês. Ella nunca ha vuelto por aquí”.

Sentí un mareo en la cabeza a causa de la bebida. Necesitaba comer algo.

“Pero ya no tienes nada que ver con ella, ¿verdad? Eso fue lo que me dijo una vez la madre de ella, después de que empezó a andar con Diógenes”.

“Así es. Estábamos separados”.

En el tiempo en que yo vivía con Dirce, Diógenes frecuentaba mi casa. Recuerdo bien que él decía que nunca había visto una pareja tan feliz como nosotros. Y que hasta nos tenía envidia.

“No sé si será bueno que te quedes por aquí”, Valtencir miró en torno, como si Diógenes fuera a aparecer en cualquier momento. “No me lo tomes a mal, me caes bien. Te lo digo por tu bien”.

Terminé de beber mi vaso de cachaza. Sentí que se me revolvía el estómago.

“Sí, además esto está muy cambiado”.

Valtencir usó el pulgar para señalar directamente a los muchachos que jugaban billar.

“Es gente del Alemãozinho. Su ejército. Puros escuincles. Me muero de miedo por ellos, por cualquier tontería sacan las armas”.

Resolví encarar al muchacho que me miraba. Él mantuvo la mirada.

“Para mí que no pasan de ser una mierda. Escúchame, Valtencir, ¿te imaginas si tuviera una metralleta dentro de esa bolsa? Ya les hubiera dado lo que se merecen”.

“Eso es exceso de confianza”. Valtencir estuvo pasando el trapo sobre la superficie de formica de la mesa. “Ahora sólo ellos mandan aquí”.

“¿Quieres decir que Nildão está muerto?”, dije y cogí mi bolsa. Era el momento de retirarse.

“Muerto, enterrado y olvidado”. Valtencir se levantó. “Hasta Soninha, ¿te acuerdas de ella?, ya tiene otro hombre. Hasta un hijo tuvo con él”.

Yo también me levanté y seguí encarando al muchacho que me miraba. Él tenía un principio de sonrisa en los labios. Valtencir puso su mano en mi brazo.

“Dime una cosa. ¿Necesitas algo? ¿Dinero? Puedo conseguirte un poco”.

Le agradecí, diciéndole que no necesitaba nada, aunque necesitaba un montón de cosas. Pero no aceptaría dinero de Valtencir enfrente de aquellos muchachos; iba a parecer que estaba recibiendo limosna.

Y tampoco estaba bien recibir dinero precisamente del padre de Diógenes.

“Me dio gusto verte, viejo”, dije, cuando abracé a Valtencir.

“Cuídate”.

Ya estaba yo fuera del bar cuando me gritó:

“Oye, se me estaba olvidando: ¡feliz navidad!”

“También para ti”, dije. ¿Qué más podía decir?

TRADUCCIÓN DE ROMEO TELLO G.

♦ Matadero ♦

Aloísio dijo: “El tipo es peligroso”.

Aun así, fui allá. Aloísio se quedó jugando con el llavero —dos dedos de hule, el símbolo de la paz, con la palabra *LOVE*—, recargado en la salpicadera del vocho, al que llamaba Maneco (Aloísio tenía la manía de ponerle nombre a las cosas. Tininha me contó una vez que él sólo se refería a su coño como “Fabiola”. Un coñazo como aquel tenía cara de todo, menos de Fabiola. Aloísio nunca supo que yo conocía esa historia.)

El tipo estaba en una mesa del fondo, vaso de aguardiente y platito con chicharrón frente a él. Pedí una cerveza y me senté en la mesa de al lado. Me quedé viendo un póster pegado en la pared: el equipo del Corinthians, creo que del 76, en el que jugaba un tipo llamado Russo. No ganó ningún título, pero aun así sacaron el póster. Dicen que el tal Russo frecuentaba el bar; no lo sé, no soy de esos tiempos.

“¿Tú eres Ezequiel?”, le pregunté.

El tipo se volvió, alzó las cejas y el vaso de aguardiente. “Salud”, dijo. No respondí. A él no le importó: se acabó el aguardiente de un trago y me alargó el vaso:

“¿Me das un poco de cerveza?”

Miré al mostrador, para pedir otro vaso, pero él dijo:

“Puedes servir en este vaso. ¿No se va a revolver todo en la panza?”

Bebió lentamente, sin quitarme los ojos de encima. Era menor y más fuerte de lo que pensaba. Tenía ojos verdosos y una pelusa que hacía pasar por bigote. Decidí abordar el asunto.

“Andas hablando de mi padre por ahí”.

Puso el vaso en la mesa, se limpió la boca con el dorso de la mano, todo con un gesto lento, estudiado. Entonces preguntó:

“¿Y quién es tu padre?”

“Fiori”.

Me examinó con más interés.

“Ah, ¿entonces tú eres *Janjão*?”

“João Carlos”, dije.

“Está bien. João Carlos. Tu padre siempre habla de ti”.

Sacó la caja de cigarros de la bolsa de la camisa y me ofreció:

“¿Quieres un cigarro?”

“No fumo”.

Encendió el cigarro, inclinando la cabeza y cerrando los ojos a causa del humo. Luego apagó el cerillo agitándolo en el aire.

“Haces bien. Esta mierda nos mata despacio”.

“Dime: ¿por qué te traes esa historia con mi padre?”

“¿Qué historia?”

“Tú sabes de lo que estoy hablando”.

Aspiró y dejó que el humo saliera por la nariz. Entonces se miró las uñas, como si estuviera pensando en la respuesta que iba a darme.

“Fiori me contó que eres poeta. ¿Es verdad?”

Continué encarándolo, sin hablar.

“Para mí es un chingón quien hace poesía. ¿Serías capaz de recitar alguna cosa para mí ahora?”

“Yo no estoy aquí para declamar poesía”. (En realidad yo nunca había conseguido memorizar las cosas que escribía. Y sólo una vez le había mostrado un poema a alguien. A Beth, una chica de la escuela, por quien estaba loco. Cuando terminó de leer, ella dijo que era muy bonito, pero que no había logrado entenderlo bien.) “Vine aquí para aclarar esa historia”.

Se rió, mostrando dos hileras de dientes muy blancos. El tipo tenía más dientes que todas las demás personas del bar juntas.

“¿Ya hablaste con tu padre sobre esto?”

“¿Para qué? Eres tú quien está difundiendo estas cosas”.

“Entonces vete y platica con él primero. Después vienes a hablar conmigo”.

Terminó el vaso de cerveza, se metió un pedazo de chicharrón en la boca y se levantó.

“Ahora, con permiso, necesito ir al baño, *Janjão*”.

Me quedé un tiempo mirando la botella de cerveza, pensando en lo que iba a hacer. Hasta que me levanté, pagué y salí del bar.

Aloísio seguía recargado en el vocho, girando el llavero en el dedo.

“¿Qué pasó, cómo te fue?”, preguntó.

“Vámonos de aquí”, le dije.

“Cabrón, cuéntame: ¿y el tipo?”, Aloísio insistió cuando entramos al carro.

“Fue un mal entendido. Ni siquiera conoce bien a mi papá”.

“Qué extraño. ¿No trabajan juntos?” Aloísio se puso los lentes oscuros, a pesar de que ya no había sol a aquella hora; ya era casi de noche. “¿No nos dijo Jamil que él mismo escuchó a ese tipo hablando de tú papá?”

“Una tontería. Ya sabes que a Jamil le gustan los chismes”.

“Bueno, mejor así. ¿A dónde vas ahora?”

Pensé pedir a Aloísio que me llevara al matadero. Pero yo detestaba ese lugar. Sólo había ido hasta allá una vez, poco después que mi padre se fue de la casa. Y pude verlo matando a un buey.

Él y otro hombre, vestidos con mono y galochas, entraron en un corral con piso de cemento, que el sujeto iba mojando con una manguera. Mi padre agarraba una puya eléctrica y fue arrinconando al buey en una esquina del corral. Creo que el animal sabía lo que iba a pasar, porque se puso a berrear de una manera que yo nunca antes había oído. Papá le dio dos estocadas con la

puya, lo que hizo que el buey resbalara en el piso mojado y cayera. En ese momento el otro hombre dejó la manguera y corrió para coger un mazo, y golpeó al animal varias veces en la cabeza. Lo único que sé es que, aun golpeado, el buey tardó en morir, porque todavía mugió cuando los dos empezaron a trabajar con los cuchillos. Lo extraño es que, aunque no me gustara ni tantito la escena, no dejaba de mirar. Después de aquello, pasé como tres meses sin comer carne. (Llegué a comentar ese asunto con Aloísio y a él le pareció muy divertido. Y me dijo que entonces si hubiera visto a una mujer pariendo, nunca más habría vuelto a coger con ninguna.)

Después, mientras se lavaba la sangre de los brazos, papá intentó explicarme por qué se había ido de la casa. Me dijo que yo era muy pequeño para entender ciertas cosas y que tal vez, más tarde, pudiéramos platicar. Pero eso nunca ocurrió.

“Déjame aquí”, le pedí cuando nos acercamos al centro. “Me voy a casa”.

A Aloísio le extrañó: “¿Qué pasa, *Janjão*? ¿No vas a decirme que estás pensando quedarte encerrado en tu casa? ¡Es viernes!, ¡carajo!”

“No estoy bien. Y mañana tengo que levantarme temprano”.

“Párale, párale. Siempre hay tiempo para dormir”.

“En serio, estoy agotado”.

A disgusto, Aloísio estacionó el vocho junto a la banqueta. Me miró con desconfianza mientras me bajaba.

“Hoy es el cumpleaños de Soraia en el Recreativo. Te vas a perder un fiestón”.

“Lo sé. Pero no tengo ganas, necesito dormir”.

“Bueno, tú sabrás. Todas las muchachas van a estar allá, ¿ya lo pensaste? Yo no me lo pierdo. Ringo tiene hambre”, dijo, refiriéndose a su verga.

Cuando cerré la puerta, Aloísio se recostó en el asiento y bajó el vidrio para seguir hablando:

“Tiene que ver algo con el tipo del bar, ¿verdad?”

Le dije que no. (Aunque sí.) Aloísio metió primera, dijo que después hablaríamos y se fue.

Anduve deambulando por el centro, sin ganas de ir a casa. La mayoría de las tiendas ya estaban cerradas y las dependientas pasaban en dirección a las paradas de los camiones planeando la diversión para aquella noche. Me detuve a mirar la vitrina de una tienda de artículos de caza y pesca. Había pistolas, revólveres y carabinas en venta, pero ninguna de las armas tenía la etiqueta del precio. Y tampoco tenía dinero para comprarlas. Acabé apoyado en el mostrador de un bar ordinario, ahí mismo en el centro, y pedí un coñac. A mi lado unos tipos con pinta de vendedores de tienda bebían cerveza y pellizcaban cubitos de queso y jamón. No tardó mucho para que yo acabara compartiendo la cerveza y la conversación con ellos. No recuerdo de qué hablamos ni cuánto bebí. Lo que recuerdo es que sólo pedí la cuenta cuando tuve claro que no estaba en condiciones de pensar en nada. Entonces me fui a la casa y aterricé en la cama.

Desperté de madrugada, para vomitar. Después me senté en la cocina, a oscuras, para esperar a que pasara el malestar. Fue en ese momento que oí el ruido de la puerta del cuarto de mi madre y me preparé para escuchar uno más de sus sermones. Pero quien encendió la luz de la cocina, y se asustó conmigo, fue un hombre flaco, de cabellos despeinados, vestido únicamente con un calzón desteñido.

“¡Upa!, no sabía que estabas aquí...”

Fue lo que alcanzó a decir, con torpeza. Luego se acercó un poco más y me tendió la mano.

“Soy Nelson”.

“João Carlos”.

“Lo sé”.

Su mano era áspera y caliente y dejó en la mía una sustancia viscosa, desagradable. Me limpié en el pantalón, por debajo de la mesa, para que no se diera cuenta.

“¿Y qué pasó? ¿Perdiste el sueño?”, preguntó, mientras abría el refrigerador para agarrar la botella de agua.

“Voy llegando”, mentí, notando que, incluso después de tallar mi mano varias veces en el pantalón, seguía grasosa.

Nelson fue hasta el fregadero, escogió un vaso en medio de los platos y cubiertos amontonados y lo observó a contraluz antes de beber agua haciendo mucho ruido. Era el tercer hombre diferente que me encontraba en casa desde que papá se fue.

“Dentro de poco va a amanecer”, miró por el vidrio que estaba cerca del fregadero.

Le dije: “Sí”.

Tomó otro vaso de agua, devolvió la botella al refrigerador y después me miró.

“Bueno, voy a dormir un poco más. ¿Quieres que apague la luz?”

“No, puedes dejarla prendida”.

“Fue un placer conocerte”, dijo, pasándose la mano por los cabellos.

Cuando oí que se cerraba la puerta del cuarto, estaba viendo una hilera de hormigas que salía del armario debajo del fregadero. Mi cabeza latía y aún estaba medio mareado. Me levanté y me lavé las manos con el jabón que estaba sobre el fregadero. Al salir de la cocina pisé la hilera de hormigas, apachurrando varias de ellas. Las sobrevivientes interrumpieron el movimiento por algunos segundos, pero pronto reconstruyeron la fila, sin hacer caso de las compañeras muertas. Fui a mi cuarto y me acosté. Y, antes de pescar el sueño, tomé la decisión de irme de la casa.

Cuando mi padre murió, tres años después, yo estaba haciendo carrera en el Ejército, en Porto Alegre. Mi novia era una muchacha llamada Silvia, con quien hacía planes para casarnos, pero al mismo tiempo estaba enredado con Ieda, una chica que había conocido en un desfile de la Semana de la Patria. En mis días de descanso era común que pasáramos prácticamente el día entero en la cama, en su casa. Ieda sabía de Silvia, y decía que estaba segura de que la abandonaría después de casarme. Yo le decía que estaba equivocada, que eso no iba a pasar —pero ella estaba segura—. Me gustaba, por el olor de su cuerpo delgado. Escribí varios poemas para ella, que a veces, aún hoy, releo. No son buenos literariamente, pero sirven para hacerme recordar aquellos tiempos.

Fue Aloísio quien me telefoneó para darme la noticia de la muerte de mi padre. Acordamos que me esperaría en la estación. Entonces conseguí un permiso de tres días y viajé dieciséis horas en autobús para acompañar el entierro.

Aloísio estaba diferente: se había dejado la barba y había engordado un montón. Se veía mucho más viejo que yo. Su carro ahora era un Opel, al que llamaba Ferdinando.

Había poca gente en el cementerio: sólo unos parientes que yo no conocía bien y los colegas de trabajo de mi padre. Y Ezequiel. Él me hizo señas de lejos, mientras esperábamos que los enterradores terminaran su trabajo. Mi madre no se había aparecido ni en el velorio —el tipo que vivía con ella se lo prohibió—. Hice un gran esfuerzo para ponerme triste, pero el día no ayudaba ni tantito. El cielo estaba azul, sin una nube, y el fuerte sol era capaz de hacer sudar hasta al difunto.

A la salida del cementerio, Aloísio estuvo a mi lado mientras yo recibía el pésame de las personas. Pero, cuando se dio cuenta de la cercanía de Ezequiel, se apartó y fue a recargarse en el Opel.

“Bonito uniforme, soldado”.

“Cabo”, dije, mostrándole la divisa en el brazo.

Ezequiel se rió.

“Nunca fui bueno para esas cosas. No hice el servicio, tengo el pie plano”.

Señaló a Aloísio con un movimiento de la cabeza.

“Tu amigo se muere de miedo de mí”.

“¿Por qué lo crees?”

“Por la manera como me mira. Igualito que el buey en el matadero cuando nos ve con el cuchillo en la mano”.

Miré hacia Aloísio, pero estaba con la cabeza baja.

“Dime una cosa: ¿hasta cuándo te quedas?”

“Me voy mañana temprano”, le dije, incómodo por el calor que sentía a causa del uniforme.

“Es que tengo conmigo unas cosas de tu padre y quisiera entregártelas. Creo que ahora te pertenecen a ti”.

“¿Y cómo le hacemos?”

“Podemos ir a mi casa para que las recojas”.

“¿Dónde vives?”

“No lejos de aquí. Hagamos lo siguiente: agarro mi carro y ustedes me siguen, ¿de acuerdo?”

Le expliqué la situación a Aloísio y él movió la cabeza, aceptando. Entramos al Opel y esperamos. No tardó Ezequiel en pasar al volante de una Brasília y nos tocó el claxon para que lo siguiéramos.

Aloísio conducía en silencio, con la cara seria. Hasta parecía que era su padre el que acababa de ser enterrado. Yo miraba las calles y las casas, lo encontraba todo muy diferente, como si hubiera estado lejos de aquel lugar durante décadas.

“Dice que le tienes miedo”, dije, cuando entramos en una calle de tierra suelta y vimos que Ezequiel disminuía la velocidad de su carro.

“No me cae bien. Es todo”.

Aloísio se estacionó detrás de la Brasilia, frente a una casa antigua, portón de madrera maltratado, la fachada descarapelada. Ezequiel abrió el portón y esperó a que me acercara.

“¿No quiere entrar tu amigo?”

“Va a esperar en el carro”.

“Bueno, él sabrá, se va a cocer con este sol”.

Atravesó un jardín en ruinas y entró en un corredor lateral. Fui tras él.

Pasamos por una cocina amueblada con una mesa, dos sillas, un refrigerador viejo y un armario de formica azul claro. Encima de la mesa había pan, un termo, una bandeja de margarina y una taza sucia, restos del desayuno. En la pared, sobre la estufa, un calendario de una ferretería, ilustrado con un castillo a la orilla de un lago en algún lugar de Europa. Ezequiel detuvo la cortina de tiritas de colores para que yo pasara y mis ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra de la sala. El aire ahí era más fresco y tenía un olor agradable.

“Ésta es mi madre”, dijo.

Sólo entonces reparé en la mujer que estaba sentada en un sillón. Ezequiel me hizo señas para que me acercara.

“Mamá, él es el hijo de Fiori”.

La mujer tomó mi mano entre las suyas, que estaban frías. Su cabello era grisáceo y estaba cuidadosamente peinado en un chongo.

“¿Cómo te llamas?”, me preguntó.

“João Carlos”.

“João Carlos. Es un nombre bonito”.

Ella mantenía los ojos bajos, sin mirarme directamente a la cara, y continuaba agarrándome la mano. Conseguí librar mi mano en el momento en que Ezequiel me susurraba al oído.

“Quiere que te agaches. Es ciega.”

Lo hice. Entonces la mujer examinó mi cara con las dos manos. Empezó por los cabellos, que estaban parados a causa del corte militar. Recorrió las cejas y se detuvo en los ojos y la nariz, entonces tuve la impresión de sentir el mismo aroma suave que había en el aire de aquella sala. Sus dedos se demoraron un poco en el contorno de mis labios. Después, sus manos se apartaron para palparme las mejillas y finalmente se reencontraron al llegar a mi quijada.

“Eres muy diferente a tu padre”.

Tenía razón. Todo el mundo decía que mi cara recodaba la de mi madre, aunque yo no advertía esa semejanza cuando me miraba en el espejo.

Ezequiel ayudó a su madre a recostarse en el sillón, arregló el chal que tenía en el cuello y luego la besó en la frente con delicadeza. Me hizo una seña para que lo acompañara. Eché una última mirada a la mujer: permanecía con los ojos cerrados, como si durmiera y nada de aquello hubiera ocurrido.

“No te fijas en el tiradero”, dijo cuando entré a su cuarto.

La cama estaba desarreglada y había ropas amontonadas sobre una silla y encima de una pequeña cómoda. Una vitrola antigua ocupaba una esquina del cuarto, con una pila de discos apoyados en ella. Una mancha producida por la filtración empezaba en el techo, cerca del foco, y descendía por la pared, inflando y descascarando la pintura en su trayecto. Parecía una serpiente cambiando de piel.

Ezequiel abrió la puerta del ropero, que estaba cubierta con fotos en colores recortadas de revistas. Mujeres desnudas y vestidas, pero sólo los cuerpos y, en algunos casos, algunos detalles de los troncos y brazos, o de las caderas y piernas. Ninguna cara.

Empezó a sacar las cosas del ropero. Un reloj con extensible de metal dorado, una cadena con un crucifijo, un anillo. La credencial de trabajo de mi padre (y el rostro joven que aparecía en la foto antigua mostraba una mirada esperanzadora). Una tarjeta postal de Porto Alegre, sin leyenda alguna en el reverso, solamente la identificación del río Guaíba. Me pareció curioso: yo nunca le había mandado cartas a mi padre, mucho menos una postal.

Ezequiel colocó sobre la cama una caja de zapatos llena de fotografías, que empezó a examinar antes de entregármelas. Algunas de ellas yo ya las conocía: mi padre y mi tío Atilio, los dos con un pie apoyado en la defensa de un camión; mi padre y mi madre tomados de la mano, antes de mi nacimiento, durante uno de los pocos viajes que hicieron juntos; mi padre aún bebé, vestido con ropa de marinero que incluía el gorro y hasta una pequeña corbata; él y mi madre sentados en un prado, ella se ve de perfil, pues estaba atenta al niño (yo, de cuatro o cinco años) que jugaba con una enorme pelota de colores.

“¿Quieres ésta?”, preguntó Ezequiel.

La foto lo mostraba a él y a mi padre sonriendo abrazados, el matadero al fondo, ambos vestidos con monos salpicados de sangre. Le dije que quería quedarme con ella; era la única imagen reciente de mi padre. Antes de darme la foto, Ezequiel la miró largamente, como si estuviera despidiéndose de ella.

“Debía haber hecho una copia”.

Volvió a guardar la caja en el ropero y sacó de ahí una carpeta de tapas verdes:

“Si me permites, me gustaría quedarme con esto”.

Abrí la carpeta y vi que estaba llena de papeles viejos, algunos muy amarillentos: hojas de cuaderno con dibujos que yo había hecho en la infancia, trabajos escolares y los primeros poemas que escribí.

“No sabía que mi padre guardaba estas cosas”.

“Pues sí, siempre las guardó con el mayor cuidado”.

Me senté en la cama y, bajo la mirada atenta de Ezequiel, examiné cada uno de aquellos papeles, reconociendo figuras, garabatos, la caligrafía impúber de mis primeros poemas.

“¿Entonces puedo quedarme con esto?”, preguntó cuando terminé.

Vacilé por un instante. Aquellos papeles contenían la memoria de un tiempo más feliz. Pero acabé por entregárselos. Finalmente, no podrían devolverme nada.

“Es un intercambio justo, yo te estoy dando esa foto”, comentó Ezequiel, devolviendo la carpeta al ropero.

Acepté la bolsa de supermercado que me ofreció para meter las cosas que me iba a llevar. Cuando cerró la puerta del ropero, pude ver una vez más los fragmentos de mujeres que la adornaban. Entonces salimos del cuarto.

Ezequiel me acompañó hasta el portal y permaneció observándome, con los brazos cruzados, mientras yo caminaba hasta el carro. En el momento en que Aloísio echó a andar el carro, él se acercó y se inclinó en la ventanilla.

“La próxima semana mandaré rezar una misa de séptimo día por tu padre. Si puedes, date una vuelta por acá”.

“Está difícil”, dije. “No me darán otro permiso para esto”.

“Entonces no te preocupes, yo rezaré por ti”.

Luego de decir esto, Ezequiel puso su atención en Aloísio, que mantenía las manos en el volante y la mirada fija en el tablero del carro.

“No debes tenerme miedo”.

Aloísio continuó inmóvil. Ezequiel le dio dos palmadas en el hombro.

“No muerdo, ¿viste? Sólo cuando me provocan”.

Aloísio aceleró, girando el volante de una manera brusca, y Ezequiel apenas y tuvo tiempo de enderezar el cuerpo. Se quedó parado en medio de la calle, con una nube de polvo que se movía a su alrededor. Vi que Aloísio temblaba.

“¿Pasó algo entre ustedes?”, pregunté cuando dejamos la calle de tierra y entramos en la avenida.

“No pasó nada”.

“Algo habrá hecho ese hombre como para que te pusieras así...”

Aloísio se pasó la mano por la barba y me miró con un gesto que me hizo pensar que iba a empezar a llorar.

“No quiero hablar de eso, *Janjão*, por favor”.

Le dije que estaba bien y entonces fuimos en silencio hasta la casa de mi madre.

“Podríamos dar una vuelta en la noche”, le propuse cuando salí del coche.

“Eh..., creo que no se va a poder, tengo muchas cosas que hacer”.

Conocía bien a Aloísio y sabía que estaba mintiendo. Pero le dije que no había problema, que lo dejaríamos para la próxima vez. Antes de irse me preguntó si quería un aventón a la terminal al día siguiente. Entonces me tocó mentir, diciéndole que no quería molestarlo, pues saldría muy temprano.

“Está bien”, dijo, “Nos hablamos”.

Pero nunca más hablamos.

Mi madre vivía con un chofer de taxi, un hombre más viejo que ella, que se disgustó con mi presencia en casa. Él y yo casi no hablamos, como si no hubiera nada interesante que pudiéramos contarnos uno al otro. Y creo que así era.

Al final de la tarde él salió, diciendo que iba a dar una vuelta. Yo aproveché para enseñarle a mi madre las cosas que Ezequiel me había dado. Ella examinó la carpeta profesional y las fotos sin mucho interés y las volvió a meter en la bolsa.

“Las tenía ese hombre, ¿verdad?”

A asentí. Mi madre tomó la alianza y se quedó mirándola. Después balanceó la cabeza y sonrió con tristeza.

“Tu padre ya andaba con él cuando empezamos a ser novios...”

No dije nada y mi madre siguió viendo la alianza, como si estuviera hablando con ella.

“Yo estaba enamorada y creí que podrían cambiar las cosas. Fui una boba. Debimos irnos de aquí”.

Se levantó del sofá, guardó la alianza en la vitrina y permaneció un tiempo de espaldas a mí. Cuando se volvió, me di cuenta que estaba llorando.

Pensé levantarme para abrazarla, pero no lo hice. Mi madre se pasó la mano por la nariz y aspiró.

“Ahora ya no sirve de nada hablar de eso, ¿no crees?”

Se fue al cuarto, sin esperar mi respuesta. Yo seguí sentado en el sofá, agarrando la bolsa.

A la mañana siguiente regresé a Porto Alegre. No mucho después fui promovido a sargento y me enviaron a Uruguaiana, y entonces se volvió muy complicado viajar. Dejaba que los descansos se acumularan para ir a Porto Alegre a reunirme con Silvia. A veces mi madre me llamaba desde la estación telefónica —en Navidad, en mi cumpleaños—, pero en general nos comunicábamos por cartas.

Y fue en una de esas cartas donde me enteré. Mi madre escribió: “Tu amigo Aloísio mató al tipo aquel”. Sólo esa frase, nada más, en medio de las otras noticias de un lugar en el que nunca había noticias. Hablamos por teléfono después, pero no supo darme detalles del caso. La única información concreta esa que Aloísio estaba preso.

Cuando Silvia y yo decidimos casarnos, viajamos hasta allá para que ella conociera a mi madre. Aproveché para visitar a

Aloísio en la cárcel pública, pero él se rehusó a hablar conmigo. Recuerdo que el carcelero, creo que impresionado por mi uniforme, se puso serio al comunicarme que Aloísio no quería recibirme. Llegó a decirme que, si yo quisiera, podría forzar una visita. Pero creí que no valía la pena.

Antes de volver, decidí dar una vuelta por la casa donde había vivido Ezequiel. La casa estaba en ruinas, con el tejado descubierto en varios sitios, y el portón de madera había desaparecido. Mientras decidía si entraba o no, un niño salió de la casa vecina y se quedó mirándome con una mezcla de curiosidad y temor. Cargaba un cachorrito y sus cabellos estaban grasosos, su cara sucia y líneas de mocos subían y bajan por su nariz, al ritmo de su respiración.

“¿Cómo se llama tu perrito?”

Mi pregunta hizo que el niño se encogiera junto al muro y que apretara el cachorro contra su pecho, agarrándolo de aquel modo desordenado típico de los niños. En ese momento apareció una mujer que cargaba un bebé y el niño se escondió atrás de ella.

“¿Anda buscando a alguien?”

Era delgada, de una edad imprecisa, y se notaba que el sol había maltratado bastante la piel de su cara. El bebé en su regazo sólo estaba vestido con una camiseta. Era una niña.

“¿Qué pasó con la mujer que vivía en esta casa?”

“¿Es pariente de ella?”

“Conocido”.

La mujer miró al niño y se dio cuenta que estaba limpiándose la nariz con su falda, pero eso pareció no incomodarla.

“Cuando aquel muchacho mató a su hijo, el personal del servicio social de la prefectura vino y se la llevó a un asilo. La casa quedó abandonada”.

“¿Y por qué ese muchacho mató a su hijo?”

“Eso no lo sé, no”, respondió ella, mientras se cambiaba a la niña de brazo. “Lo que sé es que los dos bebían mucho y vivían peleando. Hasta mi marido llegó a comentarme que en cualquier momento esa historia acabaría mal”.

“¿El muchacho venía mucho por aquí?”

Ella me miró como si hubiera preguntado una cosa absurda:

“Estaba viviendo con Ezequiel”.

Miré el jardín, que estaba plagado de hierba y se había convertido en un basurero.

“Pobre Ezequiel. Oí que ni siquiera lograron contar cuántas cuchilladas recibió. Era muy bueno con nosotros. Inclusive era padrino de Diego”, la mujer señaló al niño y la cara de él se iluminó, como si estuviera satisfecho por haber sido incluido en la plática.

“Creo que voy a echar un ojo dentro de la casa”, dije, pasando por el espacio donde antes estaba el portón.

“Ya no hay nada ahí adentro. Luego de que se llevaron a la vieja, un montón de gente entró ahí para robarse las cosas”.

Atravesé el jardín y pasé por el corredor lateral de la casa. Había restos de una hoguera en la cocina vacía y la sala estaba tan oscura como la primera vez que yo había estado ahí. En el cuarto de Ezequiel, los agujeros en el techo dejaban entrar la luz de aquel final de la tarde. Tablas, ladrillos rotos, ropas viejas y latas oxidadas se amontonaban al lado de un charco de agua de la última lluvia.

Un mapa de manchas oscuras se esparcía por la pared y me acerqué para examinarlas mejor. Parecían manchas de sangre, pero no era posible estar seguro porque las manchas de humedad se confundían con ellas. Estaba intentando descifrarlas cuando vi el papel semicubierto por un montón de basura y me agaché a recogerlo.

Era un dibujo infantil, hecho con lápices de colores, muy dañado por la lluvia. Una casa con humo en la chimenea, un grupo de árboles a la izquierda de la casa, un riachuelo azul sin definición de inicio o final, y el sol en lo alto. No estaba seguro si yo era el autor de aquel dibujo.

Cuando me volví, noté que el niño estaba parado en la puerta del cuarto, todavía cargando al cachorrito. Me agaché y le enseñé el dibujo.

“¿Qué te parece, Diego?”

Miró el papel por algunos segundos y después inclinó la cabeza hacia un lado, como si estuviera buscando un nuevo ángulo para analizar el dibujo.

“¿Eres tú el que está en la ventana?”

Di vuelta al papel y, para mi sorpresa, advertí que había una cara dibujada en la ventana de la casa. Un esbozo precario: un círculo, con dos puntos para los ojos y pequeñas rayas en el lugar de la nariz y de la boca. Alguien que observaba el paisaje de afuera de la casa.

“Sí, soy yo. Cuando tenía tu edad.”

“¿Y por qué estabas triste?”

Miré otra vez el dibujo y vi que el niño tenía razón: la figura en la ventana parecía infeliz.

“Eh, no sé. Creo que quería salir a jugar y no podía”.

Diego balanceó la cabeza, como si estuviera diciéndome que conocía bien esa situación. En ese instante oímos la voz de la mujer, que lo llamaba. Él miró una vez más el dibujo y después se fue.

Me levanté, doblé el papel y lo guardé en el bolsillo del uniforme. También salí de la casa.

Me dirigí a la avenida, caminando con lentitud por la calle, que ya había sido asfaltada. Casas nuevas y viejas se alternaban, pero

todas eran construcciones modestas, sin acabados, la mayoría mostraban los ladrillos. Cuando llegué a la avenida, miré hacia atrás. Todavía no había oscurecido, pero las lámparas ya estaban encendidas en los postes a lo largo de toda la calle. Pensé que parecían puntos incandescentes de un incendio en un bosque sin esperanzas.

TRADUCCIÓN DE ROMEO TELLO G.

MILTON HATOUM (Manaus, 1952). Es escritor y traductor. Es autor de cuatro novelas y un libro de cuentos. Su libro, *Relato de un cierto oriente* (1989), obtuvo el Premio Jabuti de mejor novela, al igual que *Cinzas do norte* (2008), con la que además se hizo acreedor del Premio Portugal Telecom, del Premio Asociación Paulista de Críticos de Arte (APCA), del Premio BRAVO de literatura y fue nombrado Libro del año de la Câmara Brasileira do Livro. Entre sus obras destacan *Dos hermanos* (2000), *Órfãos do Eldorado* (2008), y *A cidadeilhada* (2009), traducida al español en 2013 por la editorial Beatriz Viterbo de Argentina. Es autor de ensayos y artículos de literatura en revistas y periódicos. Es columnista del *Caderno 2 (O Estado de São Paulo)* y del site Terra Magazine. Fue profesor en la Universidade Federal do Amazonas y en la University of California, Berkeley, Estados Unidos.

“[...] ese espacio posible [el de la literatura] se vuelve, a veces, una imposibilidad, un vacío [...] reavivar la experiencia de la escritura presupone superar la dificultad de escribir, de pensar la complejidad de lo real por medio de las palabras”.

Sitio web: <http://www.miltonhatoum.com.br>

Los cuentos “Una carta de Bancroft” y “Dos tiempos”, aparecen en el libro *A cidadeilhada* (São Paulo, Companhia das Letras, 2009).

♦ Una carta de Bancroft ♦

Para Francisco Foot y Lourival Holanda

El primer americano con quien conversé en la Waverly Place en San Francisco no se considera sólo un americano. Mi nombre es Tse Ling Roots, soy chino-americano, ¿sabes lo que significa? Respondió él mismo: significa que para mis antepasados la realidad no tenía la mínima obligación de ser interesante.

Ling Roots acababa de salir del templo Tin How cuando le pregunté dónde quedaba el templo. Señaló hacia lo alto de un edificio en la Waverly Place: Ahí vive la diosa protectora de los navegantes, dijo Ling Roots, con un aire de quien conoce todos los rincones de Chinatown.

Muchos jóvenes de este barrio no saben dónde queda Hoi-Pi, no saben que Cantón y Xangai forman parte de la historia de San Francisco, prosiguió.

En un tono conmovedor, Ling Roots contó que su bisabuelo fue uno de los millones de chinos que penaron en las minas y en las ferroviarias de California. Abrió los brazos con un gesto medio teatral y enumeró varios nombres de familias del barrio y a cada nombre le agregaba un lugar de China. Después dijo que Chinatown es una forma de preservar la identidad oriental de millares de familias chinas en esta región de California: mis ascendientes no vinieron a hacer la América, fueron forzados a trabajar aquí; por eso imaginaron y ayudaron a construir Chinatown, el único espacio que, para ellos, es realmente interesante.

Tal vez sea verdad para los antepasados de Ling Roots, confinados en esta pequeña China de San Francisco y todavía asombrados por un pasado edificador. Ling Roots, que es policía, también encuentra la realidad poco interesante. Las pandillas proliferan en San Francisco y Oakland, y en los últimos días de este invierno un violador y asesino atemoriza a los moradores de la Bay Área.

En las horas libres frecuento el templo, si no enloquezco, desahogó Ling Roots.

Sin embargo, para un visitante como yo, no sólo Chinatown, sino casi toda San Francisco, ofrece momentos interesantes.

Aún desde aquí, desde una de las colinas de Berkeley, contemplar el paisaje nocturno de la bahía, con sus puentes iluminados y el perfil de sus edificios con trazos futuristas, contradice la afirmación de Ling Roots. También son interesantes esas alamedas tranquilas de North Berkeley, las casas de madera, de colores, sin cerca, con jardines orientales, por donde los gatos pasean en los días soleados: uno ceniciento acostado en una baranda, la mirada en el cielo tan azul de California; otro amarillo que, desde una ventana, sigue la mirada del transeúnte y parece decirnos que esa casa blanca sólo es accesible para él.

Al pasar por el sector Este de la ciudad, me atraen las expresiones irreverentes y contestatarias, dos adjetivos que no le faltan a la multitud de estudiantes de Berkeley. Parece que estoy de regreso a otro tiempo. Cerca del portón de hierro, al sur del *campus*, jóvenes y viejos intentan desafiar el *establishment*, como si fueran uno de los ruidos de este planeta que tiende a la robotización, a la uniformidad y la banalización de todo.

No muy lejos de estas expresiones y voces de protesta, hay un edificio austero que me hace recordar las palabras de Ling Roots. Sí, porque aquí, en la Biblioteca de Bancroft, la realidad no tiene

ninguna razón para ser interesante. Lo que interesa en Bancroft son los millares de manuscritos de todas las épocas, compulsados por investigadores de todo el mundo. Hay aquí, papiros egipcios y manuscritos medievales, pero en muchos ficheros constan también referencias a nuestro siglo.

Charles Faulhaber, el director de la Biblioteca, me mostró en uno de estos ficheros un asunto que me interesa: “Brasil: límites y fronteras”. Le pedí consultar una sección del archivo con “cartas y otros documentos manuscritos”. Ahora estoy cerca, y al mismo tiempo tan lejos del bullicio de los jóvenes, de los grupos que distribuyen panfletos, de los *punks* que jalan gatos por el collar y de los gritos: Por una prensa libre; Por una prensa alternativa.

En el ambiente silencioso de Bancroft parece que estoy lejos de la propia Berkeley; pero el campanario, al emitir cuatro sonidos graves, me trae de regreso al presente. Es una tarde soleada, pero este clima no tiene nada que ver con el calor sofocante descrito por Euclides da Cunha en Manaus. Es así, refunfunando contra el clima del Ecuador, que comienza la carta de Euclides a su amigo Alberto Rangel. Rangel, que estaba en Río de Janeiro, le ofreció a Euclides su casa espaciosa en la plaza Chile, donde el gran escritor vivió más de dos meses antes de viajar al Alto Purus.

Encontrar esa carta inédita en Bancroft, con la caligrafía nerviosa de Euclides, es casi un milagro. Pero, hacia donde voy, Manaus me persigue, como si la realidad de la otra América, aún cuando no es solicitada, se entrometiera en la espiral del devaneo para decir que sólo vine a Bancroft para leer una carta amazónica del autor de *Los sertones*. Pero hay algo más en esa misiva además de los reclamos contra el calor de Manaus. El lenguaje de Euclides —barroco, sinuoso, exuberante— está presente de principio a fin. Lo otro, es el sueño que le cuenta a Rangel: el

sueño y una escena que él presenció la tarde del 14 de febrero de 1905.

Llovió torrencialmente en la mañana de ese día. A las once horas, Euclides comió, solo. Después, sentado en la silla austriaca, releyó un párrafo de un libro de viajes de un naturalista británico, tal vez, Henry Bates, pues en la carta Euclides se refiere a la obra del “gran Bates”. El bochorno lo hizo adormecer con el libro abierto entre las manos. Euclides soñó que la Amazonia, esa “casi infinita planicie desértica”, ya no era una *Terra Ignota*. Europeos de buena estirpe la habían poblado: áreas inmensas de selva eran devastadas y urbanizadas; la Amazonia, en suma, sería una extensión de Manaus y Belem, ciudades cosmopolitas. Esas visiones desaparecieron y surgió en el sueño la voz de un hombre y enseguida el propio hombre: un francés de nombre Gobineau. El francés intentó convencer a Euclides de que las tierras incultas en América sólo serían viables con la colonización europea. Euclides intenta decir algo, vacila, limpia el sudor que le escurre por la frente; después se estremece frente a la posibilidad de no viajar más hacia las nacientes del Purus, de no poder escribir sobre el desierto, el Paraíso Diabólico, el Paraíso Perdido. Se irrita con la idea extravagante de Gobineau y, hablando en francés con un acento afectado, expulsa al intruso de la sala con gestos autoritarios, como un militar se dirige a un subalterno.

Gobineau suelta una carcajada, sale del sueño, y entonces Euclides escucha un canto, una oración cada vez más fuerte, más cercana a la casa y a la sala donde sueña. En ese momento despierta: palpa el rostro empapado de sudor y abre los ojos sorprendido, como si buscara a un intruso o temiera una amenaza. Son casi las tres de la tarde, y se irrita por haber prolongado la siesta. El canto y la oración continúan afuera, y entonces Euclides decide caminar hasta la plaza Chile. En la entrada del cementerio San Juan

Bautista se aproxima a los militares que acompañan un féretro. No sabe por qué la caja está abierta; al mirar hacia el muerto, Euclides reconoce al suboficial con el que había conversado en una visita al cuartel de la Policía Militar, en el centro de Manaus. El difunto con rasgos indígenas era inolvidable porque era el rostro de un héroe: un cabo que había combatido valerosamente en la Guerra de Canudos. Algunos días antes (la carta no necesita fecha) el soldado fue presentado a Euclides como un prócer de la Policía Militar de Amazonas. Euclides le pregunta a un hombre cómo había muerto el joven militar, pero es una mujer la que le informa: la víctima recibió cuatro balazos del amante de su esposa. Euclides frunce la frente y regresa a la casa de Alberto Rangel.

Esa misma tarde escribió una carta al amigo contándole el sueño y la escena del entierro. No se sabe si Alberto Rangel recibió esa carta; nunca sabremos si Euclides se acordó de esa carta en el momento en el que fue herido mortalmente por el amante de su mujer, en 1909. Tal vez el sueño haya sido sólo una pesadilla sobre la Amazonia, que todavía guarda muchas expresiones acuñadas por Euclides. En algunas, resuena una mezcla deliberada de exotismo con referencias bíblicas: “Infierno Verde”, “Última Página del Génesis”. En páginas memorables, Euclides parece describir la realidad como él la imaginó, o como un viajero todavía puede verla hoy: una tierra en la que los hombres trabajan para esclavizarse.

Sabemos, en fin, que no hay mención de esa carta en la vasta correspondencia de Euclides da Cunha. En 1946, esta fue adquirida por un tal Charles P. Dutton en una librería de viejo de Belem y donada tres décadas después a la Biblioteca de Bancroft, en Berkeley.

TRADUCCIÓN DE CONSUELO RODRÍGUEZ MUÑOZ

♦ Dos tiempos ♦

La encontré por casualidad la noche de un sábado.

Quería darle una sorpresa a mi tío Ranulfo, ni siquiera recordaba cuánto tiempo hacía que no lo veía. La puerta de su casa, trancada. Imaginé que estaba de viaje y me hospedé en una pensión cerca del teatro Chaminé. Cené en el Sereia do rio y, mientras comía, recordé la voz ansiosa del tío Ran, antes de sus breves viajes al Rio Preto da Eva.

Salí de la zona portuaria, caminando despacio hasta las calles oscuras de una cuadra antigua. Había lamparillas y velas en los marcos de las ventanas abiertas, en los estantes y en las mesas de las salas amplias, en la ventana de una casona donde me tardé en recordar el rostro de una antigua vecina y ex alumna del conservatorio. Aiana salió del caserón y, en la calzada, preguntó: ¿no te acuerdas de ella, Tarazibula Steinway?

Yo tenía unos catorce años y vivía en la casa de mi tío. Lo quería, un solterón extravagante, que me llevaba a pescar en el canal del Cambixe. Con él fui por primera vez al Varandas da Eva y a otros balnearios nocturnos. No se enfadaba cuando me veía sin uniforme, faltando a clases; pero en las noches de orgía en su cuarto, cuando me sorprendía espiando por la cerradura, tío Ran me expulsaba a gritos. Al día siguiente, me daba un golpe en el hombro, reía sin naturalidad, y se iba.

Era alto y desarticulado, a veces se disculpaba por ser desorganizado y no saber poner sus cosas en orden ni arreglar la casa. No sé si le gustaba la vida de soltero, creo que quería una mujer

a su lado, día y noche, sin tregua. Apenas me soporto a mí mismo, decía, justificando la soledad.

En nuestra casa era raro sentarse a la mesa en medio de tanto desorden. Comíamos en el Sereia do Rio, que, además de barato, tenía una baranda hacia el río Negro y la selva. Cuando regresaba de sus viajes misteriosos, me traía regalos mal envueltos con papel de panadería. Nunca supe por qué viajaba tanto. Un viernes incierto, decía de sopetón: Embarco en la nochecita, pero dentro de dos días estamos juntos. No quería que lo acompañara al puerto, despedidas solemnes dan mala suerte, bromeaba.

Veía a mi tío agarrando una bolsa de lona y pensaba que no regresaría nunca. Pensaba en esto hasta en su presencia, en realidad, tenía miedo de que se fuera para siempre. Cuando me veía triste y callado, queriendo saber el motivo de tanto silencio, yo mentía: la cabeza se me iba a quemar de tanto dolor, un dolor en el fondo. Tío Ran no entendía mi negativa de ir al médico. Entonces, un lunes, me llevó al conservatorio. Se quedo observando las ventanas cerradas del piso superior. Después dijo: Entra y habla con la profesora. ¿Quién sabe si las clases de canto no te curan la jaqueca?

Con la voz indecisa, saliendo de la infancia, comencé a aprender canto con Tarazibula Boanerges. En mi ciudad, ella era la protagonista del canto y del piano. Yo me impresionaba con su rostro, lleno de puntitos negros, amenazando con formar una barba. La piernas eran velludas como los brazos, pero la voz, la inflexión melódica, me hacía olvidar todo. La sonrisa bonachona y la generosidad extrema participaban de esa magia. Por encima de todo era la profesora, y para nosotros, una artista.

Aprendí tantas cosas con doña Steinway, dijo Aiana, intentando encender una vela.

Doña Steinway, porque sólo la profesora tenía uno de esos pianos en buen estado. El otro pertenecía al teatro Amazonas, pero, además de desafinado, era un nido de polillas y cucarachas. Partituras y libros de música llenaban los estantes de la sala del conservatorio; en la mesa de centro, una flauta indígena, que ella sopló una sola vez, y murmuró, como si estuviera sola: nuestra disonancia ancestral.

Enseñaba noche y día, tal vez soñara con sonidos. Los niños tocaban las primeras notas, años después interpretaban un *chorinho* de Nazareth;¹ cualquier día podrían tocar una sonata de Schubert o de Beethoven. Bach no. Lo más difícil, lo casi imposible, lo que pide a todo artista, el cuerpo, el alma, ambos concentrados ocho o diez horas diarias a lo largo de la vida, todo, toda la fuerza interior y física, Bach, por ejemplo, sólo ella. Y nunca en público, sólo para nosotros, casi a escondidas, al final de la tarde, cuando se disculpaba por las notas equivocadas o por una salida en falso del movimiento, tropezones que no percibíamos, ni podíamos percibir.

En la primera clase ella sondeó mi voz. Tocaba una tecla y me pedía la nota correspondiente. Otra, más aguda, y entonces yo perdía la voz, la voz abandonaba mi cuerpo. Una nota más grave, yo gruñía. Ella no se molestó y tuvo paciencia: No es necesario que te desgañites, canta naturalmente, como si estuvieras hablando.

Tal vez quisiera descubrir en mí un gran tenor, pero mi voz, mi cuerpo, claudicaban.

¹ El choro, popularmente llamado *chorinho*, es un género musical popular brasileño. Ernesto Júlio de Nazareth (Río de Janeiro, 20 de marzo de 1863-Jacarepaguá, 4 de febrero de 1934) fue un compositor y pianista brasileño. Considerado uno de los grandes nombres del choro, y otros géneros musicales. (N. de la trad.)

El sonido ya está siendo más puro, más claro, mentía. La potencia vendrá con el tiempo.

Cantó un *Lied* sombrío, no recuerdo cuál, y me consoló: Tienes que dar tiempo al tiempo.

Aquella tarde, me di cuenta: soy incapaz para el canto. La profesora Steinway sabía sin duda que su alumno no era promesa de nada. Aún si fuera a estudiar en otro hemisferio: nada. Una nulidad, voz para conversar, grito o gruñido, nunca para el canto. Aún así, ella estimulaba a su único alumno, el único niño. Ya eres un tenorino talentoso, bromeaba, cuando oía mis agudos alarmantes. Las niñas y las pianistas veteranas se aburrían; muchas frecuentaban el conservatorio por obligación o para matar el tiempo. Varias alumnas cuchicheaban en los corredores. Peor: cuchicheaban cuando la profesora pedía silencio, las manos y los labios temblando, mientras la mirada reprendía a las parlanchinas.

Una tarde, la madre de una alumna interrumpió bruscamente la clase, quería saber el desempeño de la hija; su sueño era ver a la hija virtuosa dar un recital en el teatro Amazonas. Pagó el doble del precio de las clases, dejó billetes de alta denominación sobre el teclado del piano y se fue sin esperar el cambio. Doña Steinway quedó paralizada, muda. Sentí su aliento caliente, vi sus manos cerradas, el cuerpo que jadeaba y crecía. Ella recogió los billetes, los arrojó a la mesa de la flauta. Se sentó lentamente en la banqueta y las manos retomaron el *chorinho*.

El último año de mis estudios de canto, ya no me inquietaba tanto con la ausencia de tío Ran. En la mañana de un sábado, cuando él estaba de viaje, asistí a los ejercicios de Aiana en el conservatorio. No encontré a mi amiga en el salón; oí pasos en la escalera y, cuando apareció la profesora, parecía otra; usaba un vestido escotado, aretes y collar; los labios rojos y el olor del perfume daban la impresión de que la noche la esperaba. Me iba

a despedir, pero ella me abrazó y me besó como si no me hubiera visto desde hacía mucho tiempo. Dijo que tocaría algunos preludios y mazurcas de Chopin. En los intervalos se limpiaba el rostro, se concentraba, e interpretaba con placer lo que durante la semana martirizaba a las alumnas. Sentado cerca de ella, admiraba los movimientos ágiles y firmes de sus manos que tocaban para mí. Cuando terminó, cubrió el teclado con un pedazo de fieltro y me miró detenidamente antes de decir: Conocí a tu madre, una de las primeras alumnas. Estudió seis años, le gustaban los *Preludios*.

La profesora sabía que era huérfano, pero nunca había mencionado el nombre de mi madre. Quedamos en silencio por algunos segundos; ella se levantó, me acompañó hasta el portón, hizo una pregunta como si fuera una despedida: ¿Tu tío te cuida bien?

Poco tiempo después, cuando pensaba en dejar la ciudad, fui con tío Ran al teatro Amazonas, donde doña Steinway daría un recital. Insistí en llegar temprano, quería encontrar un lugar en la primera fila, bien cerca del escenario. El teatro estaría lleno y quería que la profesora notara mi presencia. Cuando entramos a la sala, había pocas personas. Aiana, sola en la primera fila, nos llamó. Tío Ran apuntaba el nombre de los músicos, poetas y dramaturgos europeos: los artistas más famosos del mundo estaban ahí, en los estandartes de yeso en forma de lira, estropeados y empolvados. Varios focos de los candelabros, fundidos; la pintura de la cortina parecía arrugada. Sentado observé con calma el motivo de la pintura: ninfas gordas acostadas en conchas que fluctúan en el encuentro de las aguas. Doña Steinway se tardaba, esperando tal vez la presencia de los invitados. Lentamente la sala fue oscureciendo, sólo destacaba la pintura, iluminada, suelta en el espacio. El calor aumentaba, todo parecía parado, yo me

estiré en la silla y me deje llevar por aquellas conchas con seres mitológicos, poco a poco me distancie de aquel lugar. Los dos ríos iluminados parecían escurrir pintura e inundar la sala silenciosa y sombría, cubrir todo de agua, hasta el candelabro gigantesco y la bóveda del techo, donde la torre parisiense y las alegorías a su alrededor eran grandezas de otro mundo.

Un ruido me despertó. A mi lado Aiana rezongaba al ver la sala casi vacía. Cuando el telón subió, apareció el piano negro del conservatorio en el centro del escenario. Después entró ella, se acercó al público, fue aplaudida con entusiasmo. Desde la primera fila yo podía ver su rostro en éxtasis de pianista, sin contener la alegría, como si fuera una gran noche.

Después del recital fuimos a hablar con ella. No parecía decepcionada. Este teatro es muy grande para un recital de Schubert, la pianista le guiñó a mi tío. Hoy en día, un público de veinte personas es una multitud. ¿Tu sobrino va a continuar estudiando canto?

Todavía regresé algunas veces al conservatorio. Unos meses después del recital partí.

Lejos de mi ciudad cada vez más lejos, al oír una sonata de Schubert, un *chorinho* de Nazareth o las *Bachianas brasileiras*, me acordaba de la pianista. De sus dedos largos, de su cuello sudoroso, tenso o radiante, todo el cuerpo atento, tocando para un pequeño público. Doña Steinway no buscaba notoriedad. Enseñaba. Y sabía escuchar.

Pensaba en eso cuando Aiana, con la vela en la mano, me agarró del brazo y me condujo hacia la escalera de hierro. Sin saber por qué, dudé en entrar. Pude ver una parte de la sala espaciosa, iluminada por lamparillas, llena de gente bienvestida. Un olor raro, de perfume y flores, se mezclaba con el vaho caliente de la noche. Un pedazo de tela verde, con palabras doradas, de

luto, cubría libros y partituras; cerca de la pared, ex alumnas cuchicheaban con sus madres.

Cuando entré vi un hombre, viejo y triste, curvado sobre el rostro de la mujer acostada, quieta, las manos cruzadas. Me llevé un susto, intenté pronunciar su nombre, pero enmudecí. Tío Ran parecía otro, tan diferente, ahí de pie, las manos enredadas en el cabello de la profesora.

Casi no vi el rostro de la pianista, escondido por otro, el de mi tío. Pero vi, observé, sentí sus manos que tanto tocaban el teclado, ahora silencioso, ahora cerrado, quién sabe hasta cuando.

TRADUCCIÓN DE CONSUELO RODRÍGUEZ MUÑOZ

BERNARDO CARVALHO (Río de Janeiro, 1960). Es escritor y periodista. Autor de nueve novelas, un libro de cuentos, una obra de teatro y un libro de crónicas y reseñas culturales. Recibió el Premio Portugal Telecom de Literatura Brasileña por *Nueve noches* (2002). Su novela *Mongólia* (2003) obtuvo el Premio Asociación Paulista de Críticos de Arte (APCA), edición 2003, y el Jabuti 2004. Entre sus obras destacan *Aberração* (1993), *Teatro* (1998), *O sol se põe em São Paulo* (2007) y *O filho da mãe* (2009). Su trabajo como columnista cultural está recogido en el libro *O mundo fora dos eixos* (2005). Fue editor del suplemento de ensayos “Folhetim”, y corresponsal de la *Folha de São Paulo*, en París y en Nueva York.

“La imaginación es un elemento complejo de la realidad. La literatura y el arte cesan cuando se empiezan a aceptar modelos para la creación”.

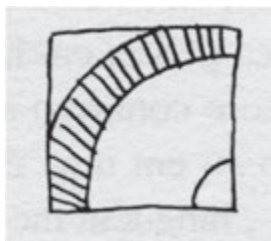
Los cuentos “El arquitecto” y “La alemana” fueron tomados de *Aberração* (São Paulo Companhia das Letras, 2004).

♦ El arquitecto ♦

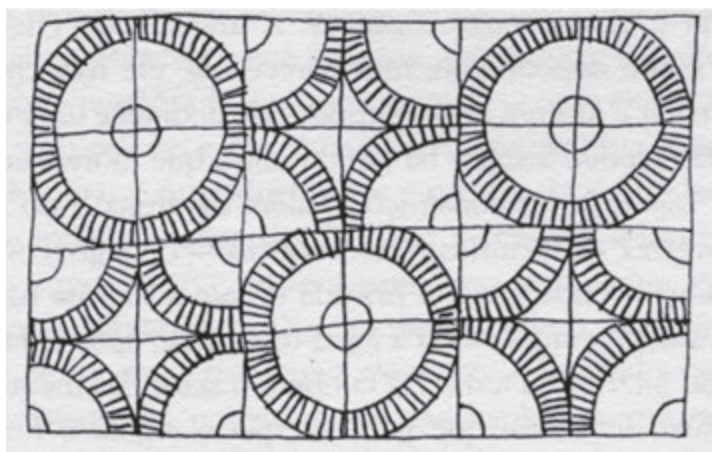
Un hombre y una mujer camino a la policía

—Yo tuve la idea de esta ciudad sentado en el retrete con el vientre apretado. El baño era muy pequeño y convencional, era como todos los baños, con azulejos beige en las paredes y losetas marrón en el suelo. Todos los accesorios también eran marrón. Pero eso no quiere decir nada. También conocí otros baños. Fue observando las formas que llegué de repente a la conclusión de que todo aquello, agigantado, podría dar una ciudad. Desde donde estaba sentado, veía a la izquierda el bidé y, más adelante, el lavabo, abajo del espejo rectangular. Es importante saber exactamente dónde quedaba cada cosa para comprender la ciudad. Nunca pensé en hacer de ella mi obra. Hoy, cuando la atravieso y confirmo aquí y acullá las mismas proporciones del baño —en una escala de millones de veces más grande, evidentemente— nadie me reconoce. No saben que yo soy el responsable de la forma como viven y, más que eso, por su supervivencia. Hoy cuando la atravieso, veo el gran estadio —la arena, como ellos la llaman— donde quedaba el bidé, y el palacio de gobierno donde era el lavabo. Nadie reconoce tampoco en esos inmensos edificios las formas de un baño. Todo lo que se les da pierde su origen. Ellos no se ven. Después dicen que no saben de dónde vienen. Van a decir, dentro de algunos años, sino es que ya lo dicen. Hoy, dicen que el palacio de gobierno queda en lo alto, suspendido, para evitar una revolución. Toda la oposición repite la misma cosa. ¿Cómo es posible que no vean que toda la ciudad fue inspirada en un baño

y que el palacio de gobierno por ser un lavabo, sólo podía estar en lo alto? ¿Tú ves? Quieren decir que fui ideológico, pero ni siquiera saben quién fui, hablan de quien construyó la ciudad, indefinidamente, como de un ente superior, abstracto contra el cual se rebelan. No saben lo que hacen. Cuando atravieso los parques y plazas que se suceden, recuerdo exactamente el día en que los concebí, en realidad una noche, mirando hacia los diseños circulares que las losetas formaban en el suelo. Tal vez esa haya sido mi idea más brillante en la urbanización de la ciudad. Las losetas eran de un mal gusto inigualable, pero su composición, de cuatro en cuatro, me llevó a la idea inicial de lo que tal vez hoy sea lo más agradable en todo esto. Cada loseta tenía una línea convexa que atravesaba, tangencialmente los dos lados consecutivos, y rodeaba un pequeño cuarto de círculo en una de las esquinas del cuadrado (el hombre diseña en la tierra para la mujer):



No es que el diseño no fuera especialmente inventivo u original. Pero mi apropiación de éste lo sería. Montadas de cuatro en cuatro, estas losetas formaban círculos y cuadriláteros con los bordes cóncavos intercalados. Estos últimos estaban formados por las mismas cuatro losetas que hacían los círculos, sólo que dispuestos de manera invertida, con los centros hacia afuera (el hombre diseña en la tierra para la mujer mientras habla):



Me di cuenta de inmediato que las inversiones, aparentemente un desorden en la composición, que podría haber sido sólo de círculos, estaban ahí para romper la monotonía, disfrazarla al menos, y que la perfección del funcionamiento de la lógica de las formas estaba en esa aparente imperfección. Los círculos, por lo tanto, serían las plazas, con fuentes en el centro, un gran espacio para peatones a su alrededor y, por fin representados por las líneas convexas, cuatro bloques de edificios curvos, segmentados en los cuatro puntos cardinales por la inserción de las losetas. De cada intervalo de éstos saldrían dos franjas divergentes y curvas que llevarían a las intersecciones de otros círculos, dispuestos en la diagonal en relación al primero. Estas franjas divergentes y curvas son hoy caminos en medio de los bosques y los parques que se intercalan con las plazas y están formados por la inversión de las losetas. Toda esa composición modal articula lo que hemos llamado por analogía, el pavimento. Son cerca de trescientos kilómetros cuadrados, no me dieron más, los que componen la base sobre la cual se yergue la ciudad.

Ni yo mismo recuerdo ya cuántos son los parques y plazas, ya que son tantos. En medio de ellos fue erguida la arena, donde acontecen las grandes reuniones, los juegos y las escenificaciones. La semana pasada, un hombre fue ahí a contar su historia y cantar algunas cositas. La arena se llenó para oír su testimonio, pero parece que él no llegó a decir nada y murió horas después. Esto sucede una vez por año. En promedio. Siempre hay uno u otro que muere sin decir nada. De las grandes construcciones, además de la arena y del palacio de gobierno, existe todavía el tanque —o lago, como ellos lo llaman— donde estaba el retrete y con la misma forma. El tanque acumula toda el agua de la ciudad, después de haberla rescatado del interior de la tierra. También está el sector de las máquinas, el complejo industrial que genera energía y regula el funcionamiento de la ciudad. Queda donde estaba la bañera, a la derecha del retrete, y está separado del resto de la ciudad por lo que ellos llaman cortina, una gigantesca placa divisoria transparente, en un vidrio especial que fabrican ahí mismo, y hay personas que no saben que existe porque no ven. Es lo que evita que los residuos industriales contaminen el resto de la ciudad. Salvo los grandes edificios circulares de las plazas y las grandes construcciones, el grueso de las habitaciones fue colocado verticalmente, a lo largo de lo que en el baño eran las paredes de azulejos. Ahí tal vez esté mi segunda solución más brillante. En el baño, entre azulejos lisos, había secuencias diagonales con motivos florales. Hoy son jardines suspendidos, parques verticales. Hace mucho tiempo que no los visito, pero los veo de lejos, y desde lejos pueden parecer verdaderos paraísos. La idea era romper la claustrofobia y el vértigo de esas habitaciones verticales, donde viven las masas, y creo que lo conseguí, si es que ellos dicen la verdad. Toda la ciudad está cercada por esas paredes de parques y habitaciones verticales.

Las intersecciones de los azulejos sirven de elevadores individuales en la vertical —pequeñas cápsulas una atrás de la otra y en movimiento continuo— y esteras rodantes en la horizontal. Cada azulejo representa un conjunto habitacional, pero no tengo idea de cuántas familias viven ahí. Sé que no debe ser una maravilla, pero en esas circunstancias, tú entiendes, intenté hacer lo mejor. El cielo —que también es llamado techo— reproduce la ilusión de un cielo azul celeste y de las nubes. En el centro hay una lámpara, capaz de filtrar y reproducir la luz y el calor del sol del lado de afuera a todas horas del día, pero mantengo siempre una estación intermedia, entre la primavera y el verano. Porque estamos en el subterráneo. Cuanto más cerca del cielo se llega, se ve mejor todo el sistema climático, concebido por un gran físico cuyo nombre no recuerdo y que murió poco antes de la inauguración de la ciudad, por eso nadie sabe que fue él quien hizo todo. Oí decir cierta vez que del centro de la lámpara se puede llegar a la superficie de la Tierra por un canal paralelo al que filtra el calor exterior. Pero no creo que se hubieran arriesgado a tal punto. Cualquier contacto con la superficie podría acarrear la destrucción de toda la ciudad. Cuando presenté mi proyecto inspirado en el baño, no creía que ellos tuvieran realmente la intención de construirlo. No pensaba que acabaría viviendo aquí. Hoy puedo decir que soy feliz en la ciudad. Vivo en un departamento de buen tamaño, para mí por lo menos, porque Mónica se fue, en el número 42 de la plaza 15. Todos los aposentos dan hacia atrás. Hacia el parque, por lo tanto, queda entre la plaza 15 y la 17. Hace algunos meses decidí ir al parque porque vi desde mi ventana una cosa extraña la noche anterior. Alguien caminando con una linterna entre los matorrales, buscando algo. Es raro que haya gente en los parques por la noche, ya que no hay luz, y la persona en cuestión caminaba

exactamente en dirección de un punto que, arquitectónicamente, nunca pude resolver: la fracción de círculo de las losetas que en las plazas acaba formando las fuentes, pero en los parques queda suelto, perdido. Aquello me hizo enloquecer, quedé muy afligido de que alguien caminara en la noche alrededor de aquel punto no resuelto en la articulación de los parques. Como la ciudad no debe tener coches, aquellas fracciones perdidas fueron concebidas inicialmente como respiradores de una red de transporte subterránea, pero después llegaron a la conclusión de que, cuanto menos las personas se movieran, mejor sería la calidad de vida. Por eso, todo mundo anda sólo a pie y las fracciones de círculo quedaron perdidas en medio de los parques, sin función. En realidad, ni los propios respiradores se construyeron. Existía sólo el proyecto y pequeñas plataformas de concreto marcando dónde debían iniciarse las obras. Hace algunos meses alguien estaba rondando una de esas plataformas, atrás de donde vivo. Esa persona no podía saber que yo supiera, que yo era el arquitecto y que vivía ahí atrás. Es verdad que la maleza creció en los últimos años, pero yo sabía que ella aún estaba allá, como las otras, una pequeña plataforma de concreto, una losa, señalizando dónde debían ser iniciadas las obras de la red subterránea. Desde la terraza de mi departamento, en el quinto piso, veo sólo los arbustos, los pinos, el sauce y los cipreses. Después de ver la luz rondando el lugar donde debía estar la plataforma en medio de la noche no pude dormir más. Ni siquiera con pastillas. Por eso decidí ir al parque. Al día siguiente, tomé el camino norte que lleva a la plaza 16 y lo abandoné poco después de los primeros metros. Caminé por el pasto, subí una pequeña colina y me interné en el bosque. Fue imposible encontrar la plataforma. Rondé por todos lados ¡y nada! Fui yo quien construyó la ciudad, debía saber dónde estaba la plataforma. Y era ahí mismo que

debía estar. Pero no estaba. La noche comenzó a caer y tuve que abandonar la búsqueda. Fue cuando vi las ventanas de mi departamento a unos quinientos metros y la luz de la sala que olvidé encendida e imaginé cómo sería verme desde ahí. Recordé que también tenía una cena y volví corriendo. Cuando estaba saliendo de casa, ya en el corredor, oí sonar el teléfono pero no regresé para atender. Debía ser Mónica, después de dos meses sin dar noticias. Diseñé esta ciudad para una joven bonita como tú. El nombre de ella era Mónica. Nos encontrábamos en el parque, caminábamos juntos, ella empujando una carriola. Un día le pregunté lo que pensaba de la ciudad que había hecho para ella, caminando al lado de ella, mientras ella empujaba la carriola. Ella me miró, sonrió y siguió caminando. Pero no regresé para atender. Ya estaba muy atrasado. Llegué a la cena casi a las diez. Todos ya estaban ahí. Yo sólo conocía a algunos. La cena fue servida en una mesa grande para veinte invitados, hacía tiempo que no comía así. Me senté al lado de una mujer de cabellos castaños que le caían sobre los hombros y ella decía que se le estaban cayendo a montones y no sabía qué hacer para que se le dejaran de caer. Una mujer con ojos pequeños como los de las mujeres en la superficie, que quedan así por causa de la luz tan fuerte. Una mujer muy simpática, que me habló del hijo, todavía bebé, de su familia, de la hacienda que habían tenido, me imaginé que había sido en la superficie, del sueño de volver a ver el sol de su infancia. Le dije que Mónica también decía las mismas cosas. Ella preguntó quién era Mónica. Le dije que no la veía desde hacía dos meses. Salimos juntos y descubrimos juntos, a medio camino, mientras caminábamos, que vivíamos en el mismo edificio. El departamento de ella también daba hacia atrás, hacia el parque. La llevé hasta su puerta, en el tercer piso, y seguí subiendo hasta la mía. Antes de despedirnos, ella me dijo

que necesitábamos vernos con más frecuencia, ya que vivíamos tan cerca. Yo coincidí sin atinar aún que, si vivía en el mismo bloque y tenía el mismo parque bajo su ventana, tal vez hubiera visto la misma luz que vi caminando en medio de la noche alrededor de lo que —sólo yo sabía— debía ser la losa, cubriendo el único punto no resuelto de toda la lógica urbanística, como un desagüe, el punto ciego. Sólo pensé en eso cuando ya había llegado a casa y miraba por la ventana el parque completamente oscuro en medio de la noche. Pensé en llamarla por teléfono, para preguntarle si no había visto también una luz ahí en medio de la noche como yo la vi, donde sólo yo sabía que estaba la losa. Pero recordé que no le había pedido su teléfono. Al día siguiente, deje un mensaje debajo de su puerta. Un mensaje de lo más tímido, proponiéndole que nos encontráramos cualquier día de esos. Ella me telefoneó dos días después, dijo que había estado ocupada y que por eso no había llamado. Nos reímos mucho y acordamos cenar al día siguiente en su casa. Ella abrió la puerta con la misma elegancia con la que me había contado sus historias durante la cena, en la que había bebido vino y hablado de la superficie, como Mónica con quien había atravesado las plazas a mi lado en medio de la noche. Ella estaba con el mismo vestido y yo con el mismo traje. Al entrar fui atraído por la ventana que recreaba el parque, de donde venía una ligera brisa, y por el pensamiento de que ella también debía haber visto, sin duda, la luz caminando en medio de la noche como yo la vi. Me fui aproximando a la ventana y toqué el pretil. Ella me dijo que era una bella vista y yo que era la misma que la mía. Ella me miró con la misma expresión tan elegante y nostálgica de la cena, mientras hablábamos de tantas cosas, de los mares en la superficie, por ejemplo, de la primera vez que vio el mar. Después puso un disco en la vitrola y chasqueo los dedos. Dijo que estaba feliz

de vivir ahí, mirando los árboles. Le pregunté dónde estaba su hijo y ella dijo que ahí adentro, está durmiendo. Caminó hasta la ventana y puso las manos en el pretil. Ella dijo que esa no era una prisión, aunque pudiera parecer. Era lo mismo que decía Mónica. Nos sentamos, comimos y conversamos sobre los otros moradores que conocíamos, los parientes más viejos que no conocieron la ciudad, sobre lo que habrían pensado de ella. Yo dije que la cena estaba deliciosa. Ella agradeció. Pregunté si salía mucho. Rió y dijo que no. Quería saber la razón de mi pregunta. Fue cuando le conté que había construido la ciudad y lo que había visto desde mi ventana. Cambió de repente. Era como todas las otras. Primero escuchó atenta, cada vez más atenta, para decir la verdad... Después perdió esa elegancia y la sonrisa. Quedó incomoda, sin saber hacia dónde mirar. Se levantó y comenzó a recoger los platos. Fue cuando pregunté si también había visto la misma luz dentro de la noche en el parque y, rispida, dijo que no, estaba durmiendo, no había visto nada. Poco después, yo ya estaba en casa, porque ella se había sentido mal súbitamente y me pidió que la dejara sola. Siempre es así, cuando cuento que construí la ciudad, pero contigo fue diferente. Pasé unas dos semanas sin verla y un bello día nos encontramos en la escalera. Ella estaba abriendo la puerta de la casa abrumada, con unas bolsas del mercado en los brazos. Yo estaba bajando y le di los buenos días. Me paré a su lado y le dije buenos días, repetí, porque pareció que ella no había oído. Cuando me vio, fingió que no, y repitió buenos días y tal vez algo más como si le hablara a un extraño. Yo dije que me había acordado de ella cuando, en la tarde anterior, vi una mujer corriendo por la plaza, con una carriola, como Mónica acostumbraba hacer, pero evidentemente no era ella, que ya estaba cerrando la puerta y diciendo que necesitaba darle de comer al bebé. Aquella noche,

vi la luz por segunda vez, caminando cerca del lugar donde debía estar la losa y, al día siguiente, ella había desaparecido y el bebé también, como Mónica y el bebé y las otras. Fui al parque aquella misma mañana y, aunque no había encontrado la losa, entendí por fin lo que estaba sucediendo. Caminando dentro del bosque, acabé encontrando decenas de carriolas vacías y abandonadas, aventadas en medio de los arbustos. Entendí por qué Mónica había desaparecido, me había dejado, y ahora ella y el bebé y tantas otras. Creían que aquella era una salida, cuando en realidad no lo era, yo sabía, porque fui yo quien la construyó. Deben haber encontrado la losa y creído que era un camino de regreso a la superficie, donde volverían a ver el sol y salvarían a los niños. ¡Qué aberración! ¿Salvar de qué, si la ciudad la construí para ella? Una ciudad donde cupiéramos nosotros dos, donde no hubiera mal tiempo. Se equivocaron y sólo yo sé que ahora están perdidas en túneles que iban a ser usados para un sistema de transporte subterráneo pero no fueron. Sólo yo sé que no hay salida de aquí, porque fui yo quien la construyó sólo para ella. Ya hice innumerables tentativas. Hace meses intenté alertarlos. Vine a la policía innumerables veces, para intentar salvarlas porque ahora están presas. Es por eso que desaparecen de repente y no pueden volver. Ya dije que la culpa es toda mía, por haber dejado aquellos puntos no resueltos, aquellos puntos ciegos. Nunca imaginé que alguien pudiera ver un punto ciego. Pero ellas lo vieron. Sólo que no entendieron que era sólo una marca, que revelaba toda la fragilidad de la ciudad. Creyeron que era una salida. Pero era toda la fragilidad. Te pedí venir esta vez para que les digas que estoy diciendo la verdad. Porque me perces una buena persona y contigo fue diferente. Tú no cambiaste cuando te dije quién era. ¿Dejaste tu carriola en casa? Tú no eres como las otras. Crees en mí. Tú me amas. ¿Tal vez? Ellos no creen

nunca. En nada de lo que digo. Ríen cuando les hablo de la ciudad. Me expulsan a puntapiés, sueltan a los perros, me insultan y me dicen que no regrese nunca más, pero yo regreso, porque es verdad. Dicen que yo debería estar en el manicomio. Si esta ciudad tuviera uno. Pero no lo tiene. Porque no lo construí.

TRADUCCIÓN DE CONSUELO RODRÍGUEZ MUÑOZ

♦ La alemana ♦

Yo no habría podido entenderlo entonces. Después, cuando regresé, muchos años después, mientras pasábamos por casualidad enfrente del portón de la misma casa y pregunté de quién era, oí toda la historia y entendí que había presenciado todo cuando era pequeño, sin darme cuenta de lo que estaba viendo, la misma escena, tal vez el momento más terrible de la vida de aquel hombre, como dice el otro, lo que desde entonces había pasado de boca en boca, por todo Río de Janeiro, y continuaba ahora que me contaban la historia, aún después de la muerte del señor Rothman. Finalmente entendí que había visto, sin entender, aquello de lo que todo el mundo hablaba sin haberlo visto.

Cuando llegué, ya no había nadie. Todos se habían ido. Tuve que regresar por problemas familiares y, en lugar de los amigos, encontré un batallón de enloquecidos dispersos por todos lados, en los restaurantes, en los taxis, en los bancos, en los periódicos, en la televisión. La distancia del mundo funcionó para este país como una pérdida de la realidad, como dice el otro. Se volvió una especie de depósito de locuras y neurosis. Para quien se quedo está bien. También se volvieron locos quedándose aquí. Tal vez fuera la geografía y fuera suficiente pisar aquí de nuevo para acabar como los otros. En el primer periódico que compré cuando llegué, todavía en el aeropuerto, un hombre ocupaba una página entera para hacer su autoelogio en un tono rabioso y sanguinario contra quien no estuviera de acuerdo, diciendo que fue el primero, y hasta entonces el único, en atreverse a hacer una

autocrítica. “Le duela a quien le duela”, decía al defender colérico que, por causa de la autocrítica, era al final de cuentas el mejor. Se le veía en la cara que no estaba satisfecho admirándose. Tenía que escribir con rabia, hecho un loco, para creer, porque estaba muriéndose de miedo de ver lo que era evidente: que, como los otros, había enloquecido. No era posible que creyera una sola palabra de lo que decía —no creería si estuviera sano.

Olvidé el periódico y llamé a Dios y al mundo, y no había nadie. Todos se habían ido. Volví a la hora equivocada. Salí antes de que comenzara la caída. Por eso no entendí nada, porque todos se fueron. Sólo recuerdo el tiempo cuando todo era normal, cuando todos estaban aquí —y ahora todo estaba vacío, peor, quedaron esos enloquecidos—. No viví la transición entre la ascensión y la caída. Tenía que quedarme por lo menos algunos años por causa de problemas familiares. Sobre todo ahora que ya no había nadie.

Las circunstancias acabaron dando un rumbo a la impresión de deriva que tuve en cuanto llegué y me fui aproximando naturalmente a las personas que nunca fueron cercanas pero que acabaron quedándose. Es horrible decir eso, pero las circunstancias me enseñaron a apreciar gente con la que nunca había intercambiado más de dos palabras, por accidente. Mencionar el nombre de esas personas ahora sería por lo menos indecoroso, si no una traición a nuestra amistad que finalmente, creo, aunque circunstancial, acabó siendo sincera, como dice el otro. Entre los nuevos amigos había una pareja que me invitaba frecuentemente a pasar los fines de semana en la casa que tenían en Itaipava. Una de esas veces, cuando íbamos a una comida por ahí cerca, por un caminito de piedra y tierra, pasamos enfrente de aquel porción de hierro y yo, desde el asiento de atrás, pregunté de quién era aquella casa. Creo que cuando pregunté era porque ya había reconocido algo y cuando la mujer me dijo el apellido Rothman

inmediatamente recordé también la entrada de piedra que, del otro lado del muro, más allá del portón, llevaba por más o menos un kilómetro, dentro de un bosque, hasta la casa, y de la casa en el terreno plano, un enorme jardín, con un río corriendo al lado, como si fuera un río artificial de tan perfecto en sus curvas, el sauce curvado sobre el agua, los pinos alrededor y los cerros cubiertos de árboles. Pasamos por el portón de hierro, cerrado, y me dijeron que la casa estaba abandonada, me contaron toda la historia, como si fuera la cosa más natural del mundo, y mientras hablaban entendí por fin lo que había visto y entendido de cierta manera sin entender. Porque no debe haber sido por casualidad que aquella escena quedó guardada por tanto tiempo en mi cabeza, adormecida, esperando el día en que finalmente sería despertada por una explicación.

Yo debía tener más o menos ocho años. Mi padre siempre fue un antisemita declarado, lo que era más fácil asumir en Brasil que en la Europa de la posguerra. Mientras formó parte del consejo del Country Club, vetó la entrada de por lo menos cinco nombres, sólo porque eran judíos y, por su causa creo, el consejo se ganó la fama de antisemita, lo que era visto aquí más como un signo de carácter y estatus que de prejuicio y racismo, y varias personas abandonaron la idea de candidatearse como socios, temerosas de la humillación. Ni por eso los Rothman demostraron, por lo menos una vez, ningún tipo de rencor o rechazo, nunca hicieron ningún comentario, por el contrario, fueron siempre muy amables conmigo, como si fuera su propio hijo, como dice el otro. Principalmente la madre, doña Esther. El padre, el doctor Hugo, era más reservado. Tal vez porque era también el más viejo. Yo sólo sabía que era alemán y que había huido durante la guerra. Yo era el mejor amigo de su hijo más pequeño, Bruno. Era el único niño. Los Rothman tenían otras cuatro hijas, todas

más grandes. Bruno era mi compañero de clases. Creo que puedo decir que era mi mejor amigo, o mi único amigo, como dice el otro, porque andábamos juntos como si fuéramos uno solo. La pareja del coche me dijo que él se había casado con una italiana y que ahora vivía en Milán. A pesar de antisemita, mi padre nunca impidió que yo pasara los fines de semana en la casa de los Rothman cerca de Itaipava ni nunca dijo nada contra ellos frente a mí. Creo que por eso me tardé tanto en entender que eran judíos.

En uno de esos fines de semana hubo una comida —siempre había una gran comida los domingos, pero en esta ocasión fue especial porque pusieron las mesas afuera, en el jardín, y había más mesas y empleados que de costumbre—. Las mesas redondas. Percibí que sería una comida especial cuando vi la cantidad de coches entrando por el camino de piedra mientras nosotros jugábamos en la casa de madera que ellos habían construido para los niños arriba de un árbol del bosque. Bruno me dijo que habían invitado al cónsul de Israel y, por primera vez, nosotros íbamos a comer en la cocina. Yo no sabía lo que era un cónsul e imaginé que debía ser una especie de príncipe. Estaba muy lejos de eso. Era muy gordo y, al lado de los Rothman, su aspereza física, además de la forma como hablaba, gesticulaba y comía, lo volvía de alguna manera desagradable aun ante los ojos inexpertos de un niño.

Comimos primero en la cocina, pero después fuimos a jugar al jardín. Un mero pretexto para ver a los invitados. En la mesa del doctor Hugo estaban el cónsul, su esposa, tan horrible como él, otros dos hombres más jóvenes y una mujer de cabellos blancos y lentes con cristales muy gruesos. Doña Esther estaba sentada en una mesa más lejos y de vez en cuando abandonaba la conversación, dejaba de sonreír y miraba impasible hacia el ma-

rido. Es todo lo que recuerdo. Intento acordarme de cuando llegaron, cuando entraron a la casa, cuando se bajaron de los coches —el cónsul, su esposa y la otra mujer de cabellos blancos vinieron en el mismo coche, con un chofer que había comido con nosotros en la cocina—. Pero no me acuerdo de nada antes de la comida. Puede ser mi imaginación, como dice el otro, ahora que sé toda la historia, pero recuerdo que pasaba algo extraño en la mesa del doctor Hugo, estaba diferente aquel día, pero yo no sabía explicar por qué. Ahora me acuerdo de él más tenso y entiendo finalmente la razón. Lo más extraño es que fue después de que la pareja me contó en el carro la historia de los Rothman que recordé que nunca más había regresado después de aquella comida.

Después de la comida, los invitados se levantaron y se dispersaron por el jardín. Doña Esther salió con un grupo y nosotros fuimos hacia el bosque. No era difícil que las niñas se metieran con nosotros —Bruno y yo, que éramos uña y mugre—. Fue sólo porque nos corrieron de la casa del árbol que regresé solo a buscar las raquetas y lo vi todo. Cuando las hermanas no dejaban que Bruno hiciera alguna cosa, él se moría de coraje, comenzaba a llorar y no quería hacer nada más. Comenzó a aventar piedras a la casa del árbol después de que ellas habían recogido la escalera de cuerda, que era el único acceso. Pero no tenía fuerza suficiente y las piedras no llegaban muy lejos. Se sentó en el suelo y empezó a llorar. Le pregunté si quería jugar tenis y dejó de llorar balanceando la cabeza sin mucha convicción como si tuviera vergüenza de decir que sí y desistiendo de la casa del árbol tan rápido después de tanto drama. Regresé corriendo para buscar las raquetas mientras él iba directo a la cancha de tenis para poner la red.

Las paredes de la casa eran del color del ladrillo con enredaderas subiendo por casi todos los lados y los umbrales de las puertas

y de las ventanas eran de *pedra-sabão*.¹ Muchas veces después soñé con aquella casa. Regresé corriendo por el camino de piedras y de lejos vi que ya no había nadie en el jardín además de las empleadas que recogían las mesas. Entré despavorido, como dice el otro, y subí las escaleras de dos en dos escalones, agarré dos raquetas en el cuarto y bajé corriendo, pero antes de salir de nuevo recordé que en la víspera había dejado el bote con las pelotas en una de las salas del piso de abajo. El piso de abajo tenía dos salas que estaban de frente y una que daba hacia el río, al lado del jardín de invierno. Era donde el doctor Hugo guardaba los libros y nosotros acostumbramos jugar bagamón. No sé por qué había olvidado ahí las pelotas, en la biblioteca. Caminé hasta la puerta con las raquetas debajo del brazo y empujé la puerta que estaba entreabierta sin pensar que alguien podía estar ahí dentro, porque todo mundo había salido. No vi inmediatamente, porque entré apresurado, con la cabeza baja, yendo directo hacia donde había dejado las pelotas, en el suelo, al lado de la poltrona, a la izquierda de quien entraba. Acabé dándome cuenta de que no estaba solo. La mujer de cabellos blancos y lentes gruesos estaba sentada en una poltrona de piel, de espaldas a la ventana, frente a mí, y el doctor Hugo estaba de pie cerca de la ventana, mirando hacia afuera, de espaldas a ella. Ella me estaba mirando con las manos sobre las mejillas, los ojos embotados y muy abiertos como si estuviera aterrorizada consigo misma, con algo que sucedía dentro de su propio cuerpo y no en el exterior como si de repente se hubiera dado cuenta de que se estaba sofocando o muriendo o hubiera sido alcanzada por una bala, y la boca estaba abierta como

¹ Variedad de esteatita de gran plasticidad, por su resistencia y dureza puede ser comparada con el mármol. Es una piedra muy usada para esculturas y ornatos arquitectónicos asociada al Barroco brasileño. (N. de la trad.)

si quisiera pedir ayuda pero no tuviera voz, congelada después de un susto o estuviera siempre a punto de las lágrimas, en un espanto, sin poder llorar más porque estaba obstruida. Me miraba pero, los lentes estaban en su cuello, creí que en realidad no me veía. Quedé inmóvil y el doctor Hugo se volteó de la ventana y me encaró y, a pesar de mi aflicción por darme cuenta de que había entrado en un momento equivocado, como dice el otro, era obvio, la expresión de él no era de reprobación, no imponía el respeto y la distancia que normalmente su figura provocaba, en mí, por lo menos. Tenía los ojos rojos e hinchados y por primera vez sentí de alguna manera que estaba más cerca de mí, de alguna forma estaba pidiendo, pero yo no sabía qué, no comprendía, estaba pidiendo mi comprensión, y la mujer de cabellos blancos también, pidiendo que por favor saliera de ahí y olvidara para siempre lo que había visto.

En el coche, la pareja me contó que el dueño de la casa había huido de la guerra de Alemania y venido para Brasil, donde abrió una fábrica de papel, se casó y tuvo cinco hijos, como si no lo supiera. Al principio oí en silencio. La joven dijo que había sido compañera de una de las hijas, Andrea, en la primaria, y el marido preguntó si era bonita. La mujer alzó los hombros, dijo, normal, y continuo contando la historia. Cuando las niñas eran adolescentes, él dio una comida para el cónsul de Israel que le quería presentar a la curadora del museo de arte contemporáneo de Tel Aviv. Ella estaba en Brasil buscando donaciones y financiamientos. El señor Rothman la reconoció en cuanto llegó. Realmente era curadora del museo de arte contemporánea de Tel Aviv y estaba buscando financiamientos, pero no era eso lo que la había llevado a la casa de los Rothman. El pretexto, como dice el otro, fue la única forma que encontró para llegar hasta ahí sin provocar un conflicto. Pero calculó mal, porque fue eso lo

que provocó, si no en los otros, por lo menos en él, que fue tomado por sorpresa cuando oyó el barullo de los coches y fue hasta la puerta de entrada y la vio bajando del coche del cónsul, pero eso yo no lo vi, porque a esa hora estaba en la casa del árbol.

La pareja no sabía que yo había conocido a los Rothman y me contó la historia rápidamente, sin muchos detalles, y era yo quien tenía que estar preguntando, pero ellos tampoco sabían mucho, la joven dijo que él, el señor Rothman, creía que aquella mujer había muerto cuando dejó Alemania. La habían llevado a un campo de concentración, que la pareja no sabía bien cuál, aunque creían que era Auschwitz, sobrevivió sabe Dios cómo y acabó en Israel. Pregunté si la familia no sabía que él había tenido una primera mujer y la mujer volteó hacia atrás y dijo que sabían pero pensaban, como él, que había muerto. Antes de casarse de nuevo en Brasil, él intentó encontrar rastros de la primera mujer, la alemana, pero no pudo encontrarla. El marido me preguntó con la mano en el volante si me podía imaginar lo que era de repente, para aquel hombre, viviendo satisfecho con la familia del otro lado del mundo, ver aparecer a la primera mujer así, sin más ni menos. De la nada. No respondí y me voltee hacia atrás, pero el muro de la casa de los Rothman ya había desaparecido hacía mucho tiempo.

Cuando regresé a Río otras personas me contaron que ella se llamaba Deborah Appelfeld. El mismo día de la comida ella tomó el avión de regreso a Tel Aviv y nunca más regresó, ni para el entierro de él, tal vez porque había muerto antes o nunca haya recibido la noticia —nadie lo sabía con certeza. Dos años después de la comida, al doctor Hugo le diagnosticaron cáncer en el intestino. Le hicieron muchas operaciones, pero al final los médicos dijeron simplemente a la familia que él no quería vivir y lo dejaron morir en paz.

Yo ya casi había olvidado la historia, hacía más o menos un año que había regresado, cuando encontré a Bruno en una fiesta. Una coincidencia, como dice el otro. Estaba en Brasil visitando a su madre. No lo habría reconocido si lo hubiera visto en la calle, lo que para mí era muy extraño, una sensación semejante a mirarse en un espejo por la mañana y ver otra cara. Se había vuelto un hombre gordo, de barba y lentes. Los cabellos de las sienes se le estaban poniendo grises. El rostro se le había hinchado. Yo estaba conversando con una mujer muy nerviosa, que se comía las palabras con miedo de que yo no tuviera paciencia de oírla hasta el fin, lo que precisamente dificultaba el entendimiento y el interés, extenuando mi paciencia, cuando lo vi aproximarse. Él me llamó por mi nombre, preguntó si yo era yo, y yo, no sé por qué, por nervios creo, dije que era pero me hice el desentendido como si ya no supiera quién era él. Porque a pesar de la diferencia física, que me habría impedido reconocerlo en la calle, cuando dijo mi nombre no tuve más dudas. Aún así hice una expresión del más completo desconcierto, lo que, como el mal actor que fui siempre, le debe haber dado la peor de las impresiones. Hice aquel gesto infame y quedé esperando que él se presentara, lo que hizo perplejo y con una ligera sonrisa en el rostro, como si hubiera percibido el juego y no pudiera contener el desencanto con relación a la persona que me había vuelto, una aberración. Me dio tanta vergüenza que no pude revertir el malestar. Cuando finalmente se presentó, la euforia del reconocimiento fue proporcionalmente opuesta a la frialdad inicial y por lo tanto igualmente falsa. Fue cuando me di cuenta que volver a este país me había hecho sentir de nuevo vergüenza de expresar mis sentimientos —me estaba pareciendo a los otros—, vergüenza de abrazarlo o de demostrar las lágrimas en los ojos, de alegría al verlo acercándose, antes de que dijera mi nombre,

porque éramos uña y mugre, como dice el otro. Me dijo que pensaba que yo estaba en San Diego y yo dije lo mismo con relación a él en Milán. Después comencé a disculparme, porque no sabía qué hacer con las manos o hacia dónde mirar, con miedo de que viera en mis ojos, cómo, después de tantos años, todavía era mi mejor amigo y como eso era importante para mí.

Fue él quien dijo que le gustaría verme, podíamos hacer algo y me dio el teléfono de donde estaba, porque yo no había tenido valor. Dos días después, nos encontramos en el restaurante del Intercontinental. Cuando el mesero vino, él pidió agua mineral y, cuando le pregunté si no bebía, sonrió sin gracia y movió ligeramente la cabeza sin mirarme a los ojos. Prefería quedarse en el hotel a tener que regresar a la casa de su madre, aunque fuera por pocos días. Además, por si fuera poco, la casa estaba llena y no quería incomodar a nadie. Me habló del casamiento. Conversamos sobre la caída del país, las respectivas familias. Hablé de la enfermedad de mi padre y, de repente, cuando los temas se habían agotado y comencé a estar nervioso con el silencio, le dije que nunca le había dicho nada pero que había visto al doctor Hugo con la alemana en la biblioteca. Él escuchó callado y después me dijo que el padre tampoco había dicho nunca ni una palabra a nadie, a no ser a la madre, y después de su muerte ella decidió contarlo a los hijos, diciendo que, ya que Río de Janeiro entero lo sabía, no veía porque ellos, que eran los hijos, no debían saberlo también y prefería que fuera por ella y no en la calle.

Doña Esther les dijo a los hijos que aquella mujer había sido la única pasión en la vida del padre. Ella siempre lo supo. Cuando la alemana bajó del coche del cónsul, el doctor Hugo estaba en la puerta de la casa pero doña Esther no, estaba en la cocina ayudando a preparar la comida. Los dos se miraron de lejos, él y la alemana, después de casi treinta años, y ella lo saludó con la

mayor discreción cuando la presentó el cónsul, como si nunca lo hubiera visto en la vida, pero él no estaba preparado. Después, ya en la sala, doña Esther le preguntó si estaba bien y él no dijo nada, puso la mano en la cabeza, pidió permiso y se retiró. Ella se disculpó por el marido, dijo que debía ser la presión baja, como dice el otro, y, después de ordenar a las empleadas que sirvieran los aperitivos, subió al cuarto y lo encontró tirado en la cama. Dijo que necesitaba estar solo y le pidió que saliera. Cuando ella regresó a la sala, supo por el cónsul que la curadora había vivido en Berlín antes de la guerra y conocido a varios expresionistas, por primera vez le pasó por la cabeza una sospecha que inmediatamente descartó creyendo que sería demasiado inverosímil. Pero era verdad. El doctor Hugo volvió a reunirse con los invitados en la sala. Pidió disculpas por el malestar mientras doña Esther lo observaba intentando comprender pero tal vez no, porque sentía que tal vez fuera mejor no, y la alemana, después de verlo reaparecer en la puerta, no sabía más hacia dónde mirar, porque, como iba a decirle después, sólo al pisar aquella casa fue que finalmente había entendido el error, que su estrategia tal vez no fuera la más lúcida, la mejor. Él se portó perfectamente antes y durante la comida. Fue amable con aquella mujer y dijo que no se podía comprometer en aquel momento pero iba a pensar con mucha atención en la posibilidad de contribuir para el museo. Durante la comida, fue ella quien estuvo más tensa, y no el doctor Hugo, como yo había visto. Fue ella la que, durante la comida, perdió la voz, sin que el cónsul entendiera —pues así también iba acabar perdiendo la oportunidad de una donación—, y por eso insistió en que hablara más, cuando ya no podía, sobre el proyecto del museo.

No fue por casualidad, como dice el otro, que doña Esther propusiera una caminata por el campo después del café. Fue has-

ta la mesa donde estaba su marido e invitó al cónsul, a su esposa y a los otros dos, que yo no sé quiénes eran (Bruno no se acordaba que había otros dos), pero a la alemana no, lo que, por un breve instante, causó cierta contrariedad, hasta voltear hacia el esposo y decir “¿Por qué no le muestras los cuadros a Deborah?” Ella pidió que la llamaran así y el tono íntimo y delicado con el que doña Esther lo dijo, mientras ponía la mano sobre el hombro de la alemana, hizo que la propuesta pareciera muy convincente y natural a todos, y no sólo porque la invitada era la curadora del museo de Tel Aviv sino también porque las dos habían simpatizado. Pero no era eso.

Sólo después de que se habían ido los invitados el propio doctor Hugo le contó todo a su esposa, desesperado, mientras le escurrían las lágrimas por el rostro y ella le apretaba la mano. Contó que, cuando ella salió con los invitados por el campo, él y la alemana se quedaron sentados en la mesa pero que apenas podían mirarse uno al otro hasta que él propuso que fueran a ver los cuadros. La llevo a la biblioteca, donde había un pequeño diseño de Max Beckmann, el retrato de un hombre de traje y sombrero. Ella pasó las manos por los ojos cuando lo vio y se disculpó. Él dijo que no tenía por qué. Y ella dijo que no creía que sería así, juró que no lo creía. Él le contó esto a la esposa, después, sin saber más cómo expresarse, sin creer que las frases tuvieran más sentido mientras hablaba.

Bruno dijo que, a la primera oportunidad después de mudarse para Milán, decidió ir a Tel Aviv a buscar a aquella mujer. No tenía la dirección, pero sabía que bastaba con entrar en contacto con el museo de arte contemporáneo. Aunque ella no estuviera más ahí, sabrían algo. No quiso hacer eso antes de llegar a Tel Aviv. Quería agarrarla desprevenida, no dar ningún margen para el rechazo. Al contrario de lo que pensó, ella no mostró ninguna

resistencia, ni siquiera duda, cuando la telefoneó, dijo quién era y que quería verla. No puso ninguna dificultad, dijo que estaba bien, se podían ver cuando él quisiera. Fue a su departamento esa misma tarde. Era un departamento sencillo en una calle llena de árboles, lo que le hizo recordar la del Redentor de nuestra infancia, cuando todavía podíamos jugar en la calle, como uña y mugre, sin el peligro del asalto, como dice el otro. Quedaba en el tercer piso pero en el fondo, era como si fuera todavía la planta baja, porque había una especie de patio externo de cemento en cuyo centro ella había construido una fuente y donde había esparcido decenas de plantas. Para él, el resto del departamento era sólo una sala grande y aireada, blanca, con pocos muebles y una sola acuarela de un artista israelí que no conocía y ocupaba prácticamente toda la pared. En realidad, se quedó más o menos una hora en el departamento de la señora Appelfeld, Deborah, como siempre lo corregía, en inglés, con un acento tan fuerte que a veces pensaba que estaba jugando, haciéndolo a propósito. “You can call me Deborah”, y durante una hora se quedaron sentados en el patio, uno enfrente del otro.

Al principio, fue una sorpresa para él, que pensaba que ella se iba a emocionar al verlo, ya que no había puesto ninguna objeción, iba por lo menos a conmoverse, pero no, lo recibió normalmente, sin ninguna conmoción, no pareció triste, más alegre que triste, pero no de una manera resplandeciente, sonriendo de vez en cuando, cuando él contaba alguna cosa que ella consideraba más graciosa o reconocía en él un gesto del padre pero no lo decía. Aquella conducta, que no podía ser más natural, lo dejó perplejo y, a veces, sin tener nada que decir. Era cuando dejaba esa posición de observadora, siempre con la misma calma, que hacía una nueva pregunta, sobre las hermanas y su esposa, sobre Milán o Río y la casa de Itaipava, y él podía recobrar el aliento y

continuar el discurso de las amenidades, cuando pensaba que ya había agotado todas y sólo les faltaba encarar lo que era duro y penoso, lo único que de hecho los unía, la única razón por la cual él estaba ahí.

Al final, dijo que se iba y ella agradeció la visita, le pidió su dirección, dijo que un día le iba a escribir y que él le recordaba mucho a su padre. Fue el único momento en que mencionó al padre, cuando Bruno ya estaba en la puerta, después de una hora sin tocar el único asunto que le interesaba ahí, la única razón de haber ido a Israel, porque se intimidó, por alguna razón sintió que no sería justo hablar del padre, tal vez por respeto a ella, se quedó mirando perplejo y en ese instante ella le dijo que no se preocupara, que le iba a escribir.

Dos meses después de la comida en el Intercontinental, cuando él ya había regresado a Milán, me mandó una copia de la carta que la alemana le había escrito el mismo día que la había visitado pero que sólo recibió dos años después.

Ella lamentaba haber sido tan descortés, pero tenía la impresión de que él había comprendido y por eso creía que no necesitaba explicarse. Decía que lo que ella era era lo que podía ser, que él era un joven encantador y al verlo recordó todas las razones por las que se había enamorado un día de su padre y olvidó todas las que había inventado para olvidarlo después de la comida en Itaipava o quizá antes, cuando llegó a Israel, pensando que él estuviera muerto e intentando encontrar fuerzas para no morir también. Dijo que había decidido hacía mucho tiempo no justificar más sus actitudes, no explicarse cuando era descortés, porque creía que merecía ese alivio de no preocuparse más por los otros, de finalmente vivir en paz, y tal vez hubiera llegado a esa conclusión sólo porque no tenía a nadie más en la vida, nadie por quién preocuparse, veía tanta gente que había

sufrido tanto como ella y que continuaba sin darse el lujo de esa paz de actuar como pudiera entender sin la necesidad de justificaciones, pero cuando lo vio, después de que la dejó en el departamento de Tel Aviv, sintió por primera vez en años que debía una explicación a alguien y esa justificación era la historia de ella y del doctor Hugo. Decía no tener la culpa de nada, para ella nadie tenía culpa de nada.

Se conocieron cuando estudiaban en Jena, en 1928, y sólo se volvieron a ver en Berlín, por casualidad, en un restaurante, en 1936. Ella estaba sentada en una mesa con una amiga y él la vio de lejos. Se levantó de donde estaba y fue hasta su mesa, dijo su nombre y ella lo abrazó y comenzó a llorar como una niña, porque de alguna manera ya se sentía desamparada, la casa donde vivía había sido atacada por un grupo de jóvenes nazistas pero ella, como él, no entendía que el problema estaba ahí, que estaban en el epicentro del peligro —y mientras leía, yo pensé en Río—, creían que era el mundo, que estaban perdidos en el mundo. Se casaron un año después y, aunque todos sus amigos comenzaron a irse, ellos creían todavía que las cosas iban a mejorar, cuando ya no había nadie más, siempre creyeron que las cosas iban a mejorar y se quedaron hasta caer, como dice el otro.

Fueron separados en el último minuto, en 1943, cuando los llevaron a Sachsenhausen. Ya vivían en la clandestinidad cuando los apresaron y desde aquel día ella no lo vio más o escuchó hablar de él, hasta recibir una lista de los patrocinadores de una fundación para la investigación científica en Israel, hasta encontrarlo en Itaipava, donde él le contó prácticamente todo y ella oyó. Ella le dijo a su padre todo lo que pudo, que sobrevivió, como podía ver, no sabía cómo y, después de intentar encontrarlo, desistió y se fue para siempre de aquel lugar, que no podía ver más, hacia donde no pudiera reconocer nada, al contrario de lo que decían

los que regresaban a la tierra que siempre había sido de ellos, ella no regresaba a ningún lugar, no habría ido a Palestina si hubiera sido así, iba a donde no pudiera tener ningún tipo de reconocimiento, donde todo fuera extraño, lo suficiente para no dejarla recordar ninguna cosa, de él más que nada, le dijo todo lo que podía en la casa de Itaipava pero no que todavía lo amaba, en ningún momento, porque creyó que sería obsceno, y fue eso lo que la destruyó para siempre y a él también, según ella, descubrieron que decir lo que seguían sintiendo treinta años después se había vuelto obsceno, porque no podían reconocerse más, eran extraños, se habían perdido y habían perdido, cada uno hacia un lado, quiénes habían sido. Lo que no podían recordar, todo lo que habían olvidado, no era nada comparado a lo que ahora recordaban y ya no podían decir. Ella dijo eso en la carta.

El doctor Hugo le contó que cuando se separaron no fue por casualidad, y la vergüenza de ese instante fue tanta que pidió perdón sin entender que no tenía la culpa de nada. “Regresaría todo atrás” dijo y ella movió la cabeza sonriendo con los labios apretados y los ojos llenos de lágrimas. “Intenté encontrarte”, continuó él, se acercó a ella, le tocó el hombro con respeto y temor, como si con sólo tocarla pudiera romperla y al mismo tiempo como si tocara la imagen de un dios, pero después se alejó y ella se quedó con los brazos rígidos doblados en el regazo. Dijo Dios mío bajito, y ella cerró los ojos. Ella dijo que él no era responsable de nada. Él dijo que fueron separados a propósito y, sin que ella se diera cuenta que era a propósito, él gritando el nombre de ella y ella el de él, fue llevado a una sala como un animal, hasta que entró un oficial, que lo había visto en medio de la multitud y él creyó que lo conocía pero no sabía de dónde, y ese oficial le comenzó a gritar, dijo que era mejor confesar de una vez, preguntó dónde estaban los papeles que había robado, gritando, y él,

sin saber de lo que estaba hablando, asustado, hasta recibir un garrotazo en la cabeza y desmayarse. Cuando despertó, estaba en el sótano de una casa en Hamburgo. Sólo después de que le dijeron que tenía que irse de Alemania, había tenido mucha suerte y buenas relaciones, fue que se acordó del rostro del oficial nazista y de aquel hombre muy delgado al lado de la mujer que, cinco veranos antes de la clandestinidad, le agradeció con lágrimas el haber salvado a su hijo de doce años en el mar Báltico. Salió del país, con un pasaporte falso que le dieron, y pidió ayuda al consulado brasileño en Lisboa, pues no tenía a nadie más a no ser una par de primos en São Paulo.

Ella se sentó en una poltrona y él caminó hasta la ventana. Se quedaron así, cada uno de un lado, uno a espaldas del otro, por mucho tiempo según ella, hasta que un niño entró a la biblioteca corriendo que hasta el final ella creyó que era Bruno, hasta el final, y, aún después, siguieron ahí parados, hasta que los invitados regresaron del paseo. Se estaban despidiendo. Ella dijo en la carta a Bruno que cuando él entró a la biblioteca, pero no era él, ella entendió mejor que nunca que se estaban despidiendo, ella y su padre, había ido a Itaipava sólo para despedirse.

La carta fue escrita inmediatamente después de que Bruno dejó el departamento de Tel Aviv, pero él sólo la recibió dos años después. Fue el notario de ella quien la mandó. Había también un recado en el que decía que Deborah Appelfeld había muerto un mes antes de cumplir sesenta y dos años. Puede parecer egoísmo, pero la primera cosa que me vino a la cabeza a esa hora, como dice el otro, fue que murió sin saber que él era yo.

TRADUCCIÓN DE CONSUELO RODRÍGUEZ MUÑOZ

MÁRCIA DENSER (São Paulo, 1954). Es cuentista, novelista, periodista e investigadora literaria. Su primer libro de cuentos *Tango fantasma* (1977) le abrió las puertas al ejercicio del periodismo, ya que ha colaborado en diversas publicaciones periódicas como *Nova*, *Folha de São Paulo*, *Interview*, *Vogue*, *A-Z*, *Salles Interamericana de Publicidade*; al igual que en el sitio de Internet *Congresso em foco* en el que participa actualmente. Su obra literaria es sumamente extensa, en ella se destaca el ya mencionado libro de cuentos *Tango fantasma*, el relato *O animal dos motéis* (1981), los libros de cuentos *Exercícios para o pecado* (1984) y *Diana caçadora* (1986); así como las novelas *A ponte das estrelas* (1990) y *Caim* (2006).

“[...] la puerta de otro universo se abrió: el de la Literatura, marcando el inicio de un proyecto de vida que mantendré hasta la muerte”.

Los cuentos “Adriano.com” y “Las laderas de Aclimação”, pertenecen al libro *Toda prosa II* (Río de Janeiro, Record, 2000).

♦ Adriano.com ♦

Con los lentes puestos tenía un aire depravado, exactamente lo contrario de lo que debería, evidenciando los labios sensuales, unos ojos oblicuos, los cabellos en estudiado desaliño.

Nacida en 55, Julia Zimmel era judía, refinada, escritora y todavía una bella mujer, principalmente con aquellos lentes claros, transparentes, además, los hombres adoran eso: siempre las prefieren *bizcas*.

Los lentes acentuaban ese aire idiota (ellos también adoran a las mujeres idiotas) y ¿decirse judía y escritora no sería un acto de fe? No, piensa Julia: es una vocación para la infelicidad, algo visceralmente fuera de moda, lo mismo que tener cuarenta y cinco años, ocho kilos de más y todas las ilusiones a menos, verificado con la prueba del nueve: no exageres, Julia, ni todas.

El sexo, por ejemplo, nunca había sido problema, problema moral, quería decir, y si no había pecado, culpa no había, nada más allá de remordimientos de orden estético —lo que significaba coger con oficinistas, mensajeros y acompañantes anónimos medio aleatoriamente, después arrepentirse amargamente y quedarse dormida en el baño. En los confines de los años 80, esa había sido la fase de la promiscuidad, algo actualmente impracticable y aún más, fuera de moda.

Porque el sexo ahora era todo un problema, pensó Julia examinándose en el espejo.

En estos tiempos descoloridos se impone el maldito patrullaje en nombre del “sexo-seguro-anti-sida”, tan eficiente que Moi-

sés se avergonzaría de su decálogo y respectivas prohibiciones y amenazas con el fuego de la Gehena, imagínate, que el infierno es aquí mismo, donde es casi imposible materializar el cuerpo del deseo, convertido en una especie de martirio tantalizante de tener todo tan cerca y, al mismo tiempo, intangible. En realidad, el patrullaje social es el moderno sucedáneo de la ley mosaica.

Porque Julia detestaba quedarse sólo en la imaginación —además, no tenía mucha imaginación—, se inclinaba por lo que podía agarrar y agarraba lo que podía.

Comenzaba a tener vergüenza de sentir deseo.

Entonces por razones de afuera y de adentro (y la edad era un *hecho*) tenía que deshacer el deseo mientras la imagen en el espejo le desmintiera la paranoia, sugiriendo que, por ahora, nada tendría que desbaratar, su cuerpo todavía perdonaba las ropas y los hechos abstractos de orden cronológico.

Entonces el problema era la edad de aquel Gabriel.

Cuando él le dijo que tenía 30 años, Julia sintió un zumbido distante, como si se le saliera el aire, como si se desmayara. Porque él dijo la edad *intencionalmente*, la mirada falsamente distraída, una sonrisita imperceptible en la comisura de los labios, atento a mi reacción, el hijo de puta. Y Gabriel era un hombre guapo, diríamos, no del tipo explícito, del tipo comercial de gillet. Era más de la línea de *casual look*.

Era un joven arquitecto. No. Un arquitecto joven. No. Era un joven, arquitecto de profesión y escritor por vocación. Tal vez. Era muy joven de cualquier manera. En el futuro tal vez se volviera más escritor que arquitecto, o igual podría ser al contrario. Sabía por experiencia que las personas bonitas no escogen la literatura por destino (y si lo hacen han de ser geniales, lo que no era el caso) porque no es una profesión, más bien una vocación

para la infelicidad, incluyendo el celibato como requisito para casarse con la humanidad.

En dado momento de la vida, Julia también había vendido su alma, había hecho su voto —esa especie de moratoria al revés, de compromiso no escrito con la divinidad, de desobligarla de marido & hijos y condenarla a la soledad y la promiscuidad, a la persecución del pecado perfecto, atándola voluntariamente y para siempre a las cadenas de la condición humana.

Humanidad que además anda muy deshumana últimamente, suspiró Julia mientras apagaba la computadora, cerrando las ventanas: se volvió algo así como una poshumanidad de la cual, presumo, este pos-Gabriel —posgraduado a los treinta años en arquitectura en la que pretende posdoctorarse y que se pretende escritor por sus pecados— forma parte.

Julia salió, golpeando la puerta: iba a comer con aquel Gabriel.

II

Aquel Gabriel se levantó saludando, cuando la vio entrar en el Carlino.

—¿Qué vas a querer? —la miró interrogante mientras abría la carta, después de intercambiar saludos en una efusión de carpetas y libros.

—Para ser honesta... —Julia tenía los ojos fijos en la carta sin leerla.

Él esperaba, con amable simpatía.

Tiempo.

Caramba, pensaba Julia pérfidamente —espera a que yo termine la frase y pida suprema de pollo con crema de elote y jugo de naranja.

Tiempo, tiempo.

—Mientras piensas, tomemos algo —dijo él llamando al mesero.
—Perfecto. Es lo que yo iba a sugerir y no me atrevía —cerraba la carta, sonreía, se sorprendía Julia.

—¿Por qué?

—Hoy en día estamos vigilados si fumamos, si bebemos, incluso si hacemos el amor sin con...

—Cogemos, quieres decir. Si cogemos sin condón, te voy a vigilar los eufemismos.

—Por razones de tipo estético, supongo.

—Ético, creo. La honestidad contigo misma no está sujeta a modismos, toma tu vaso, eso, este vino merece que brindemos por las musas, chin-chin.

Siempre sonriendo, Julia cerró los ojos: no era sólo una bella figura de hombre, el sujeto tenía sentido del humor, un espíritu noble, sin contar la presencia de espíritu. Julia se sentía malditamente en desventaja: a no ser la recomendación de un escritor amigo —que además él tampoco conocía— más allá del hecho de que ella trabajaba en la Fundación y poder ayudarla en el proyecto de investigación, su persona no la había precedido. Él no la conocía de nombre ni de obra, de manera que no podía echar mano de su fascinante persona. Él parecía aceptarla con una especie de celestial placidez. Le bastaba ser mujer simplemente, y ser mujer simplemente, sin insignias de poder, y en la edad de Julia no era gran cosa.

—Podemos ser amigos —dijo Julia hipócritamente— aunque tú todavía no me has dicho lo que piensas del patrullaje y todo eso.

—No sé, no conocí el mundo en otras circunstancias, supongo que antes debía ser diferente, y también supongo que por pocos años me perdí de mucho, pero no sé, no he vivido.

¡Confiesas que no has vivido! —exclamó Julia, percibiendo que él no había entendido la alusión a Neruda. —Sí, claro —prosiguió

mientras encendía un cigarro— es eso, el agujero en el tiempo, así resulta más difícil entendernos, porque no basta *saber* intelectualmente, tú mismo lo dijiste, tu vivencia se restringe al presente.

¿Entonces por qué no me enseñas? A ver las cosas de modo diferente, quiero decir —Gabriel dudó, se mordió los labios, arriesgó. Actualmente ¿te arriesgarías a acostarte con alguien tipo *ac*, acompañante anónimo? Apuesto a que no.

No hay forma, no hay más —dijo Julia con aire ausente— la forma tal vez sea actualizar las fantasías, a propósito, te devuelvo la pregunta, ¿y tú?

¿Para qué, si es mejor con la novia?

Mira nomás, entonces tú resuelves muy bien lo del patrullaje, en los 70 también había vigilancia pero era diferente. Se prohibían manifestaciones de afecto y sentimentalismos idiotas porque eran *burgueses*. La independencia estaba en alta estima, tanto como el activismo literario, sabes, íbamos a cambiar el mundo, pero en los 80 vino el Sida, en los 90 la Guerra del Golfo, cayó el Muro de Berlín, el régimen soviético y el socialismo real entraron en colapso y el mundo cambió a pesar nuestro y para infelicidad general. Naturalmente hay gente a quien no le parece así, la aplastante mayoría, ésta de aquí, tan preocupada por tu salud, tu eugenesia, tu sanidad, en vista de que no te deja fumar, beber, coger con o sin. ¿Sabes por qué hablamos tanto de sexo? Sí, ya lo estás adivinando. Se habla porque no se practica.

No entiendo a una mujer bonita con problemas existenciales, realmente no entiendo —Gabriel la miraba preocupado—. —Sin contar, pero ya contando hasta porque era inevitable, que ésta es la tercera botella de vino. Debía comer algo.

Está bien, está bien —Julia se levantaba, tanteaba los zapatos bajo la mesa, las carpetas, la bolsa: aquel Gabriel se desmorona-

ba, era un bobo, pero la retuvo: —espera. En un instante pagó la cuenta y regresó: —te llevo a tu casa.

El automóvil se estacionó en la puerta del edificio.

—Tengo la impresión de que tú me odias, le soltó.

Medio mareada, sin pensar, Julia abrió la puerta del carro:

—No eres tú, no te odio, es otra cosa, es malditamente otra cosa. Mira, disculpa la vergüenza.

—Tonterías, tú no te libras de mí así de fácil. La próxima vez traigo a mi novia para que te conozca. Fue divertidísimo, cuídate.

Julia lo miró duramente, meditó un instante, entonces dijo:

—Sabes, si yo fuera hombre y tuviera que arreglármelas, mi nombre de guerra sería Adriano, Adriano AC (hacía dos homenajes que ni siquiera se tomaría el trabajo de explicar porque aquel Gabriel no iba a entender). —Claro, muy gracioso, apenas puedo esperar para conocerla también, adiosito.

III

Siempre estaba Rudi Woolf —que reaparecía en los momentos en que estaba más ardiente, una especie de enemigo íntimo— el ex novio disoluto y medio maricón, a quien el celibato también había escogido pero por razones inconfesables. Por lo menos, mientras la madre estuviera viva y pudiera desheredarlo.

Nos entendíamos.

¿Pecar es traicionar?, se preguntaba remotamente Julia mientras se desnudaban, las manos deshaciéndose de botones y cierres: separar los muslos y sentir la primera estocada, la segunda, la tercera, cerrando los ojos, imaginando que era otro el que la poseía, girando de bruces para imaginarlo mejor, aunque fuera

parcialmente, pero esta posesión por detrás es todo lo que no es Gabriel y la ausencia del Arcángel de la Anunciación es la instancia del traidor, de aquel que acaricia y araña y aúlla en la tiniebla.

IV

Entonces, ocurrió aquel intervalo que sería antes la ausencia de aquel Gabriel que se fue imponiendo a partir de tanta promiscuidad y disolución retromencionados, de aquello que me disolvía y derretía y revolvió y que era la nostalgia de aquel Gabriel zonzó/ingenuo/tontito que no sería escritor en el futuro pues tendría ocho hijos con aquella novia que iba a encontrar graciosísima, que en 10 años estaría con treinta kilos más mientras que yo, poderosa y delgadísima a los 55, podía apostar que él diría adiós a la carrera de ex futuro escritor, se arquitecturaría, vaya a saber, cuando mucho en posdoctor desperdiándose con hijos, futbol, *shopping*, McDonald's, ¿en qué se convertiría delante de la tele? ¿De aquí a veinte, treinta años, al fin y al cabo del poscapitalismo tardío cómo sería recordado póstumamente? ¿Como un posconsumidor? Y así caminó la humanidad en esos quince días en que él no honró con su presencia la Fundación, ni por correo electrónico, porque día tras día era sobre todo la ausencia de aquel pos-Gabriel que se prendía a la *Web*.

V

Reapareció en el inicio del otoño siempre en la Fundación, por el correo electrónico restaba eventualmente un hilo de conversación, que se retomaba en la cervecita al caer la tarde.

—No entiendo este voto de celibato —decía Gabriel— una cosa no tiene que ver con la otra.

Si fueras maricón, entenderías —dijo Julia sólo por malicia.

Herido en el orgullo, la llevó a un motel. La poseyó cuatro, cinco veces con un odio que no era odio, sino deseo reprimido. Porque el sexo es un mantis religiosa, una lucha de vida o muerte, la persecución implacable del pecado perfecto.

Es muy literario —dijo Gabriel soplándole un hilo delgado pegado en las pestañas: —Ven acá, todavía no te *odié* lo suficiente, chin-chin.

Entonces es conmemorar y comprender, conmemorar y comprender y arder y quemar y murmurar roncamente (porque estaba resfriada de tanta diversión) que te amo, te amo, te amo, pero no te amo, ¿no es así? En la cama, mientras Gabriel armaba juegos, hacía planes y el futuro y los proyectos, etc., yo oía —no podía pensar— y perdía nuevamente mi corazón traicionero en esas vencidas, en ese mano a mano con la vida, vagamente pensando en cómo escaparse y de ser posible con alguna dignidad. Mi dignidad, en ese momento, era color de rosa y oscilaba mansamente en la percha del cuarto de motel, porque hacía viento y la ventana estaba abierta.

Así no se puede, así no se puede, se desesperaba Julia a propósito de esa pasión que se multiplicaba y extendía inexorablemente por los trabajos y los días y los meses de éxtasis y agonía.

Una noche él apareció con hondas ojeras diciendo no haber dormido nada, haber bebido todo, haber llorado a mares, haberle tirado un rollo a su novia y acto seguido haber roto con ella. Para siempre. Por ti. Para quedarme contigo.

Julia quedó en silencio: si alegrara los motivos de siempre, de la edad, del tiempo, del insólito celibato, no pegaría, él iba a dar vueltas hasta que el tiempo se hiciera imperioso, mostrara su

cara horrible y de ahí sería salirse de esto sin remordimientos, ni llantos, ni velas y peor para ti, Julia, que entonces se decidió. Le contó todo sobre Rudi Woolf.

No lo vio nunca más. Pasaron cinco, seis, ocho meses, un día llegó la participación de matrimonio de Fulano y Mengana. Perfecto, pensó Julia mientras abría el correo electrónico, para recibir este mensaje:

¿Sola? Espléndido. Así te quiero. Primer Encuentro & Preliminares
sin compromiso.
Adriano.com

Bien, bien, pensó ella, en la red, discurso de marchante y de bandido se confunden, éste parece querer certificarse de que estará sola para que me asalte, pero ¿por qué no? Por tedio, cinismo o indiferencia, dio click en OK, pensando que de ahora en adelante iba a ser eso, necesitaba entrenarse, acostumbrarse. Aún dolía, pero era una estupidez. Finalmente, no tenía mucha imaginación (y el dolor de amor es por causa de eso) se inclinaba por lo que podía agarrar y agarraba lo que podía.

A las ocho el timbre sonó puntualmente.

Julia abrió la puerta: en el umbral de la noche, del pecado perfecto, le sonreía Adriano-Gabriel.

TRADUCCIÓN DE DANIEL ORIZAGA

♦ Las laderas de Aclimação ♦ (*Quelquepart Island*)

Me descubro pensando nuevamente en Aclimação, esa colonia tan cercana y al mismo tiempo tan distante de todo, isla fuera del tiempo rodeada por laderas intransitables. En Aclimação, o en lo que quedó de ella más allá de los conjuntos habitacionales revestidos de mosaicos azules, que recuerdan monstruosos baños puestos al revés, las personas no habitan, se debaten. Sor-damente.

Más allá de *Japantown* con sus faroles y cuartos abarrotados, la viscosa feria roja, su promiscuidad por detrás de cortinas de bambú, tanto sake y suaves sonrisas y pequeños asesinatos, su mafia de ojos de arroz. Más allá de la contaminación que en realidad nunca supe específicamente a qué atribuirle, si a los automóviles, a la proliferación de tintorerías, a las frituras de los restaurantes o a los coreanos clandestinos desembarcados en Santos. Más allá de quince, veinte años atrás cuando Aclimação era absurdamente (en el sentido borgiano, si es que me entienden) una isla inmaculada en el interior de la ciudad.

Pienso en las mansiones decadentes cubiertas de hiedra siguiendo por calles llamadas Esmeralda o Zafiro o Topacio o Turmalina desembocando inesperadamente en secretas placillas improbables (¿Brás Cubas? ¿Polidoro?) con su estanque de piedra, su joven semidiós cubierto de lama, sumergido por generaciones de hojas muertas aplastadas por bicicletas fantasmagóricas en su sinuoso serpentear a través de alamedas sombreadas por

viejos árboles silenciosos y siempre a las cinco de la tarde o de la mañana porque la media luz es la atmósfera permanente de ese barrio laberíntico fuera del tiempo, pareciendo contraerse más y más hacia los adentros del parque providencialmente podado por el municipio, para consternación de los traficantes y respectivos clientes y para el aplauso de tantas nanas y nenes y hordas de histéricos ejecutivos haciendo *jogging* a partir de las seis de mañana.

Pero eso quizá sería literatura.

Porque si mi juventud existió en algún momento entre los quince y veinte años, fue allá, sólo pudo haber sucedido allá, y digo pudo porque no sé, así que busco en el *Diccionario Aurélio* “*aclimação*”: adaptación, ajustamiento, aclimatación. Extraño nombre para un barrio (o ese estado de espíritu que llamo juventud, ese pasaje) que se fue aislando más y más de la Ciudad. Entiendo que persisten sólo dos líneas de autobús con destino al centro antiguo, de modo que si alguien necesitara ir a la avenida Paulista tendría que vencer la inexpugnable Ladera Paraíso hasta el nivel intermedio de la Vergueiro y de ahí tomar algún autobús, o metro, posiblemente un taxi, porque incluso los taxis no abundan por allá. Es un recorrido corto, pero intransitable, salvo si yo fuera campeona de los cinco mil metros con obstáculos, mas confieso que nunca fui del tipo deportivo, y no se puede decir que bailar sea exactamente un deporte, especialmente si es practicado de madrugada en sitios cerrados.

Pero en aquella época yo me obstinaba, QUERÍA aquellas laderas, la vieja casona en cuya terraza trasera se tomaba el sol el año entero, los cuartos que se abrían hacia la extensa varanda enrejada de la cual me debruzaba para escuchar el seco crepitar de las copas de los árboles, un automóvil cada diez minutos, el mundo revoloteando en algún lugar muy lejano, Debussy

filtrando el *Après midi d'un faune* por el balcón abierto para el silencio perfecto de las eternas cinco horas del atardecer o del amanecer de Aclimação, en donde el semidiós crepuscular cuya cara de Jano/Mercurio acecha simultáneamente al pasado y al futuro de ese entrelugar Trimegisto llamado juventud que es sólo el deseo que es sólo la promesa de ocultar perpetuamente el instante que pasa, pisoteando generaciones de hojas muertas en aquellas calles, en aquellas alamedas estáticas debajo de un medio día de diciembre o enero, a menos de que una bicicleta, un rolar de patines, una bocina a lo lejos, sea la nota falsa raspando el azul perfecto, la atmósfera final, la falsa paz.

Pero no será necesario hacer literatura.

Si mi juventud existió tuvo que haber ocurrido en algún momento en Aclimação. Hay un vacío de diez años imprecisos de dolor que obstinadamente intento olvidar o no darle importancia o intento explicar: si la juventud fue sólo eso no valió la pena, pero algo aún se endurece en la tiniebla y obstinadamente (sí, obstinadamente) se rehúsa a decir que sí, que tal vez fuera posible, que todos aquellos años que viví, que vivimos, porque entonces era plural, que nosotros cuatro, con aquello que podíamos llamar familia, claro que podíamos, porque hace tanto que esto comenzó a desmoronarse, pedazo a pedazo, el edificio del tiempo inevitablemente se comenzó a colapsar podrido por dentro, los pilares del altar en donde ellos juraron atar sagrados lazos eternos se debilitaron en aquella casona de Aclimação, poseída ya por otras voces, otros pavimentos (*may I Truman Capote?*), en la mano que ya no se completa en caricia, en el abrazo que se olvida pendiente del cuerpo, en el paso que se aleja y se acerca, que se aparta y se aproxima, que se aleja y descende las escaleras y sale golpeando la puerta; en el sollozo acurrucado en el porche, en el tango en diagonal, en Aníbal Troilo amordazado en la

vitrola, en el verde que te quise Corrientes, en un gato de porcelana, y en el teléfono sonando todavía inútilmente en una casona de Aclimação. Como si todos estuvieran muertos.

TRADUCCIÓN DE ARMANDO ESCOBAR G.

HELOISA SEIXAS (Río de Janeiro, 1952). Es escritora, periodista y traductora. Autora de cinco novelas, cuatro libros de cuento y de un libro infantil. Sus libros *Através do vidro* (2001) y *Contos mínimos* (2001) recibieron, en 2002, Premios União Brasileira de Escritores. Entre sus libros destacan *Pente de Vênus. Histórias do amor assombrado* (1995), *Pérolas absolutas* (2003), *Sete vidas-Sete contos mínimos de gatos* (2003) y *Terramarear: peripecias de dois turistas culturais* (2011), en colaboración con de Ruy Castro. Fue columnista de la revista “Domingo” del *Jornal do Rio*, directora de la editorial Rio-Gráfica y trabajó en la Agencia de Noticias United Press Internacional (UPI). Fue asesora de comunicación de la representación de la ONU en Río de Janeiro.

“La literatura salva. Cuando las cosas andan mal, acostumbro decirme a mí misma: ‘Voy a regresar al siglo XIX’. Es mi señal de salvación. Pero las lecciones más importantes que aprendí con la literatura tienen que ver, no con la lectura, sino con la escritura”.

Los cuentos “Vitales” y “Las moscas” son parte del libro *Pente de Vênus: e novas histórias do amor assombrado* (Río de Janeiro, Record, 2000).

♦ Vitrales ♦

—*Maria é morta.*

La frase, corta, dicha en un italiano áspero, se encierra en sí misma. Es perfecta, completa como un círculo, aunque increíble.

María, ¿muerta?

No puede ser.

Galeno enmudece durante algunos segundos. Pero pronto se recupera, en tanto su mano izquierda aprieta con fuerza el teléfono. Intenta decir algo, pero su italiano es pésimo y el nerviosismo le baraja los pensamientos. La mujer al otro lado de la línea se impacienta, sin lograr comprender lo que dice. Y su voz suena como una sentencia cuando ella repite la frase:

—*Maria é morta.*

Y Galeno oye el click del teléfono al ser colgado.

Mira desconcertado el auricular.

Y, muy despacio, cuelga el teléfono. Aún por algunos segundos contempla con la mirada vacía las teclas plateadas del aparato, la ranura para la introducción de la tarjeta, el fondo de la cabina rayada con centenares de nombres y números. Después mira alrededor. La estación de tren, suntuosa, está llena de gente con prisa, caminando de un lado a otro, empujando carritos con maletas, cargando morrales y bolsas. Sin embargo, la presencia de aquellas personas sólo hace aumentar su sensación de soledad, que arde en la boca del estómago.

María está muerta.

No es posible, no puede ser, repite para sí mismo, atónito. Habló con ella por teléfono desde París y le pareció que estaba tan bien. ¿Qué pudo haber pasado? Debe ser un error, sólo puede ser un error. Desdobra otra vez el papel en donde tiene anotado el número de la amiga. Retira el teléfono del gancho y, sujetándolo entre la cabeza y el hombro para tener las dos manos libres, reintroduce la tarjeta. Llama de nuevo. De inmediato reconoce la misma voz del otro lado. Es una voz de vieja, voz de una mujer que deber ser flaca, infeliz y cruel. Tartamudea al querer explicarse. Necesita hacer entender a la mujer que su amiga no puede estar muerta que debe ser algún malentendido, ya que habló con ella hace pocos días. Intenta a toda costa hablar con claridad, pero las palabras le huyen, se mezclan con palabras de otras lenguas y en poco tiempo la mujer está nuevamente vociferando del otro lado, antes de colgar violentamente el teléfono en su cara. Galeno vuelve a poner el teléfono en el gancho, apretando los dientes. *¡Vieja miserable!*

Mira el pedazo de papel inútil que tiene en las manos. El teléfono debe haber cambiado. Marcó dos veces, no podía haberse equivocado. Por una de esas coincidencias increíbles, había en aquel lugar otra María —que estaba muerta. Sí, sólo puede ser un error. Otra María. Pero esto no resuelve nada. Galeno continúa observando el pedazo de papel. Era todo lo que tenía. Sólo este número, nada más. Siete cifras que ahora de nada le sirven y que asumen un significado aterrador: no tiene cómo localizar a su amiga. Está solo en una ciudad desconocida, con muy poco dinero y sin tener a dónde ir.

Vuelve a observar el movimiento de la estación. El reloj suspendido encima de uno de los vanos del zaguán gigantesco, marca las 10 horas de esta mañana tan fría. Y cuando anochezca estará aún más helado. Leyó en el periódico antes de dejar París que el

pronóstico para Milán en Nochebuena era de menos cinco grados. Sin nieve.

La mirada de Galeno se dirige ahora hacia la maleta negra que mantiene en el piso entre las piernas. Introduce automáticamente la mano en el bolsillo y siente el metal frío de las monedas, mientras piensa en el sinnúmero de advertencias que había escuchado de sus amigos sobre los peligros de una estación ferroviaria italiana. Decide salir de ahí.

Al dejar la estación, la luz blanca hiere sus ojos. Todos los colores están muertos, engullidos por la mañana grisácea y fría. Todas las piedras, todos los árboles, todas las formas fueron homogeneizadas por esa neblina blancuzca, que anuncia nieve, aún cuando el pronóstico afirmara lo contrario. Parpadeando, Galeno camina por la acera con la mirada en sus pies, mientras con una mano levanta el cuello del saco y con otra aprieta el asa de la maleta negra. El cabello, largo y amarrado atrás de la nuca en una cola de caballo, tiene algunos mechones sueltos que envuelven su rostro delgado y joven, cenizo como el paisaje.

Hay varios camiones parados junto a la acera lateral y él sigue hacia allá. Atraviesa la calle prestando atención en la fila que se forma frente a una taquilla, en un pequeño puesto de madera verde. Observa que las personas compran ahí los pasajes, para sólo entonces entrar en el camión.

Entra en la fila y, mientras espera, agita otra vez las monedas que tiene en el bolsillo del saco, intentando pensar en cómo saldrá de aquella situación. Cuando vino solo a Europa, casi sin dinero, sabía que podría contar con una cosa únicamente: unos cuantos amigos. Había escogido las ciudades con la seguridad de que en cada una de ellas tendría al menos lugar para quedarse. Ya compró el boleto de tren. Y el poco dinero que lleva sirve para los gastos mínimos, además, claro, de aquello que logra

ganar con trabajitos; muy poco, casi nada. Y ahora se encuentra con esta situación absurda. Pero el hecho es que está solo en Milán, sin tener adónde ir. Y lo que es peor: justamente en la víspera de Navidad.

De repente, percibe que alguien está hablando con él. Llegó su turno y el viejo de barba que lo mira por la ventanilla está preguntando algo que él no logra entender. Pasan algunos segundos hasta que Galeno se da cuenta que, claro, el hombre quiere saber cuál es la ruta de camión que va a tomar. ¿Y ahora?

Pero algo brilla en su cerebro y él responde, casi sin pensar:
—*Il Duomo*.

Nunca estuvo en Milán, pero ya vio fotografías de su bella catedral e imagina que la plaza alrededor de la iglesia es el centro de todo en la ciudad, el lugar donde él podría quizá preguntar dónde hospedarse, al menos por una noche, antes de decidir qué rumbo tomar.

Cuando el camión se detiene en una calle transversal a la plaza de la catedral, casi todos los pasajeros se preparan para bajar. Mientras desciende del camión, Galeno ve, encima de los tejados, las agujas de las torres del *Duomo*, clavadas en el cielo. Camina en dirección a la plaza, sintiendo en la cara el frío cortante. El paisaje sigue blanco.

De repente, la plaza surge entera frente a él. El gran cuadrilátero vacío, donde no hay árboles o bancas, tiene a la izquierda la fachada de la famosa galería, cuya entrada le hace recordar el Arco del Triunfo. Y, al fondo, la iglesia inmensa.

Va disminuyendo el paso, hasta detenerse.

Es impresionante la imponencia de la construcción. La profusión de torres, detalles, puertas, ventanas, vitrales, combinados en un exceso que hace de la catedral una figura bordada en piedra. Hay algo de opresivo, de inquietante en este templo.

Quizá por la amplitud, excesiva para una iglesia gótica, quizá por la combinación de estilos, o por la fachada en forma de pirámide. Pero el hecho es que es única. Y esa peculiaridad trae a Galeno una vaga sensación de incertidumbre, él que, como amante de la arquitectura, le gusta distribuir las cosas, dividir las en estilos, calificarlas. La catedral de Milán subvierte todo. Parece un montón de piedras en lucha, diferentes expresiones de hombres envueltos, todos ellos, cada uno a su modo, en esa batalla modesta de los artistas, que es la de intentar dejar en el mundo su marca.

Galeno empieza a caminar por el enorme espacio abierto en frente de la catedral, observando a las personas que pasan en grupos, muchas de ellas cargando bolsas, seguramente sus compras navideñas. Pasa delante de la galería, con su bóveda de vidrio, las vitrinas de las casas lujosas reluciendo de adornos coloridos. De repente, se siente deprimido. Es triste pasar la Navidad solo, piensa.

Siempre pasaste las navidades solo. Todas las navidades.

Sigue caminando, la maleta negra le pesa en la mano. Sin quitar los ojos del gigante de piedra frente a él, se encamina hacia una de las puertas frontales de la iglesia, que está abierta. Y cruza el umbral.

Está oscuro y húmedo dentro del templo. Sus ojos, saturados de luz blanca de la mañana, por algunos segundos, buscan adaptarse. La primera cosa que entra en foco son los vitrales encima del altar principal, con una figura circular al centro que se asemeja a una araña gigantesca.

Galeno mira alrededor. Ve, al interior aún oscuro, las columnas inmensas, único sosten de la iglesia que es, por dentro, un solo y enorme espacio abierto. Se pone a contar las pilastras, pero luego se confunde, pues son muchas, quizá más de cincuenta.

Hay más columnas que gente aquí, piensa. La iglesia está desierta. No parece Navidad.

Camina un poco más, aproximándose a uno de los altares laterales. Hay vitrales por todas partes y, ahora que sus ojos se acostumbran a la nueva luminosidad, percibe que el colorido de los vidrios llena el interior del templo de luces irreales, haciendo brillar el piso de mármol dibujado. Nelson Rodrigues decía que Dios sólo frecuenta iglesias vacías. Galeno sonríe con ironía. Dios no frecuenta ninguna iglesia, piensa. *Dios no existe.*

La rabia llena el vacío cavado en su estómago por la soledad. Dios dejó de existir el día en que su padre murió, hace casi diez años. Cuando él era poco más que un niño.

Con sobresalto, vuelve a recordar a su amiga María. Quizá sí esté muerta.

Se aproxima al altar lateral, que una placa dice que es el de la *Madonna dell'Albero*. Hay bancas largas, de madera oscura y encerada, todas vacías. Pero aquí, sólo aquí en este altar, los cirios están prendidos, sobre candelabros de hierro forjado.

Después de colocar junto a una de las bancas la maleta negra, Galeno se sienta. A pocos metros, inmóvil, el rostro enterrado entre las manos, está una mujer, rezando, sus cabellos derramados a media espalda. Galeno voltea hacia el altar, suspirando. No sabe lo que hace aquí. Está cansado, desorientado, vencido por una sensación de aislamiento del mundo, de todo y de todos. Al suspender sus estudios en la facultad para viajar, había sentido como si estuviera huyendo, aun cuando no supiera de qué. *No sirve de nada. No sirve, ni los amigos. En el fondo, estás siempre solo.*

Se refriega los párpados con la punta de los dedos. Le duele la cabeza y todo su cuerpo parece impregnado por la humedad que transpira de las paredes sombrías. Abre los ojos, sintiéndose

ligeramente aturdido. Y percibe de inmediato, a su derecha, una luz que antes no estaba ahí.

Mira hacia el otro lado. Y ve una escena singular. Un rayo de sol atraviesa los vitrales hasta ese punto, un rayo solitario que parece haber vencido solo a la mañana gris, al perforar las nubes apenas para cruzar los vidrios de colores junto a aquel altar, yendo a incidir de forma precisa sobre la cabeza de la mujer que continua ahí, arrodillada e inmóvil. Cae sobre ella, bañándole los cabellos con perfección, como en una pintura renacentista.

Hay en esa luz algo de sobrenatural y de repente Galeno siente miedo. No tiene el valor de mirar en torno suyo, pues tiene la impresión de que todos se fueron, de que está solo en la iglesia. El pensamiento le parece absurdo, pero su corazón palpita fuerte, sin control. Sus ojos no se despegan de aquella imagen, ahí, tan próxima, envuelta en aquel halo de santidad y pureza. *Como una visión de la Virgen.*

Y, en ese instante, muy despacio, la mujer yergue el rostro y voltea hacia él.

Lo hace tan lentamente que no logra desplazar las partículas de polvo que están suspendidas en el aire, en el rayo de luz. Y, alejando con la mano la mecha de cabello que le había quedado en el rostro, fija los ojos en Galeno —y sonrío.

Es María.

TRADUCCIÓN DE SULEMI BERMÚDEZ

♦ Las moscas ♦

Ellas llegaron con la mañana.

Pero antes, mucho antes —cuando la luz grisácea del día todavía no se esparcía sobre las arenas y el mar, trayendo las moscas—, mucho antes, cuando había solamente la luminosidad espectral de la luna, los amantes se miraron en silencio.

Hacía mucho esperaban aquel instante, el momento exacto en que sus miradas se tocarían en la penumbra. Aquella mirada guardaba en su pequeño núcleo todos los truenos del universo en expansión, las retinas vibraban. Siempre en silencio, ellos se aproximaron. No miraban más para los lados, como habían hecho antes —ahora, nada más importaba—. Ya no tenían miedo. Ahora, sólo ellos existían.

Al fondo, la casa muerta parecía haber despertado. El piso del balcón, recubierto de polvo, fosforecía. Los ventanales de vidrio, opacos por el abandono, las paredes de vigas, el tosco maderamen grisáceo por los años, respiraban, vivos. Todo estaba ahí para que se amaran.

Muy lentamente, se tocaron. Las puntas de los dedos, con sus sensores, se deslizaron vacilantes en la piel uno del otro, como si no pudieran creer que el momento, finalmente, había llegado. Ardían. En la penumbra, ella pensó ver en los ojos de él un brillo acuoso, amenazando desbordarse: una porción de lágrima o un pedazo de mar (el mar que lo llevaría lejos a la mañana siguiente). Y, en la punta de los pies, buscó con los labios aquellos ojos tristes. Posó sobre ellos la boca entreabierta, primero en uno,

después en otro, sorbiendo despacio la sal que vertían. Cada vez más lentamente, lamió los párpados, sintiendo en la lengua la forma ovalada de los globos oculares, que se movían, febriles, como queriendo liberarse.

Al final de un largo instante, él la envolvió con sus brazos antes contenidos y, en silencio, se estremecieron juntos. Sus carnes se fundieron en un instante, un solo sudor y una sola piel, dos cuerpos ocupando un único lugar en el espacio, hasta que, del universo entero, solamente quedó un abrazo desesperado que era encuentro y adiós.

Como si estuviera desfallecida por tanto amor, la mujer poco a poco se deslizó hacia el piso, arrastrando en la lengua, en su trayectoria, el gusto de aquel cuerpo adorado. Se deslizó por los paredones cubiertos por algodón grueso hasta llegar a los pies, de los que sorbió la sal y la tierra, la savia de tantos mundos surcados, de mares navegados que ahora los llevarían otra vez. Aquellos pies vagabundos, gitanos, aquellos pies mundanos, piratas, locos, incapaces de echar raíces en un solo puerto, bajo pena de pudrirse. A ellos se dio sabiendo que nada recibiría a cambio, dadiva sin esperanza, la vida entera contra sólo una noche —su condena.

Hasta que él también se curvó. De rodillas, fue en busca de los labios serviles.

En la arena del patio rodaron, él ahora rendido también. En los granos se envolvieron, mientras el rumor del mar parecía llamarlos más y más. Con cuidado, él le quitó el vestido de algodón, cuyas flores pálidas, a la luz de la luna, parecían manchas de sangre. Y el cuerpo moreno y espigado brilló en la penumbra como una anguila. La visión de la carne desnuda esparció en el aire una urgencia y él, deshaciéndose de la ropa, la levantó del piso, caminando con ella en los brazos.

Sus sombras entrelazadas se confundieron con el dibujo de los cocoteros, duplicadas en el piso. En medio la brisa marina, que era sólo un soplo, y bajo la luz blanca de la luna, que la arena, todavía más blanca, reflejaba, los dos amantes parecían fantasmas. Como espectros caminaron y, como espectros, tocaron la superficie virgen del mar, que se abrió. La mujer se estremeció. Ansiaba entregarse pronto —pero no al mar—. Entonces, ¿por qué aquel extraño bautizo, sacramento maldito al que él los obligaba?

En el agua, sus cuerpos, materializados, hicieron espuma y grietas. El mar parecía dominar al hombre que partiría. Él y las aguas se reconocían, eran ambos hechos de sal y misterio.

Y así, bajo la luna, los amantes se bañaron. Pero, apenas mirándose, sin tocarse, porque el mar estaba entre ellos.

En el ansia, tal vez, de conocer el secreto de aquellas aguas, la mujer se zambulló. Moviéndose en el fondo, sintió en el rostro, en los ojos, en los cabellos, el impacto de la materia líquida, mientras pequeñísimas burbujas se desprendían, zumbando en sus oídos. A pesar del frescor de la madrugada, que le tocaba el rostro cada vez que venía a la superficie para respirar, a pesar de la sal, que le ardía en los ojos y los labios, el agua estaba tibia y dulce. Madre y amante, leche y saliva, tentación y alimento, el mar amado y odiado era un ser vivo, que la envolvía. Por un instante, se sintió tentada a soltar los brazos, el cuerpo, a dejarse absorber para siempre, no regresar más. Pero la superficie, con sus pequeñas olas plateadas por la luna, la llamó.

Tocó con las puntas de los pies la arena del fondo y se impulsó. Una vez más, sus ojos turbios rompieron las olas y vieron la noche. El hombre continuaba allá, a la espera. Flotó con los brazos abiertos, moviéndose para mantenerse en la superficie, las pier-

nas inmóviles, pegadas, apuntadas hacia el fondo como saetas. Después, las abrió lentamente, sintiendo la presión del agua en los muslos, en el sexo. Con los ojos fijos en el hombre, una sonrisa apuntando en el borde de sus labios, abrió y cerró las piernas varias veces, cada vez más rápido, cada vez más rápido, los músculos venciendo las olas, el líquido insinuándose en su punto más secreto, provocando un escalofrío de deseo.

Hacía el amor con el mar. El mismo mar que la dejaría condenada y nada más. Era la traición posible, su previa venganza.

Sin embargo, de repente, percibió que el hombre le volteaba la espalda. Desde la playa, escudriñaba la casa, como estatua de sal. Temiendo que él se disolviera en la noche, la mujer decidió regresar. Y nadó en dirección a la arena.

Esta vez, él no la tomó del piso. Caminaron de regreso al patio, lado a lado. Juntos y en silencio, los cuerpos húmedos, relucientes bajo la luna, atravesaron las sombras y — por fin — penetraron en la casa abandonada.

El hombre cruzó con pasos firmes la sala oscura y empezó a trepar la escalera de vigas que llevaban al segundo piso. Ella iba atrás. Sus pies, como aletas, con la piel arrugada por las aguas, tocaban el suelo con cuidado a cada paso. En la oscuridad creciente, pudo sentir los pequeños nudos de la madera, cada saliente, cada astilla. En medio de la escalera, cerró los ojos, dándose entera a la negrura, era sólo tacto. Ahora la oscuridad la envolvía como antes el agua lo había hecho. Sólo volvió a abrir los ojos cuando después, mucho después, sintió en el brazo el calor de la palma del hombre.

Estaban delante de un catre. En el cuarto, inmenso, había sólo dos ventanas, donde las escuadras de madera tosca hacía mucho que no tenían vidrios. A través de ellas, la luz de luna se derra-

maba, lechosa, acariciando el polvo, que cubría todo. Blanco e intacto era el piso. Y el cuero que recubría el catre había estado empolvado también por muchos años de silencio y olvido.

Se acostaron.

Sus cuerpos, impregnados de agua y sal, mancharon el polvo intacto, que se transmutó en lodo. Y en ese lecho descompuesto los amantes trabaron su batalla, hecha de polvo, sudor, esperma y sangre.

Más de una vez fue ella, y no él, quien hizo el primer gesto. Ella, con su cuerpo virgen, que de las noches sólo conocía la brisa y el silencio. Envolvió al hombre con sus velos impalpables, lo tomó en sus brazos y dio las órdenes. Quería que la sangrara.

Él obedeció.

Con su lengua áspera, sorbió la piel con fuerza, violando venas, enloqueciendo la sangre que, al aflorar en la superficie, luchaba para liberarse. Abrió las hileras de dientes y las clavó en la carne, en tanto la mujer gemía de placer. Hicieron el amor como quien mata y muere, cabalgaron en el catre de cuero, polvo y mar, cruzaron mil veces océanos y cielos, soltaron mil veces sus gritos de desesperación. La furia de tal encuentro hizo al mar retroceder. La luna se escondió entre nubes, la madrugada se desvaneció. El universo parecía empañado cuando, al final, sus cuerpos cayeron, exhaustos. Nada más había que hacer sobre la tierra. La misión del hombre, desde el inicio de los tiempos, estaba terminada.

Y así se quedaron, silenciosos, lánguidos, por mucho tiempo, muchas horas —hasta que ellas vinieron—. Las moscas.

Ellas llegaron con la mañana.

La luz muy blanca primero impregnó la playa y las olas, después atravesó las ventanas sin vidrio, hiriendo el piso y el le-

cho, en cuyo polvo profanado reposaban los amantes. La mujer sintió en la carne la claridad agresiva, pero no tuvo el valor de abrir los ojos, intentando todavía retener la noche. Se volvió, escondiendo el rostro entre las manos. Fue con asco que sintió en la piel los primeros insectos, el rozar de sus alas, la caricia de los cuerpos mínimos. Al principio, intentó espantarlos con las manos, pero desistió, limitándose a enterrar más y más la cabeza entre los brazos cruzados, intentando no oír el zumbido creciente.

En poco tiempo, todo el cuarto parecía tomado por el barullo de las pequeñas alas y el cuerpo de la mujer se había vuelto insensible al contacto de los insectos, que formaban una sola masa, negra y febril, sobre su piel. Aquel asedio pareció tener sobre ella un efecto anestésico, haciéndola sumergirse en una especie de delirio, como si viviera otra vez la pasión y la noche, cuyas horas habían terminado. Era lo que quería. Regresar, sumergirse en la oscuridad, perderse otra vez en la negrura y la fiebre (como negras y febriles eran las moscas) —pues el amanecer era la hora del adiós.

O quizá, quién sabe, ¿ya estaría sola?

Se estremeció.

Quizá él se hubiera ido con la noche. Ese pensamiento la llenó de rabia y desesperación. Irguiendo la cabeza lentamente, abrió los ojos.

El catre era, todo él, una sola mancha oscura y centelleante, donde los insectos se movían incansables, tomando todo, tocando todo con sus cabezas deformes, sus ojos inmensos y saltones. A través del zumbido terrible, que formaba como un paredón en torno a su cerebro, la mujer miró el cuerpo del amante, inmóvil sobre la cama. Apenas podía verle la piel. Cada centímetro había sido recubierto por el extraño bordado de millares de pequeños seres negros, con sus alas tornasoladas, de pedrerías

verdes y azules. Un bordado vivo, con movimiento y sonido, como devorándolo.

Sólo entonces ella miró su propio cuerpo. A través de los ojos entreabiertos, cegados por sombras negras, vio que su piel, como la del amante, también estaba cubierta por las moscas —que ahí se acumulaban, voraces, en el banquete de carne descompuesta.

Y sólo así descubrió que estaban muertos.

TRADUCCIÓN DE SULEMI BERMÚDEZ

LUIZ SCHWARCZ (São Paulo, 1956). En 1999 decidió emprender la labor de la escritura con los relatos infantiles contenidos en *Minha vida de goleiro* y, posteriormente, en *Em busca do thesouro da juventude* (2003). Ambos premiados por la Fundação Nacional do Livro Infantil e Juvenil. En el año 2005 incursionó en la literatura para adultos con la antología de cuentos *Discurso sobre o capim*. Su más reciente publicación es la colección de cuentos: *Linguagem de Sinais* (2010).

En 1986 fundó la Companhia das Letras. Es posible seguir sus impresiones editoriales y literarias en el blog titulado *Imprima-se*, contenido en el sitio de la Companhia das Letras.

“Toda obra literaria es un trabajo de carpintería. Si lo prefieres, el escritor debe ser un lapidador”.

Los cuentos “La biblioteca” y “Desarrollo residencial de lujo”, forman parte del libro *Discurso sobre o capim* (São Paulo, Companhia das Letras, 2005).

♦ La biblioteca ♦

Él me llevó hacia su estudio, en la parte más alta de la casa, me mostró un librero vacío, recién comprado, el pino aún brillante, y dijo: “Si quieres estudiar letras, aquí estará tu biblioteca”.

Firmó un cheque en blanco, me pidió que pusiera la cantidad necesaria en mi cuenta y que con el dinero comprara los cien mejores libros que existieran.

“Los cien mejores, ¿entendiste?”

Asustada salí del cuarto y pasé el resto del día recordando la escena, la frase resonando en mi mente: “Los cien mejores ¿entendiste?”

Su mirada era dulce, lo que es raro tratándose de mi padre, hombre seco y moderado.

Sólo desde hacía dos años, era fácil notar cuando pensaba en mi madre, sus ojos se arqueaban, como si sintiera su falta por las cejas. Hablaba bajo, la voz siempre miraba hacia el piso, pero aquel día me miró con las cejas en alto y una sonrisa tímida. Habló como quien no se avergüenza de las palabras. En otras ocasiones yo me daba cuenta de que prefería acariciar mis cabellos con sus manos suaves, en lugar de decir alguna cosa. Me gustaban aquellas manos. Él acariciaba mis cabellos, y yo las aseguraba, como si fuera a leerlas, removía sus líneas. Las personas decían que nos parecíamos mucho, pero sólo me daba cuenta cuando sentía que conocía sus manos como mi propio rostro. Los dos teníamos cabellos y ojos claros, piel blanca, pero las manos de él eran más bonitas que las mías.

Es verdad que nunca había agarrado libros con ellas, que sólo había leído en la escuela o para consultas específicas. Por eso le costó entender mi interés por la literatura y aceptar que no siguiera las carreras de la familia —por parte de él la notaría, por parte de mi madre la hacienda. Los libros le eran extraños, no desconocía sólo su contenido, sino también el contacto físico con ellos, la forma de hojearlos, el cuidado al reinstalarlos en el librero, la postura del lector.

Aquella noche casi no dormí, aprensiva con la elección de los cien mejores títulos para formar la biblioteca que mi padre me había regalado. Soñé con el librero vacío, intentaba llenarlo y no lo lograba, las obras que compraba no cabían o se resbalaban en los estantes, el pino continuaba reluciente, ninguna señal del polvo que vendría con los libros, y mi padre me preguntaba: “¿Dónde están los cien mejores, dónde?”

Al día siguiente, después de clase, busqué a mi profesor de literatura. Lo encontré en su sala y le dije que necesitaba comprar unos libros. Me pidió que le hablara un poco más de lo que quería leer y sin darme cuenta pregunté si existían grandes novelas sobre burócratas, sobre notarios, sobre hombres que no cultivaban el hábito de la lectura. Sobre señores canosos que habían sido rubios, sobre viudos, sobre hombres taciturnos.

El profesor sonrió, pensó unos minutos y enunció una lista que tenía poca relación con mis intereses.

Así comencé mi biblioteca. Compré los primeros libros y, bajo la mirada orgullosa de mi padre, los coloqué en el librero.

La semana siguiente le pedí una nueva lista al profesor. Ampliando la variedad de temas le pedí libros sobre la soledad, la muerte precoz, amores duraderos, el destino, el olvido, novelas cuyos personajes principales usaran lentes, durmieran frente al televisor prendido, tuvieran pocos hijos.

A cada pedido el profesor sonreía, pensaba y se ponía a enlistar.

Con el tiempo fui percibiendo que la relación entre los asuntos de las obras que él sugería y mis pedidos era cada vez más aleatoria. Me costaba identificar qué tenían que ver con los asuntos indicados por mí, con lo épico de un viaje de regreso a la Grecia clásica, una novela sobre el asesinato de una viejita, o un libro compuesto de supuestas cartas de Marco Polo para Gengis Khan, o las hazañas de un detective misógino en California, o cuentos sobre el misterio de las rayas de un tigre, en el orden de los planetas...

De cualquier manera, sin discutir los libros recomendados, continué consultando al profesor.

Cuanto más específicos se volvían mis temas —novelas sobre hombres que no comen verduras, sobre el miedo al mar, sobre el insomnio matinal, sobre jubilados, sobre el hábito de ir a misa los domingos— más desconectadas eran las sugerencias: memorias de un difunto bien-humorado y cínico, la historia de una lectora compulsiva y adúltera, una novela sobre la imposibilidad de la política en el Tercer Mundo.

Renuncié a buscar cualquier relación entre mi lista de asuntos y las recomendaciones. Simplemente compraba los libros y leía con avidez. Después de cierto tiempo completé la biblioteca. Pasaba horas mirando los volúmenes apretados unos contra otros, como si siempre hubieran estado juntos. Pensé mucho tiempo en cómo organizarlos en el librero, y resolví clasificarlos cronológicamente. Era la solución más sencilla. Relatos de literatura oral, literatura clásica, epopeyas, tragedias griegas, diálogos. Renacimiento, Barroco, Romanticismo...

Elaboré etiquetas con esas categorías, y, cuando no estaba leyendo, me dedicaba a ordenar los libros, limpiarlos, observar la

combinación de los colores, la armonía que se originaba del arreglo. Libros de muchos tamaños, con encuadernaciones diversas, como si formaran una cordillera. Poco a poco comencé a cuestionar el orden que había escogido, releía los libros y pensaba que no encajaban en el estante seleccionado, o bien, que la clasificación genérica por la cual había optado era artificial. Concluí que mi biblioteca parecía trabajo de una alumna del colegio, lo que de hecho yo había dejado de ser hacía poco.

A partir de entonces establecí otros criterios. Hasta hoy dedico parte del tiempo a eso. Creo categorías y cambio los libros de lugar. Pienso que cada uno de ellos puede ser recordado sólo por un detalle. Modifico los letreros y redistribuyo las novelas. Hace poco, por ejemplo, saqué una obra del estante *existencialismo* y la coloqué en la categoría *sobre los rayos del sol*. Podía haberla incluido entre aquellas *sobre la casualidad*, o bien entre las que fueron leídas, por primera vez, *en un día lluvioso* o *en las vacaciones de verano*.

Así conviven en el librero rótulos de las más diversas naturalezas: *literatura alemana*, *literatura rusa*, *reflexiones sobre arte*, *amores platónicos*, *novela de formación*, o *crímenes en la sacristía*, *perfección estilística*, *autores prolijos*, *despreciados por la crítica*, *para releer*. También separé los libros por detalles, como el color del vestido de un personaje, la tipología elegida por el editor, el hecho de haber inspirado una u otra obra, por haber hecho al escritor infeliz, porque uno de sus personajes sea un perro flaco de nombre Baleia o una ballena con nombre de gente.

No logré comprar ningún otro libro además de los cien primeros. Mi padre continúa compartiendo el estudio conmigo. Cuando estoy leyendo siento que me mira por encima de los lentes, pero finjo que no me doy cuenta. El otro día llegué más temprano a casa. Sin que él lo notara, por las rendijas de la puerta

del estudio, lo vi sentado en su poltrona, con los ojos cerrados, con uno de mis libros en las manos, también cerrado. Después de un tiempo lo devolvió al estante, sin permitir que el roce con la madera ni con el volumen vecino hiciera algún ruido. Al día siguiente, la misma cosa.

Así mi padre fue leyendo, a su manera, los libros que me dio. Leyó varios más de una vez, ya que cambiaban constantemente de lugar.

Y desde entonces, siempre que puedo, intento regresar más temprano para observarlo por la hendidura de la puerta. Cuando mi padre regresa a sus documentos y anotaciones, entro al estudio, como si acabara de llegar de la calle, espero algunos instantes y, discretamente, busco el libro reubicado en el estante. Mientras siento todavía el calor de sus manos en la encuadernación, oigo la misma voz dentro de mí: ¿Los cien mejores, entendiste?

TRADUCCIÓN DE CONSUELO RODRÍGUEZ MUÑOZ

♦ Desarrollo residencial de lujo ♦

Cinco suites, cancha de tenis, alberca, *fitness center* con sauna, seis lugares de estacionamiento por unidad, financiamiento a quince años sin intereses. En el corazón de la ciudad, a escasos veinte minutos del aeropuerto de Cumbica, frente al Shopping Center Norte. Arquitectura moderna, paisajismo galardonado. Visite el departamento muestra.

Me encantaba leer los folletos que repartía en las esquinas. Es más, hasta los coleccionaba. Me llevaba a casa al menos uno de cada uno. Los miraba toda la noche. Los dibujos, el padre de familia con cara de deportista, la mujer siempre espigada, los dos abrazados leyendo un libro para los niños por la noche. No entendía los planos, todo ahí me parecía apretado, aquellos cuadritos, uno apoyado en el otro, pero los edificios eran siempre tan altos que rozaban el cielo.

En los folletos nunca llueve, siempre hay muchas áreas verdes, árboles en la entrada, en la portería. Hasta en la sala de los agentes de ventas, que por lo general aparece en un rincón, encima de la frase: “Uno de nuestros consultores espera por su visita”. Incluso ahí tienen un arbolito en una maceta cualquiera. Yo pensaba: “¡Esto sí que es clase!” Aquellos edificios tan elegantes, con balcones, con blancas paredes con helechos. En las casas que frecuento todo es colorido y sin helechos. ¿Alguna vez pensaste en vivir allá, en lo alto, despertar y ver las nubes de cerca? ¿Oír el ruido de los aviones, pensar en los pasajeros y decir: “Buen viaje, vayan con Dios”?

Aunque vivo con miedo de los aviones, soy curiosa. Vivir en uno de esos edificios debe ser muy parecido a volar.

Yo no pensaba en eso cuando repartía los folletos. Era necesario conquistar a los conductores con mi simpatía, hacerles ver que yo tenía algo bueno que ofrecer. Un desarrollo residencial de lujo. No era sólo un pedazo de papel que yo pretendía arrojar dentro de sus autos. Después de todo: ¿A quién no le gustaría vivir en un edificio así, usar bermudas blancas y camiseta beige para jugar tenis por la mañana, tomar un chapuzón en la alberca por la tarde, un billar en la sala de juegos por la noche?

Es por eso que en un principio me daban un atuendo especial. Porque los desarrollos residenciales eran de lujo. Bien valían un pantalón de lycra en el verano, con camiseta a rayas y saco rojo para combinar. Después se fueron descuidando. El número de repartidoras en los semáforos aumentó. El dichoso lujo del desarrollo residencial se tornó incierto. Un edificio de lujo, con acabados de primera, ¿y la repartidora del folleto vistiendo una camiseta cualquiera? Con trajes tan simples, ni sudar vale la pena, ellas ya ni siquiera sudan. No sonríen, no intentan establecer ningún tipo de contacto con el conductor. En verdad que, si eso era difícil, lo fue aún más. Uno se encuentra sólo con caras feas, aunque diciendo: “Buenos días señor, disculpe, ¿cómo está usted?”

Cuando empecé a trabajar como promotora de ventas pensé que incluso podría hacer alguna amistad. Alguien que, al repetir el mismo camino, reconociera mi sonrisa. Pero no fue así, eso nunca ocurrió. Tal vez porque siempre cambiaba de uniforme, o porque los folletos eran todos parecidos. Folleto igual, ropa diferente, ¿quién le iba a prestar atención a mi sonrisa?

Ya me han hecho cada jeta. El otro día hasta me sacaron un revólver, cuando golpeé la ventana de uno de esos coches impor-

tados. Los vidrios se fueron oscureciendo, ni cuenta te das de quién va adentro. Creo que en algunos casos es mucho mejor. ¿Cuántas veces tuve que voltear la cara para no ver lo que no quería ver? Perdí la cuenta.

Con el tiempo fui dejando la vergüenza de lado, me acostumbré a la indiferencia y a la hostilidad. Sin embargo, cada vez menos personas aceptaban abrir las ventanas de los carros; aunque yo sonriera: “Sea tan amable, hágame el favor, es un desarrollo residencial de lujo”. Los conductores comenzaron a negarse sólo con la cabeza, a estampar la mano en el vidrio para que yo me alejara, o simplemente a continuar sus pláticas en el celular. De nada servía mirar con ojos de quien suplica: “Abra la ventana, joven, puede continuar hablando, no lo voy a entretener, es sólo un folleto”.

En aquel tiempo hasta me llevaba algunos piropos, principalmente cuando la ropa era más bonita y ajustada. Los hombres bajaban el vidrio con una sonrisa. Y yo, pensando que estaban interesados en el inmueble, comenzaba a decir: “Mira qué belleza, cuatro suites...”. Pero ellos ni me escuchaban, no tardaban mucho en preguntar mi nombre, o en invitarme a ir a dar una vueltecita. Nunca me pidieron que los llevara a visitar departamento alguno.

Creo que esa sería mi mayor alegría: llevar a algún cliente a conocer el lugar y hablar con los consultores. Así, podría decir que era una verdadera promotora de ventas e incluso hasta pedir un puesto mejor. Convertirme en consultora o recepcionista, alejarme de las esquinas.

Ahora no distribuyo más folletos. Aún miro los que guardé y sueño con el día en el que yo viva en uno de esos edificios. Con chimenea en el invierno y aire acondicionado en el verano. *Playground*, portero electrónico, vista privilegiada, de preferencia

muy cercano a un shopping. Y helechos, muchos helechos, dentro y fuera del departamento.

El otro día creí que mi oportunidad había llegado. Estaba en una avenida, agitando banderas frente a una concesionaria de carros importados —eso es lo que hago ahora, agitar banderas con las marcas de los automóviles en las avenidas—, cuando un tipo se detuvo en un carrazo. Bajó, se quedó un buen rato recargado en el auto, mirándome, fumó varios cigarrillos. Después me invitó a ir a dar un paseo. Y fui. Casi le pido que fuera conmigo a visitar uno de aquellos edificios, pero no tuve coraje.

Al principio estaba un poco asustada, pero era un tipo bien parecido, de voz dulce e, incluso, hasta frágil. Me llevó a dar una vuelta por la Ciudad Universitaria, yo nunca había oído hablar de ese lugar. Me enseñó el Jockey Club, en donde están los caballos de carreras. Todo era tan cercano del sitio en donde yo agitaba las banderas, y nunca jamás había pasado por ahí.

Él hablaba poco: “Ése es el Jockey, ahí está la Facultad de Arquitectura, más para allá está la Facultad de Economía, en la salida hay un lugar en donde la gente hace competencias de remo”. Yo ni sabía que ahí había gente que practicaba ese deporte.

Después me llevó a mi casa. Yo no quería, tengo vergüenza de donde vivo, pero él insistió. No le ofrecí ni un cafecito, no le pedí que subiera, pero tampoco mostró ningún interés.

A partir de aquel día, el hombre me fue a buscar otras veces, fumó sus cigarrillos en la banqueta, me señalaba el auto para que yo subiera, y me llevaba a conocer parques: el Ibirapuera, el de Aclimação, el de la Luz, el de Morumbi.

Nunca quiso saber mi nombre. Alguna vez le pregunté el suyo e hizo un gesto como diciendo: “No importa”. Entendí que no quería hablar, no pregunté nada más. Intenté saber por qué me

buscaba, y tampoco me respondió. Dijo: “Aquí es el Instituto Butantan, ¿quieres entrar?”

El otro día tuve la impresión de que me iba a contar algo, pero su voz se ahogó. Ahora me siento más a gusto en su carro, sin más entro, no pregunto, pero tampoco digo nada, así es como él lo prefiere. En aquella ocasión, él se volteó hacia mí con la cara más triste que de costumbre, me sentí incómoda. Me mostró un parque más, el Trianon, en la avenida Paulista, en frente de un museo, y me llevó a casa más rápido que en otras ocasiones.

El resto de mi vida no cambió. Tomo las banderas de las concesionarias y, cerca de las elecciones, también me quedo en las calles, sólo que con banderines con nombres de políticos en vez de marcas de autos. Me resulta divertido. Es casi una guerra con los compañeros que hacen lo mismo para otros candidatos. Gana quien tiene el viento a favor, quien viste las camisetas más llamativas. El político que gasta más, que no ahorra tela a la hora de la confección, puede tener la seguridad de que voy a votar por él.

El hombre extraño todavía aparece de vez en cuando. Me señala el carro, me lleva a conocer algún parque, algún cementerio o monumento. En el barrio todo el mundo dice que por fin me coloqué, pero no es así. Llegamos frente a mi casa, bajo del auto con expresión satisfecha, me río de las miradas envidiosas de los vecinos, tomo un baño y miro un folleto de mi colección. Describo el inmueble frente al espejo, como si estuviera hablando con mi amigo, vendiendo un departamento: “Mira qué belleza, tres cuartos, dos suites, cocina completamente equipada, seguridad total, área silenciosa y arbolada: un desarrollo residencial de lujo”. Él me responde: “Perfecto. Trato hecho”. Prepara el cheque del primer pago y dice: “Mucho gusto, Ronaldo, ¿y su nombre es...?”

TRADUCCIÓN DE ARMANDO ESCOBAR G.

IVANA ARRUDA LEITE (Araçatuba, São Paulo, 1951). Ha publicado *Histórias da mulher do fim do século* (cuentos, 1997), *Eu te darei o céu – e outras promessas dos anos 60* (novela, 2004). *Ao homem que não me quis* (cuentos, 2005) que le significó ser finalista del Premio Jabuti en 2006. Su obra más reciente es *Hotel novo mundo* (novela, 2009). Ha sido narradora y columnista de la *Folha*; además de ello, de 2006 a 2008 ha dirigido tres talleres de cuento.

La escritora no teme abordar asuntos supuestamente polémicos; sería “una tontería”. Temas como el racismo, la violencia y la desigualdad social no sólo pueden sino que deben estar presentes en la literatura, en especial en la juvenil. Primero, para formar una opinión crítica en el joven, y luego, para no hacer de la literatura una especie de burbuja aislada del mundo real, lo que desde su concepción marcaría su decadencia.*

Blog:<http://doidivana.wordpress.com/quem-sou/>

Los cuentos “La quinta carta” y “Mujer del pueblo”, pertenecen al libro *Ao homem que não me quis* (Río de Janeiro, Agir, 2006).

* Al respecto, véase “Ivana Arruda Leite: ‘sem temas proibidos’”, en <<http://revistaescola.abril.com.br/lingua-portuguesa/pratica-pedagogica/ivana-arruda-leite-temas-proibidos-580362.shtml>>. [Consulta: 25 de junio de 2011.]

♦ La quinta carta ♦

Cierta vez, una cartomante me dijo que no tardaría en encontrar al hombre de mi vida. Lo reconocería de inmediato. Nos casaríamos, viviríamos en una casa con geranios en la ventana y tendríamos un par de hijos. El Sumo Sacerdote, la quinta carta en la casa siete, lo garantizaba. Días después, caminaba distraída por la avenida Rebouças cuando descubrí a mi lado al Sumo Sacerdote en una Berlina blanca. Sin duda, aquél era el hombre que esperé la vida entera. Podía adivinar cómo era su cuerpo, el aroma de su piel, su voz. Nos casaríamos, viviríamos en una casa con geranios en la ventana y tendríamos un par de hijos. Avancé zigzagueando entre los carros tratando de alcanzarlo, pero el Sumo Sacerdote viró a la derecha y siguió por la Capote Valente. Así fue, en una fracción de segundo, como perdí al hombre de mi vida. El destino siempre cumple lo que promete, pero el tránsito no siempre ayuda.

TRADUCCIÓN DE MARÍA CRISTINA HERNÁNDEZ ESCOBAR

♦ Mujer del pueblo ♦

Lunes

São Paulo amaneció en paro. La huelga de autobuses obstruye las tripas de la ciudad. Las personas se apretujan en los transportes clandestinos para no perder el día de trabajo.

Confieso que estoy más preocupada por mi propio congestionamiento. Mi hernia se puede estrangular en cualquier momento y, si eso pasara, la muerte sería inmediata. Por lo menos es lo que dice mi madre:

—Tu abuelo tampoco sentía nada, como tú. De repente comenzó a vomitar excremento, tuvo una hemorragia y murió.

La pared muscular de mi abdomen está tan delgada como una hoja de papel. El intestino avanza hacia afuera y las tripas se hinchan formando un bulto blando debajo del ombligo. Lo indicado en estos casos es colocar una tela para mantener las tripas en su lugar. Mañana seré una mujer con un gallinero en el vientre. No tengo elección.

Dentro de poco debo acudir al Hospital Universitario. Si tuviera dinero, compraría un seguro médico y no necesitaría someterme al servicio público de salud, pero mi vida fue distinta. Nunca supe hacer dinero y, cuando tuve, no supe cuidarlo. Cuando logré ahorrar, alguna medida económica lo hizo desaparecer. En fin, si el Estado no financia mi operación, puedo morir arrojando mierda por la boca.

Mi madre y mi hija van conmigo. Las tres nos tomamos del brazo. Camino con mucha dificultad. Ningún hombre nos acompaña. Mi madre es viuda hace mucho tiempo y yo también. Primero yo y luego mi hija crecimos sin padre. Debe de ser hereditaria esa tara de matar a los maridos.

Mi madre carga mi mochila con la ropa. Ella se quedará conmigo en el hospital. Es poco lo que uno lleva en esas ocasiones: pantaletas, sandalias de hule y la terca esperanza de salir viva. Mi hija lleva la bolsa de libros y protesta por el peso:

—¿Cuánto tiempo crees que te vas a quedar aquí?

Los libros son mi salvación. Cuando todo alrededor se vuelve insoportable, meto la cabeza en ellos y espero a que pase el temporal.

Soy bibliotecaria de la Facultad de Filosofía. Funcionaria pública con plaza. Vivo cercada de libros, conviviendo con bacilos de todo tipo: de barba, bigote, traje, corbata, deteriorados, decrepitos —hablo de los filósofos, claro, pues los de los libros me inmunizan contra la imbecilidad en la que estoy metida.

Mi hija ya le tiene alergia a las letras y adora a los hombres. A los veinticuatro años su lista de ex novios ya agotó el alfabeto. Quiere ser actriz. Sospecho que vivirá a mis costillas por mucho tiempo.

Las tres nos sentamos en las sillas de la recepción y esperamos. Poco tiempo después comienzan a llegar las otras mujeres que también serán operadas. Mujeres pobres, gente de barrio. Están felices por haber conseguido una fecha. Sabrá Dios desde cuándo la esperan. Sólo yo blasfemo. ¿Dónde está mi valor de mujer del pueblo?

Por culpa de la huelga del transporte, salieron temprano de casa y subieron la cuesta del hospital a pie. Los acompañantes se sientan al lado: los hijos, los maridos, los sobrinos. En el regazo,

la bolsa con el equipaje: pantaletas de algodón, sandalias de hule, rosario, un plátano y la esperanza de salir viva, siempre la misma.

La que tiene piedras en la vesícula llegó echando el bofe; la de la vejiga caída se orinó toda por el camino; la del mioma no se quita la mano del vientre. Aun así, el clima general es de alivio. Hasta que por fin llegó la hora.

Las mujeres del pueblo parecen santas. Suspiran, gimen y, sin decir palabra, buscan acomodo en las sillas. Sólo yo insulto al gobernador, al secretario de Salud, al presidente de la república, esa punta de bandidos que me dejó tan pobre. Pero no sirve de nada: nadie me oye.

Después de pasar la tarde sentada en esta silla dura, llega la encargada de pésimo humor:

—Hago esto sólo por ayudarlas; no es mi trabajo. Todavía no como por culpa de esa maldita huelga. Mi horario termina a las cuatro.

Con la lista en la mano, va llamando a una por una. Las mujeres se despiden de los parientes y hacen una fila en la puerta del elevador. Cuando llega mi turno, pide que mi madre y mi hija se retiren.

—Debe de haber algún error —le digo bien dispuesta a pelear— mi madre se va a quedar conmigo. Soy funcionaria de la universidad, tengo derecho a un cuarto individual con baño, televisor y acompañante.

—Lo siento mucho, pero por el momento no tenemos ningún privado vacío. Si quiere quedarse, tendrá que ser en la clínica, con las demás.

Mi hernia puede estrangularse en cualquier momento y yo no quiero terminar como mi abuelo. Es eso o nada. A la mera hora nadie prefiere morir.

Mi madre y mi hija se despiden llorando. En la familia, nunca hubo un caso en que alguien acabara en una clínica, es más, ni siquiera en un hospital público. Somos pobres desde hace poco tiempo. La enfermera asegura que me cuidará bien. Cínica.

Entramos en silencio en el elevador. Vamos en fila al mata-dero, cabizbajas, con miedo, con dolor.

En el cuarto 608, cinco camas nos esperan. En la cabecera, el nombre de cada una está escrito en una cinta adhesiva. El mío está escrito en la cama próxima a la puerta. En caso de incendio soy la primera en escapar.

La enfermera nos manda a ponernos una bata blanca de tela corriente con el nombre del hospital bordado en rojo. Nuestros traseros blancos quedan a la vista. Nadie de aquí tiene tiempo de tomar el sol ni de ir al gimnasio. Para nosotros un cuerpo ejercitado significa algo distinto.

En la muñeca derecha nos amarra una pulserita de tela con el nombre y el número del cuarto. En caso de que me pierda sabrán adónde devolverme.

¿Qué pasaría con mi madre?

Mis compañeras de cuarto conversan unas con otras con la mayor alegría. Se preguntan el nombre, cuántos hijos tienen, si son casadas. Oigo todo en silencio.

María das Virgens es la viuda alegre de la vejiga caída. Vive en casa propia rodeada de los hijos y los nietos. Cuida a los niños cuando sus hijas salen a trabajar. El terreno es tan grande que tiene espacio para sembrar papaya, lechuga, calabacitas, hierba-buena, ella toma todo de su huerta. Cosa de indios.

Socorro tiene piedras en la vesícula y gime de dolor. El marido promete que va a dejar de beber mientras ella esté aquí.

—No olvides revisarle la tarea a los niños.

Ésa es la primera noche que Socorro pasa lejos de sus hijos.

Raquel, la del mioma en el útero, es muy católica y glorifica a Dios cada dos minutos. Tiene la manía de llamar a todo mundo amorcito, querido, dulzura. Un horror. Es madre de dos muchachos exitosos.

—Después de que mi marido faltó, mis hijos me cuidan mucho, gracias a Dios.

Catia es la más joven. Tiene la edad de mi hija y una úlcera inmensa corroyéndole el estómago.

Pienso en mi hija, en su porte de bailarina, en los novios que constantemente cambia por otros, en los mil motivos que tiene para no tener una úlcera en el estómago y me pregunto: ¿quién será el que distribuye el sufrimiento en el mundo? O ¿será que las desgracias son distribuidas al azar, y a quien le tocó le tocó? ¿Quién tendrá la culpa de ese mar de desgracias?

Raquel agradece a Dios por haber quedado cerca de la ventana.

—Estuve rezando para que me tocara en una cama que diera a la calle.

Yo también le pedí mucho a san Juan Bautista para que me pusiera en un cuarto individual, pero le pareció que ya estaba suficientemente grandecita como para aguantar la monserga de quedarme en la clínica. ¿Quién me manda tener como santo patrono a un profeta iracundo, que se alimentaba de miel y chapulines y vivía gritándole a las multitudes?:

—¡Raza de víboras! ¡Arrepentíos porque vuestra hora se acerca!

Das Virgens recuerda que dejó la ropa en el tendedero. Corre a la ventana para ver si ve a la hija, pero la muchacha ya está lejos. La huelga ya acabó y los autobuses están pasando muy por debajo de nuestra ventana.

—Ojalá que no llueva, dice ella mirando al cielo.

Catia, la jovencita de la úlcera, cuenta que por la mañana fue con el peluquero, se lavó la cabeza y se cortó el cabello muy cortito.

—Nada más no me pinté las uñas porque no pueden operarlo a uno si trae las uñas pintadas, porque en caso de ponerse moradas no lo notarían y uno podría morir.

Me pregunto: ¿será que no existe un modo más seguro de saber si una persona está a punto de morir de asfixia? ¿Adónde vine a parar?

Socorro pide que le coloquen un barandal en la cama.

—Yo sólo sé dormir en cama matrimonial. Esta cama es muy angosta. Si no ponen el barandal, no voy a pegar un ojo en toda la noche.

Un auxiliar de enfermería negro y fuerte, llamado Eduardo, pone a Socorro en una especie de cuna, de jaula, para que ella se sienta más segura.

Apilo los libros sobre el buró. El muro ya está levantado. Tomo el de hasta arriba, lo abro en cualquier página y finjo leer. Estos libros son un perfecto escondite.

La sala de televisión está muy cerca de nuestra puerta. Catia va a ver la novela y Raquel va a pasear con Das Virgens; van tomadas del brazo, con gran alegría. ¿Dónde creen que están?

Yo y Socorro nos quedamos en el cuarto. La escucho gemir bajito. Raquel y Das Virgens vuelven informadas sobre la vida de todo mundo. Su curiosidad no tiene límites. Ella le pregunta a cada una de las compañeras cuál es su religión. Cuando llega mi turno, me salta y pasa a la siguiente. ¿Será que tengo cara de no tener religión? Apenas llegué y ya me siento excluida del grupo. Me dan ganas de decirle:

—Óyeme, yo soy católica, devota de san Juan Bautista, alguien de quien quizá ni te acordaste hoy, 24 de junio. Ya recé muchos rosarios en mi vida, confesé mis pecados, comulgué, hasta me casé por la Iglesia. Virgen.

Pero a ella no le importa.

—¿Qué tal si rezamos el rosario? —propone—. Las otras aceptan.

Cuando ella amenazó con cerrar la puerta del cuarto, yo no la dejé. Ya que me excluyeron del rosario, al menos quiero oír el “Jornal Nacional”.¹ Que ellas intenten concentrarse como puedan.

Con voz automática y rítmica, se escuchan, uno tras otro, los padrenuestros y las avesmarías. En el primer misterio, María se entera de que está embarazada; en el segundo, visita a su prima Isabel, madre de san Juan Bautista; en el tercero, la Virgen busca un lugar para parir, pero no lo encuentra. El niño termina naciendo en una clínica en medio de mujeres que su madre nunca había visto. Para el cuarto misterio yo ya estaba dormitando. Cuando me desperté, los desterrados hijos de Eva clamaban piedad en este valle de lágrimas. Oh, clemente, oh, piadosa, oh, dulce Virgen María.

Humildemente pido a Nuestra Señora que me mantenga viva hasta el domingo para que pueda ver la final de la Copa del Mundo. Si Brasil le gana a Turquía, estamos a un paso de ser pentacampeones.

Martes

Yo y Socorro somos las primeras en irnos a los quirófanos. A las seis y media de la mañana la enfermera entra, nos da una pastilla a cada una y nos manda a bañarnos.

¹ El “Jornal Nacional”, que inició transmisiones en Río de Janeiro en 1969, fue el primer programa en red nacional retransmitiendo para todas las emisoras afiliadas. El equipo de periodistas logró, en poco tiempo, transformarlo en el más importante noticiero de Brasil, con altos índices de audiencia. Información tomada de <<http://g1.globo.com/jornal-nacional/noticia/2010/04/confira-historia-do-jn.html>>. (N. de la trad.)

—Pero no se laven la cabeza porque el bistorí es eléctrico.

Era todo lo que me faltaba: morir electrocutada en la sala de operaciones. El médico rebanándome con una sierra eléctrica como un leño. Negro. ¿110 o 220? Un cable de plancha atraviesa la sala, “Cuidado con el cable; no lo pisen”. Si alguien se tropieza, adiós.

Finjo que me baño; hago tiempo y luego salgo tan sucia como entré. Electrocutada no voy a morir. A la enfermera le extraña:

— ¿A poco se baña así de rápido? ¿Eh?

Después me pregunta si tengo alguna prótesis en la boca.

— ¿Dentadura postiza? ¿Yo? ¿Con quién cree que está hablando?

Con cierto esfuerzo subo a la camilla sola. Socorro ya no puede, hay que cargarla.

Los enfermeros me llevan a cien por hora por los corredores. Me siento en el autódromo de Interlagos. Las luces del techo más el medicamento que tomé me han dejado completamente atarantada.

En el quirófano me aplican anestesia epidural. Reconozco la voz del doctor Delio, pero ya no puedo abrir los ojos. Pregunta si estoy bien, respondo que sí.

El doctor Délio es un médico alto, fuerte, rubio de ojos azules. Él es quien me va a abrir el vientre y a revolver mis tripas. Qué vergüenza.

Después de cortar de arriba abajo, recuerdo haberlo visto colocando una tela blanca plástica en mi vientre. Estiró para acá, para allá, y a la hora de terminar, como no tenía tijeritas, cortó el hilo de sutura con la boca, como lo hacía mi abuela. Ella tampoco necesitó tijeritas nunca. Fue ella quien le entregó una toallita de lino blanca, con mis iniciales, para que él la colocara sobre el vientre abierto.

Cuando desperté, me topé con cuatro ojos abiertos como platos frente a mí. Mi madre y mi hija esperaban una señal de vida.

—¿Qué tal? ¿Todo bien?

—Soy yo quien pregunta —respondí—. ¿Todo bien?

—La operación fue un éxito.

—¿Y la “Princesa” cómo está?

Se ofendieron. Apenas vuelvo a la vida y la primera pregunta que hago es sobre mi perra.

—No sobreviviría si yo muriera —me justifico.

Pero es inútil. Ellas se mueren de celos de la “Princesa”.

En el vientre, la cicatriz aún sanguinolenta conserva las marcas de la aguja sobre la piel. Hilo de sutura, hoyitos pareados alrededor del inmenso corte. Dos allá, dos acá. Del lado izquierdo colocaron una cánula por donde sale la suciedad y cae en una bolsa que traigo colgando como un rabo. Por las venas de las manos, el suero y el medicamento entran gota a gota. Pero lo peor es el hambre. Estoy muerta de hambre. “Hasta mañana” —responde la enfermera cuando pregunto a qué horas llega la cena—. Le pido a mi hija comprar una *coxinha*² en la cafetería del hospital, pero ella ignora mi petición y se ríe en mi cara.

La operación de Socorro también fue un éxito. Le sacaron casi un kilo de piedras de la vesícula. El marido, al lado de la cama, sujeta la bolsita con orgullo. Está feliz de verla bien y jura que no tomó una gota de alcohol desde ayer. ¿La tarea de los niños? Claro que la revisó.

—Mañana los traigo para que te vean.

Las camas vacías son de Raquel y de Das Virgens. Los parientes las esperan afligidos en el corredor. Un poco más tarde, ellas

² La *coxinha* es un bocadillo típico de la cocina brasileña y portuguesa elaborado con pechuga de pollo deshebrada envuelta en una masa, luego empanizada y frita. Se suele servir con salsa picante. El nombre *coxinha* significa literalmente “piernita”. (N. de la trad.)

llegan. Raquel bendice el nombre de Dios al ver a sus hijos. De las Vírgenes pregunta si su hija recogió la ropa del tendedero.

—Sí, mamá, la recogí, quédate tranquila.

Mañana será el turno de Catia, la única que aún no ha sido operada.

Las visitas son expulsadas a las 18 horas, gracias a Dios. Estamos exhaustas; queremos silencio. Ahora sólo se escucha el ruido del televisor. Parece que a nadie le molestan las cuatro mujeres recién operadas del 608.

Paso una noche de perros. Me muero de frío y no logro taparme porque estoy toda conectada a tubos y agujas. Me duele la espalda, me duelen los puntos, la cabeza, el estómago.

Una auxiliar de enfermería me coloca el cómodo una y otra vez durante toda la noche y me reclama, como si ella no estuviera ahí para eso:

—Ah, cómo orina usted, ¡válgame Dios!

Miércoles

Por la mañana, la enfermera vacía la bolsita de desechos que colgaron de mi cuerpo, me toma la temperatura y ordena que vaya a bañarme, sola. Creo que lo hace por burlarse. ¿Cómo puedo levantarme con todas esas mangueritas colgando, esa aguja, esa bolsa...? ¿Sabrá que fui operada? Pero la idiota habla en serio:

—Vamos muchachita, caminando.

Salgo de la cama despacio, muerta de miedo de caerme, y voy hasta el baño cargando el soporte de donde cuelga el suero. Llego exhausta. La enfermera rubia y gorda bufa impaciente por mi tardanza. Me dan ganas de estranglarla. Abre la llave de la regadera y me ordena quitarme la ropa.

—¿Qué no ve que mi cuerpo está todo lleno de tubos?

Me ayuda haciendo una mueca y me entrega dos batas limpias.

—¿Por qué dos?

—Una es para que se vista y la otra para que se seque. No tenemos toallas. Secarme con una bata...a qué punto he llegado. Empujo la puerta con el pie e intento despertar de la pesadilla. Miro el agua cayendo, la bata que me servirá de toalla, mi cuerpo hecho una ruina, y decido no tomar ningún maldito baño. Espero un rato y cierro la llave. Me pongo una de las batas, mojo la otra en el lavabo para que ella piense que la usé, y salgo tan seca y sucia como cuando entré.

—¿Ya? —se sorprende—. ¡Es increíble lo rápido que usted se baña!

—Para que vea.

—Su vientre todavía está cubierto de mercromina.

—No tengo la culpa de que esa porquería no se quite.

Raquel se baña con gusto; sale toda perfumada. Das Virgens y Socorro duermen como dos niñas. Sólo la cama de Catia está vacía; ya vinieron a buscarla para la operación.

Desde el cuarto oigo el entusiasmo de los aficionados en la sala de televisión. Brasil y Turquía ya están en la cancha. Animada con el baño que no tomé, voy a ver el juego.

Pienso en las Copas a las que asistí en medio de la cerveza, el churrasco, la batucada. Miro a los lados y todo lo que veo es gente vendada, enyesada, en silla de ruedas. Los soportes para el suero se enredan. El personal del hospital coloca sillas para todo el mundo. La mía es tan comfortable que me duermo inmediatamente. Me despierto con los gritos de un casi gol y me voy a dormir a la cama.

Cuando la enfermera me llama para el almuerzo, le pregunto cómo terminó el juego:

—Uno-cero a favor de Brasil.

—¿Con un gol de quién?

—De Ronaldinho.

—¿El gaucho?

—No, el gaúcho no jugó. El fenómeno.

Yo celebro:

—¡Bravo, estamos en la final!

—¿Le gusta mucho el fútbol?

Como si no pudiera. ¿Pues por quién me toman?

El tan esperado almuerzo era un único plato con una sopita transparente en el fondo. Creo que lo hacen adrede.

Después de la sopa rala, la alegría de ver a mi madre y a mi hija llegando tomadas del brazo. Mi madre insiste en que me levante y vaya a caminar un poco. Qué manía tienen las personas de hacer caminar a los enfermos. Protesto, pero ella me obliga de todas formas.

Por el camino, me cruzo con Raquel y Das Virgens, animadísimas. Parece que están de shopping. Das Virgens me presenta a las nietas:

—Éstas son la alegría de mi vida: Selma y Lidiane.

Después llama a los hijos.

—Quiero que conozcas a mis tesoros.

Los tesoros vienen de mala gana y vuelven corriendo hacia el televisor.

El marido de Socorro se olvida del fútbol y se queda firme al lado de ella. Una Copa del Mundo sin beber, prefiere no verla.

La madre de Catia está nerviosa. Son casi las cuatro de la tarde y su hija aún no regresa del quirófano. Media hora después, ella aparece completamente lúcida y muerta de hambre. No la operaron. Desde las 8 de la mañana esperaba a un anestesista que no

llegó. La dejaron más de seis horas en la camilla, en ayuno, muerta de frío, hasta que se rindieron y la trajeron de vuelta. Con ella viene la trabajadora social y pide disculpas.

—Pueden irse y esperar a que hagamos una nueva cita para la operación.

La madre comienza a gritar:

—La culpa es de esa maldita Copa del Mundo. Apuesto que los anestesistas estaban viendo el juego y no quisieron trabajar.

Seguro.

Catia arregla sus cosas y se va. Sabe Dios cuándo volverá. La úlcera seguirá corroyéndole el estómago mientras mi hija baila.

A lo lejos, oigo el sonido que me entusiasma: es el carrito de la comida que se acerca. Quizá esta vez venga algo en él que valga la pena. Y vino.

Nada en el mundo me haría más feliz que ese plato de arroz, frijol, bistec, puré de papas y pudín de pan. Quién lo diría.

La comida me anima y voy a la sala de televisión a ver el noticiero de las siete que está comenzando.

Resulta que un muchacho muy gordo, medio mongoloide, en bata, mostrando sus rollizas piernas llega y cambia el canal sin inmutarse. La gente reclama:

—Oye Rafael, no seas así.

Él quiere ver la telenovela del SBT.³ Como lleva aquí más tiempo que nosotros, cree que tiene derechos especiales. Nadie osa contrariar al hombre elefante.

³ Sistema Brasileiro de Televisão, cuyo lema es “La tv más feliz de Brasil”, en: <<http://www.sbt.com.br/home/>. La Rede Globo es otra cadena de medios de comunicación, entre ellos la TV Globo, en <http://redeglobo.globo.com/>. (N. de la trad.)

—A la hora del “Jornal Nacional” le cambio a la Globo —promete.

Raquel intenta reunir a las compañeras del cuarto para rezar el rosario.

—Necesitamos agradecer por el éxito de la operación. Ayer no rezamos.

Cada una se disculpa y sale discretamente. Socorro susurra en mi oído:

—Esa mujer es muy desagradable; se cree la dueña del cielo. Das Virgens no logra escaparse.

Cuando acaba la telenovela, Rafael cumple la promesa y le cambia a la Globo. Comenta noticia por noticia. Política, economía, deportes, para todo tiene una solución. De repente, al ver en la pantalla el rostro de un traficante, comenta:

—Ese muchacho está en mi cuarto.

Todos nos espantamos y miramos de reojo hacia su cuarto. Realmente hay un muchacho acostado allá adentro. ¿Sería el dichoso traficante? La enfermera lo confirma. Al ver nuestro estado de prepánico, Rafael suelta la carcajada.

—¡Calma, gente! Tiene los brazos vendados, no hay ningún peligro.

A mi lado, un hombre muy simpático bromea con todo mundo. Está en una silla de ruedas y sólo tiene una pierna. Pregunto si ya tiene tiempo aquí. Entre los enfermos, la plática siempre comienza así: ¿cuánto tiempo lleva aquí? ¿De qué lo operaron?

—Desde el mes pasado. Soy albañil; estaba trabajando en un edificio. Me cayó una losa en la pierna y tuvieron que cortarla. Ahora me están preparando para colocarme una prótesis.

Está en un cuarto individual con su mujer. Probablemente lo que me correspondería por derecho; soy funcionaria de gobierno.

Cuando habla de sus hijos, se le iluminan los ojos.

—Sidinei tiene cinco años, ya está en el kínder. Es el benjamín. También tengo a Luzimar, de trece, y a Bernadete, de quince.

Quisiera pedirle que deje de contar esa historia horrible, pero por lo que se ve a él no le parece tan horrible. Finalmente, ya no tiene la pierna, pero conservó lo mejor: Luzimar, Bernadete y Sidinei.

Vuelvo a mi cuarto y me cubro la cabeza con el cobertor. Rezo para pasar una buena noche. Ojalá que no sueñe con ninguna losa cayendo sobre mi pierna. Desde mi cama escucho a Sidinei llevando a su padre en la silla de ruedas por los corredores. Brum... brum...pi-pi...

Despierto sobresaltada; me topo con que un muchacho negro, enorme, sin un solo diente en la boca; está al lado de mi cama.

—¡Dame la lana! —me dice empuñando un arma.

—¿Cuál lana? —pregunto asustada—. ¿No ves que estoy en un hospital? Me operaron, ¿qué dinero puedo tener?

La banda del delincuente que fue hospitalizado sometió a la enfermera en turno y entró para rescatarlo. De paso asaltaron a los pacientes de la clínica. Somos rehenes de una pandilla.

—¿Crees que no sé que eres rica? —dice escupiendo en mi cara—. ¿Crees que no vi el carrazo que tienes? ¿Y el dinero que gastas en libros; crees que no me entero?

—¿Crees que si fuera rica estaría aquí, en esta mierda de hospital?

Me tomó del cuello y antes de que me asfixiara comencé a gritar. Desperté con las sacudidas de la enfermera:

—Todo está bien. Usted tuvo una pesadilla.

Me puse los lentes para verificar. Es verdad, por lo que veo no pasó ningún bandido por aquí. Qué mierda.

Jueves

La enfermera me despierta a las seis de la mañana, aunque el desayuno llegue hasta las ocho. Como ya conozco las costumbres de la casa, siempre guardo unas galletas del día anterior para comer por la mañana. En poco tiempo voy aprendiendo cómo sobrevivir en una clínica.

Quien ocupa la cama de Catia es doña Irma, una anciana con el cuerpo retorcido, con las piernas y los pies atrofiados por la artritis. La van a operar de una hernia gigantesca que tiene en el ombligo. Hace tres años que espera un pase para cirugía.

Doña Irma vive en una favela cerca de aquí, en una casucha que comparte con una amiga más vieja que ella. Diario recorre las calles del barrio cargando una charola de antojitos. Las compañeras del cuarto la conocen de vista. Pero tiene una hija “a la que le va muy bien”.

Eduardo —el Apolo de ébano— coloca una plancha de madera bajo el colchón para que ella no se hunda y se mantenga recta.

Los ojos de doña Irma son azules del color del cielo, claritos, claritos, y se muere de vergüenza con las enfermeras. Nunca se había quitado la ropa en frente de nadie. En eso tiene razón: el cuerpo de una anciana es muy feo.

Tal vez el cuerpo de un hombre anciano no sea tan feo, pero el de una mujer da mucha vergüenza. Nos la pasamos tratando de esconder las piernas, el pecho, las nalgas. La enfermedad no hace que desaparezca la vergüenza.

Despuécito del desayuno, recibo la visita de una junta de médicos. Se acercan y forman un círculo a mí alrededor.

El mayor, un hombre atractivo con el cabello entrecano, es el profesor. Con voz impostada explica mi caso a los alumnos, en

una exótica mezcla de datos técnicos con pronósticos sobre la selección brasileña.

En cuanto a mí, es como si no estuviera. Hablan sobre mí sin mirarme. El expediente tiene toda la información que necesitan. Peor que ser anónima es ser invisible.

La junta decide que debo quedarme un día más “para disminuir al máximo el riesgo de infección”. Dan el veredicto y se van sin dirigirme una palabra. Me quitan el suero, pero no el drenado. Dicen que todavía hay muchos desechos en mi vientre. ¿Estarán esperando que me quede seca?

Cuando el simposio se retira, la enfermera me manda a bañarme.

—Hoy no se escapa.

Esta mujer lo sabe todo.

Finalmente tomé el baño que merecía y que tanto necesitaba. Esta vez hasta toalla tenía. Cuando estaba completamente enjabonada, el doctor Delio tocó la puerta. Me puso tan feliz la visita que grité desde adentro:

—Puede pasar.

Después de todo, el hombre que me abrió el vientre puede muy bien verme enjabonada, pero no quiso.

—Voy a abrir, pero no voy a mirar. Supe que no te vas hoy —dijo de cara a los azulejos.

—Los médicos dijeron que era mejor que me quedara un día más.

—Si quieres puedes irte, yo te doy el alta. ¿Quieres?

Agradecí la gentileza, pero dije que prefería no correr ningún riesgo.

Cuando salí del baño, mis compañeras se meaban de risa con la escena.

Desde la sala de televisión yo podía ver a Rafael durmiendo. Por su cara debía de estar soñando con la estrella de la telenovela

del SBT. A su lado, el traficante duerme como un ángel. Aún no le he visto la cara. Está totalmente encogido, vuelto hacia la pared.

En la pantalla de la tele, la presentadora prepara un *bobó* de camarón.⁴ Algún día yo también haré esa receta sin recordar dónde la aprendí.

Una mujer se acerca en una silla de ruedas. No tiene el pie derecho. Raquel, la cristiana, le hace la plática:

—¿Es trombosis?

—Sí.

—¿Fue por el cigarro?

La joven, que no sale de la sala de fumadores, responde furiosa:

—No, es hereditario. Toda mi familia tiene esa enfermedad.

—Pero apuesto a que todo mundo fuma.

—Sí.

—Si Dios quiere, vas a mantener sano ese pie. Quiero decir, el otro, porque éste ya no, ¿verdad tesoro?

Rafael despierta y sale disparado por el corredor. Tiene esos arranques. Después se para y se queda inmóvil. Enseguida vuelve a correr. Las enfermeras le tienen paciencia.

Doña Irma, la anciana retorcida, es llevada al quirófano. Ojalá que regrese viva.

Raquel toma de la mano al hijo más pequeño y me lo presenta por décima vez.

—Sufrí mucho cuando ese niño nació; pesó cinco kilos. Sufrí tanto que llegué a tenerle miedo a los hombres. El día que él nació, había gente de Estados Unidos en la maternidad. Cuando

⁴ Es un platillo de consistencia cremosa típico de la cocina brasileña hecho con camarones salteados con especias verdes, mezclados con puré de yuca, aceite de palma (*dendê*) y jengibre. Se sirve acompañado de arroz blanco, aunque también puede servirse con *pirão* (salsa de pescado) (N. de la trad.)

supieron el tamaño del niño pidieron permiso para filmar. La película la exhibieron en Estados Unidos. Constantemente, mi hijo recibía invitaciones para hacerle propaganda, pero mi marido nunca lo dejó ir. Frustró el futuro del niño. Podíamos habernos hecho ricos.

El chico no sabe dónde esconderse de tanta vergüenza. Rápidamente pide permiso y se va a ver el partido Alemania-Corea. Uno de los dos se enfrentará a Brasil en la final.

—Si hubiera seguido la carrera de modelo, seguro me habría internado en un hospital privado.

Socorro ya fue dada de alta. El marido vino a buscarla. Se fue feliz de la vida, con la bolsita de piedras en la mano.

—A los niños les va a encantar —dice cargando su trofeo.

Hoy, por fin, el marido podrá emborracharse.

En su lugar entró Mercedes, una mulata joven y bonita que es empleada doméstica. Estaba prácticamente en luna de miel cuando se descubrió una bolita en el seno izquierdo, pero tiene confianza:

—Mi patrona también se hizo esa operación y volvió a casa al día siguiente, sólo que a ella la operaron en el “Aistein”.⁵

Al marido de Mercedes no le gusta el médico que la examina. Es demasiado guapo, demasiado educado, toma con demasiada delicadeza la mano de la mujer. El mujerío del cuarto se queda muy alborotado.

—¿Quiere cambiar de médico? —le preguntamos eufóricas.

Hace mucho que no se veía una manifestación tan efusiva en el 608. Bastó que entrara un hombre guapo para que supiéramos que seguimos vivas. Hasta los minúsculos ojos azules de doña Irma se abrieron grandes. Parecían dos canicas.

⁵ Se refiere al prestigiado Hospital Albert Einstein, en São Paulo. (N. de la trad.)

El marido de Mercedes se fue preocupado de dejar a su mujer en ese antro de pervertidas. Tuve ganas de decirle: el sexo es salud, querido. Un cuerpo enfermo no tiene sexo. Si volvió el deseo es porque estamos casi listas para irnos de aquí.

En la noche, en la sala de TV, Rafael siempre me escoge para conversar. Mirando de cerca su rostro, se distingue una pelusa ligeramente rubia, muy extraña, que no llega a ser una barba.

Mientras conversamos, de vez en cuando él hace cortocircuito y se queda parado, en silencio, mirando el vacío. Unos instantes después, se reconecta y pregunta:

—¿De qué estábamos hablando?

—Del traficante, tu compañero de cuarto.

—¿No lo sabe? —abre grandes los ojos— en la madrugada se arrancó las vendas del brazo, se vistió y huyó. Se fue sintiendo cada vez más nervioso, que no aguantó y huyó. Parece que hay un grupo de malhechores que lo quiere matar.

—¿Sabes que antes de salir pasó a mi cuarto? ¡Por poco me mata!

—¿En serio? —sus labios temblaban.

—Estoy bromeando —aclaré antes de que le diera un infarto.

Ambos soltamos una carcajada. Cada cual más mentiroso que el otro.

Más tarde, una profesora de la Facultad de Economía vino a sentarse con nosotros. Está acompañando a su madre, que por segunda vez en este año se quebró la pierna. El balance que esta profesora con doctorado hace de su vida es patético.

—Tengo treinta y cinco años en la universidad, ¿y para qué? Pura pérdida de tiempo.

—Usted no es la única —la reconforté—. La cantidad de profesores que he visto así de desalentados; parece chiste.

A la izquierda, un débil mental; a la derecha, una doctora. Miro a uno y al otro y percibo que hablan de cosas muy pare-

cidas. Principalmente cuando insultan a los políticos que salen en la tele.

Doña Irma volvió al cuarto sana y salva. La operación fue un éxito.

¿Y la hija? Ni señales de la hija. Ni una breve visita. Para abandonar a la madre de esa manera, debe de irle demasiado bien en la vida.

Viernes

Cuando cinco mujeres duermen en el mismo cuarto, se puede apostar que siempre hay una llorando. Das Virgens lloró toda la noche. Pregunté si le dolía algo, si quería que llamara a la enfermera, pero ella dijo que no era necesario.

—De vez en cuando siento esa tristeza.

Precisamente ella, la más feliz de todas, la que vive rodeada de sus hijas, la que tiene casa propia, que cosecha **aruqula** en su huerta, que cuida de sus nietas.

Probablemente Raquel no escuchó nada. Si hubiera oído algo, ya estaría al pie de la cama preguntando:

—¿Qué te pasa, ternura? Dímelo, corazón.

Raquel, la católica, quizá no entienda de esas tristezas que lo invaden a uno a mitad de la noche, que nos abrazan y desaparecen por la mañana. O quizá sí, vete tú a saber.

Mercedes ya se fue al quirófano. Al verla irse, le deseé, desde el fondo de mi corazón, que tuviera la misma suerte que su patrona.

Ella me hizo recordar a una empleada que tuve y que también fue operada. A la semana siguiente volvió al trabajo duro. Cuando me contó sobre el hospital, de la clínica, pensé: pobre, cómo sufre. Si yo tuviera que pasar por eso, me moriría.

No sólo no me morí, sino que la junta médica decidió que podía irme a casa. Dentro de mí ya no hay ninguna impureza. Ellos piensan que yo me lo creo.

Doña Irma ya está en un charco. Los puntos se le inflamaron y derramó sangre por toda la cama. Eduardo se encargó del vendaje.

El doctor Délio viene a verme por última vez. Al saber que me voy me extiende la mano, indiferente:

—Entonces listo, adiós. El viernes vuelves para que te retiremos los puntos.

Parece que no ve la hora de librarse de mí.

Rafael escucha la conversación y también viene a despedirse.

—¿Ya se va usted? —pregunta, listo para desconectarse.

—Ya. Pensé que nunca me iría de aquí.

Se ríe:

—De salir, todo mundo sale. Aunque sea rumbo al cementerio.

A la hora de almorzar, relamí el plato. Nada más no me comí el postre porque odio el plátano dominico.

—¿Por qué no se comió el plátano? —pregunta Raquel, como quien no quiere la cosa.

—El plátano dominico me estríñe.

—Qué chistoso, yo también tengo intestino perezoso, pero me encanta el plátano dominico.

—Pues entonces tome el plátano, es suyo.

No tuve que insistir. El chango tomó la banana y salió corriendo. Cuando acabó de comer, volvió y dejó la cáscara en mi bandeja. ¿Quién entiende a una mujer así?

Después de una semana gris, el sol parecía una medalla de oro en el cielo azul. Un sol de víspera de final de Copa del Mundo para conmemorar mi recuperación.

Doña Irma duerme tranquila, la luz de la ventana ilumina su rostro. La mentada hija le hizo una visita ayer por la noche. Es

una mujer alta y bien arreglada con collar de perlas y bolsa de piel fina. “Ando tan ocupada”. Le hace algunos cariños a la mano de la vieja y se va, taconeando por el piso de linóleo.

Un día ella verá a doña Irma vendiendo antojitos en cualquier esquina y sabrá que la madre ya salió del hospital.

Al ver llegar a Mercedes del quirófano, el marido suspiró aliviado. Ella esbozó una gran sonrisa de pura felicidad, mostrando su encía rosada. Fue la primera vez que el marido la vio sin dentadura. Tan joven y ya sin ningún diente en la boca.

Mi madre y mi hija llegan a buscarme. Mi hija reclama de nuevo:

—Apuesto a que no leíste ninguno de esos libros.

—Claro que sí. Leí *Materiaes* de Sérgio Fantini, un escritor maravilloso de Belo Horizonte.

Me despido de mis compañeras y avanzo a paso de tortuga, tomada del brazo con mi madre y mi hija. A Das Virgens también la dieron de alta y va al frente, con una nieta en cada mano.

El patio del hospital estaba todo adornado con banderitas. Al centro, una enorme mesa con palomitas, cuscuz, *canjica*, *quentão*.⁶ Los funcionarios conmemoraban el día de san Pedro. Entramos en la cuadrilla sin querer.

Una estrellita subió muy alto y explotó dejando caer una lluvia de plata que cubrió por completo el hospital. Raquel debió de haberlo interpretado como una aparición milagrosa de Nuestra Señora.

⁶ La *canjica* es un dulce tradicional brasileño que se consume todo el año, pero que es típico de las llamadas *festas juninas*. Sus principales ingredientes son el maíz (blanco o verde), la leche (a veces condensada) y el azúcar. Son ingredientes opcionales el cacahuete y la leche de coco. El *quentão* es una bebida caliente servida por lo regular en las kermeses y las *festas juninas*. Se prepara con aguardiente, jengibre, azúcar y especias. (N. de la trad.)

La hija de doña Irma finalmente llevó a su madre a vivir con ella. Adiós *coxinhas*, empanaditas, *risoles* de camarón.⁷

Las enfermeras sonreían y atendían a todos con una delicadeza que conmovía.

En el hospital había fechas disponibles para todo mundo y nadie tenía que esperar para que se le programara una operación.

La alegría de salir viva de aquel lugar me hizo ver todo como debiera ser.

Cuando llegué a la casa, la “Princesa” saltó sobre mí y se meó por toda la sala de tanta alegría. Le llené el hocico de besos. Desesperada, mi madre intentaba inútilmente separarnos.

—Vas a pescar una infección. Esa perra te va a abrir los puntos.

—Los golpes del amor no duelen.

Mi hija me ayudó a subir la escalera y me colocó en la cama entre sábanas limpiécitas y olorosas. De nuevo soy un bebé viejo y feliz.

El hospital, la clínica, el suero, los medicamentos, el carrito de la comida, el cómodo, el televisor, la pierna amputada, los baños que no me di, las mujeres, esas mujeres que traje conmigo, todo va volviéndose un recuerdo casi indoloro.

Sábado

El sábado muy temprano mi hija entra a mi cuarto y enciende el televisor.

—Mamá, despierta, ya empezó el juego.

⁷ Los *risoles* son unas empanadas rebozadas y fritas que pueden llevar camarón u otros ingredientes. (N. de la trad.)

Me amarra un listón verde y amarillo en la cabeza y se sienta a mi lado. Estrechamos nuestras manos.

El árbitro da el silbatazo. Afuera, una ráfaga de cuetes estalla en el cielo de la ciudad. Brasil y Alemania ya están en la cancha. Va a comenzar el partido.

TRADUCCIÓN DE MARÍA CRISTINA HERNÁNDEZ ESCOBAR

RUBENS FIGUEIREDO (Río de Janeiro, 1956). Es traductor y profesor de portugués y traducción literaria. En 1998 su libro de cuentos *As palavras secretas* recibió los premios Jabuti y Arthur Azevedo. Ganó nuevamente el premio Jabuti en el 2002, esta vez en la categoría de novela, con su quinto libro, *Barco a seco*. Es autor también de *Contos de Pedro* (2006). En el 2009, reeditó *O livro dos lobos*, casi completamente reescrito en la nueva edición por la Compañía das Letras. Su libro más reciente, *O passageiro do fim do dia*, se hizo acreedor al premio São Paulo de Literatura 2010, premio concedido por el gobierno de São Paulo.

Los cuentos “Un cierto tono de negro”, y “La escuela nocturna”, son parte del libro *O livro dos lobos* (São Paulo, Companhia das Letras, 1994).

♦ Un cierto tono de negro ♦

El día que ellos llegaron, todos decían que yo estaba ganando una cosa, sólo que nadie me dijo que iba a perder otra. Eran dos hermanos, y de una sola vez, me decían. Custodio e Isabel. Hermanos uno del otro, pero no mis hermanos. No eran ni parientes directos. Tenían más o menos mi misma edad y, después de todos esos años, me incomoda saber que hoy ellos tienen, y tendrán siempre, más o menos, mi edad. Donde quiera que estén. Hasta en eso se ligaron a mí. Hasta en la distancia pesan.

Fue poco el tiempo que tuve. Desde el día en que nací hasta el momento en que llegaron, pasaron siete años y se fueron llevando más aire, más piso del que puede caber en siete años. Fueron los intereses del tiempo, el agiotista de todas las alegrías. Recogían el horizonte frente a mí como quien enrolla una línea. Cuando recuerdo ese periodo, comprendo que viví de prestado: tuve apenas una muestra de existencia que era para ser la mía y me fue robada. Un puñado de meses —nada más que eso— en los cuales descubro ahora, en la memoria, la felicidad que sería haberme quedado solita. No enteramente solita, claro está. Pero la soledad de quien no tiene ningún igual de cerca.

A decir verdad, no sé hasta qué punto Custodio e Isabel podían ser considerados iguales a mí. Pero su edad estaba muy cercana a la mía para que no fuéramos vistos por los otros como semejantes. Aprendí en la práctica que la semejanza es la forma de aniquilamiento más vergonzosa, es un tipo de fin que nunca termina, que nunca llega al desenlace. Custodio e Isabel traían mi

final, como también traían, en otro sentido, el fin uno del otro. Para eso existían. Para eso seguían viviendo.

Aun sin saber apuntar con certeza un autor o responsable por la llegada de los hermanos, años más tarde llegué a ver en ese error una traición deliberada que, de ahí en adelante, hizo mi vida pulverizarse poco a poco. Tal vez nació débil y, en caso de que no fueran ellos, sería otra cosa, más tarde, la que me vendría a desorganizar. Pero eso no hace inocentes a Custodio e Isabel.

Puedo parecer demasiado contundente, enfática, hasta un poco trastornada. Ya me lo dijeron. Viven diciéndomelo. Sólo que es difícil para mí percibir la diferencia, lo normal, una vez que fui obligada a pasar casi la vida entera en este estado. El alma tensa, presionando la garganta, en los dientes.

La primera cosa que noté de Custodio e Isabel es que hacían mucho ruido. Para ser lo que yo era, para que yo viera y palpara en mí una persona que yo pudiera ser, era necesario silencio. Como una especie de película o ampolla, el silencio mantenía unida las porciones de voluntad y raciocinio que me daban peso y forma. Cuando la película se rompía, mi contenido se destemplaba, se disgregaba —y se disgregó—, quién sabe para siempre.

¿Por qué vinieron? Días antes, oí cuchicheos por la casa, el teléfono sonaba todo el día, entraban visitas con rostros contrariados. Vi gente llorando sin hacer ruido. Mi padre, ese que hasta entonces había llamado papá, se quedó un día entero en casa. Llamaba por teléfono, conversaba con las visitas; no fue a trabajar.

De tanto mentirse unos a otros, encuentro hasta natural que más tarde nadie supiera con certeza lo que sucedió. Oí decir que la madre se fue y el padre paró en el hospital. El padre se fue al exterior y la madre murió. Padre y madre fueron encarcelados. Los dos estaban enfermos y se internaron juntos. La madre salió de casa y no volvió más; días después el padre dejó a los hijos

con el vecino para desaparecer en seguida sin dar explicaciones. No importa, honestamente, no importa.

Custodio e Isabel, por deporte, gustaban de martirizarse en frente de los demás, contando esas historias. Creaban y mezclaban versiones con la libertad de quien sabe que no puede ser desmentido. Producían todo tipo de desgracias con sus padres, sabedores de que los únicos que serían beneficiados con la piedad y la compasión serían ellos mismos, los hijos.

Antes era diferente. La alegría es diferente. En la ventana del departamento, solita, veía cómo las personas se deslizaban por la calle, los carros subían; y en atención a mí, todo parecía lento, para que yo tuviera tiempo de observar los detalles. Personas y carros seguían la misma lentitud con que las hojas de los árboles cambiaban de color. El árbol en frente de nuestro edificio cambiaba de verde a amarillo, deteniéndose un poco en varias tonalidades en el camino. Yo andaba por dentro de los colores, había un movimiento, un camino, pero todo sin que saliera de lugar.

Después yo veía caer cada hoja en la calle con un giro. Parecía que me saludaban. Desde la ventana en el tercer piso, llegaba a ver a las hormigas saludarse en las grietas de la calzada. Antenas palpitantes, noticias urgentes en las puntas que rozaban unas en las otras, y cuanto más mirara, más vería. No parecía haber límites para los descubrimientos de mi poder de observación. Mi secreto era quedar inmóvil y en silencio. Así, de cierta forma, el mundo se volvía mío. Él se ofrecía, tendía las manos para mí.

Venían pájaros, venían moscas. Había sol, había lluvia. Y de algún modo todo me agradaba. El tiempo tenía cuerpo, espesor, formaba un paisaje que mi ojo llegaba a palpar. Con las cazuelitas de juguete que mi madre me dio preparaba recetas elaboradas, mezclaba la tierra de una maceta con el agua de la llave. Ése era el tiempo en que la casa y yo éramos una sola cosa. Pasaba los

dedos por los diseños de los azulejos del baño como quien alisa su propia piel. Por dentro de las paredes podía sentir la blanca rigidez de nuestros huesos.

Pudiera parecer que estoy inventando todo eso hoy, a la distancia. Puede parecer absurdo que una niña de menos de siete años haya experimentado cosas así. Habría sido preciso conocer a Custodio e Isabel, que vieran lo que ellos eran capaces de tomar de los otros, para que me comprendieran y creyeran.

Admito que creer en mí se volvió difícil, hasta para mi madre, algún tiempo después de su llegada. Pero nunca me sentí culpable por las mentiras que inventé. Menos aún porque fueron las verdades que me trajeron los peores castigos. Si tuviera armas más fuertes que las de las mentiras las usaría sin dudar un instante. Nunca conté con medios eficaces para defenderme de Custodio e Isabel. De hecho, hoy no puedo creer que esos medios existan. Siempre acaban tomando lo que quieren.

Para tranquilizar a mis padres, las personas decían que mi comportamiento era natural, cosa común en niños celosos. Para ablandar mi furia, decían que los hermanos son nuestros mejores amigos y que era normal que los hermanos compartieran entre sí lo que tenían. Fue la primera vez que deparé con ese tipo de gente ciega, gente que usa los ojos para ver explicaciones, disculpas, y no las cosas enteras que están delante: píldoras, jeringas, vidrieras, crímenes. El mismo tipo de ciegos que hoy se ponen en mi contra, aquí, pensando que puedo cambiar mi vida —cada día y cada rencor, cada piedra y cada ruido— por un plato de explicaciones, una sarta de disculpas. Era venderse muy barato, incluso para quien perdió todo.

No se trataba de celos. No era cosa común. Ni se podía hablar en serio sobre hermanos, y aquello que los “hermanos” más querían compartir no era tanto lo que yo tenía, y sí yo misma, lo que yo

era. Tenue, casi aérea, sé que era una cosa de nada en la solidez de este mundo de mesas y puertas: mi existencia exterior venía del nombre que mis padres de vez en cuando pronunciaban. Mi nombre —un soplo quebrado en sílabas, y que todavía así me daba la dureza suficiente para chocar contra los muebles, asegurar la cuchara con la mano y llevarla hasta la boca.

Comía porque mis padres quedaban contentos con eso. Mis dientes eran partes de la máquina que ponía en movimiento pero que no era yo. Hambre y comida me parecían cosas dotadas de vida propia, fuera de mí, como la luz y los postes, los pájaros y el vuelo.

Fue con un pájaro que Custodio e Isabel comenzaron su trabajo conmigo, la obra de deshacerme, un día después de haber llegado. Un día o una semana, no sé. Cuesta trabajo hacer que una persona se convierta en otra. Es una cosa que no se explica y que sólo se puede percibir cuando la gente finge que no está mirando. Entonces llega de sorpresa, un golpe sesgado de pestañas, un esquivar, y los ojos dan un salto, miran a un lado para acertar en el otro.

Custodio e Isabel hallaron un gorrión enfermo o herido atrás del edificio. Estaba encogido en el piso, en el ángulo formado por dos paredes. El estremecimiento de las plumas, los ojos entreabiertos, el gorrión parecía haber sido expulsado del cielo, castigado por algún error sin perdón. El aire entraba y salía en un movimiento escaso y la vida no era más que la silueta de un soplo o de un hueco. Sin vuelo, sin futuro, quién sabe si él quisiera volver al estado de huevo.

No se agitó cuando Custodio e Isabel se acercaron. No dio señales de resistencia cuando lo tomaron en la mano y pasaron su cuerpo de uno a otro. Pusieron el gorrión en mi mano y de repente me sentí débil, una prolongación de su silueta, de su

vacío. Estábamos los dos en el mismo huevo. Yo ya estaba en las manos de Custodio e Isabel, pero aún no comprendía.

Llevamos el gorrión a casa, conseguimos un paño limpio y suave, acomodamos el pájaro como un huésped honorable. Custodio e Isabel pusieron una pequeña vasija de agua a su lado para que bebiera, pero el pájaro no se mostró muy interesado. Hicieron escurrir gotas de agua en su pico ya un tanto reseco y con unas escamas que se soltaban. Pareció tomar un hilo de ánimo. Nuestra preocupación por él duró horas. Mantuvimos el gorrión en secreto, no pensábamos en otra cosa, mientras nuestra madre nos avisó que había llevado pizza a la hora de la comida. Yo sentía una emoción nueva, la resonancia de un choque dentro de mí. La satisfacción de la bondad mezclada con la turbulencia del crimen.

Volvimos de la comida e intentamos cuidar al gorrión, que ahora temblaba un poco. Algo en él ganaba un color apagado. Espantamos algunas hormigas que se querían acercar. Después de voltear la cabeza del gorrión para un lado y para otro con la punta del dedo e intentar despertarlo con unos leves toques, al final nos convencimos de que estaba muerto. Custodio abrió un hueco en la tierra de una maceta e Isabel envolvió el cuerpo del difunto en el pañito. Así fue sepultado y la tierra lo cubrió. Pero no por mucho tiempo.

De algún modo, la idea de aquel gorrión muerto y enterrado excitó a Custodio e Isabel. La excitación de ellos me agitó. Lenta en el mirar y en todo, ahora sólo observaba manchas. Por primera vez el tiempo fluía a mi alrededor. Custodio e Isabel no estaban tranquilos mientras no regresaran a la maceta para desenterrar al gorrión. Parecían haber recordado que la muerte no era el fin, por lo menos no si de ellos dependiera.

Al final, ahí estaba el gorrión de nuevo, su cuerpo flojo, pero las mismas alas, plumas, pies y pico. Desenrollaron el pañito y, al

poco, espantando una última punta de pudor, Custodio e Isabel ensayaron algunos juegos con el animal. Intentaron amarrar un hilo en el pico, en el rabo. Intentaron colocarlo de pie acostado en una caja, meterlo en la cabina de un pequeño camión de madera, le pusieron una de mis cazuelitas en su cabeza como si fuera un casco, hasta que comenzaron a aventar al muerto de uno hacia el otro. Reían, decían: “¡Atrápalo! ¡Atrápalo!”. Y se burlaban. A veces el gorrión caía al piso y ellos lo atrapaban de vuelta. “¡Atrápalo!”

Hasta que Isabel agarró al difunto, intentó abrir sus alas muertas y dijo:

—¿Quieres ver cómo él todavía vuela? ¿Quieres ver?

Y arrojó al animal por la ventana. La sala entera se encogió y saltó por la ventana, el tapete, los muebles y yo fui con ellos. Después regresé, yo, los muebles y la sala. El gorrión quedó, tirado en algún lugar de la calle, ni vi dónde. Ya no tenía más tiempo para ver.

Observé todo con un mirar atento y la voluntad indiferente. Sé que había cierta relación entre la avidez de los ojos y la apatía de las reacciones. Sé que algún tipo de compensación ligaba una cosa con otra. Los amantes de las simetrías, como esos sabios que me acosan aquí, podían hasta ver en eso algún consuelo. Me asusta ahora pensar que yo también permaneciera impasible en el caso de que Custodio e Isabel hubieran maltratado a una persona. Mi fragilidad también se expresaba así, en esa ineptitud para sentir miedo —por lo menos miedo—. El valor y el miedo exigen cierta densidad, y yo tenía una existencia rarefacta, casi sin sustancia.

Cuando reflexiono hoy, a distancia, llega a ser sorprendente que ellos tardaran tanto en alejar de mí a mi madre. Aún más sabiendo que su objetivo principal era otro, mucho más drástico. Como mi madre se quedaba casi el día entero en casa, se encon-

traba más disponible, más vulnerable a las artes de Custodio e Isabel. Más susceptible, también, a mi inercia y, posteriormente, a mis intentos frustrados de reacción.

No les bastaba con decirle a mi madre las palabras elogiosas que deseaba oír, falsedad tan flagrante que sólo podría engañar a una persona necesitada hasta la desesperación, hasta la ceguera, como era ella. Si de eso mi madre hacía una forma de amor, hacía también una forma de vicio. Así era mi madre, pero yo no entendía muy bien. Hasta entonces, para mí, no había sido necesario saber nada, decir nada. Éramos ella y yo. En la tranquilidad. En la ignorancia.

No eran suficientes para ellos las palabras azucaradas de niños que representaban el papel de niños. Custodio e Isabel casi siempre conseguían traerle regalitos, bagatelas, robadas sin duda de los mostradores de las tiendas o de la casa de los vecinos, cosas que ella guardaba como reliquias esparcidas por la casa. Así vi mi casa poco a poco contaminada por lo que no era yo. Naturalmente eso tampoco bastaba.

Si Custodio e Isabel bajaban la escalera corriendo y tocando los timbres de todos los departamentos, conseguían convencer a los vecinos que había sido yo, luego yo, que por lo general estaba solita en alguna esquina del patio, ya sin saber qué hacer con mis cazuelitas. Para eso, Custodio e Isabel contaban con la ayuda extraordinaria de otros niños del edificio. Había entre ellos un comercio secreto: mentiras y coartadas eran cambiadas por objetos de origen oscuro, algunos robados de mis propios cajones. Al principio hallé interesante descubrir en las manos de otras niñas juguetes iguales a los míos. Tardé en entender que eran los mismos. Yo todavía era más propensa a admirar las coincidencias que a imaginar una complicada mala fe.

Una de las primeras cosas que desengañaron esa tendencia mía fue una pluma de cuatro colores, con dibujos que se movían cuan-

do se giraba la parte de abajo. Una especie de jacaré o lagarto parecía arrastrarse desde arriba hasta la mitad de la pluma, y después regresaba. Vi la pluma en la mano de un niño que vivía del otro lado de la calle y fui por mi pluma para mostrársela.

En aquel tiempo, mi cuarto estaba siempre ordenado, mis cosas tenían un lugar preciso. No era tanto el uso que justificaba su existencia, sino el hecho de que estuvieran guardadas en un lugar determinado. Para eso las cosas me buscaban. Para quedar bien guardadas. Veo ahora que para ellas debía ser como ir a una prisión, un cementerio, un lugar como éste donde estoy.

No importa. Abrí el cajón, tomé el estuche, y por primera vez traduje la sorpresa de la coincidencia en términos de maldad. Había aprendido una lengua nueva con aquella pluma desaparecida. El lagarto estaba suelto.

Mi madre empezó a gritarme por cualquier motivo. Cosas rotas, objetos en el piso, ropas perdidas. El grito fue un acento nuevo que aprendí a marcar en mi nueva lengua. Robada, acusada de displancia, sospechosa de todos los egoísmos, pasé directo del silencio al grito. Decir que habían sido Isabel o Custodio sólo servía para empeorar las cosas. Ellos llegaron a nuestra casa ya inocentes por antelación. Ropas que eran mías se volvían de Isabel, en una confusión tal que mi madre muchas veces parecía cómplice. En un movimiento sutil, del que nadie se daba cuenta, junto con las ropas, con tela, migraba hacia Isabel alguna parte de mí misma.

Mi culpa a los ojos de todos, y hasta ante los míos propios, admito, era no haber sido una desdichada, no hallarme en el centro de algún acontecimiento trágico, como Isabel, como Custodio. A su lado, es casi natural que yo inspirara en las personas algún instinto de censura. Estudiábamos en la misma escuela y, en las miradas que sentía resbalar en mí, no era difícil percibir que todos sabían la diferencia entre nosotros.

Un día, hubo una fiesta en la escuela. Hasta hoy no sé cómo Isabel tomaba mi ropa sin que yo la viera. Mi madre reconoció, esa vez, que la ropa era mía pero dejó bien en claro que yo no debía ser tan egoísta, que yo, después de todo, tenía mucha ropa. Para completar, Isabel dijo que le gustaría prestarme sus ropas si yo quisiera. Yo no quería, claro, pero ahora sé cómo ella quedaría realmente feliz con eso. Ahora sé lo que eso podía significar para ella.

En esa fiesta, como de costumbre, había juegos, bromas, competencias. Yo siempre quedaba perdida en esas situaciones, no miraba sino manchas, cuerpos que yo no era capaz de reconocer. Intentaba detenerme en una escena, un hecho, una persona, pero luego oía un ruido atrás de mí, alguien decía alguna cosa a mi lado, un recuerdo fuera de lugar surgía en mi cabeza, y todo el esfuerzo de atención era inútil.

Lo más extraño es que para los demás todo parecía estar bien conmigo. Interpretaban como alegría lo que no pasaba de desorientación y tal vez un poco de pánico. Las melodías que la profesora llevaba enseñando desde hacía tres semanas se desvanecían dentro de mi cabeza, migajas de notas giraban en un aullido continuo. Cantábamos en coro y así por lo menos podía dejar que mi voz fuera llevada por tumbos de sonido que venían de un lado y otro y pasar a los tropezones de las secuencias de notas más rápidas.

Avanzaba de ese modo, hasta que de repente, con un susto, sentía el estallido de los aplausos, con la fuerza de golpes en la espalda, en la cabeza, en los oídos, y la música había llegado a su fin. El movimiento que veía a mi alrededor no era de una fiesta, sino la ruptura de las líneas que sostenían el mundo que aseguraban sus partes. Palabras, pensamientos, personas daban la impresión de quererse fundir en una especie de masa. El caos tenía música y tenía juegos.

Uno de los juegos era la carrera de costales. De cintura para arriba, un ser humano. Para abajo, una criatura sin forma que ondulaba en hilos de estopa. Isabel era una de ellas. El público aguardaba de pie, a lo largo del recorrido de la carrera. Yo estaba ahí, apretada entre adultos y niños, en el torrente de gritos, risas y nombres.

De pronto, el impulso se intensificó y la sala creció en la fuerza del ruido y de los empujones. Si eso era alegría, yo debía sacar algún provecho. Entonces miré para arriba, como si estuviera en el fondo de una cueva abierta a la multitud, e intenté observar las figuras de enanos pintadas en el techo, figuras que yo miraba con satisfacción en las horas de recreo. Sólo entonces vi los racimos de globos de colores que cubrían todo y hacían el techo quedar más bajo. Vi un adulto estirar el brazo y, con una punta de cigarro encendido, explotar uno de los globos.

El estruendo hizo que la sala entera se contrajera y silenciara por un segundo, para luego expandirse de nuevo y volver a la normalidad. Fue en ese momento que entendí que la carrera ya había comenzado, sólo entonces vi a Isabel caída en el suelo justo enfrente de mí, toda enredada en el costal. Isabel lloraba y me acusaba de haber pisado el costal para que cayera y perdiera la carrera, ella que estaba al frente de todas las demás niñas cuando se cayó.

Isabel cayó tan cerca de mí, y con tanta habilidad, que era imposible dejar de percibir el contraste creado por lo blanco de mi zapato de charol casi encima del nido marrón de los hilos de estopa. La cueva estrecha en que me encontraba en la multitud de pronto se extendió un poco y las cabezas me miraban por encima, parecían personas inclinadas a la orilla de un hoyo.

Lo admito, fue una cosa humana. La conmoción general a favor de aquella niñita infeliz. El desprecio unánime por la perversa y

celosa. Las personas ayudaron a Isabel a levantarse. Lloró, fingió que no podía andar bien, fingió que se había torcido algo. Fue amparada como una inválida. El juez de la prueba le prometió premios de consolación. Habría ganado si no fuera... Admito esa primera impresión. Pero si alguien examinara mejor, si alguien se pusiera en mi lugar, estaría obligado a concederme cierto margen de duda.

Si yo hubiera negado haber pisado el costal, estaría no sólo llamando mentirosa a Isabel sino también acusándola de premeditar una farsa. A los ojos de todos, la misma culpa que parecía excesiva en los hombros de Isabel ya no parecía tan absurda cuando se acomodaba en mi espalda. Isabel contaba con una ventaja muy grande para no merecer un mínimo de sospecha. Pero nadie quería examinar nada. Todos se sentían bastante satisfechos al poder tomar el lado del más débil.

El silencio de mi madre duró algunos días, creo. No me hablaba. Entre ella y mi padre surgió una aspereza hasta entonces desconocida, interceptada en las miradas, en las bocas, en el ruido de cubiertos en el plato. Más cortante de lo que aparentaba a simple vista. Temí que mis padres tuvieran un destino semejante a los padres de Custodio e Isabel. Comencé a temer o a ver en eso una esperanza. Al final, sería una forma de equipararme a ellos en la infelicidad, ya que la felicidad sólo me traía tristezas.

Hace poco escribí: “si alguien se pusiera en mi lugar”, como si eso hubiera sido de alguna ayuda. Hoy, entiendo lo obvio: si alguien estuviera en mi lugar, yo tendría que estar en otro. Y ahora es sólo por eso que estoy aquí.

Custodio a veces tenía pesadillas y, como dormíamos los tres en el mismo cuarto, era frecuente despertarme oyendo su voz gruñir, chillar, experimentar diversas encarnaciones. Pasaba de grave a agudo, de anciano a bebé, un elenco entero se agitaba en los

bastidores de su sueño, todos ansiosos para salir a escena. Llegué a oír un arremedo de mi propia voz en las pesadillas de Custodio. Acostada en lo oscuro, tenía miedo e iba adquiriendo la convicción intuitiva de que los dos estaban dotados de algún poder peligroso, que sólo la oscuridad y el sueño dejaban transparentar un poco más. Un poder cuyo objetivo lógico y natural sólo podía ser yo.

Delante de los demás, Custodio se mostraba amable conmigo, pero nunca cuando estábamos solos. Por mi parte, ni delante de extraños era capaz de disfrazar mi rencor. Isabel no tenía la misma preocupación que él, se limitaba a no hacer nada que pudiera ser considerado condenable. Sólo más tarde se vio la utilidad del comportamiento de Custodio.

A partir de esa época —de la fiesta, de la carrera de costales—, el tiempo terminó de liberarse del resto de la presión con que yo todavía lo aseguraba y salió disparado. Siempre atizado por Custodio e Isabel. Ellos tenían ahora cierta prisa.

Con el correr de los años, casi no reparaba en los cambios a mi alrededor, ni siquiera en mis padres prestaba mucha atención, obligada a concentrarme en mí misma y en la disputa con Custodio e Isabel. No sabía, y nadie podría creer, que mis vestidas y mis golpes eran tan sólo armas que yo ponía en sus manos. Pero sus armas principales no estaban en las manos, y sí en los ojos, que no dependían en nada de lo que yo pudiera colocar en ellos.

Por eso escondían sus ojos de mí. Nunca permitían que los encarase lentamente, siempre que era posible miraban de lado, sacaban partido de alguna sombra o claridad más fuerte, del párpado entreabierto, del rostro fruncido; todos los recursos servían para desviar la atención de los ojos. Pero tampoco noté eso, a no ser más tarde, al recapitular lo que habían hecho conmigo. Cuando ya no servía de nada.

Mis padres ya no eran capaces de disfrazar la ansiedad con que esperaban cualquier oportunidad de dejarnos un día o dos en la casa de nuestra abuela. Muy anciana, ella vivía en una especie de locura suave, en la cual casi nada de la realidad conseguía fijarse. Éramos recibidos con una calma cariñosa, pero tan inal-terable que me hacía imaginar que mantendría la misma calma si un día cayéramos muertos los tres enfrente de ella.

Le gustaba jugar baraja con nosotros, con sus cartas viejas y amarillentas. No parecía importarle que faltaran algunas cartas en la baraja, ni que Custodio intentara engañarnos en la suma de los puntos. Como niños, teníamos delante de ella un respeto extraño, que sólo se siente frente a un loco. Percibíamos que era un mundo fuera del alcance de nuestras provocaciones. Sus palabras, a veces impredecibles, comandaban nuestros pensamientos con la fuerza de la sorpresa. Así ella nos mantenía algunos pasos atrás, sin poder alcanzarla.

—Hoy es día de San Antonio. En mi tierra, creíamos en una cosa: si en ese día la joven llegaba delante de un espejo a la media noche con una vela prendida y veía bien ahí al fondo, vería la imagen de su futuro marido.

Cuando nos fuimos a acostar, decidí quedarme despierta hasta la media noche. Custodio dormía en el cuarto con mi abuela, Isabel y yo estábamos en la sala, que era estrecha y tenía un espejo al extremo. Yo sabía dónde guardaba la abuela las velas y los cerillos. Encendí una vela y me puse delante del espejo, en camisa. Aproximé la llama al vidrio como si así pudiera iluminar el fondo de la sala, reflejado en el espejo. Una esfera tenue de luz se desprendía de la vela, resbalaba en el vidrio, dibujaba un rostro cortado por la sombra a la mitad.

Si el espejo duplicaba la luz del fuego, doblaba también la oscuridad de la sala. La llama temblaba en su aliento corto y yo

entreveía ondas de sombras en los fondos desviados del espejo y de la sala. Mi futuro esposo debía estar ahí, intentaba aparecer para mí, contento de verme, esperándome. Mis ojos soñolientos cazaban alguna forma un poco más nítida que deseara surgir y que sólo saldría empujada por mi mirada.

Intuyendo algún movimiento, escogí un punto y fijé en él mi atención. Algo de hecho se movía, estaba en verdad sucediendo. Todavía muy vaga, una forma se recomponía en el centro de la oscuridad, con movimientos suaves, la sugerencia de una línea recta, un fluido que se desliza transparente en el espejo: una persona, yo veía mejor ahora. Fijé los ojos con toda la fuerza en ese punto. Quería ayudar al hombre a nacer. Más que miedo tenía curiosidad y muchas ganas de creer en la locura de mi abuela.

Sin embargo, la figura no era mi esposo: no era de hombre sino de mujer. No de mujer, sino de niña. Era yo misma, por lo menos era mi ropa que fluctuaba en el fondo de la sala. Peor, vi un rostro parecido al mío. Nerviosa, acerqué la vela tan cerca del espejo que el calor y el humo formaron una mancha negra sobre el rostro de la niña, en el mismo instante que comprendí que era Isabel. Y me volteé de prisa y vi a Isabel vestida con mi ropa, el cabello peinado como el mío. Con un grito cortado, creo que me desmayé.

Cuando desperté, dijeron que había tenido una pesadilla, que había gritado. Sin embargo, al día siguiente Isabel me contó a solas que se había quedado delante del espejo a media noche, cuando yo dormía; y que de hecho vio la figura de un hombre de traje, con flores en la mano. Irritada, no le creí. Pero en otra visita a la casa de la abuela, años después, me di cuenta de una cosa. En la sala, en la pared opuesta al espejo había una antigua fotografía de un grupo de familiares y amigos de mi abuela. Entre ellos, un hombre joven, de traje, con flores en la mano.

Recordé el episodio contado por Isabel, en el cual yo había pensado varias veces. No me pareció imposible que Isabel hubiera vislumbrado en el espejo la imagen reflejada de aquel hombre del retrato. No venía del futuro sino del pasado. Pregunté a mi abuela quién era él. Sus ojos se deslizaron por toda la fotografía en un vuelo sin rumbo, perdidos, mientras el dedo tembloroso corría por la línea del marco, parecía asegurarse que el retrato estaba bien cerrado ahí dentro. Quedó algunos instantes en silencio. Balbuceó algunas palabras en la lengua de su tierra natal, sonidos arañados que no entendía. Después los mezcló con los de nuestra lengua antes de callarse de una manera que me hizo comprender que no iba a volver al asunto.

Mi abuela, de lo medio loca que estaba, a esa altura caminaba bien ligero hacía una insanidad casi completa. Vivía ahora con una enfermera en casa. De sus palabras conseguí salvar algo. Por absurdo que sonara a mis oídos, ella parecía haber dicho que el hombre con las flores pocos años después que tomaron la fotografía, fue perseguido y preso, en algún distante en el interior del país, por haberse casado con la propia hermana. Ningún detalle. Nunca supe más nada fuera de eso. Pero yo ya no era tan pequeña para no entender lo que estaba mal en esa historia.

Tampoco sé cuándo Custodio e Isabel comenzaron a usar anteojos. Tenía algo que ver con la necesidad de ocultar sus ojos, eso lo sé. En sus ojos había un vacío, un hambre. Un cierto tono de negro. Ejercitaban su poder encarando a los profesores y haciendo que se callaran. Hasta con el hombre que vendía helados en un carrito en la puerta de la escuela, el cual, extrañamente, a veces les daba chicles gratis. Pero eso era pocas veces. A decir verdad, sólo conseguí reparar en esas cosas ahora, al recapitular esos días, aquellas semanas, examinando con lupa las migajas que voy cagando en mi ocio. Pues de eso no puedo quejarme. Aquí tengo

mucho tiempo para pensar y recordar, y más sosiego del que jamás pude gozar la vida entera.

Así me acuerdo de haber visto, un día, que el llavero de Isabel no tenía la letra I, y sí la inicial de mi nombre. Y tiempo después, al abrir su cajón para esculcar —desesperada, yo vivía detrás de alguna venganza—, descubrí que en la nueva credencial del club que Isabel mandó a hacer estaba escrito mi nombre y no el de ella. Qué sensación tuve de debilidad, al ver mi nombre preso en el plástico, puesto a la fuerza al lado de la foto de Isabel.

De pronto, ella llegó por detrás, tomó la credencial de mi mano y explicó que el club se había equivocado y que ella ya había pedido otra credencial. Verdad o no —era claro que no—, yo entendí, con un susto, que bastaba un engaño para hacer que el rostro y el nombre se convirtieran en dos cosas independientes, cosas que aceptan ser reacomodadas por una casualidad. Vi muy bien que el mundo no iba a parar sólo por eso, sólo por causa de un cambio.

El tiempo atropellaba a los meses, y la conciencia que yo tenía de mí misma era tan sólo la conciencia de mi debilidad. Si hablaba con mis padres, o con Custodio e Isabel, eran palabras mecánicas que escurrían de mí. Era cada vez menos mi presencia y solidez y cada vez más había una imagen de mí, como si yo sólo consiguiera mostrarles mi sombra delineada en las paredes. Expulsada de este mundo por Custodio e Isabel, me escabullía ligeramente a otra parte, donde nadie consiguiera verme: el lugar donde estoy ahora y del cual no consigo salir.

Mi padre y mi madre percibían apenas en la superficie lo que ocurría conmigo. Descomponía muchas cosas en la casa, grifos, loza, aparatos eléctricos, y si eso los enfurecía tengo también la certeza de que en el fondo tenían pena por mí. Intuían tal vez

que el mayor desastre lo reservaba para mí misma. En todo caso, no hacían nada por mí, su hija. Al final, también fueron víctimas de Custodio e Isabel, sólo que de manera más suave.

En el esfuerzo de reconstituir aquel tiempo, llego a desconfiar que Custodio e Isabel me tomaran por sorpresa, de una sola vez. Está claro, me habían debilitado a lo largo de los años. Golpe tras golpe, me fueron obligando a retroceder cada vez un poco más, a disminuir, a retraerme de la periferia de la piel y de las palabras para el centro mudo, dejando para mostrar una cáscara vacía.

Un día concluyeron que estaba lista. O ya habían llegado a la conclusión días antes, es lo más probable. La falta de luz fue apenas un accidente oportuno, y para ellos irrecusable, como se puede entender. Una interrupción en el flujo de banalidades de una casa, una familia. Una pausa para revelar eso que la luz esconde. El asombro de quien de repente ve el mundo por el lado de atrás, todo oscuridad, incertidumbre.

Estábamos en la sala, la familia completa. Mi padre se había jubilado poco antes y ayudaba a mi madre y a Isabel a retirar los platos de la mesa. Frente a la televisión prendida, Custodio revisaba un trabajo de la facultad. Yo andaba lentamente de un lado a otro, ante el vidrio de la ventana, mis ojos se arrastraban en las marcas que mis pies habían dejado en el tapete, en una ausencia llena de nervios, como siempre, en la época.

El silencio sorprendió tanto como la oscuridad. Nuestra televisión, así como la de los vecinos, y todos los motores y aparatos, todo se adormeció de repente. Sin aviso, el mundo cerró el ojo. Duró como máximo treinta segundos.

Oí a mi padre soltar un chasquido de desánimo y poner en la mesa los platos que tenía en la mano. Lejos, el silbido de un muchacho quiso protestar o irritar la oscuridad. En seguida, un movimiento de sombra sobre sombra llamó mi atención. Venía

del lado de donde estaba Isabel. Un cierto tono de negro, y se reconcentraba, se depuraba, se desembarazaba de impedimentos y disfraces. Isabel se había quitado los anteojos y me miraba.

Largo, cilíndrico, sinuoso. Una especie de brazo inmaterial se extendió a través de la oscuridad, hecho de propia oscuridad, y entró libre por mis ojos. Con el gesto de quien sumerge la mano en un balde lleno de agua para agarrar un anillo que cayó al fondo. Ahí en el fondo, el anillo era yo misma, el centro en que yo intentaba contraer y resguardar lo que quedaba. Sentí el brazo correr para dentro de mí con un deslizamiento frío. Sentí la mano palpar los espacios que había abandonado, hasta encontrar el anillo, pesarlo un poco con la argucia de un conocedor de joyas, y recogerse, en rápida fuga. Sentí también que había dejado en su lugar otro anillo, más leve y vistoso. La joya falsa.

Vi mi propio cuerpo parado en la oscuridad en cuanto me alejaba de él. Comprendí que por algunos instantes todavía pude observarme y notarme a mí misma, como si mis ojos estuvieran en el anillo, desprendido de mi cuerpo. Así, volteando para atrás, distinguí en el espacio, en el centro de un negro más difuso y poroso, el denso punto negro hacia donde estaba siendo empujada. El ojo de Isabel. Vi aquello crecer con el aspecto de un portón monumental, circular; la blancura de dos triángulos lechosos en las extremidades laterales, la fila de rejas puntiagudas y curvadas para atrás, arriba y abajo, en la línea de una elipse.

Antes de perder el contacto con el anillo que me fue robado y ser lanzada de vuelta a lo que había quedado de mí —esta fachada sin credibilidad—, antes de eso, por un instante, cuando emergí de aquella espesura de carnes y tejidos ajenos, pude sentir la infinidad de vida y fuerza de expansión que se irradiaba dentro de aquel mundo oscuro, en hilos, en líneas y palpitaciones.

Hubo una explosión de alegría con mi llegada, que era en verdad mi partida.

Cuando la luz reencendió, no percibí nada alarmante, hasta que mi madre me llamó Isabel. Miré a la vuelta. Custodio regresó a cuidar de su trabajo de la facultad. Mi padre llevaba los cubiertos a la cocina. La televisión roncaba en el mismo canal. Mi madre pudo haberse confundido, cambiado el nombre en la prisa y en la distracción normal del habla. Pero en seguida mi padre, desde la cocina, llamó a Isabel para que lo ayudara con los platos y, dirigiéndose a ella, usó mi nombre.

Mi padre e Isabel pararon en la puerta de la cocina, mirándome. Custodio levantó los ojos de los papeles y me encaró. Mi madre, del otro lado de la sala, volteó el rostro sobre el hombro, en mi dirección. Yo acababa de decir esa cosa espantosa:

—Yo no soy Isabel.

La frase salió débil, de eso estoy segura, pero con una indeseada resonancia de súplica. En respuesta, los cuatro cerraban un círculo. Sus miradas me sitiaban. Isabel ya estaba de anteojos, pero Custodio, sentado en el sofá, se quitó los anteojos y me miró con una fuerza distinta a la de Isabel. En vez de jalar empujó para dentro de mí, me contrajo al centro de mi existencia.

La suavidad fue desapareciendo de mi voz, y al mismo tiempo crecía la súplica.

—No soy Isabel. Ella es Isabel.

Esa vez yo debí haber gritado bien fuerte, pues de la ventana de un apartamento vecino dos personas espiaban un poco compungidas. Cuando Custodio y mi padre vinieron a agarrarme, creo que ya había tirado algunas cosas en el piso y roto objetos de la sala. La masa que me sofocaba era el mismo aire de siempre, sólo que inflamado, endurecido por mi respiración. Me acostaron a la fuerza en la alfombra. Con alegría, oí decir cosas terribles

sobre Isabel. Pero luego comprendí que la Isabel de la que hablaban era yo.

Me trajeron para acá y todo continúa igual desde entonces. Excepto por un acontecimiento que a muchos sorprendió, pero no a mí. De cierto modo, justifica lo que ellos hicieron conmigo.

Por lo menos quedó claro que no se trataba de una crueldad frívola. No fue por pasatiempo, y sí por necesidad que ellos me eliminaron. Fueron a nuestra casa con el destino inscrito en la propia sangre. Algún tiempo después de haber sido traída para acá, algunos años después, creo, Custodio e Isabel se casaron. Para ellos, Isabel soy yo, naturalmente. Pero, al contrario de lo que piensan, al contrario de lo que está escrito, yo no me casé.

Aquí es tranquilo. Nada me da más gusto que recomponer y explicar de nuevo lo que pasó conmigo. Lo mejor es que, en cada ocasión, alguna cosa nueva aparece. Ciertos detalles se perfeccionan a cada reconstitución que experimento. Es lo que sucede con los hijos, las generaciones sucesivas. Al mismo tiempo que reciben los rasgos de los padres, ganan líneas nuevas, que nacen del ambiente, o vienen de algún origen indeterminado.

En el día que ellos llegaron, todos decían que yo estaba ganando algo.

TRADUCCIÓN DE BRENDA RÍOS

♦ La escuela nocturna ♦

La lista de las escuelas y sus direcciones se deslizaba frente a ella en diversas hojas de papel pegadas con cinta adhesiva. Los barrios de la ciudad estaban entre las muchas cosas que desconocía. Así, Andreia dejaba que los ojos pasaran por las hojas, con la esperanza de que alguna imagen se formara dentro de su cabeza. Pero la sonoridad de aquellos nombres no le hacía eco. Ni siquiera cuando Andreia tropezaba con palabras que había visto más de una vez en los letreros del autobús.

Al principio, experimentó la sensación de un laberinto. Pero luego abandonó la idea: no se trataba de encontrar una salida. La sensación más sensata era como estar escogiendo un número en una lotería. Andreia sonrió con esa idea, niñerías que hacía para sí misma. En eso era buena, en juegos traídos desde la infancia, aún reciente.

Alrededor, varios hombres y mujeres, jóvenes o no, examinaban el nombre de las escuelas. Hacían anotaciones, intercambiaban comentarios graciosos o sarcásticos. Los mayores exhibían una especie de buen humor irritado, escéptico. Los más jóvenes se empeñaban en creer que estaban a gusto. Aprobados en un concurso para maestros de escuelas públicas, todos se trataban con una simpatía y una camaradería cuyo fundamento no era necesario comprender o incluso probar.

Sin embargo, prestando un poco más de atención, eran notables, aquí y allá, las miradas de soslayo que se daban unos a otros. Curiosidad. Desconfianza. Duda insaciable. Parecían querer

sorprender entre ellos mismos el secreto de astucia extraordinaria que los llevara a insistir en una profesión tan difícil, con mala paga y de la que se habla mal. Pero esa razón, esa astucia, si es que había alguna, se disimulaba con perfección. Los rostros dejaban ver, en ocasiones, leves señales de rencor, de culpa, de fuga frustrada.

Para Andreia, todo aquello se mezclaba en una atmósfera que respiraba entera, en bloque; no conseguía dividir el conjunto en partes mínimas, más comprensibles. Para bien o mal, sentía que era parte de aquello. Siempre había algún consuelo en la idea de formar parte de alguna cosa.

Tardó en comprender que su elección se limitaba a las diez escuelas indicadas en una de las hojas de papel. Una mujer que pasaba atrás de ella le explicó que aquello correspondía a su clasificación en el concurso. Fue un alivio dejar de lado todas las otras hojas, delante de las cuales las personas se amontonaban. De todas formas, Andreia leía y releía esa pequeña lista, sin base alguna para decidir.

Algunos aprobados a su alrededor adoptaban aires de entendidos. Hablaban en voz alta, hacían declaraciones categóricas al respecto de las ventajas y desventajas de cada escuela. Las condiciones de transporte, el temperamento de los directores, la buena o mala fama de los lugares. No obstante, esas opiniones se contradecían sin la menor ceremonia. Tuvieron el efecto de atizar la desconfianza natural de Andreia. Tal vez divulgaban informaciones falsas con el propósito de alejar de las mejores escuelas a los candidatos menos avisados. O bien podía ser un engaño de lo peor; y a lo mucho, un ardid insuperable.

Por más meticulosos que fueran los comentarios y las comparaciones entre las escuelas, en dos aspectos, por lo menos, no había de dónde escoger. Todas las vacantes eran para trabajar de

noche. Todas las escuelas quedaban en barrios alejados y pobres. Cuando llamaron a Andreia para que firmara el documento con el que tomaría posesión del cargo, ya había encontrado un criterio seguro para su elección: buscó una escuela cuyo camino podía ser más agradable y menos propicio a embotellamientos.

La satisfacción con aquella modesta prudencia se sumó al orgullo de haber conseguido su primer empleo sin ayuda de nadie. Tampoco necesitó pedir a algún conocido que la ayudara a buscar trabajo, tampoco tuvo que preguntar a los padres dónde quedaba ése o aquél barrio para escoger escuela. Se sintió sólida, un poco inestable tal vez. Pero pesaba en el piso: ofrecía una resistencia.

Después que se presentó a la escuela, Andreia percibió que el lugar era un poco peor de lo que había imaginado. Aunque lo que se dice peor-peor, no lo era; pues los alumnos y los profesores en sus conversaciones daban a entender que lo peor comenzaba del otro lado de un canal que corría en una zanja, a unos doscientos metros de la escuela.

Toda el área estaba mal iluminada. Como sólo iba allá de noche, para Andreia esa parte del barrio no pasaba de una masa oscura, donde las formas parecían moverse en la sombra. Una u otra lámpara débil conseguía atisbar para este lado, la parte un poco más clara. Toda la noche, Andreia veía a los alumnos salir lentamente de aquella sombra, llegaban a la escuela a las siete de la noche. Y más o menos a las diez y veinte los veía desaparecer, en el camino de regreso para allá.

Igual visto de noche, no había duda de que el lugar ya estuviera mejor. Ya había sido tratado con más cuidado. Las personas habían vivido ahí de otra manera; o quién sabe si el lugar había sido habitado por alguna otra gente, pensaba ella, en el esfuerzo de entender. Personas que se fueron para siempre; o, que tal vez,

sin darse cuenta, se adaptaron poco a poco al nuevo régimen de vida. Comenzó a tener la sensación cada vez más fuerte de que la escuela estaba demasiado cercana a una especie de fuerza disgregadora.

Andreia recorría un camino tortuoso, desde la parada del autobús hasta la escuela. Algunos postes con la lámpara rota a pedradas abrían manchas de oscuridad. Andreia bajaba y subía escaleras angostas, de concreto, y sentía bajo el peso de los pies que algunos escalones soltaban pedazos de cemento. Las escaleras desembocaban en callejuelas, callejones y muros donde Andreia apenas conseguía distinguir una casa, un taller o una construcción abandonada. Medio atraída, medio avergonzada, se admiraba de que todo aquello existiera, o por lo menos de que ella estuviera ahí y viera todo eso de aquella forma.

A decir verdad, Andreia casi ni miraba a los lados cuando caminaba. Con miedo de parecer curiosa o indiscreta, se concentraba en mirar al piso para esquivar los agujeros, los montes de basura, los charcos por donde se filtraba la alcantarilla. A veces pasaba alguien, que luego desaparecía en una hendidura del muro o en un punto en que la oscuridad se cerraba de nuevo. Niños se tiraban piedras unos a otros y corrían, adolescentes reían, aplaudían, hacían requiebres de danza. Un perro rengueaba, jadeante, con la lengua de fuera, medio morada. Pasaron varias noches antes de que Andreia viera, por primera vez, un hombre con un arma en la mano cruzar su camino. Nervioso, con respiración pesada, que Andreia pudo oír. Un hombre, sin embargo, indiferente a su presencia.

Conversando con los padres respecto a la escuela, Andreia se cuidaba de suavizar al máximo la imagen de su ambiente de trabajo. Tendría vergüenza si el padre buscara ayuda de conocidos para conseguir un traslado para la hija. Le daría rabia si él la

acompañara hasta la escuela o si fuera a buscarla después de la última clase. Pero en cuanto hablaba con los padres y suavizaba sus impresiones, Andreia notó, con sorpresa, que era fácil creer en lo que decía. Vio que eso era bueno. Quedó satisfecha al concluir que la imagen que tenía de la escuela debía ser fruto de su ignorancia, de prejuicios arraigados. De igual manera, cada vez que tomaba su camino nocturno, las sensaciones regresaban. El sobresalto, el aliento entrecortado.

Sin que Andreia se diera cuenta, esa contradicción entre lo que experimentaba y lo que pensaba iba, poco a poco, agotando sus energías. Todo su esfuerzo para fabricar razonamientos y justificaciones tenía el efecto de volver más fuertes sus sensaciones. Sin querer, sospechaba de los ojos de los alumnos, de su silencio y de sus conversaciones en voz baja. Desconfiaba hasta de las paredes de la escuela.

Quizá porque, en los salones de clase, en general apenas una de cada cuatro lámparas encendía. Una parte de los alumnos siempre se perdía en una sombra, en siluetas móviles, al fondo. A pesar de eso, entre el crepúsculo y la polvareda, Andreia podía entrever en ocasiones a una alumna sumergida en una especie de éxtasis, en la isla de su aparato de sonido, con los audífonos. Aún en la parte más iluminada de la sala, algunos rostros se ocultaban enteros, por completo, en la sombra alargada de las viseras de las gorras.

Andreia vigilaba sus pertenencias, temía que pudieran robarla. Vestía las ropas menos femeninas que encontraba, asustada de un posible interés en la mirada de los alumnos. En el corredor estrecho caminaba con cuidado, cerca de la pared, para evitar el menor contacto físico al pasar cerca de ellos. En una noche de lluvia vino el pavor e hizo martillar su corazón, cuando un corte de energía dejó la escuela y el barrio entero a oscuras.

En el medio del salón, a mitad de una frase, Andreia dio un paso atrás y pegó la espalda al pizarrón. La marea de gritos, aullidos y silbidos la empujó contra la pared. Por más que forzaba los ojos la oscuridad no se abría. Una presión en el aire, alguna oscilación en lo oscuro, Andreia llegó a presentir a alguien pasando muy cerca de ella. En la punta de los pies, respiración presa, se pegó más al pizarrón. Cuando la luz volvió, quizá un minuto después, vio con sorpresa a casi todos los alumnos de pie; un grupo aglomerado en la puerta del salón, mochilas fuera de lugar, dos sillas en el piso y una fila de muchachas recargadas en el muro de la ventana, vueltas de frente al salón.

Andreia despreciaba su desconfianza. Se sentía injusta y banal, pero pasó a tener un poco de rabia de los alumnos por provocarle esos sentimientos. En las reuniones con los otros profesores se aborrecía a sí misma por sentir que coincidía cuando un colega más nervioso refunfuñaba que los estudiantes eran unos burros, unos salvajes, verdaderos retrasados.

En voz alta, se apuraba en tomar el bando de un cierto profesor, siempre dispuesto a justificar a los alumnos tomando en cuenta las circunstancias en que vivían. Palabras como pobreza, opresión, servían de apoyos de los que Andreia se asía. La idea de que aquellos muchachos y muchachas eran víctimas y sólo deseaban vengarse, regresar los golpes que habían sufrido, pues era lógico y era su derecho, parecía la única cosa digna de aprender en la escuela. De forma vaga, silenciosa, esa idea flotaba en el aire que los profesores y alumnos respiraban. Sólo que esa forma de pensar, todos veían, no traía el menor beneficio a nadie.

Las críticas, las tesis, los cambios que aquél profesor proponía de modo confuso eran apoyadas por Andreia con un entusiasmo que ella misma refrenaba a veces, con miedo de parecer exagerada. Otros profesores, escépticos o desanimados, mas nunca

hostiles con los alumnos, hacían comentarios más modestos, o que apenas intentaban parecer más prácticos. Andreia los detestaba. Al mismo tiempo, en su inexperiencia, presentía que podían tener un poco de razón. Aunque por ese camino no había ninguna ganancia para ella, lo que sólo servía para aumentar su rencor.

Con el correr de los meses, parecía posible que esa situación se estabilizara. Mejor aún: parecía que esa situación ya existía desde mucho tiempo atrás. Andreia intuyó que ella misma podría vivir así durante años. Y de esa forma, de hecho, pasaron unos pocos años. Mientras tanto, una parte del panorama no quería rendirse, no se estabilizaba. Era el camino de la parada del autobús a la escuela. Las escaleras, las sombras, los callejones, los muros. Los sustos que se llevaba, las formas que imaginaba ver. Aquel recorrido, todas las noches de clase, traía a Andreia de vuelta al inicio de todo.

Cierta semana corrían rumores de un movimiento anormal, de un ajuste de cuentas entre policías y grupos criminales del lugar. A decir verdad no se veía nada, pero los pasajes estrechos parecían más oscuros. Los muros sugerían más ojos, más bocas y brazos en las partes desmoronadas. Por el borde del muro, por los rincones, se deslizó hasta Andreia el rumor de pasos que corrían lejos. Un titilar de vidrio que se astillaba. Apretó el paso, abrazó el portafolio contra el pecho y empujó el pensamiento para la frente, a la fuerza.

Un gruñido y un gemido hacia delante se mezclaban en el sonido que detuvo sus pasos y aumentó la mancha de sombra a su lado. La sombra de hecho creció en un impulso que parecía venir de lo alto. Precedida por un breve desplazamiento del aire, cayó encima de Andreia. Aún cuando no se hubiera movido de lugar, ahora ella se encontraba medio cubierta por la sombra, inmersa por la mitad en una penumbra oscilante.

Su portafolio había caído al piso. En los brazos agarraba un cuerpo de extraordinaria levedad, piel y hueso, que se envolvía en ella. En la oscuridad hubo confusión de piernas, brazos y manos. Andreia no entendió si él apenas había caído o si en realidad se había arrojado sobre ella con alguna intención violenta.

La sombra se abría y cerraba y, dudosa, Andreia vio de reojo que el hombre no tenía dientes. Dos cicatrices marcaban hileras de puntos quirúrgicos en la piel del cráneo. Con marcas de heridas o quemaduras, la cabeza era casi totalmente calva. Acaso algunos mechones crespos rompían en puntos de tejido sano.

En seguida vino la sensación de que algo mojado y casi fresco tocaba su piel. Aunque no sintiera dolor alguno, Andreia pensó que la sangre era suya; que había sido herida. No se le ocurrió la posibilidad de que fuera el hombre quien estaba sangrando. Él gruñía y gemía cerca de su rostro. La piel endurecida, seca, los huesos se clavaban. Tan leve, ¿era ella quien lo sostenía o él que la apretaba? El hombre movía brazos y manos de una manera inexplicable; hasta que Andreia, en la confusión, sintió el toque de un objeto de metal. Frío, fino, pequeño. La navaja danzaba, quería huir.

Arisca aún, la navaja resbaló en la mano de Andreia. La apretó firme por el cabo, en una especie de presión instintiva. ¿El hombre llevaba la navaja para herirla o la traía todavía clavada en el cuerpo al caer sobre ella? En un esfuerzo desesperado, Andreia se liberó, zafando el brazo. La navaja en su puño. El brazo tomó impulso, golpeó al hombre y lo empujó para atrás. Un temblor, un bufido en la garganta.

Cuando el hombre cayó de lado contra el muro, su rostro atravesó una franja de luz y se sumió de nuevo en la sombra. Todavía con la navaja en la mano, Andreia creyó reconocer el rostro de un ex alumno. Las facciones familiares casi perdidas atrás de la

flaqueza, de las cicatrices, de las líneas profundas. Un alumno que, dos años antes, abandonó la escuela poco después del inicio de clases después de hacer un escándalo, gritando, sin control, en la cara de un profesor y, en seguida, de la secretaria. Un rostro que no iba a olvidar.

Andreia sólo veía parte de las piernas del hombre estirado junto a la pared. El resto estaba sumido en la oscuridad. Por la voz, aparentemente, ahora deliraba. Parecía que pedía ayuda. Gemía y gruñía en una desesperación de rabia ya sin fuerzas. ¿Qué era eso? Andreia, confusa, temblorosa, con el corazón en la garganta, murmuró que llamaría a alguien. Habló más para sí misma que para él. Sin pensar, tiró la navaja al suelo y se alejó de prisa.

Se palpó el cuerpo por debajo de la blusa, la frente, la espalda, vio que no había heridas. A decir verdad, sintió de repente pulsar la piel en un fulgor de energía. Se puso un suéter para cubrir las pequeñas manchas de sangre, y, en lugar de ir a la escuela, regresó en dirección de la parada del autobús. Al llegar a casa más temprano, inventó una mentira a los padres. Después, queriendo justificar la falta en el trabajo, inventó otra mentira por teléfono al director de la escuela. No tuvo pesadillas.

Dos noches después volvió al colegio. Al bajar del autobús y enfilarse por los callejones y escaleras, Andreia percibió una diferencia. Ya no tenía miedo. No parecía tan sombrío. Indagó bien hondo, sopesó sus emociones y no halló la misma sensación. El camino era el mismo. Eran las mismas callejuelas, los mismos muros y escalones. Caminaba ahora al encuentro de las manchas oscuras como si fuera parte de ellas. Estaba calmada, fría y tuvo la sensación de que podía continuar así para siempre. Pero por alguna razón encontró mejor decirse a sí misma que todavía era miedo lo que sentía.

Cuando llegó a la escuela, dos profesoras conversaban, un poco agitadas. ¿Se acuerda, se acuerda de aquel alumno que salió luego del inicio del curso? Y repetían el nombre, el nombre que Andreia entonces recordó. Pues sí. Apareció muerto aquí cerca, imagínate, ahí luego. Dicen que andaba en una vida confusa, se metió en alguna pelea, un mal entendido. Igual era agresivo ¿recuerdas?

Uno de los profesores —el mismo de siempre— recordó las circunstancias, las sucesivas humillaciones diarias. Andreia lo apoyó con energía, con sinceridad. Se sintió bien al hablar, al pensar. Pero, por más que lo intentara y quisiera, no conseguía sentir, de hecho, lo que pudiera haber de lamentable en la muerte del ex alumno.

TRADUCCIÓN DE BRENDA RÍOS

LUIZ RUFFATO (Cataguases, Minas Gerais, 1961). Practicó el periodismo en São Paulo, a partir del 2003 decidió dedicarse por completo a la literatura. Su serie “Inferno provisório”, que inició en 2005, abarca los libros *Mamma, son tanto felice*, *O mundo inimigo*, *Vista parcial da noite*, *O livro das impossibilidades* y *Domingos sem Deus*. Los dos primeros están traducidos al francés y al español. Su novela, *Estive em Lisboa e lembrei de você* (2009), fue traducida al italiano, español y publicada también en Portugal. Ha ganado los premios APCA (Associação Paulista de Críticos de Arte) en dos ocasiones, 2001 y 2005, Jabuti en 2007 y le fue concedido el premio Machado de Assis de la Fundação Biblioteca Nacional por la novela *Eles eram muitos cavalos* (2001).

“Lo que me fascina es la vida, es la trayectoria del Ser Humano en el tiempo y en el espacio, su complejidad, sus límites...”

Facebook: <www.facebook.com/luizruffato>.

Los cuentos “La mancha” y “Amigos” fueron tomados del libro *O mundo inimigo* (Río de Janeiro, Record, 2005).

♦ La mancha ♦

Marquito murió antes de cumplir diez años, atropellado por un camión en un lunes de agosto, todo vivaracho, orgulloso de la cola y de las banderitas de su papalote. Había pasado la tarde del domingo en un corre y corre rabioso, varillas, papel china, vidrio molido, pegamento, tijeras, carretes. Al terminar, ya entrada la noche, quiso dormir temprano para que la mañana se anunciara pronto. Sin embargo, el ansia de convertirse en dueño de los cielos de Vila Teresa, o incluso tal vez de los cielos de Cataguases, impidió que pegara los ojos antes de la madrugada. Vio cuando Bibica y Jorginho se fueron a la cama, escuchó los pasos de Dusanjos do Alemão llegando del culto, los cuchicheos de Marcia, de Toninha y de Helia regresando de la plaza, los trompicones de Zunga llegando de la Isla a deshoras.

A Bibica le tomó semanas creer que nunca más vería a Marquito entrar corriendo imprudente a la casucha, siempre asustado, como si acabara de hacer una travesura. Que nunca más escucharía su runrún subiendo y bajando de las escaleras del callejón, bajo el riesgo de resbalarse un día de éstos. ¡Ay dios mío!, y quebrarse un brazo, una pierna, ¡Virgen santa! ¡Don Zé Pinto se lo advirtió tanto! ¡Qué niño endiablado éste! ¡Un día de éstos se estampa en el suelo! Marquito delgado, miserable, enfadado como él solo. A Marquito no lo vería más, nunca. Y lo que más le dolía era, por una razón que no comprendía, no poder recordar las facciones de Marquito. Jamás confundiría el olor de su orina en el colchón de paja; sus chucherías —una manivela, una latita

de engrudo, una cajita vacía de rapé, una bola de calcetín, la bolsita de canicas— permanecían impregnadas de su vocecita estridente; los pocos trapos mantenían todavía la fiebre de su cuerpo. Pero: ¿cómo era la forma de su cara?, ¿el formato y el color de sus ojos?, ¿la comisura de su boca?, ¿el diseño de su nariz?, ¿el contorno de su quijada?, ¿o el hueco de sus orejas? Todo eso se había esfumado.

“Bibica, don Zé Pinto me dijo que llegué con la crecida. ¿Yo no tengo papá, Bibica?”

“Claro que tienes, mi niño. Don Zé Pinto se estaba burlando de ti.”

“¿Y en dónde está?”

“¿En dónde está?”

“Fue a la guerra. Murió. ¡Que esté con Dios!”

“¿Guerra? ¿Murió en la guerra? ¡Vaya!”

Marquito preguntaba precipitado.

“Bibica, ¿qué guerra?”

“¿¿Qué guerra?!”

“Los niños se burlaron de mí, dijeron que en Brasil nunca hubo guerra...”)

Bibica tallaba la ropa, inclinada en el lavadero, cuando oyó el enfrenón brusco. El vello de sus brazos se erizó, se secó las manos en el delantal, paralizada unos instantes, fuera de sí. Aquella noche había tenido un mal sueño... dientes... dientes podridos...no recordaba bien... parecía un aviso...desorientada, subió hacia la calle. Al llegar al paseo, la señora Zulmira la abrazó, llorando, “¡Qué desgracia, Bibica, qué desgracia!”, Zombi, se zafó, un camión con troncos parado frente a los abarrotes de don Antonio Portugués, un camión parado, en dirección contraria. Arrastrando piernas de plomo, abrió un espacio entre la multitud y se encon-

tró con el cuerpecito tirado bajo las ruedas del camión, un charco de sangre, la cabeza destrozada, el sol oscureció.

¡Justo enfrente de la tienda de don Antonio, Antonio Portugués, ¡Vaya jugada!, ¡Qué destino!, el comienzo, el fin. Era una mujer desilusionada cuando dejó la isla. Lavaba ajeno, dinero escaso, un aprieto criar los dos hijos sola. Con esfuerzos, había arreglado aquella casucha en el Callejón de don Zé Pinto, sin fuerza, amontonados todos en el mismo cuarto, ¡Un muladar! Sufría con la fama de perdida, quería borrar aquel pasaje de su vida, un gargajo, una lepra, una mancha que no salía ni restregando con todo el jabón del mundo. De esa falla se aprovechó don Antonio, el portugués, viejo cabrón.

Todos en el callejón compraban fiado en su tiendita, anotándose en la libreta, menos ella. Una mañana se halló preguntándose: ¿cómo hervir aquel montonal de ropa si no tenía dinero ni para el queroseno? Encendió el cigarro y, lanzando fumarolas, tomó la decisión de hablar con don Antonio. No era posible que no le fiara a ella. Que preguntara a don Zé Pinto si no le pagaba el alquiler y la cuota de agua sin falta, cada fin de mes, billete sobre billete; y si no le pagaba a Homero cuando le rajaba la leña, cada quince días; que le preguntara a todo el mundo si le debía a alguien, si tenían alguna queja de ella, una mujer decente, sí señor.

En la tiendita, encontró a don Antonio solo, entretenido en disponer las mercancías en el escaparate. “Buenos días, don Antonio”. “¡Ah, señora doña Bibica!, ¡buenos días!, ¿cómo te va?” “Como Dios quiere, don Antonio”: Rodeó, sin ánimos para tratar el asunto. “¿Puedo ayudarla, doña Bibica?” “Bueno, don Antonio, es que... será que... así... ¿no habrá manera de que me venda un litro de queroseno? Le pago el viernes... sin falta, si dios quiere. “¿Me pide fiado, doña Bibica? ¿Fiado...?” Se rascó la cabeza, se quitó el lápiz de la oreja, garabateó cualquier cosa en el papel

estraza. Ella se frotaba las manos, angustiada. Con los ojos en las sandalias sucias preguntó: “¿Será porque salí de la Isla, don Antonio? Será por eso...” Él carraspeó, apenado. E inauguró una hoja de cuaderno con el nombre de ella.

Bibica nunca comprendió lo que sucedió de ahí en adelante. Cuando entraba en la tienda y había alguien jugando billar o futbolito, o con la barriga recargada en el mostrador tomando una cachaza o un refresco de aguacate,¹ don Antonio la trataba fríamente. Pero, si estaba solo, era todo melindroso. Le agarraba las manos, se deshacía en atenciones, bromeaba, preguntaba si necesitaba algo... Ella se hacía la desentendida, en el fondo se daba cuenta de que él, quién sabe por qué, estaba así, como... como que asediándola. Al principio, contrariada —sólo porque había sido mujer de la vida, ¡sólo por eso!—, terminó envanecida. Hace ya tanto se sentía acabada, adefesio, incapaz de despertar interés... y, de repente...

“Don Antonio...” “¡Doña Bibica!, justo necesito ayuda con un asunto acá adentro”. Él abrió la portezuela, ella entró, acompañándolo a la bodega. En el estrecho corredor de cervezas y refrescos la encaró, lúbrico, “Doña Bibica”, susurró, envolviéndola en sus brazos, el olor de Fernet mezclándose a la fuerza con el tabaco corriente. Asustada quiso gritar, él la soltó, recomponiéndose, ¡Dios mío, qué estoy haciendo!, Bibica, sin saber qué decir, bromeó, arreglándose el vestido. “Don Antonio, ¡no sabía que usted tuviera esas mañas”. “¡Más respeto!”, dijo él, grave. “Si supieras... Filhinha, la pobre, está envejeciendo... no quiere saber ya... de esas cosas... pero todavía soy hombre... tengo ganas...”, dijo, cabizbajo, volviendo al mostrador.

¹ *Abacatinho*, bebida a base de aguacate propia de Minas Gerais (N. del trad.).

Durante días no pasó por la tienda, por miedo a la reacción de él. Pero entonces comenzó a faltar todo en casa: jabón, cerillos, café en polvo, harina de maíz, sopa de pasta, piedra de añil. Cuando la avistó nuevamente, don Antonio se cubrió de satisfacción. Ansioso, le aventó un rollo: “¡Doña Bibica, doña Bibica, no sé lo que me pasó... si usted... tienes todo el derecho... yo no debía, lo sé... pero es que... ay, Jesús!” Y desgranaba la lamentación. Que Filhinha era un tormento en su vida, que no lo dejaba hacer nada, ni ver los partidos del Operario, que le gustaban tanto. Que ahora que los hijos estaban encaminados y le pareció que iba a tener un poco de sosiego, ella se enfermó de los nervios, aumentó el malhumor, “¡Ay, doña Bibica!, ¡Qué desgraciado soy!”

Prometió la luna y las estrellas. Le pondría casa, en cuanto Filhinha mejorara un poquito —“Ahora, vea usted que los médicos quieren internar a la pobrecita en Juiz de Fora”— él dejaría todo, “Todo, doña Bibica”, para quedarse con ella. Comenzó a colmarla de regalos: polvo de arroz, perfume, agua de rosas, lápiz labial, espejo, esmalte, una cadenita bañada en oro. “¿Qué voy a hacer con esas cosas, don Antonio?”, se resistía al asedio, porque, vivida, sabría que todo aquello era mentira, chifladura, locura. Pero, ¿hasta cuándo tendría fuerzas? *(Dios mío protégeme en este momento difícil librame de las tentaciones será que de verdad le gusto bobita él se quiere aprovechar de una mujer de la vida todos los hombres son iguales chupan la naranja y tiran el bagazo ya lo sé dios mío cuántos se acostaron en mi cama hablando tonterías en mi cabeza si creyera estaría perdida y mal pagada se levantaban de la cama se ponían la ropa y salían por la puerta con aquella misma expresión cara lamida si voy a creer en la promesa si a don antonio le gustara yo de verdad sinceramente no no es posible casado establecido hombre de bien no va a dejar a la familia por causa de una válgame dios que zancudo esta noche va a ser de aquellas tengo raidolitos en el*

armario no no tengo se acabaron necesito comprar prender en la noche para espantar dios te salve maría llena eres de gracia el señor es contigo voy a misa de las siete hace tanto tiempo el padre dice esas cosas bonitas ora pro nobis ruega por nosotros primera fila velo en la cabeza listón de hija de maría detrás del cuello levantado los pobres los clasemedieros y los ricos más cerca del altar ay que gente tan desaseada mejor quedarse sola creer que a don antonio le gusto por qué no de repente un milagro esas cosas pasan qué catia no se casó con aquel dueño de una tiendita allá en leopoldina no no nací con buena estrella dios ayúdame quién sabe no no voy a volver nunca más tengo experiencia el chorro este zancudo insoportable qué calor dios mío la misa ora pro nobis creo en dios padre todopoderoso creador del cielo y de la tierra capilla llena voy a levantarme temprano el bote de agua para lavarme la cara calor don Antonio habla habla la misa en la comunión de los santos en el perdón de los pecados en la vida eterna)

Bibica se levantó temprano para ir a misa de siete en la capilla del Centro de Salud. Al pasar por la tienda las piernas se negaron. Detrás de la puerta cerrada, el radio prendido, don Antonio, sabía, quiso irse de inmediato, el cuerpo desobedeció. ¡Dios mío! Tocó una, dos, tres veces. “¡Ah, doña Bibica, entra!”, la voz en sus oídos, reverberando, dejándola azonzada, embobada, la dentadura bonita escondida por el inmenso bigote negro, negro como sus ojos y sus cabellos apelmazados con Glostora. La avalancha azul de la mañana, el sol traspasando las botellas de bebida en los anaqueles, los pajaritos cantando en el almendro, el acento de don Antonio, *sólo puede ser cosa del demonio*, hechizaron a Bibica. La puerta se cerró a sus espaldas.

Roció un resto de perfume en el cuello, se emperifolló toda y subió a la tienda para comunicar la buena nueva. Don Zé

Bundinha tomaba una cerveza pellizcando una pata de pollo gelatinosa como aperitivo. Incómoda, preguntó si don Antonio había... y habló de cualquier cosa... don Zé Bundinha comentó, medio alto: ¡Hey, Bibica, a dónde vas así toda emperifollada?” “A ningún lado, don Zé”. Se quedó afuera vigilando. Cuando vio a don Antonio solo, volvió.

“¿A dónde fuiste doña Bibica, así de vistosa?”

“A ningún lado, don Antonio. Es que... necesitaba hablar con usted”.

“¿Conmigo?”

“¿Se acuerda don Antonio, cuando usted me propuso juntarnos, de ponerme casa?”

“¿Juntarnos?, ¿ponerle casa?”

“Sí. Ahora...ahora es el momento, pues...”

“¿Pero qué dice, doña Bibica? ¡Ya, dilo, criatura!”

“Don Antonio... creo que... creo que me preñé...”

“¿Qué?”

Don Antonio arrastró a Bibica del brazo hasta el baño que hedía a creolina, arrinconándola contra la pared.

“¿Estás loca? ¿Quieres destruir mi matrimonio, deshonorar mi nombre frente a todos? ¿Me quieres avergonzar frente a mis hijos? ¿Te volviste loca, doña Bibica? ¡De verdad enloqueciste!”

Fue hasta la banqueta, miró a un lado y a otro, furioso.

“¿Entonces vienes a mi negocio para decirme algo así? ¡No lo puedo creer! ¡No tengo nada que ver con eso, doña Bibica, nada! Usted me buscó, entró aquí meneando el culo, seduciéndome, a pegárseme. ¡Mi Filhinha allá en Juiz de Fora, internada, enferma de los nervios, puras preocupaciones, y me vienes con un disparate como éste! ¡Soy un hombre establecido, doña Bibica, un hombre honrado! ¿De dónde vienes? ¡Del lodo! ¡Una prostituta! ¡¿Y entras aquí para hacerme despropósitos?! ¡Ahora, hágame el

favor! ¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí!” Blanca del susto, Bibica sólo conseguía balbucir: ¡Disculpe, don Antonio, disculpe...no lo hice a propósito... disculpe... no sabía que usted iba a enojarse tanto, discúlpeme...” Y se escabulló, llorando.

Bibica se amargó mucho al principio. Después consiguió lavados más de ropa —“Para ayudar a distraerme, a no pensar tontelías”. Desde la mañana a la noche en la labor: lavaba, tallaba, golpeaba, enjuagaba, desmanchaba en el sol, extendía, secaba, recogía, planchaba, entregaba. Sueño de piedra por las noches. Día a día la barriga le crecía, vagos temblores en sus entrañas. Cuando no estaba entretenida inclinada en el lavadero venían los miedos *Dios mío, el niño* (tenía la certeza de que sería un niño), *¿se logrará bien? ¿Vendría todo perfectito? ¿Dará mucho trabajo? ¿Será alguien en la vida?* Hasta hizo una promesa: si sale todo bien, lo llevaría a consagrar a Aparecida del Norte² en un doce de octubre.

Don Antonio viajó con su mujer para Portugal, sueño antiguo. Vio de nuevo la aldea transmontana de donde salió a los quince años y aprovechó para resolver pendientes antiguos, cuestiones de herencia, casuchas viejas, de poco valor. Regresó dos meses después, quitó la tienda, el Bar Nuestra Señora de Fátima, y levantó el amplio y moderno Abarrotes Brasil.

Marquito nació sietemesino, creció flaco, siempre ñango, un adefesio hoy y mañana. Y peleonero. Bibica reñía con él, lo castigaba, no mejoraba. “¡Lo que ese niño necesita es un cinturónazo! Si usted no lo corrige, Bibica, el mundo lo corregirá”, aconsejaba Zé Pinto, cansado de encontrarlo robando frutas en el patio de

² Ciudad del interior del estado de São Paulo en donde se encuentra la basílica menor de Nuestra Señora de Aparecida. (N. del trad.)

atrás del callejón. Pero Bibica no tenía valor para pegarle, *Ya tiene tantos problemas, pobrecito*, y disculpaba sus travesuras.

“A Marquito lo encontraron robando fruta del pan en la huerta, Bibica. Amancio le dio unos coscorrónes”.

“Marquito levantó la falda de Toninha, la de la doña Olga, Bibica. Ella viene para acá para hablar con usted”.

“Marquito entró a la clase, rasgó las bolsitas de leche nido, la esparció en los salones y todavía se cagó en la mesa de la directora, Bibica. No lo agarra la policía nada más porque es menor”.

“Marquito fue a la Isla, Bibica. Marrudo casi le arrancó la oreja. Se quedó llorando ahí”.

“Marquito perdió en los tazos y golpeó a Gilmar, hijo de doña Marta, Bibica. Le sacó sangre. Pero bien que se lo merecía. ¡Qué escuinclé más metiche, sí señor!”

“Marquito casi se ahoga en el Río Pomba, Bibica. Lo bueno es que Baiano estaba allá y lo sacó”.

“Bibica, Marquito estaba con la resortera y le atinó al vidrio de una camioneta que estaba parada frente a los abarrotes. ¡Cayeron pedazos de vidrio para todos lados! Pero nadie sabe que fue él”.

“Bibica, corre que Marquito está golpeado. Está allá en el campito tumbado. ¡Hay mucha sangre!”

Internado de prisa, con perforación en la vejiga, se quedó una semana muere y no muere en el Centro de Salud. Bibica pasó siete días a la puerta del hospital. Lloraba, se arrancaba los cabellos, se culpaba. Ya debería haber cumplido la promesa de ir a Aparecida do Norte, pero cómo Dios mío?, no tenía dinero, el viaje es largo, ¡y trabajaba tanto, siempre tan cansada!, Dios comprenderá. Una mañana, la enfermera la llamó a su lado, dijo que Marquito había mejorado, que estaba bien, que tal vez recibiera

el alta para el día siguiente. Regresó a casa, pero ya no controlaba las ganas de mear.

Y ahí, frente a ella, el resultado del sufrimiento: el cajoncito violeta del Municipio deja ver el cuerpo delgado de Marquito, la cabeza envuelta en gasa, ¡*Un desastre tan estúpido, Dios mío, tan estúpido! ¿Cómo sucedió una cosa así? ¡Qué desgracia! Como si no bastaran todas las dificultades... para que todo acabe así... de una manera tan... tan...* Había pasado toda la tarde a punta de calmantes. Ahora, casi a media noche, acostada, a la luz de las velas, tiemblan sombras alargadas en la pared, Jorginho duerme con algún vecino, Zunga, ése debe de estar en la Isla, doña Zulmira, *La pobre, tan buena*, sentada en la única silla de la casucha, cabeceando de sueño, ya no se hablan, ya no tienen nada que decir, silencio, *Mañana salimos temprano para trabajar*, cinco y media, a las seis la fábrica pita, *¿No va a ir nadie al entierro?* Doña Zulmira se levanta, “Bibica, voy a darles una vuelta a Luzimar y a Hélia, regreso al rato. Voy a colar un café para nosotras, ve si descansas un poquito”. Bibica, molida, se marea al levantarse, recorre el tejado, las telarañas ennegrecidas por el polvo, *Tengo que pasar la escoba por el techo, quitar las telas de araña, pobrecito Marquito, Dios mío*. Pasos afuera, *¿Doña Zulmira?* Se asusta. *No, no puede ser*: Don Antonio, traje y corbata azul oscuro, atraviesa el portal, dando tumbos, se detiene, la mano izquierda aprieta el pecho, olor de parafina derretida, tambalea, la frente escurriendo de sudor, se acerca al cajoncito, el cuerpo se contrae en un dolor que sube rompiendo todo, “¡Dios mío, cuánta miseria, cuánta miseria!”, balbucea, las piernas temblorosas, gana el callejón, la oscuridad lo engulle.

Apresurada, Bibica se arrastra hasta la puerta, nada, ninguna señal.

La noche se embriaga con el dulce olor de los huele de noche.

Doña Zulmira trae café caliente en una jarrita de peltre pintada de azul y blanco. “¿Señora Zulmira, lo vio?” “¿Ver qué, Bibica?” “¿No vio nada?” “No Bibica, nada.” “¿No vio a nadie ahorita ahí en el callejón?” “No Bibica, no lo vi. Usted está cansada. Recuéstese, ande... intente descansar un poco”.

Ay Marquito, él nunca vendría, Marquito, él nunca vendría...

Los dos cajeros de Abarrotes Brasil fregaron, varias mañanas, la sangre que se adhirió en los adoquines. Usaron hasta sosa cáustica, pero la mancha se quedó. Después, cuando nadie más se acordaba de Marquito, desapareció.

TRADUCCIÓN DE DANIEL ORIZAGA

♦ Amigos ♦

Los últimos obreros abandonan la fábrica, apresurados, ¡Feliz Navidad!, ¡Feliz Navidad!, se despiden eufóricos, vaciando la tarde estéril de nubes. Entorpecido por la nube de humo de los adoquines, Luzimar toma la bicicleta y, con lentitud, corta por Vila Domingos Lopes (piernas tienda en tienda zigzaguean), *llevar algo para soninha tengo que juntar dinero*, sube la calle del Comércio (lucécitas enmarañan las vidrieras, un jadeante santaclás se desdobra jo-jo-jo rojo), *don zé pinto quién sabe el aguinaldo ella lo merece*, ansioso cruza el Puente Nuevo (abajo el Río Pomba, gordo), *ah lo merece pobrecita después después yo me las arreglo*, dubitativo atraviesa la placita (muchachitos juguetean con una pelotita de esponja), *¿me lo prestará?*, entra en Vila Teresa, *firmo un vale ¡por cobrar!*, el torniquete rueda en falso, *¡mierda!*, del otro lado, junto al borde de la banqueta de la casa de Gildo y Gilmar, un Vocho 1300 verde, con placas de São Paulo, una mujer barre la banqueta, *¿doña marta?* Los dedos desenganchan la cadena, atraviesa, “¿Doña Marta?”, ella aviva los ojitos detrás de los lentes rayados, apoya el antebrazo en la escoba de palma, “¿No se acuerda de mí verdad? Luzimar... hijo de don Marlindo...de doña Zulmira... Nosotros vivíamos ahí, en el callejón de Zé Pinto”. “¡Ah, Dios mío, me acuerdo! ¡Sí me acuerdo! ¡Virgen santa!, ¡cómo... cómo has crecido!, un hombre ya...¡cómo pasa el tiempo! ¿Y tu mamá?” “Ahí va... continúa lavando ajeno”. “¡Dios mío, cuántos años! ¿Y tu hermana?, esta... esta...” “Helia.” “Eso, Helia, ¿se casó?” “Estudió corte y confección con usted,

¿no?” “Sí, sí...” “Se casó...tiene tres hijos...” La mujer desliza la mano por la cabeza, empuja hilos blancos debajo de la pañoleta. “Bueno, doña Marta, venía de pasada, vi el carro... pensé que podría ser gente de São Paulo...” “Ah, ¿lo viste? Es de Gildo... ¡imagínate nada más!, vino manejando desde aquella lejanía... ¡Un peligro, Dios mío!” “¿Está aquí?” “Llegó bien, gracias a Dios. ¿Quieres que lo llame?” “Si no es molestia...” “¡Ninguna molestia!” Con dificultad sube el escalón y desaparece en las sombras, con sus vérices.

Luzimar restriega la grasa seca de los dedos en el forro del bolsillo, quita las minúsculas hilachas de polvo agarrados en los cabellos, la camisa, los pantalones.

Gildo llega a la puerta, adormilado.

—¡Luzimar!

—¡Hey, Gildo!

Se abrazan.

—¡Luzimar, hombre! Ven, vamos a entrar...

—Bueno... Es que... Está bien... pero... nada más un ratito... tengo que resolver todavía unos problemas para hoy.

Corpulento, Gildo —bermuda de mezclilla, camiseta con propaganda gastada, chancla de pata de gallo— arrastra a Luzimar. Impaciente, abre de par en par las ventanas y arranca las capas de tela ordinaria que protegen del polvo al sofá y al sillón, arrugándolas sobre la caja todavía cerrada de la televisión. Impaciente, limpia la mesita de centro de piedra de mármol del cenicero en forma de corazón y de la margarita de plástico enterrada en el florero, depositándolos bajo el arbolito de Navidad que tintilando esparce colores por la pared donde yace, enclaustrado, en una moldura oval grasosa, el retrato pintado del fallecido don Marciano.

Taimado, el silencio rastrea por la sala, la lengua bífica auscultando el aire viscoso, pegajoso, tan lejos de aquel otro, de la

infancia, cuando, sentados en el piso de la huerta, ni notaban las horas alisando las páginas de las revistas que Gildo y Gilmar compraban en el puesto del Italiano en la Plaza Ruy Barbosa, o, recostados en el pasto del campito, observando el estruendo de las nubes, y pensaban, pensaban, pensaban... Eran extraños ahora.

—¿Y São Paulo?, pregunta Luzimar.

—¿São Paulo?

Doña Martha surge animada, “Voy a prepararles un cafecito”.

—¿Café, madre? ¡Cómo! Hay cerveza en el refrigerador, tráenos, vamos a celebrar, ¿o no?

—Bueno...voy a tomar nada más un vaso... todavía tengo algunas cosas por hacer hoy...

—¡Café con este calor! ¡Nada más a mamá se le ocurre! ¿Y tú qué tal?

—Todo bien, gracias a Dios.

—¿Hay novedades?

—¿Novedades? Aquí no pasa nada...

—Ah, eso es cierto. Hace unos siete años que me fui y... ¿qué cambió por aquí? Nada, nada, nada....

—Ajá...

Doña Marta entra con una cerveza y un destapador. “¿La abres tú Gildo? Ya no tengo fuerza en las manos... el reumatismo...” Regresa con los vasos, los deposita sobre la mesita de centro, desaparece casa adentro. “¡Hagamos un brindis!”

—¡Por nosotros!

—¡Por nosotros!

—¿Hace cuánto que te mudaste del callejón, Luzimar?

—Unos diez, once años...

—¿Tanto?

—Sí... por ahí...

—¿Desde entonces no nos vemos?

—Debe ser... es decir, al principio yo venía por aquí, ¿te acuerdas? Después don Marciano murió... ustedes se fueron para São Paulo.

—De vez en cuando veía a tu papá, don...

—Marlindo.

—¡Eso! De vez en cuando lo veía allá en la secundaria vendiendo palomitas de maíz... le preguntaba por ti.

—Ya pasó tiempo, ¿no?

—¡Uy, si pasó! Después que papá murió, el tío Gesualdo nos llevó para São Paulo... Yo primero... después Gilmar...

—¿Y él?

—¿Gilmar? hace tiempo que no lo veo...

—¿Y estará bien?

—Ah, debe estar... Ya sabes, jugador de futbol... su carta es del Palmeiras... anduvo prestado por el interior de São Paulo... parece que tuvo que operarse el menisco... de vez en cuando hay noticias de él... pero no se queda en ningún lugar...

—Él jugaba muchísimo...

—¡Qué si jugaba! Si no fuera por ese problema en la rodilla... Gildo vacía la botella, grita: “¡Mamá, trae otra!”

—¿Y tú, en dónde trabajas?

—En la fábrica.

—¿En la fábrica?

—Sí, sí, algodón hidrófilo... ¿Sabes cuál? El que usamos para poner mertiolate.

—¡Ah! ¿Y tú qué haces allá?

—Yo...

Doña Marta trae otra cerveza, carga el casco vacío.

—Embalaje.

—Embalaje.

Gildo se pone de pie.

—¿Viste la televisión que le traje a mamá? ¡Último modelo! ¡Un ojo de la cara! Pero se lo merece, ¿o no? Se queda aquí sola, pobre... por lo menos la distrae un poco...

Llega a la ventana, aspira la modorra de la tarde, angustiado. Llena nuevamente los vasos.

En la calle el movimiento disminuye. De vez en cuando un carro, un autobús, una bicicleta, pasos apresurados en la banqueta, voces entreoídas.

Lentamente, el sol baja por detrás del Barrio-Jardín.

Luzimar se incorpora, “Debo irme”, Gildo replica, “No, no, vamos a beber un poquito más, ¿a qué toda esa prisa? Siéntate ahí”.

—¿Te acuerdas de Isaías?

—¿Isaías? ¿Tu primo?, pregunta Luzimar, reacomodándose.

—Ése, al que le rompiste el brazo.

—¿Yo?

—¿No te acuerdas? Le diste un empujón... rodó barranco abajo...

Y, de pie, en la mano derecha un micrófono imaginario, haciendo al locutor:

“Pistolita mata con el pecho en el centro de la cancha y de primera intención enfila en profundidad para Isaías en la punta derecha. Isaías recibe, corre por la línea de fondo, va a centrar, pero... ¡qué, qué es eso amigos! Luzimar llega justo y manda a Isaías hasta la cocina, con balón y todo!” Carcajeando todas sus adiposidades, se desploma en el sillón, atragantándose con las lágrimas. “Isaías... allá... abajo... llorando... el hueso del brazo hinchado... ‘Ay, ay, ay...’ Fue muy chistoso... muy chistoso... y tú... aquel día... te desapareciste...”

—Yo... corrí a la huerta, confiesa, avergonzado.

—La raza te quería agarrar, dijo, todavía riéndose.

Gildo grita, “¡Madre, otra cerveza para acá!”, y en silencio irrumpe ella desde el corredor, presurosa.

—¿Sabes?, yo todavía me acuerdo muy bien de la alineación de nuestro equipo... ¿Quieres ver? Espera... ah, ya: Reginaldo, Gildo, Jorge Pelado, Caboré y Luzimar; Remildo, Ailton y Gilmar; Dinim, Paco y Vicente Cambota.

—Sí... es ésa...

—¿Dónde está esa gente?

—No sé... la mayoría por aquí mismo... tú y Gilmar se fueron para São Paulo... creo que Paco está en Betim, en la Fiat. Ah, Remildo es concejal

—¿Concejal?

—Sí. Desde la elección pasada...

—¿Remildo, concejal? ¡Está bueno!

—Ya es hasta socio de una tienda de material para construcción...

—¿En serio?

—Es la política...

Bebe un trago más.

—Ah, y Vicente Cambota murió...

—¿Murió? ¿de qué murió?

—La cachaza.

—La cachaza.

—Sí, estaba bebiendo demasiado. Lo encontraron tirado en una coladera, allá en la ribera, después de una lluvia de aquellas...

—¡Qué cosa!

Gildo lanza un brindis: “¡Por Vicente Cambota!”

—Bueno, Gildo, la plática está buena, pero...

—“...tengo que irme a arreglar unos problemitas...”

—Está bien, quédate Luzimar. Vamos a tomarnos por lo menos la caminera.

“Mamá, trae otra cerveza para nosotros. Hay salami, pica de botana.”

—La caminera, entonces, ¡eh! ¿Y... y São Paulo?

—¿Qué tiene?

—¿Es... es bonito?

—¿Bonito? Pues ni sé... Es grande... Y buena para ganar dinero. Por lo menos no puedo quejarme, no... Me fui para allá, conseguí empleo, gano bien, hasta compré carro, ¿viste?, un vochito verde que está allá afuera, mando dinero para mamá... Incluso me alcanza para ayudar a Ana Elisa y a Ana Lucía de vez en cuando. ¿Te acuerdas de ellas?

—Sí, me acuerdo. ¿En dónde están?

—Se casaron, ¿verdad? Ana Elisa vive en São Paulo, São Miguel Paulista... Ana Lucía está ahí, en Muriaé... se casó con un desvergonzado hijo de puta...

Doña Marta trae otra cerveza y, en un platito de cartón, palillos clavados en rodajas de salami.

—¿Te fue bien, o no, Gildo?

—Sí. Pero no fue fácil para nada, mi amigo... batallé mucho al principio...

—Pero es mejor que quedarse aquí ¿no?

—¡Claro! También, esa ciudad es una mierda, no tiene nada...

Exaltado, se enmarca en la puerta de la sala y hace una señal obscena hacia la calle, “¡Tómala!, y se carcajea, “¡Ciudad de mierda!, ¡Pinche gente!”

Luzimar ríe sin ganas. Se incorpora.

Había caído la noche, insidiosa. Encendidas, las luces de los postes recordaban pequeñas estrellas de parque de diversiones.

—¿Puedo pasar al baño?

—Ve... sigue en el mismo lugar...

Luzimar recorre el pequeño corredor oscuro, los cuartos a la derecha, no, nunca lo olvidaría, sale de la cocina, allá fuera la caseta. Cuando regresa, nota, de reojo, a doña Marta sentada bajo la luz de una lamparita, tejiendo. Ella para, levanta los ojos por encima de los lentes, “¿Cómo se llama tu hermana, hijo?” “Helia, doña Marta, Helia” “¡Elia! Estaba pensando aquí... ¿será que ella cose todavía?” “No sé... creo que no...” “¿No están bebiendo demasiado, hijo?” “Ya acabamos...” “Es tarde ya... dentro de poco es medianoche. Gildo dijo que abriría una sidra para los dos.” Baja la cabeza para acompañar el vaivén de las agujas. “Me hubiera gustado tanto que Gilmar estuviera aquí... y las muchachas... Marciano... como antes... la casa llena... alegre...me gustaría tanto... tanto...”

Luzimar retorna a la sala, ahora iluminada.

—Siéntate ahí.

—No, no, ahora sí ya me tengo que ir.

—¿Por qué tanta impaciencia de irte, mi amigo?

—Es que Soninha me está esperando...

—¿Quién?

—Soninha... mi mujer...

—¿Uy, te casaste?

—Sí, me casé. Ya debe de estar preocupada...

—¡Para nada, mi amigo! Ha de estar dando gracias a Dios de que no estés allá fregándola.

Y se carcajea. “Es una broma, amigo”

Doña Marta se acerca. “Gildo, ustedes ya bebieron mucho, este muchacho ya se quiere ir.” “Mamá, vete... mejor trae otra cerveza, ¿o no hay? Llené el refrigerador a la hora de la comida. Y yo no estoy amarrando a nadie, para nada. A la hora que Luzimar se quiera ir se va...”

—¿O no?

—Es que...

—Nada de eso, mi amigo. A la mujer tenemos que tratarla así. Si las dejamos, se nos trepan. A mi salud. Después te llevo a tu casa, te puedo dejar. ¿Ya pensaste? ¿Tú llegando allá en vocho?, ¿Eh? Vas a hacer un figurón, ¿o no?

Desconsolado, Luzimar busca refugio en los ojos de doña Marta, que, entretanto, después de sustituir la botella, se retira, resignada.

—Es que falta poco para Navidad... todavía no le compré nada a Soninha...

—Pasamos antes por la calle del Comércio...

—No, de ninguna manera...

—¿Qué es eso, mi amigo? Vamos allá y le compramos un regalo de primera... una... una gargantilla, por ejemplo, ¿eh?

—¿Y yo tengo dinero para eso?

—¡Mnaaah, entonces yo pago! ¡Está arreglado! ¡Claro! ¡Resuelto! En un rato vamos allá a la calle del Comércio y compramos una gargantilla para ella, ¿sí? Entonces vamos a tomarnos otra cerveza...

—Es que ya estamos medio jarras...

—¿Medio jarras? ¿Y qué? ¡Jódanse! No le debemos nada a nadie...tendrías que irte a São Paulo, mi amigo. Luego luego te encontraba un puesto, ganarías mucho dinero, ¡una buena vida!

—Tonterías, Gildo... Ya no es tiempo, para acabarla, me casé...

—¡Pero si no tienes ni en dónde caerte muerto, mi amigo! Perdóname que te hable así, pero ¿es mentira? Tienes que dejar esto, irte... hay un mundo allá afuera esperándote...

Tambaleante, jala a Luzimar hacia la ventana.

—¿Qué es lo que ves desde aquí?

—¿Desde aquí?

—Sí. ¿Qué ves?

—El huerto.

—¿Y después?

—El campito.

—¿Y después?

—El Barrio-Jardín.

—¿Y después?

—¿Después?

—Sí, después.

—Después... después ya no alcanzo a ver nada.

Gildo empuja a Luzimar de regreso al sofá, y de pie, exaltado, lanza un discurso:

—¡Lo ves! Después del Barrio-Jardín no ves nada más. Pero el mundo está allá atrás. ¡El mundo, mi amigo! Esa ciudad es una mierda. Bien hizo Gilmar. Cuando se fue, prometió que no volvería aquí ni para ser enterrado!

—Pero Gildo, no es para tanto, ¿o sí? Aquí nacimos, crecimos, hicimos amigos...

Gildo se sienta en el sofá, a un lado de Luzimar.

—¿Amigos? Ya no conozco a nadie aquí, Luzimar... ¡a nadie! Llegué en la mañana, cansado, fui a dar una vueltas, a ver si encontraba a alguien para platicar, intercambiar algunas ideas... pero... nada... reconozco las casas, el pavimento, los árboles, todo es más o menos igual... pero es como si fuera otro mundo... las personas son otras, Luzimar, y la ciudad es de ellos, ya no es mía, ¿me entiendes?, ya no es más la mía...

—Sí...

—No quiero saber nada de esa mierda, mi amigo, no quiero, ¿me entiendes?

Llena los vasos. “Voy al baño. Espérame aquí”.

Luzimar se prepara: pasa la mano por los cabellos, arregla el cuello de la camisa, y mirando la noche, que se ensancha a sus

espaldas, se da cuenta de que está atontado, *Soninha me va a dar lata y con razón.*

Gildo regresa, se remueve en el sillón.

—Tengo pena por ti, mi amigo. De veras, te lo juro... porque estás jodido... ya hasta te estoy viendo: dentro de poco llegan los hijos, una hilera de ellos, y tú ahí, dándole duro en la fábrica... el salario no alcanza, ellos dejan de estudiar, se ponen a trabajar... y tú envejeciendo... un día, cuando menos lo notes, se acabó... es el fin de la línea... ¡y qué mierda de vida llevaste, mi amigo, qué mierda de vida!

Luzimar se levanta.

—¿Y tú Gildo, quién eres para hablarme así?

—¿Yo? Nadie... pero, espera, déjame... a mí me fue bien, ¿entiendes? A todos los que se fueron les fue bien... Ahora, la raza que se quedó aquí... están todos jodidos... ¡todos! Hasta tú: ¡jodidos!

Luzimar camina en dirección a la puerta.

—¡Espérate, amigo, no te vayas todavía!

—Me tengo que ir.

Gildo agarra con fuerza el brazo izquierdo de Luzimar.

—Siéntate ahí, amigo mío. No seas tonto. ¿Te molestaste conmigo? ¡No hablemos más de eso, ya!, ¿todo está bien?

“Mamá, tráenos otra cerveza”

—¡Déjame, Gildo, me tengo que ir ya!

—Espérate, Luzimar. Vamos a la calle del Comércio a comprar el regalo de tu mujer, ¿cómo dices que se llama? Después te llevo a tu casa.

—Suelta mi brazo, ¡Chingado!

“¡Mamá, trae esa cerveza rápido, carajo!”

Doña Martha llega con una botella, “¿Qué griterío es ése, por Dios? ¡Deja a ese muchacho, hijito!” Luzimar aprovecha, se zafa de Gildo, agarra la bicicleta, sale pedaleando rápidamente.

Aún retenido por la madre, Gildo corre hacia la mitad de la calle, “¡Vete, mandilón, vete a cuidar a tu mujercita! ¡Vete! ¡Idiota! ¡Tarado! ¡Vete!”, grita, se enciende una hilera de luces de las casas vecinas.

Luzimar atraviesa la ribera, risas titilan en la noche.

En la entrada del Ibraim, la luz anémica que se derrama sobre el perro negro callejero, estirado a la puerta de la cantina, lo atrae. Se detiene, estaciona la bicicleta, salta por encima del perro, saluda al borracho que empina con avidez la postrera cachaza y al dueño, que, en camiseta sin manga, suda abasteciendo el refrigerador de refrescos. Les pregunta la hora, *once y media*, “Ponme una cerveza. Bien helada”. El hombre pasa un paño inmundo sobre la barra, abre el envase, coloca un vaso frente a él, vuelve a sus labores, *Soninha ha de estar preocupada pobre*.

A lo lejos, los rápidos del río Pomba.

Doña Marta se agacha junto al sofá, susurra, “Gildo, medianoche... no vas a abrir la sidra que trajiste, ¿o sí?”

Él se da vuelta, gruñe cualquier cosa, vuelve a roncar.

TRADUCCIÓN DE DANIEL ORIZAGA

ADRIANA LISBOA (Río de Janeiro, 1970). Es escritora y traductora, autora de cinco novelas, un libro de cuentos y poemas en prosa y libros infantiles. Ganó el Premio José Saramago por su novela *Sinfonía en blanco* (2001) y el Premio de autor revelación de la Fundação Nacional do Livro Infantil e Juvenil por su libro *Língua de trapos* (2005). Entre sus obras se destacan *Os fios da memória* (1999), *Um beijo de Colombina* (2003), *Calígrafias* (2004) y *Azul corvo* (2010). Actualmente vive en Estados Unidos.

“Creo que la literatura, como el arte, no debe responder preguntas, sólo hacerlas. En mi caso, más que hacer preguntas se trata de subrayar determinadas cosas, hablar de una humanidad que es completamente contradictoria, a veces adorable, delicada, otras veces despreciable, cruel, todo eso junto”.

Sitio web: <http://www.adrianalisboa.com>

Blog: <http://caquiscaidosblog.wordpress.com>

Los cuentos “Botánica”, “Reencuentros” y “Corte y confección” son parte del libro *Calígrafias* (Río de Janeiro, Rocco, 2004).

♦ Botánica ♦

Todo cuidado es poco para no dar al cactus demasiada agua. Sucede entonces que el primer día de cada mes se moja un poco la maceta decorada con piedritas blancas.

El culantrillo tiene problemas frecuentes con cierta oruga verde que devora hojas durante días completos, perfectamente mimetizada, hasta que es descubierta y va a parar a la taza de baño, envuelta en una túnica mortuoria de periódico.

Durante el verano, el sol quema las violetas, las violetas blancas, las violetas bicolores, las violetas moradas, las violetas violeta. Las hojas se hacen feas. Es necesario transferir las macetas a otro extremo del balcón al otoño siguiente.

Aquella orquídea de jardín fue plantada hace más de un año y nunca se dignó a dar una única flor.

En cuanto al cactus, el vendedor del mercado de Nova Friburgo garantizó que crece mucho. Fue trasplantado a una maceta más grande y continua raquítico y lleno de llagas.

(Cosas tan terribles que, si fueran profundamente analizadas, guardan entre sí una extraña semejanza y redundan siempre en un enmarañado de raíces, lombrices y hormigas, todo eso que los ojos afortunadamente no ven, una especie de inconsciente del jardín. El resto forma parte de otros viveros, es la promesa de lluvia, la espera de una llamada, el olor de café fresco y humeante o cualquier cosa que alivie un poco esa miserable soledad bípeda y racional aterrada por orugas verdes y pegajosas y atormentada por la eterna necesidad de florecer.)

TRADUCCIÓN DE SULEMI BERMÚDEZ

♦ Reencuentro ♦

Regreso afligida a Brasilia, treinta años después. Quizá Brasilia sea sólo una fábula de mi infancia en que oiga el eco de palabras sin sentido como *superquadra*, *Eixo Monumental* y *Gilberto Salomão* (Estaba aprendiendo a hablar y mi madre me exhibía para las visitas preguntando: ¿qué vamos a hacer en el *Gilberto Salomão*? A lo que yo respondía: jugar. Hasta el día en que estaba apurada por ir al baño y di una respuesta inesperada.)

Tal vez había soñado a las capibaras. Pero, ¿y aquella foto? Yo con sombrero, mi papá abrazándome y el animalito café y mojado del otro lado del enrejado, confraternizando con nosotros. Alguien fotografió mi sueño: conclusión inevitable. Brasilia es un lugar imaginario en el que vi *Godspellen* en la televisión con mi hermana, a escondidas. En Brasilia peleé con mi hermano y después pasé el día entero con miedo de él. Brasilia es un lugar imaginario donde los sueños son fotografiables.

No siento vértigo al mirar por la ventana de mi cuarto de hotel, en el décimo noveno piso. Veo la torre de televisión que es inmensa y pequeñita como todo en Brasilia. ¿Mi hotel queda en Brasilia, en Tokio o en Berlín? Los hombres encorbatados y las mujeres de tacones altos no me dan los buenos días en el elevador. Todos tratan de negocios por el celular y se reúnen con personas importantes ya en el desayuno. Porque la vida es urgente. Coterráneos míos aparecen arrastrando las pantuflas y hablando alto con la finalidad de mostrar sus *eses* chillantes. Porque la vida es carioca. Los hombres encorbatados sujetan la puerta del elevador abierta para que entre. Los cariocas no.

Brasilia juega: saca instantáneamente del sombrero de copa una escuela Reino Encantado para que toque mi infancia, pero voy con cautela. No sé si es la misma. De aquella otra guardo el temor a un niño rubio y gordito y la camiseta que la profesora me pintó. Brasilia no me da respuestas. Todo son susurros. No hay aceras para el peatón y no hay rutas para la mirada, que vuela como un pájaro embriagado. Dicen: monumentalidad. No me abato. Brasilia es una epifanía y también es un suave bostezo hecho de cosas pequeñas e instantáneas, de rinconcitos y sorpresas. ¿Paradójico? Normal. No existe nada tan falso como la suposición de la coherencia, sobre todo en Brasilia.

Sin embargo, sigo sintiendo cierto miedo de que en un dado momento las personas pierdan el peso y salgan flotando por entre los innumerables cielos de Brasilia, final e irremediabilmente invadidas por el espacio. Si traje preguntas, Brasilia, generosa, me dio más preguntas. Brasilia no me devolvió a mí misma, apenas me indicó otras (otras yos, otras Brasilias), que caben en la misma fantasía. En la muñeca, la sangre también late glóbulos rojos de concreto, poroso, vaporoso, un suspiro sobre el *Planalto Central*.

TRADUCCIÓN DE SULEMI BERMÚDEZ

♦ Corte y confección ♦

Ella me preguntó por qué la aguja y el hilo.

Respondo. Es que con ellas describí un arco por atrás de mi cerebro. Hilé el túnel que Napoleón construyó en París. Inventé mi piel usando algodón barato, esta piel que está siempre sucia de tierra en el dobladillo. Cosí las cosas, las pregunté a ellas mismas. Incluso sabiendo que las cosas no son lo que son y que los dibujos de los tejidos no son lo que son.

Atragantado, el corazón escupe el paño. Los botones. Y cuando las aguas mueren de calma, los ojos entrevén lana y lino en un encajito de Ceará. Cuando los pies alinean las aceras, las de afuera y las de adentro, es con la argamasa de un bordado. Igual a un bordado mudo, trazado en colores que aún no se inventan. Cuando la vista se empaña, y esto pasa casi siempre, viene un suspiro, un punto cualquiera de algún secreto de familia, confesado en una colcha por mi bisabuela.

Coser no es un modo de defender una idea, una creencia, una nación, una forma de arreglar las flores dentro del florero y dentro de los puntos. No tiene nada que ver con la necesidad.

Pero después el cuerpo afortunadamente se cansa, las lámparas se debilitan, los dedos duelen, la voluntad parte rumbo a otra Babel de retazos, donde todo está y nada está —¿qué importa?— Cuando cierro los ojos, algo empieza a moverse en el silencio, con cuidado.

TRADUCCIÓN DE SULEMI BERMÚDEZ

JOAO INÁCIO PADILHA (Río de Janeiro, 1950). Es autor de la novela *Os Corpanzis* (1989) y del libro de cuentos *Bolha de luzes* (1998), que le valieron, respectivamente, los premios Maurício Roseblatt y Jabuti.

Durante la década de los setentas ejerció como periodista y, desde fines de ese mismo decenio se ha dedicado a la carrera diplomática, lo que lo ha llevado a vivir en casi una decena de países, entre los cuales destacan varias naciones africanas. Actualmente es Embajador de Brasil en la República de Botsuana.

Los cuentos “Burbuja de luces”, y “Ofertorio” pertenecen al libro *Bolha de luzes* (São Paulo, Companhia das Letras, 1998).

♦ Burbuja de luces ♦

Para Tude

Pero aquellos perros al borde de la cuneta, velando a un compañero muerto; aquella escena nocturna, el cadáver en la banqueta ya mostrando los dientes, como los perros en actitud de transe letal; ¿qué habrá sucedido? ¿lo atropellaron?

Acaban de atropellar a un miembro de la cofradía peripatética que por las calles vaga en urgentes confabulaciones. Los compañeros velan a su muerto; son cuatro y uno mira hacia arriba, consulta a la Luna. Los demás, inmóviles. Ya se habían acercado al muerto, ya lo habían olisqueado y lamido para comprobar, acta de defunción suficiente, la coyuntura de total extinción de la vida que de pronto acometió a aquel animal pardo. Al borde de una acera, aquellos perros.

Como vi de reojo el cadáver, no pude notar sino la realidad de los dientes expuestos por la rígida contracción de los músculos de la mandíbula, lo que bastó, por cierto, para darme a entender que la situación era grave y digna de reflexión.

Los perros racionaban. No lamentaban la pérdida de su compañero; antes bien inventariaban, en el coloquio de olfatos, las consecuencias de la ruptura patente de un orden social que algunos humanos apreciamos en esos perros nocturnos y que muchos otros desprecian.

A mí me correspondió, en nombre de la humanidad, la reflexión desde el punto de vista humano. Me planteé dos preguntas.

La primera de índole policíaca, sobre el asesino, pues no hay duda de que lo hubo, los perros no mueren así; la segunda, de orden social: evaluaba la dimensión de las consecuencias de la ruptura patente de un orden social que algunos humanos apreciamos en esos perros nocturnos.

Perros del todo, esos perros de cabezas levantadas y colas atentas que atraviesan amplias extensiones de calles sombrías, iluminadas de vez en cuando, siempre intempestivamente, por un faro escrutador, efímero y semoviente, que lame la escena y luego la abandona: un coche.

(Mi memoria se vuelve en todas direcciones como un faro de mil blancos cambiantes y siempre hallará un perro caminando a la orilla de un río; y siempre acompañará a aquel perro con la cabeza gacha y ensopado y duro y aferrado a su cuero, pasos regulares y lentos, aquel perro vago que acepta con franqueza el azote del fantástico temporal crepuscular que se abate sobre él. Siempre he entendido que aquel perro calado hasta los huesos, que caminaba bajo la lluvia al lado de un río a punto de desbordarse, cumplía un importante recorrido, necesario no sólo para él sino también para toda la jauría de sus cofrades y quizá de otras cofradías ajenas. Era un perro empapado de fe. Su marcha bajo la lluvia estaba prescrita por salmos de la compleja teología canina, entonados por todos los lobos en sagradas reuniones a la luz de la luna.)

Pero a aquellos perros mencionados arriba, a esos que velan el cadáver tumbado en la cuneta, yo acabo de verlos de noche, al pasar en auto por la escena fúnebre, y corro a registrar, en el pensamiento, un íntimo suceso policíaco. Durante muchos años he sido un investigador voluntario de esos atropellamientos. Almaceno pistas en un archivo mental.

Y entre los datos recabados, sobresale el siguiente, invaluable: la extraordinaria confesión de un trailero cuya vida es devorar de

noche largas y monótonas carreteras por todo el territorio brasileño. Su único divertimento, dijo, cazar perros. Apenas divisaba uno, aunque estuviera en el acotamiento, pisaba el acelerador, daba un giro a la derecha en una maniobra a veces peligrosa y embestía al perro con la furia de las llantas, de la defensa y de las salpicaderas. Detenía el camión algunos metros adelante para verificar el estado de lo que quedaba de su presa.

Pero aquellos cuatro perros y el quinto, muerto (estaban muy bien iluminados en aquel instante fúnebre: las luces del alumbrado público se cruzaban con la luz de un escaparate dispuesta frente a los bultos en velorio; y la conjunción de focos delimitaba la escena, formando una burbuja de luces), añadieron a mi archivo sobre el asunto una notable contribución. Necesito investigarla mejor, pero anticipo aquí la idea en la que quiero ahondar: Goya fue un ángel canino.

Seguiré informando.

TRADUCCIÓN DE PAULA ABRAMO

♦ Ofertorio ♦

Fac eas, Domine, de morte transire ad vitam.

Yo me doy cuenta cuando las sombras se generan espontáneamente para meterse hasta el fondo de las arrugas de mi rostro. Son mi noche particular e interior, que me ensombrece la cara a cualquier hora, de día o de noche. Cuando esa miniatura de noche se desarraja en mi rostro, como llaga repentina, el tono de mi piel morena se vuelve verduzco, de un verduzco grisáceo y sin brillo que me molesta, sobre todo cuando no estoy frente a un espejo. Frente al espejo, si mi cara, reflejada, es insatisfactoria, siempre puedo modificarla; basta hacer muecas experimentales. En la calle, lejos de los espejos, es imposible alcanzar el instantáneo autorretrato de mi aspecto y la mueca, así, con tanta gente alrededor, es socialmente inaceptable. Entonces me paso muchas veces la mano por la cara, como si con ese gesto pudiera expulsar mis sombras subjetivas. Después abro mucho los ojos para mostrarle al mundo la poca luz que creo tener dentro. Sin cerrarlos ni un poco, saco los dientes para ejercitar los músculos del pómulo. Sin entrecerrarlos, y para compensar ese exceso de gimnasia en un solo sector de la cabeza, dejo que ésta cuelgue hacia el lado derecho. Al mismo tiempo alzo el hombro izquierdo en busca de una íntima simetría. Un horrible tic.

Fue durante una crisis de tic cuando escuché las campanadas. Sonaban rollizas y flotantes, una tras otra, separándose del campanario como se separa el alma del cuerpo para quedar flotando en

el aire hasta disolverse o transmutar. Era la centésima vez que escuchaba las campanas de la catedral, pero nunca, hasta entonces, había sentido la urgencia de buscar con los ojos la sustanciación visual de aquel sonido. Buscaba en los escondrijos de los muros que había a mi alrededor y que debían almacenar ecos ocultos.

Las campanadas se extinguieron después de un largo tiempo de resonancia, como las cosas perecederas. Yo me mantuve absorto durante ese tiempo, con el pensamiento alejado de todo —alejado incluso del sonido mismo del campanario, que en realidad no me instigó entonces como me instiga ahora—. Sólo salí de ese estado de abstracción cuando una de esas burbujas de jabón típicas de las plazas de las catedrales rozó, apenas, alguna parte de mi cuerpo. La muchacha que la había inflado ya se disponía a hacer otra, metiendo el aro en el frasquito de plástico lleno de agua y jabón. Algo me infundió rabia. Vi muchas personas, demasiadas, caminando, conversando. Pasaban, según todos los indicios, un domingo en la plaza.

Empecé a caminar, pero al hacerlo noté que iba en el sentido equivocado. Yo era el único que se alejaba de la plaza de la catedral, el único, por lo tanto, que contrariaba el sentido unánime de una multitud cada vez más densa, compuesta de gente de todo tipo (familias enteras, grupos de amigos, parejas, hombres solos, mujeres *idem*, jóvenes, viejos) que se movía como si todos tuvieran el mismo tipo de compromiso, a la misma hora y en el mismo lugar. Se dirigían, a juzgar por su aspecto multitudinario y por sus actitudes individuales, a un partido de fútbol, a una kermés, a un megaespectáculo gratuito. Hubiera sido un absurdo seguir a contracorriente. La turba me tocaba con sus múltiples brazos y muslos, ya casi pasaba a través de mí. Me di la vuelta. Me integré y seguí adelante. Hacia la plaza de la catedral.

Pero no pude llegar ahí. Se formó un cuello de botella y la multitud quedó estancada en la calle que llevaba hacia la iglesia cuando me faltaban unos cincuenta metros para alcanzarla. La concentración aumentaba a medida que aumentaban los deseos individuales de tomar un lugar, por precario que fuera, en la plaza. Pensé en rendirme y volver atrás, pero ya era tarde y no había forma de atravesar aquella multitud compacta. Yo estaba junto a un muro y comencé a quedar oprimido contra él. Un apretón fuerte cuando la multitud oscilaba hacia mi lado; un alivio momentáneo cuando oscilaba hacia el otro. Las multitudes, noté entonces, hacen, cuando están acorraladas, movimientos laterales de vaivén, parecidos a los de las mareas. El paredón que había a mi lado era como el acantilado contra el que se proyecta el océano. Mi cuerpo llegaba a flotar cuando la oscilación tendía hacia mí. No sé si en esos momentos mis pies se levantaban del suelo, pero eso era lo que sentía.

Los árboles ya tenían mucha gente apiñada en las ramas. Lo de siempre: la desesperación de las mujeres, el pavor de los niños, la aprehensión de los hombres. Se escucharon los primeros gritos; hubo desmayos. Lo que no hubo fue vigilancia policiaca, medida municipal que, al menos en el punto en que me encontraba, era físicamente imposible (quizá habría alguna operación policiaca más atrás, en los sitios donde el cuello de botella era inminente).

Desde el campanario se escuchó una campanada imperial.

La multitud (yo en su seno) obedeció a aquella súbita contraseña sonora e irrumpió como una carga de caballería en la plaza sitiada. Al día siguiente, los periódicos revelarían el saldo trágico de aquel asalto: doscientos catorce muertos y setecientos diecisiete heridos, la quinta parte de ellos en estado de gravedad. En términos de dramatismo, la estadística no podía competir con

los gritos de furia de todos aquellos que, como yo, pasaban sobre cuerpos aún vivos, pisoteados, debatiéndose, no para escapar enteros de la masacre, sino para protegerse al menos la cabeza, como si las demás partes del cuerpo fueran elementos accesorios; o para proteger al menos a un hijo, a un embrión enroscado en el vientre. No teníamos ojos para los que tropezaban frente a nosotros y perdían el equilibrio, quedando a merced de las patas, de nuestras patas apocalípticas que avanzaban a saltos en el trance de la conquista. Casi me vi obligado a escalar, contra mi voluntad, por el simple hecho de toparme con aquello en el camino, una masa informe de personas que subían unas sobre otras para alcanzar el tope de un portón que daba hacia una casa particular en la que querían buscar abrigo. Los que estaban trepados en las ramas de los árboles se veían desalojados a empujones por invasores que buscaban protección en las alturas. De los árboles caían cuerpos como mangos, como *jacas*, sobre cabezas y clavículas. Me desvié del grupo que quería escalar el portón y finalmente pude ver la plaza de la catedral. Inseguro estuario: los que estaban en la plaza nos miraban con pánico, buscando emprender un retroceso imposible. Desde muchas otras bocacalles, varios pelotones convergentes marchaban hacia la plaza.

De pronto vi la catedral. Sobre ella, un cielo limpio, despoblado incluso de pájaros y aviones. Eso habrá sido la causa de la euforia suicida que me llevó a galopar. Por falta de espacio, mis rodillas no tenían libertad para articularse como conviene al galope y el movimiento resultante me llevó hacia arriba: apoyado en los brazos, intentaba trepar sobre los hombros de quien se me pusiera enfrente. Casi todos a mi alrededor tuvieron el mismo impulso. Intentaban rebasar a los que tenían delante, pero los de atrás hacían lo mismo. Mientras yo agarraba un cuello frente a mí,

sentía que el mío era atenazado por detrás. El resultado de esa sucesión de acciones idénticas fue un inmenso pastel humano en la base del cual, imagino, había cadáveres. De la reacción contraria de la gente que estaba en la plaza queriendo retener nuestro avance, resultó una compleja paralización de todo. Incapaces de seguir desplazándonos y escalando hombros, nos resignamos a mantener aquella posición. Mi cuerpo tenía encima varias capas de otros cuerpos, pero mi cabeza quedó por fuera como un mascarón del río São Francisco, y gracias a eso sobreviví.

Así estuve durante unos veinte minutos. Todo ese tiempo, mis piernas rozaron algo duro y esférico: un cráneo. Mi vista no llegaba más allá de la bragueta de un pantalón de mezclilla. Lo que importaba era dejar la nariz afuera para respirar, cosa difícil con el diafragma comprimido. Era incómodo, no puedo negarlo, pero no podía quejarme: al menos no había muerto como tantos otros. Había gritos, ahora lo recuerdo, probablemente emitidos por los agonizantes. Los que seguíamos vivos permanecíamos silenciosos, como si ahorráramos fuerzas previendo una situación peor.

Fue con gran alivio como escuchamos al fin las nuevas campanadas de la catedral. Sonaron distintas, aún más rotundas, aún más inmensas en su mensaje diáfano. Todos los que estábamos en la plaza y sus alrededores, incluidos los muertos, las escuchamos. Callamos todos, hasta los agonizantes.

La evacuación de la plaza duró unas dos horas. En cuanto a mí, pude desvencijarme del tropel humano pasados unos diez minutos. Cuando salí de ahí pasé revista a los estragos: dos brazos y algunas costillas rotos. Me costó trabajo ponerme en pie, porque la sangre tardó en volver a circularme por las piernas. Examiné los raspones más evidentes y, a pesar de los dolores, pude

mirar lentamente a mi alrededor. Vi rostros perplejos y vi ojos que miraban fijos los torreones de la catedral.

Vi que la campana empezaba a oscilar pesadamente. Pronto sonaría una nueva campanada.

TRADUCCIÓN DE PAULA ABRAMO

ALEIXANDRE VIDAL PORTO (Sao Paulo, 1965). Es maestro en derecho por la Harvard University y su vida como diplomático lo ha llevado a vivir en varias ciudades, entre ellas la ciudad de México. Es autor de la novela *Matias na cidade* (2005). Su segunda novela, *Sílvio S. vai à América* ganó el Premio Paraná de Literatura 2012. Su labor literaria no se limita a la narrativa: escribe también textos de crítica social y es traductor de poesía. Ha publicado en revistas como *piauí*, y *Bravo!*

“Mi obra sólo tiene sentido para mí, si la gente se reconoce en lo que escribo. Considero que, al escribir, busco compañeros —o cómplices— de pensamiento y emoción”.

Blog: <http://bravonline.abril.com.br/blogs/elemento-estran-geiro/>

♦ El oro de Artur ♦

Conozco bien la historia de Artur. Es un hombre íntegro y es mi deber defenderlo. Artur tiene muchos defectos de personalidad, pero pocos de carácter. Tiene pensamientos inconfesables, de los que se avergonzaría. Pero ¿quién no se ha avergonzado jamás de sus propios pensamientos?

Al separarse, había intercambiado la posibilidad de la depresión por un sentimiento de amargura leve, pero perenne. En São Paulo, no conocía a nadie. Su contacto social se limitaba a la poca plática que intercambiaba en la biblioteca con los ocho empleados que trabajaban bajo su supervisión.

Esa falta de contacto no le molestaba. Al contrario, le convenía. Entre menos personas conociera, entre menos personas hablaran con él, mejor. No quería volver a narrar la historia de su pasado reciente, no quería que nadie tuviera elementos para deducir los sucesos de su vida y, lo más importante, no quería acabar haciendo gastos innecesarios con gente que no le interesaba.

De todo lo que perdió con la separación, el departamento fue lo que más le dolió. Artur le temía al futuro. Tenía miedo de sufrir cáncer de próstata. Tenía miedo de quedar desamparado y la idea de no tener dónde vivir en la vejez le inspiraba más pavor que cualquier otra cosa en el mundo.

Contaba hasta el último de sus centavos. A esas alturas, su principal objetivo en la vida consistía en volver a hacerse de un inmueble propio y dejar de pagar renta. Todas las noches se dormía pensando en un departamento pequeño, adquirido en com-

praventa, en un edificio decente, donde pudiera vivir tranquilo. Ahorraba para el enganche. Con su salario pagaría los plazos.

Por necesidad y cautela, vivía modestamente. Sin embargo, no necesitaba privarse de mucho. Era naturalmente frugal. A costa de un descuento simbólico en su quincena, hacía las tres comidas en el comedor de la Universidad. Por la noche, a veces, merendaba una fruta o un sándwich de queso. Todos los días comía lo mismo. Sus lujos consistían en una televisión con DVD y una computadora.

La separación lo había arruinado. Sólo las personas más cercanas a él supieron lo que pasó. Hasta hoy, Artur evita hablar del tema. Se separaron por decisión de ella. Sólo de ella. Se enteró de que Artur había tenido una aventura —por cierto ya bien muerta y enterrada— con su excuñada. Tomó la decisión de separarse y se mantuvo irreductible hasta el fin.

Artur ya no amaba a su mujer, pero quería seguir casado. Al ser sincero, terminó por cometer un atentado económico y moral contra sí mismo. El departamento se lo quedaron la mujer y los dos hijos, y comenzó a descontarse directamente el 20% de su salario a título de pensión.

En São Paulo continuaría con su vida. Había pensado en rentar un cuarto en una de las casas de estudiantes que hay por la Universidad, pero se dio cuenta de que no tendría dónde recibir a sus hijos. Al final, rentó un departamento pequeño, con una sola recámara. Sus hijos, cuando vinieran, dormirían en una colchoneta en la sala.

Si fuera sedentario, sería gordo. La natación lo había salvado de la obesidad. Artur se iba caminando al trabajo y nadaba todos los días. A las seis de la tarde, salía de su cubículo de la biblioteca e iba a la alberca del gimnasio. Pasaba horas nadando, sordo, rodeado de agua tibia, azul.

Triana Robledo fue la primera mujer con quien salió a solas luego de la separación. No es que este hecho tuviera ninguna connotación romántica. Triana Robledo era aquella señora que, todos los días, antes de las clases, tempranito, pasaba por la biblioteca para leer los periódicos. Una de las pocas personas, además de sus empleados, a las que Artur reconocía y saludaba.

Salieron juntos porque, unas semanas antes, se habían encontrado casualmente en el supermercado. Artur la ayudó a cargar las compras. En la puerta de su casa, a Triana se le ocurrió ofrecerle un café, pero luego pensó que no sería adecuado.

Para responder a la gentileza, dos semanas después, alrededor de las siete de la mañana, invitó a Artur a un concierto de música de cámara. Uno de sus alumnos le había regalado los boletos. Esa fue la primera vez que salieron juntos.

Salieron juntos otras veces y se hicieron amigos, que era lo que correspondía entre un hombre de 58 y una mujer de 72. Iban al cine, a conferencias y, si a alguno le regalaban boletos, iban a una obra de teatro o a un concierto. Muchas veces iban a comer una pizza después de la cita. Siempre se dividían los gastos sin ningún resquemor. Durante una de esas pizzas, Artur mencionó a su hijo por primera vez.

Triana Robledo no tenía hijos, ni ningún otro pariente. Cuando aún era joven, había perdido a su madre y a su padre en el espacio de tres años. En 1950, a los catorce años, había llegado a São Paulo para vivir con su tío, un padre dominico que trabajaba en la administración de la Universidad. El vínculo de Triana con el mundo se daba a través de esa institución. Ahí había terminado su formación académica. Todavía siendo pasante de maestría, había empezado a dar clases de literatura española. Siempre había vivido a la sombra de la Universidad, repitiendo a Cervantes y a Lope de Vega ante generaciones idénticas de alumnos.

Por alguna razón inexplicable, durante toda su vida había sido invisible para el sexo opuesto. Ningún hombre jamás le había demostrado un interés romántico. Por extraño que pueda parecer, ésta es la más pura verdad. No era bonita, pero ésa no sería razón suficiente. Aun en este mundo machista, mujeres menos bellas se casan incluso más de una vez.

Era reservada. Se pasó la adolescencia sola, leyendo. Tal vez había sido eso. Tal vez se había quedado soltera porque se movía mucho entre religiosos. Tal vez, incluso, porque ése era el destino más feliz que podría tocarle en suerte.

Pero es inútil conjeturar sobre las razones de ese destino. Las razones pueden ser varias. Lo que importaba era el resultado, y el resultado era que Triana Robledo nunca había encontrado un hombre que la besara ni, mucho menos, que la llevara al altar. Con ella se extinguiría la familia Robledo.

El tío le había dado una vida austera. Había crecido sin ningún lujo. Nunca se había considerado digna de cuidados especiales o gastos superfluos. *Traía en el alma ese pesimismo conformista del que sólo es capaz un español.* La vida era como tenía que ser, un valle de lágrimas, una trampa contra cualquiera que esté vivo.

Como Artur, Triana contaba cada centavo y le parecía normal usar la misma bolsita de té más de una vez. No conocía el placer y no desperdiciaría dinero en algo que no lograba discernir. A diferencia de Artur, sin embargo, no tenía idea de lo que el dinero acumulado a lo largo de toda la vida podría proporcionarle. Se había pasado la vida ahorrando, porque ahorrar era parte de la vida. Ahorraba porque no tenía en qué gastar.

La atención que Artur le dedicaba cuando iban al cine o compartían una pizza era más de lo que cualquier otro hombre le hubiera prodigado jamás. Toda demostración amistosa de Artur era grande en comparación con lo poco que ella conocía. Si

concibiera la posibilidad del amor, Triana se habría enamorado a primera vista, en la biblioteca. Pero como no pensaba en el amor, no contemplaba la pasión. Se complacía con la presencia de Artur. Le gustaba su compañía, las pláticas que entablaban, el tiempo que pasaban juntos.

Cada uno había llegado a São Paulo por sus propios azares. Artur, después de una separación. Triana, después de la muerte de sus padres. Para él, un nuevo empleo. Para ella, la casa de su único tío. Él había abandonado la ilusión del matrimonio y vivía solo. Ella había dejado un continente para ganar otro.

En su interior, Triana creía que el hecho de no haber sido amada la volvía inmortal. “Nadie puede morir antes de haber sido amado.” Eso lo oí de su propia boca. En esa misma época, me dijo que había empezado a tener pensamientos de muerte al cumplir 70 años.

Se había pasado la vida sin creer en el placer, sin saber que el placer vivía en ella. A la edad más increíble, Triana descubría una tensión en el diafragma que había que estar enamorada para sentirla. Sabía exactamente en qué parte de su brazo, horas antes, él la había tocado para ayudarla a la salida del auditorio o al bajar una escalera.

Sentía placer, pero lo que sentía le era desconocido, y ella, por falta de experiencia en estos asuntos, no sabía que el placer, al ser recíproco, se potencializaba. No pensaba ser correspondida, pero soñó con Artur repetidas veces. En uno de los sueños, él no tenía camisa. En otro, sonreía.

A los 58 años, Artur no concebía la posibilidad del placer romántico. Creía que tenía resuelto el aspecto sexual masturbándose una o dos veces a la semana con fotos que bajaba de Internet.

Es poco lo que sé de los hijos de Artur. Sé que la niña tenía 15 años y era una mosca muerta, pero tal vez sólo fuera tímida, yo

qué sé. Marcelo, el muchacho, sí que era el orgullo de su padre. Tenía 25 años y se había graduado en economía. Trabajaba en un banco de inversiones. No se ocupaba directamente del dinero de Artur, pero le hacía recomendaciones y sugerencias que el padre, en beneficio propio, había aprendido a seguir al pie de la letra.

Once meses después del primer encuentro, un domingo de febrero, Artur sugirió que comieran una pizza después del cine. Esa noche, pidió vino en lugar de guaraná y, por primera vez, tomó la iniciativa de pagar la cuenta solo. Justificó el gesto diciendo que estaba celebrando los rendimientos de unas inversiones que su hijo le había sugerido.

Esa noche, Artur tuvo ganas de hablar de cuánto dinero había ganado y cuánto podría ganar, pero al final pensó que no sería de buen gusto. El tema central de la plática terminó siendo Marcelo. La semana siguiente, Artur pagaba el enganche de su departamento de 71 m² en el Village Arpoador, en Perdizes.

A esas alturas, Triana ya se había dado cuenta de que se había enamorado. En su casa, en las clases, en la biblioteca, pensaba constantemente en Artur. A principios de marzo, se confesó a sí misma que lo que sentía por él ya estaba fuera de control. Pero si había perdido el control, era sólo por dentro, porque, por fuera, en apariencia, palabras y gestos, nada traicionaba sus sentimientos de mujer.

En la sala de periódicos, días después, le preguntó a Artur si Marcelo podría asesorarla sobre opciones de inversión. A Artur, la pregunta de Triana le pareció fuera de lugar, casi abusiva. Ella sabía que Marcelo sólo trabajaba con grandes inversionistas y que le brindaba consultoría de padre a hijo, literalmente.

Artur no quería cargarle esa molestia a Marcelo, pero tampoco quería ser descortés con Triana. Entre los dos, se inclinó por la más anciana y le pasó los teléfonos de su hijo. Imaginaba que

ella tendría algún dinero ahorrado, pero nada substancial. Fue eso lo que le dijo a Marcelo cuando le pidió que hiciera un favor en nombre de su padre.

Cuatro días después, por la noche, Marcelo llamó a Artur por teléfono. Quería agradecerle la recomendación de la nueva cliente. Le había contado que la profesora Triana había invertido casi tres millones con él y que el portafolio de inversiones que administraba prácticamente se había duplicado.

Lo primero que sintió el padre ante esa noticia fue satisfacción por haberle hecho un bien a su hijo. Después vino una incredulidad pura. Aquella noche, Artur casi no durmió. Dando vueltas en la cama, intentaba hacer encajar tres millones en la vida de Triana. Durmió agitado, pero no recordó sus sueños al despertar.

El sábado siguiente, antes del cine, Triana mencionó que había hablado con Marcelo. De noche, en la cama, Artur intentaba concebir la idea de que Triana, su compañera de cine y pizza con guaraná, tenía más dinero de lo que él jamás hubiera imaginado. La conclusión obvia a la que llegaba por sí mismo era que Triana tenía que haber heredado ese dineral de alguien.

Comenzó a observarla como nunca antes lo había hecho. Analizaba cada gesto de su expresión. Escrutaba cada parte de su cuerpo. Si cerraba los ojos, podía imaginarse sus rasgos. Ella tenía lo que él necesitaba tener y Artur quería entenderla mejor.

Se daba cuenta de la seguridad con la que tomaba los boletos en la taquilla del cine. Notaba su forma de sostener los cubiertos con las muñecas ligeramente curvadas. Le parecía gracioso cuando ella miraba hacia abajo inmediatamente antes de mirarlo a los ojos y criticar un gobierno cualquiera.

Las imágenes de Triana Robledo seguían a Artur en la alberca, entre reflejos de luz y burbujas. Ocupaban el sitio del departamento propio en sus pensamientos de antes de dormir.

Para Artur, una mujer rica que quisiera parecer pobre tenía que tener enormes cualidades. Comenzó a admirarla, a considerarla un modelo. Nada en la vida le daba más tranquilidad que la compañía de esa mujer.

Durante una película de Almodóvar, sus piernas se tocaron. Triana sintió un calor sofocante en el rostro. Artur presintió una erección. Casi dos meses después, Artur la besó por impulso en la cocina del departamento, a donde ella lo había invitado a tomar un café. No le costó trabajo admitir que se había enamorado de Triana sin darse cuenta.

Las ideas, el cuerpo, el olor, esas cosas catalizan la química del amor. En el caso de Artur, el catalizador del amor por Triana fue la seguridad que le inspiraban el carácter, las palabras y el dinero de esa mujer. Para él, lo que ella tenía integraba la esencia de lo que ella era.

Habrà quien insista en poner en duda la pureza de ese sentimiento. Lo más fácil es decir que Artur se casó por interés. Es lo más sencillo y simplista. Pero sólo quienes no los conocieron dicen eso.

Triana y Artur se casaron discretamente, en un juzgado del centro de la ciudad. Marcelo y el padre Justino, que bendijo a la pareja, fueron los testigos. Por insistencia de Triana, se casaron por bienes mancomunados.

A los 73 años, Triana, finalmente, conocía el amor. El matrimonio se consumó con cariño y continuó con cariño a lo largo de los nueve años que vivieron juntos. Ya desde el primer año de casados, Triana convenció a su marido de que se mudaran a un departamento más grande. A fines de ese mismo año, pasaron quince días en España. Más de una vez la escuché decir que Artur le había dado los mejores años de su vida.

El fatalismo español, que la había forzado a ahorrar durante toda la vida para una eventualidad que ella nunca había entendido, finalmente se explicaba. Su riqueza, sin que ella se diera cuenta, le había comprado un amor sincero. Daba gracias por esto a su ángel de la guarda. Todas las noches, antes de dormir, besaba la medalla de san Antonio, que le había concedido la gracia del matrimonio.

Triana no vio el paso de la vida a la muerte; sólo vio que, de pronto, las luces se apagaron. Artur la encontró en camisón, sobre la cama, tal como la había dejado por la mañana, pero muerta. El frío de su cuerpo lanzó a Artur en caída libre durante dos segundos. Respiró hondo, le habló a su hijo y después lloró. En seguida, hizo una llamada a la funeraria y al cementerio, donde habían comprado un nicho. Quería resolver los detalles del sepelio.

La muerte de Triana oscureció la vida de Artur, pero, al salir de la misa del trigésimo día, a las nueve de la mañana, informó a su hijo que se iría de viaje. Había decidido ir a París. Tal vez también iría a Grecia. Ya había comprado los boletos y hecho las reservaciones en el hotel.

Me dijo que, en París, lloraba por Triana mientras caminaba por las calles, bajo la lluvia y que sólo con el sol de Grecia comenzó a sentirse mejor.

De vuelta en São Paulo, el departamento le pareció muy oscuro y decidió mudarse a una casa en la playa. Tenía salud, disposición y llevaba un san Antonio colgado del cuello. Ya no le temía a la muerte y quería seguir adelante.

A los 68 años de edad, eso era lo que Artur quería hacer. ¿Quién no haría lo mismo, si pudiera? ¿Qué puede haber de condenable en esa intención.

TRADUCCIÓN DE PAULA ABRAMO

♦ Accidente de tránsito sin víctimas ♦

¿Le molesta si me siento adelante? Voy ahí nomás, a la João Cachoeira casi en la esquina de la Nove de Julho, ¿sabe dónde es?

Discúlpeme pero necesito desahogarme. Si no quiere ni le ponga atención a las locuras que voy a decir. Como ve soy un tipo normal. En casa siempre me porté bien. Si hasta participé en el Encuentro de Matrimonios con Cristo y todo.

Siempre me gustó más el sexo que a ella. Ya desde el comienzo del matrimonio se notaba. Muchos matrimonios son así, usted sabe. Ya me había conformado con pasarme la vida encerrándome en los baños, mirando las fotos de gente que nunca encontraría, leyendo historias que nunca me ocurrirían a mí.

Pero un día, mis fantasías vencieron mi fuerza de voluntad. Usted sabe cómo es la cabeza de uno, no se puede controlar. Intenté resistir, pero la resistencia tenía fecha de caducidad. Era una cuestión de tiempo. A partir de cierto momento, ya no logré controlarme.

Ya en el primer encuentro fuera del matrimonio, entendí que mi vida sexual era una porquería. Me daba la impresión de que me había pasado la vida viendo al mundo en una pantallita chica de tele, como las de la portería de los edificios, con una esponjita de aluminio en la punta de la antena para mejorar la pésima recepción. ¿Sabe cómo, no? Y de pronto, ahí estaba yo: viendo al mundo en una tele gigante de 200 pulgadas. Me sentí como en una pantalla de cine. Después, ya no hubo vuelta atrás.

Descubrí el sexo muy tarde. Eso es un problema porque el cuerpo pedía para recuperar el tiempo perdido. El demonio de internet me mostró cosas que nunca imaginé. Comencé por fotos porno, pero hoy en día me gustan las salas de chat. Es casi un vicio. Entro en el chat las noches de viernes, cuando mi mujer se va a dormir. Se va tranquila porque yo me quedo a esperar a nuestra hija menor que viene de los antros, y se duerme profundamente. Entonces me da confianza para chatear y ver mamadas.

(“Moacir es como una lechuga, no duerme, se queda hasta muy tarde en internet. Cuando se acuesta, hace horas que ya estoy dormida.”)

El apodo que uso en el chat es MaduroMoema. A principio del año platicué con un tipo muy padre. Su apodo era Astro BH.¹ Ya sabe, un tipo así, estable, de buen nivel, educado. Trabajaba en comercio exterior. Vive en Belo Horizonte, pero venía a São Paulo unas dos veces al mes, por negocios.

Disculpe la franqueza, pero no voy a darme de santo con usted. Por mí, en esas cosas de hombre con hombre la belleza no cuenta gran cosa. Me parece más importante tener una apariencia normal y un aspecto limpio. ¿De acuerdo? No me gustan los tipos que muestran la pinta. ¿El tipo con aretes? Ni pensar. Los tatuajes sólo si son muy discretos. Si es de fuera y está en un hotel, mejor, porque es más sigiloso.

Con este tipo la plática fue de maravilla desde el principio. Primero por el messenger nos tecleamos e intercambiamos fotografías de cara y cuerpo. Esa misma noche, más tarde, conversamos e hice unas poses en la cámara. En la última semana de marzo, vino a São Paulo y nos encontramos.

¹ “Moema” es un barrio de departamentos de clase media alta en São Paulo y “BH” se refiere a Belo Horizonte, como indica el narrador inmediatamente. (N. de la trad.)

¿Sabe usted esa inseguridad que le da cuando uno entra con un amante al hotel?

¿El miedo de que alguien pase y reconozca el coche? ¿Si sabe como es, no? Es parecido. Tal vez sea un poquito peor. Pero, con el tiempo, uno lo racionaliza. El miedo se esfuma casi por completo.

Me acuerdo que, el día que me encontré con este tipo, salí más temprano del trabajo. Para no tardarme ni busqué un lugar en la calle. Me fui derecho al estacionamiento público. Crucé rápidamente la recepción, viendo hacia el piso, para no correr el riesgo de que alguien pudiera identificarme. En el elevador sentí latir muy fuerte mi corazón. Mientras caminaba en el corredor, me parecía que yo era especial, ni se me ocurrió que había varios encuentros semejantes al mío en ese día, en otros hoteles de São Paulo.

En vivo, era igualito que en la foto. Me ofreció una cerveza del frigobar. La excitación que sentimos en el video se confirmó, y, en la segunda cerveza terminamos por besarnos. Ya no voy a entrar en detalles con usted porque no es el caso. Basta decir que cogimos toda la tarde. Me acuerdo hasta el día de hoy.

El miedo regresó en el elevador. Sólo me sentí seguro cuando entré al coche y salí del estacionamiento a la calle. Le dije a mi mujer que había ido a ver un terreno en São Miguel Paulista. Me había quedado atorado en la Marginal por culpa de un accidente de tránsito. Me quejé de dolor de cabeza y me fui derecho a la regadera. Me quedé pensando en lo que había hecho y le digo a usted que, generalmente, es mejor ni pensar en eso, porque es mucha locura imaginar que estuviste desnudo, tan íntimamente con alguien que ni conoces en realidad. Y abrazas, besas, lames, chupas. Una locura.

A este cuate por ejemplo, nunca más lo voy a ver. Lástima que perdimos el contacto. Era gente fina. Siempre pienso en él. Creo que después de nuestro encuentro cambió de empleo y ya no viene a São Paulo. Una vez me llamó para hacer una cita pero yo no podía hablar. Después ya no habló nunca más.

Allá en mi casa nadie desconfía que yo hago esas cosas, imagínese. Destruiría mi matrimonio. Soy cuidadoso, pero tampoco quiero volverme paranoico. Finalmente las estadísticas están a mi favor. Nadie tiene porque saberlo. Es mejor para todos, ¿no le parece? Llegué a ir a una psicóloga por ese problema, y ella me dijo que yo me creaba una doble vida para reinventarme. Entonces le dije: doctora no, no es eso. Usted no entiende nada. Yo no quiero reinventarme. Por el contrario, lo que quiero es desinventarme. ¿Usted me entiende, no?

Si puede acercarse ahí, del lado derecho, pasando la farmacia... Ya, así está bien. Muchas gracias. Un buen día para usted también”.

TRADUCCIÓN DE VALQUIRIA WEY

MARCELINO FREIRE (Sertania, Pernambuco, 1967). Ha publicado *AcRústico* (1995) y *EraOdito* (1998). Posteriormente publicó *Angu de sangue* (2000) y *BaléRalé* (2003), *Contos negreiros* (2005), libro ganador del Premio Jabuti 2006, y *Rasif: mar que arrebenta* (2008).

Su labor como “agitado(r) cultural” —como él mismo se denomina— es amplia. En 2002 idealizó y editó la *Coleção 5 Minutinhos*, inaugurando con ella el sello editorial *eraOdito editOra*. Desde 2006 ha dirigido la Balada Literaria, evento que reúne a autores brasileños y extranjeros en el barrio paulistano de Vila Madalena. Igualmente, es integrante del colectivo artístico-independiente EDITH, con el que ha publicado su último libro de cuentos: *Amar é crime* (2011).

“Dicen que siempre falta una palabra y es verdad. Por todos esos años, yo sé que sí, que siempre falta una palabra, es verdad. Verdad”.

Blog: <http://marcelinofreire.wordpress.com>

Twitter: @MarcelinoFreire.

“Policía y ladrón” (canto xvii), pertenece al libro *Contos negreiros* (Río de Janeiro, Record, 2000); y “Mi última navidad”, a *Rasif: mar que arrebenta* (Río de Janeiro, Record, 2008).

♦ Policía y ladrón (canto XII) ♦

Pareces niño, Nando. Olvida esa arma, vamos a platicar. Antes de que llegue la gente. La gente ya viene. Yo le aviso a tu madre que todo terminó bien.

Ese tiro en la pierna no fue nada. De nada sirve ser un necio, hombre. ¿Te acuerdas? Cuando montábamos en caballitos de palo. Volábamos desde el tejado. Entrábamos dentro del cuadro de la escalera. Ahí, jugábamos nuestro carro. Dentro de la escalera, entre los escalones de la escalera, ¿te acuerdas?

Por favor, deja ahí esa arma, vamos a platicar. Ayúdame a recordar: el día que fuimos a robar a la dueña de la panadería. Era muy sangrona la dueña de la panadería, por eso fuimos para allá.

Era novecita. Tú sabías como entrar a la panadería porque tu tío trabajaba de confitero, ¿te acuerdas? ¿Los pasteles que él hacía y que nosotros comíamos? Hasta que descubrieron que estaba haciendo pasteles para bandidos. Esconder una 38 en la rosquilla de coco. Tu tío casi fue preso, pobre. ¡Qué desmadre! ¿Te acuerdas? ¡Qué escándalo!

Me parece que logramos entrar por la cochera. Chupamos paletas, comimos galletas María. Tomamos guaraná y mascamos chicle. No queríamos ni salir de ahí. Después nos llevamos las monedas. Todo porque no nos caía la dueña de la panadería. Ella

siempre decía que robábamos alguna cosa: un pirulí. Méntale una bala a ese sinvergüenza.¹

Nosotros todavía no éramos los cabrones que ella decía, no lo éramos. Por eso te vino la idea de convertirte en un ladrón de verdad. E ir a la panadería, al otro día, sólo para mirar la desesperación de la bruja. ¿Te acuerdas? Trabajo de gente grande, ella ni sospecharía. Entramos con máscaras. Hechas de periódico. Y también llevábamos un silbato. ¿Y para qué era el silbato, Nando?

Habla, Nando. Escucha: somos amigos desde hace mucho tiempo y no podemos quedarnos aquí, peleando. Eres demasiado necio, Nando. Siempre lo fuiste. ¿Te acuerdas?

Cuando brincabas en el lodo sólo para huir de la escuela. Lo tuyo era jugar fut. Yo nunca fui bueno con la pelota. Me gustaba verte jugando y driblando. Yo apostaba por ti, Nando, siempre aposté. Todo el mundo te tenía miedo en la cancha. No sé. Las cosas se complicaron después de que tu padre murió. Después de que incendiaron el barrio. Golpearon a tu madre. Corrí hasta allá para saber si habías escapado del fuego.

Ahí sí te volviste un cabrón, un demonio. Saliendo del fuego y llorando. Llorando mucho. Alguna cosa humeando en tu pecho, quién sabe. Yo entiendo.

Lo que no entiendo es a nosotros perdiendo el tiempo con todo esto. Dentro de poco, llega la gente, Nando. ¡Carajo, hace cuánto tiempo! No era así como te quería encontrar. Los dos aquí, tumbados, como aquel día. Después del robo a la panadería. Nos quedamos sobre la azotea, con la panza llena, imaginando cómo sería la vida en otros planetas. ¿Te acuerdas? Si

¹ En el portugués de Brasil, el término *bala* refiere a una golosina y, al igual que en español, también refiere a la bala de un arma. (N. del trad.)

existirían las favelas en otros planetas. Si estaría fregón vivir en la luna.

Carajo, Nando, no la jodas. Pareces niño. Ya te dije que lo olvides, de nada sirve arrastrarte en la hierba. Ya perdimos mucha sangre, Nando. ¿Para qué apuntarme con esa arma en la cabeza, amigo?

No me apuntes.

TRADUCCIÓN DE ARMANDO ESCOBAR G.

♦ Mi última navidad ♦

En ese momento Leco decidió matar a Papá Noel. En serio. Darle una pedrada en la cabeza apenas llegara. No por la chimenea, porque no había. Por la ventana de la casucha. Aquella encrucijada de caño. ¿Cómo llegaría? ¿Volando?

Leco esperó. La mirada fija en lo alto. Apretando el pedazo de adoquín. También trajo un cuchillo, por si fuera necesario. O si el viejo gordo se defendiera. Y gritara. Yo le dije al Leco. Papá Noel no grita. Sólo hace *jo, jo, jo*. Leco se rió, medio apremiado. Y me dijo que Papá Noel era rico. Yo le dije que no era. Leco dijo que era. Papá Noel era dueño de una fábrica. Y venía de lejos. De un país lleno de nieve. Un país pobre no tiene nieve. Y Papá Noel era gordo. Muy gordo. Y sonreía. Era un hombre muy rico, sí. Por eso hacía *jo*.

Todo comenzó porque la madre del Leco dijo que Papá Noel no le traería la motoca. Era una moto muy cara. Además: Leco nunca fue un buen niño. Mienta madres por cualquier cosa. Un día le escupió en la cara a la vecina. Lo máximo que él podría obtener de regalo, adivina. Una pelota. Viejo codo. El año pasado, trajo una muñeca bien fea para la hermanita del Leco. Él se indignó. Para él, un helicóptero chueco. Y el Leco no quería un helicóptero. Mucho menos chueco. Quería una moto. Grande. Con luces intermitentes. Hasta trae un casco de policía.

La madre del Leco dijo que Papá Noel no la traería. Que esperara otro regalo. Por eso el Leco decidió permanecer despierto. Atento a la llegada del viejo, de repente. Por la pequeña ventana.

Sólo quiero ver cómo va a entrar. Entonces le tiro la piedra en la cabeza. Y la escoba. El Leco también trajo una escoba, en serio. Y un mecate. Yo pregunté: ¿cómo le vas a hacer? Leco no me explicó.

Leco era un niño muy valiente.

Ahí se quedó, quietecito. Sin temblar. Y llovía tanto aquella noche. Yo recuerdo: el miedo era que la casa se llenase de barro. ¿Cómo llegaría Papá Noel? ¡¿Eh?! ¿Con ese lodazal? Otra cosa que el Leco dijo y que me pareció un absurdo: que se quedaría con el dinero de Papá Noel. Pero Papá Noel no tiene dinero, le dije. Pero Leco dijo que sí tenía. Unas monedas de oro. Un tesoro. No le creí. Todo lo que Papá Noel tiene es aquel saco rojo lleno de juguetes. Pero Leco no quiso entender. Todo el mundo tiene dinero. Nadie hace nada de a gratis. La madre del Leco se la pasa diciendo. Nadita. Y fue eso lo que el Leco me dijo. Nadita.

¡Ah! Pero Papá Noel es muy listo. Él escaparía de esa. Y creo que hasta perdonaría al Leco. Sí, lo perdonaría. El Leco siempre fue así, medio loco.

Era casi medianoche. Yo me quedé también despiertito. Yo le pedí una camisa del Flamengo a Papá Noel. Si él no apareciera, ya yo sabía. Fue el Leco. Lo consiguió. Yo sólo creo que el Leco exageró un poco.

Lluvia, lluvia.

Aquella lluvia no paraba. Quién sabe. Bastaba un balanceo del viento y el Leco de un salto se armaba con la piedra. Tal como aquella película que el Leco vio.

Del niño que enfrentó solito, dos bandidos en Navidad. En la noche, en la tv, después de la novela. ¡Vaya golpiza! Papá Noel está bien viejito. No va a aguantar. La policía de los Estados Unidos nos va a atrapar. Yo soy cómplice. Creo que soy un terrorista, comencé a pensar. A preocuparme.

Jo, jo, jo.

El tiempo pasaba lento.

Del otro lado, al fondo de la ciudad, tiros y yingobel. Leco ya estaba haciendo bizcos cuando escuchó unos pasos. En falso. No era nadie, no era. Era sólo una risita venida de algún lugar del cielo. Y mire que el Leco se quedó toda la madrugada escuchando atento. Muy atento.

Hasta que no pudo más. Y se durmió y paró de llover. Cuando menos, esta vez las casas resistieron. El lado no se subió a las tablas. No nos hundimos. Milagro, porque llovió mucho. Mucho y mucho. Sólo cuando el sol apareció Leco se levantó.

¿Qué pasó?, preguntó. Ni una pista. Sólo la escoba, el cuchillo, la cuerda y el pedazo de adoquín. En el pecho, dolorido, un odio enorme. Leco se puso hecho una fiera. Parecía un demonio. Yo fui, tempranito, a hablar con él.

Mira, Leco, tu moto.

Leco no lo creía. Papá Noel dejó allá en mi casa su moto. Junto con mi camisa del Flamenco. El Leco nunca se enteró. Yo le avisé a Papá Noel. De veras, en serio.

Del peligro que estaba corriendo.

TRADUCCIÓN DE CARLOS A. LÓPEZ MÁRQUEZ

BEATRIZ BRACHER (São Paulo, 1961). Ha publicado *Azul e Dura* en 2002; *Não falei*, en 2004; *Antonio*, en 2007 (tercer lugar del Premio Jabuti y segundo en el concurso Portugal Telecom) y *Meu amor*, en 2009 que ganó el Premio Clarice Lispector de la Fundação Biblioteca Nacional como mejor libro de cuentos. Actualmente radica en São Paulo, donde inició su carrera como cofundadora de la editorial 34 y de la revista literaria “34 letras”. Actualmente escribe una novela sobre un apasionado lector del *Paraíso perdido* de John Milton.

“Revisé durante muchos meses ese libro [*Meu amor*], reescribí varios pasajes, y después de cada día de trabajo me quedaba la sensación de que, nuevamente, me había dejado llevar, que había un arrebatamiento en el fluir de la escritura, en la selección de ciertas palabras, que no era correcto y, al mismo tiempo, que era exactamente lo que debería ser, o que necesitaba ser para que aquellos cuentos tuvieran algún poder, en el sentido de un tejido nuevo para el mundo”.

Los cuentos “Un poco feliz de noche” y “Llueve y el dinero del marido”, están incluidos en el libro *Meu amor* (São Paulo, Editora 34, 2009)

♦ Un poco feliz, de noche ♦

Él no murió ni se fue. Vive aquí al lado, dice que por los niños.

Vive aquí al lado, escucho sus pasos, veo cuando llega del trabajo, el ruido del ascensor cuando sale a trabajar de traje y corbata. Él lleva a los niños a la escuela, escucho el timbre, beso a los niños en la sala y luego se van con él.

Me arranco la piel fina y aún no completamente muerta de mis labios, arden, la presión de las uñas me deja marcas pasajeras en la palma de la mano. Después que los niños se van con él para la escuela, enciendo la tele, me baño y el sonido de los programas matutinos llega debajo del agua tibia de la regadera. Me seco y me visto en la sala frente a la televisión sintonizada en algún programa de cocina o de consejos para el hogar. El departamento es pequeño, tal vez el hombre del otro edificio me vea por la ventana o la mujer que ya comenzó con sus quehaceres. Lo que no es bueno ni malo, que ellos me vean, que ellos tal vez me vean desnuda. De mañana tengo flojera de pensar y de prevenirme, de cerrar la persiana. Además, si las cierro, el departamento se oscurece y la tristeza aumenta, casi no consigo moverme y tengo que ir al trabajo.

El cuarto de los niños es el más grande, ellos se van a dormir por ahí de las diez, yo dejo entreabierta la puerta de su cuarto, enciendo la televisión bajito, me recuesto en el sofá y veo las películas de la noche; cambio el canal, no consigo pescar ninguna película desde el principio y casi nunca llego al final. Me gustan las noticias internacionales, sobre todo los grandes temporales,

accidentes y terremotos. No soy sádica ni nada, soy del tipo que llora por nimiedades. Creo que me gusta ver las cosas fuera de lugar, un autobús escolar retorcido, patas arriba, las ventanas rotas. O la tierra apareciendo por debajo del asfalto en los temblores; una casa chueca, en diagonal y aún con el techo y las paredes enteras, como si la hubieran construido así, chueca. En las escenas de vendavales, me gusta ver a los hombres que andan encorvados por las calles con el paraguas volteado y el saco balanceándose como alas, caminan con la cabeza gacha agujerando el viento, las ramas de los árboles meciéndose con fuerza y sabemos que en cualquier momento un poste de energía eléctrica puede caer. En otra escena las calles vacías y los tejados de fibra de vidrio salen volando como cuchillos. No sé por qué me gusta tanto eso.

También me gustan los programas americanos en que un equipo de profesionales cambia la vida de alguien; no de la parte de la cirugía plástica, porque no me gusta la sangre ni la naturalidad del médico hablando sobre cortar la nariz, serruchar el hueso, despegar la piel de los músculos para jalarla; suena falso; no tanto la calma del médico, es su profesión, sino de la naturalidad de la entrevistadora o del entrevistador, el largo rato que tenemos que oír detalles de la cirugía, como si no fuera espantoso. Me gusta cuando el equipo entra en el departamento y cambia todo de lugar conforme el deseo de la persona, lo que ella dice que quiere y lo que no quiere ser más, cambia también su forma de vestir, el corte de cabello, le enseñan a cocinar. Porque eso es lo que las gente siempre deseó y se inscribe en el programa movida por ese deseo y por su incapacidad de realizarlo. Lo mismo con el programa que ayuda a la gente a adelgazar, le hacen cirugía plástica, le compran ropas, la llevan al dermatólogo. No me gusta tanto el proceso entero, por eso estoy cambiando de canal mientras eso pasa, me gusta el antes y el después, principalmente el después.

Siempre hay el reencuentro con el gran amor de su vida y siempre tengo la certeza de que no funcionará. No funcionará, ni para ellos ni para nadie. Y casi lloro.

Con el control en las manos me distraigo, cambio de canal y me quedo hasta la madrugada,

Cuando escucho ruidos en el departamento de él, muerdo los hielos que han quedado en el vaso, comienzo a deambular canturreando, arrastro mis pies por la alfombra haciéndola chirriar, voy hasta la cocina, bebo un vaso de agua a grandes tragos, y así ahogo su barullo. Vuelvo a la televisión y, en poco tiempo, según el tanto de whisky que bebí, consigo no prestar más atención a sus ruidos, ni oírlos más. Permanece dentro de mi cabeza, es verdad, un hilo de pensamiento por detrás de las películas. Ni sé bien qué pensamientos son, de muerte, de asesinato, es posible; otras veces pienso que deben ser de sexo, porque sucede que, en medio de una escena inocente o triste, el niño pequeño, peloncito y pálido, muriendo de cáncer en un hospital americano, mirando a la madre y diciendo, no te preocupes mamacita, me voy en paz, y cerrando los ojos azules, me excito.

Después apago la televisión y me voy a la cama. Debajo de las cobijas, antes de dormir, antes de que el sueño llegue, pienso en las formas que podría usar para matarme, en la culpa que él sentiría, o en las formas en que él podría morir por accidente, como resbalarse con una cáscara de plátano, golpearse la cabeza en el filo de la banqueta y listo, se fue. O asesinado. Cuando pienso en eso, de madrugada, no me pongo triste ni me emociono, son sólo fantasías, arrullan mi sueño y duermo apaciguada.

De mañana la desesperación sincera vuelve. Frente al programa de cocina, desnuda y con las ventanas abiertas, me asalta el deseo real de morir y de matar. No pienso en la forma, porque ahora es en serio.

Si consiguiera mudarme, alejarme de él, todo sería menos malo. Él se empeñó en alquilar el departamento de junto por causa de los niños, dijo. El departamento donde vivo es de los dos, si lo vendiera, la mitad del dinero sería suya y no me sobraría lo suficiente para que yo comprara una casa razonable donde vivir con los niños. Si fuera únicamente yo, podría ir a un departamento menor, arreglar la casa más a mi gusto, tener siempre mis cosas arregladas, sin el desorden de abrigos, tenis y juguetes, yo sabría donde encontrar mi cepillo y el cortaúñas.

Pero están los niños, no sería justo llevarlos a vivir en un departamento más pequeño y él podría argumentar que tiene más condiciones para cuidarlos, y el juez resolvería que la custodia tiene que ser suya. Que no lo hago bien, que quiero ser independiente y que no pienso en ellos, sólo en mi felicidad. Que en verdad no soporto a los niños, no soy capaz de mantener una rutina, ayudarlos a hacer la tarea, limpiar las loncheras y preparar un refrigerio saludable para que lleven a la escuela, siempre mando comida chatarra y refresco. Que descargo en los niños el coraje que siento por él, que envidia su libertad y, ya que es así, argumentaría que él debe cuidar a los niños y entonces o sería libre como quiero ser, como me gustaría ser, dice, dirá al juez. Y no es verdad.

Él sabe que me enloquece con sus ruidos nocturnos, el ruido de sus zapatos junto con pasos femeninos. Con su puntualidad matutina, la piel fresca y sin ojeras de noches mal dormidas. Es su plan para enloquecerme, para que yo cometa una locura, para que yo aviente los recados de las profesoras recordándome la cartulina blanca que todos ya llevaron menos mi hijo para hacer el cartel sobre la selva Atlántica o cualquier porquería de esas, las loncheras, los refrescos y los niños de aquí, del séptimo piso de este edificio maldito, y de aquí encima presencie la ca-

tástrofe de huesos, músculos y sándwiches de supermercado destrozados y fuera de lugar.

Él finge no saber que si yo renunciara a la custodia de los niños — de mis pequeños tan queridos que lloro sólo de pensar que no podría besarlos en la madrugada, cuando ellos duermen y parecen dos angelitos, y mi pánico y mi tristeza se sosiegan cuando, con el rostro mojado de lágrimas, puedo besarlos y sentir su olor (Dios mío, el olor, el olor manso, el olor de mis pequeños, ¿cómo decirlo?) y el calorcito de la piel suave de su rostro y salir del cuarto sin hacer ruido—, que si yo perdiera a mis hijos, yo no sería libre, yo sería nada.

Lo que él no sabe es que, de noche, yo puedo besar a mis pequeños.

TRADUCCIÓN DE CARLOS A. LÓPEZ MÁRQUEZ

♦ Lluve y el dinero del marido ♦

Una jardinera de tierra oscura en espera de mudas de pensamientos bordea el muro de granito. Ella dormita en la tumbona; el cercado de la alberca está cubierto de pequeños rosales. Un sol inconstante entibia la mañana carioca; sus rayos, reflejados en el agua limpia, juguetean en el rostro de Matrena

Con botines de hule azul, Lucas lleva piedras de los bordes del camino a la cubeta y las acarrea de vuelta. El caminar torpe de niño de un año y medio es persistente, su rostro enrojecido por el frío se concentra en la labor: un paso, otro, uno más y puf, el pañal amortigua la caída. Él se levanta y vuelve a caminar, se agacha al borde del camino, elige una piedra entre las piedras, la toma, se levanta paso tras paso, se agacha y suelta la piedra dentro de la pequeña cubeta de metal; sus ojitos acompañan la caída y parpadean con el sonido del golpe. Todo es atención. Ruido de las piedras traqueteando en la cubeta roja. Lucas toma una de las piedras, la levanta e inicia el camino de vuelta. En el estanque de granito gris, el movimiento de los pececillos rojos resplandece bajo el sol oblicuo. Lucas se detiene, se inclina sobre el borde y, despacio, abre la mano regordeta dejando desaparecer la piedra en el agua oscura. Círculos concéntricos agitan la luz del día dentro del estanque y desaparecen; los peces van y vienen. La manita del niño aumenta, aumenta y desaparece, splash, tras el movimiento rojo.

Lucas está inmundo, lleno de tierra y con el brazo empapado. La nariz rojita escurriendo, en la boca una sonrisa pícara. Mira a

su madre, feliz de haberla despertado. Matrena escurre de la tumbona y, gateando lentamente, se acerca, lame, mordisquee y abraza a su hijo. Entre cosquillas y cariños y gruñidos ambos ruedan por el pasto húmedo.

—Ay, ay, ay, qué delicia. Qué cosita más linda. ¿Quién es el hijo más querido y cochinito del mundo? Mi lindo, lindito, linduco. Hum, mi fuentecita de calor, quédate aquí cerca de mamá.

Lucas ríe e intenta librarse del cariño de mamá gata. Matrena lo suelta, él sale corriendo y mirando hacia atrás. Un vacío hiela el corazón de la madre.

Qué bonito es, Dios mío, qué niño tan lindo.

Y lejos. El hijo, la casa, el marido lejos y muy lejos, fuera del alcance de sus brazos sin fuerza. La mujer distante incluso de su soledad. “La mujer distante”, la expresión reverbera en la mente de Matrena con sus seis sílabas entrechocando claras: “la mujer distante, la mujer distante, la mujer”. El sonido del timbre la trae de vuelta.

El carpintero, ¡sólo puede ser él! No diseñe nada, ni siquiera pensé en eso. ¿Qué necesito? El armario va a ser de formica. No puedo olvidar los ganchitos para las tazas de café. Repisas estrechas para que no se acumulen trastes al fondo. En el cuarto de lavado, madera clara.

—Señora Matrena, ya llegó el carpintero.

—Ya voy. Quédate aquí cuidando a Lucas, hay que darle un baño. Está empapado.

Reprobación, claro, estampada en el rostro de la nana: “pobrecito, va a pescar un resfriado”. Matrena necesita dormir.

—Buenos días, don Joaquín, ¿cómo le va?

—Buenos días, señora Matrena, la voy llevando.

Es blanco y gordo, cara muy roja, suda como un enfermo cardíaco. Se saca un pañuelo del bolsillo y se seca el sudor de la

frente. Después de pagar el anticipo hay que esperar y esperar hasta que el hombre rojo entregue el encargo. Cuando lo entrega, el mueble es siempre de la mejor calidad, de la mejor calidad, no hay igual en la ciudad, sin duda no hay igual; ni tan caro. El problema es el tiempo y el dinero; o debería serlo.

No sé manejar mi tiempo, ni el dinero de mi marido.

Para ir del jardín al cuarto de lavado, en el patio de atrás, Matrena y el carpintero cruzan el lugar de los botes de basura, el olor y el ruido de la cocina.

Hoy el corredor de servicio está limpio. En honor a la verdad, hace ya algún tiempo que se mantiene limpio, desde que Carmen llegó. No hay musgo ni pegostes de papel o cáscaras de naranja pisadas. De todas formas, los olores.

—Por aquí, don Joaquim. Ahora hay que mover algunas cosas en el cuarto de lavado. —Olor a cloro, pinol, detergente y suavitel. Después está la cocina. Café fresco, amoniaco, estropajo arrugado y viejo—. En realidad aquí en el cuarto de lavado no necesito precisamente un armario, más bien unas repisas con algunas partes que se cierren sólo con tela. Este lugar es tan húmedo, quizá sea mejor hacer algunas repisas de piedra o cemento. La verdad.

¿Piedra, cemento y un carpintero? ¿Para qué hice venir a este hombre?

—Señora Matrena, la piedra y el cemento ocupan mucho espacio. Con un revestimiento de formica y madera bien seca podemos hacer ese armario. ¿Para qué va a usarlo?

—Estoy pensando en un espacio para guardar los productos de limpieza del cuarto de lavado, otro para poner la canasta de la ropa sucia, otro para la canasta de la ropa que hay que planchar y otro para los cestos de la ropa limpia.

Carmen interrumpe a su patrona.

—Señora Matrena, eso no va a funcionar. La canasta de la ropa sucia tiene que estar aquí junto a mí. ¿Para qué dejarla guardada en un armario? Y, además, yo guardo la ropa planchada todas las tardes; no necesito un espacio para eso.

Carmen, Carmen, Carmencita, ¿podrías explicarle entonces a don Joaquim por qué me estuviste fregando toda la semana, durante meses y meses diciendo que necesitabas un armario? Ella tiene toda la razón. ¿Para qué?

—Lo que necesito, prosigue Carmen, es un lugar para ir colgando las camisas y los manteles. Otro para mi canastilla de costura y mi máquina de coser. Unas repisas profundas para los productos que uso. Y ya.

Matrena decide que, entiende que, determina que hoy no. El cuerpo de Matrena comienza a enfriarse, sudor en las manos frías, los labios amoratados. Morena y ruborizada, Matrena se frota el brazo izquierdo con la mano derecha para espantar el frío que no hace; el morado en los labios le gustaría.

—Mire, don Joaquim, tengo que pensarlo mejor y platicar con Carmen. Voy a quitar esos armarios viejos de ahí y luego voy a diseñar el nuevo con calma —Pausa cansada—. Todavía le debo el último pago de los armarios de los cuartos, ¿verdad?

—Sí, pero puedo diseñar el armario nuevo aunque el otro siga ahí. Se pueden sacar medidas con la pared

Perfectamente, claro que se puede, en la vida siempre se puede. Se puede incluso más: se puede el armario de la despensa, con los ganchitos y las repisas estrechas, se puede, don Joaquim. Le pedí que viniera hasta aquí, yo, una mujer que sólo quiere dormir en esta vida, a usted, un hombre, y un hombre ocupado, trabajador, rubicundo, que gana el sustento de su familia con el sudor de su frente, le pedí que viniera sólo para que recogiera un

cheque que podría haber depositado en su cuenta. Eso es lo que pasa ¿por qué no lo entiende?

Del interior de Matrena brota la voz de su marido: querida, no te preocupes, el tiempo que pierde con sus indecisiones, amor mío, está incluido en la cuenta que le pago; tu problema no es el tiempo de don Joaquín o si don Joaquín cobra bien; tu problema debería ser mi dinero.

Suspiro profundo, Matrena baja la cabeza, estoy enferma, necesito que me cuiden.

—Disculpe que lo haya hecho venir —la voz le sale seca—. Yo le hablo cuando termine el diseño del armario nuevo.

Don Joaquim, mala cara, don Joaquim, mala cara, don Joaquim, mala cara. Pues así es esto, gajes del oficio.

Mi dinero, Matrena, mi dinero hace que el oficio sea leve.

—¿Cuánto le debo?

Ya sentada en el banquito de la mesa de planchar, con la chequera abierta, la pluma en la mano.

—Cincuenta.

Cincuenta mil cruzeiros, ya no me acuerdo más si. ¿Eran cincuenta? ¿Cuánto le pagué de adelanto? Hace tanto tiempo. Él dice que faltan cincuenta, se va si le pago cincuenta, deben ser cincuenta, cincuenta mil cruzeiros o cruzados, cruzados novos o *milréis*.¹ Cincuenta denarios, rupias, cincuenta conchas de una playa mesopotámica, cincuenta dientes de burro. Cincuenta días de mi amor.

—Aquí está, don Joaquín, la semana que entra le hablo.

Matrena le entrega el cheque.

—Muchas gracias, espero su llamada.

¹ Distintas denominaciones de la moneda brasileña a través del tiempo. (N. de la trad.)

Aire ostensivo de enfado, se embolsa el dinero del marido y se va. Necesito respirar.

Pasa por la cocina. Carmen pica zanahorias. Olor a gallina cocida. No soporto la gallina, no me gusta que piquen las zanahorias en pedazos tan pequeños, se ablandan.

Malos pensamientos y aromas, náusea. ¿Qué es lo que realmente le molesta, la gallina, las zanahorias, Carmen, la cocina? Todo. Todo lo que depende de la mujer es malo. “La inútil mujer, nada puede depender de la inútil mujer, la mujer, todo es malo; la mujer, la mujer, la mujer”, resuena, reverbera, retumba y palpita infinitamente en el cráneo de la mujer extenuada.

Quiero un cuarto blanco, sábanas claras y aire fresco. Yo recostada en la cabecera de la cama, el cabello suelto sobre las almohadas. Qué bella es, piensan todos al ver mi rostro joven, muy joven, antes de. Visitas, cuidados, movimientos a mi alrededor, y yo medio dopada. Me traen agua fresca en un vaso de cristal, bebo despacio entrecerrando los ojos de pestañas largas. Me ofrecen chocolates que rechazo, haciendo un gesto cansado con las manos delicadas (desde el jardín de niños la envidia de las manos y gestos delicados, afectados, pieles blancas, loca de ganas de ser capaz de rechazar el chocolate; mis manos huesudas, mis pestañas cortas y yo, yo quisiera tanto ser inapetente, tener hepatitis). Todos me quieren bien, me cuidan, y yo estoy enferma. Siento en el rostro el viento fresco que atraviesa el tul de las cortinas. Alguien me acaricia el cabello y susurra:

—Todo va a estar bien.

La gente sale, el silencio entra junto con la luz tenue del atardecer y un olor de madreSelva.

Allá afuera ha comenzado a llover. Llueve, llueve, llueve. Hace siglos que llueve, el mundo está cansado, se encoge. La piel de la punta de mis dedos se arruga en el agua caliente de la tina, me

sumerjo en el tedio caliente de la tina. El ruido de la puerta abriéndose atraviesa la capa de agua.

—Querida, ya llegué.

TRADUCCIÓN DE PAULA ABRAMO

MÁRIO ARAÚJO (Curitiba, Paraná, 1963). Se ha desempeñado como educador artístico y redactor de publicidad. En 2005 publicó, con sus propios medios, su primer libro de cuentos, *A hora extrema*, que lo hizo merecedor del Premio Jabuti en 2006. Su segundo libro, *Restos*, se publicó en 2008. Asimismo, participó en la antología *Todas as gerações - O conto brasiliense contemporâneo* (2006). Cree en la importancia de los medios impresos y electrónicos para la difusión de la literatura, así, ha publicado diversos relatos en periódicos y en la red, dado el inmenso poder de penetración y la casi inmediatez del encuentro entre lo virtual y lo material que propicia este medio.*

Los cuentos “Mesero” y “La hora extrema” fueron tomados del libro *A hora extrema* (Río de Janeiro, 7 Letras, 2005).

* Véase Ricardo de Mattos, “Restos, por Mário Araújo”, 13 de julio de 2009, en <http://www.digestivocultural.com/colunistas/coluna.asp?codigo=2840&titulo=Restos,_por_Mario_Araujo>. [Consulta: 25 de junio de 2011.]

♦ Mesero ♦

Waldir salió de la cocina del restaurante con un alambre clavado en el centro de un plato; se detuvo luego en la primera mesa: ¿quesito asado, señora? No, gracias. La mujer, rubia, visiblemente teñida, con el cabello cortado en capas, un anillo escandaloso en el dedo, unos pechos presuntuosos. Parecía estar tratando de ligarse al hombre a su lado. ¿Caballero? No, amigo, gracias.

Sintió las piernas temblorosas y un calor en el rostro.

En el otro restaurante él era el hombre del *sirloin tip*. No era picaña ni *baby beef*, pero era algo. En el Alambre Grill, sin embargo, era el encargado del queso asado y así pasaba sus días, oyendo *nos* de parte de las personas.

Circuló entre las mesas, dubitativo. Había una mesa con tres mujeres que conversaban y reían alto, a cada instante se echaban los cabellos hacia atrás, para luego regresar, deslizándose por los hombros, en cascada. Fumaban las tres. Senos en profusión. El capitán de meseros ya lo traía entre ojos, y él tuvo que armarse de valor y seguir con su trabajo. Decidió invertir en las tres al mismo tiempo: ¿Quesito asado, señoritas? Acompañó esto con una sonrisa, medio de lado, como un cuadro medio chueco en la pared.

La primera apenas balanceó la cabeza, mientras tiraba la ceniza del cigarrillo, todo al mismo ritmo. La segunda dijo, no, gracias, y hasta se esforzó por retribuir la sonrisa, pero sólo logró levantar un poco el músculo de la mejilla izquierda. La tercera continuó hablando con las otras y sólo al cabo de unos segundos

encontró una pausa en las palabras, que le permitió esbozar un *no* con la misma mano que sostenía el cigarrillo.

Waldir se retiró con los hombros aún más encogidos de lo normal, el rostro en llamas, con vergüenza de sí, como si fuera suyo el olor acre que emanaba del queso.

En cuanto se alejó, vio al colega de la picaña aterrizar al lado de la mesa y demorarse cortando gruesas rebanadas, que deslizaba del asador a los platos de cada una. Se llamaba Jair el colega y vivía en una calle perpendicular a la suya, en el mismo barrio de São José dos Pinhais. Oían los ladridos de los mismos perros, toda la noche. Eran cercanos y, al mismo tiempo, distantes.

¿Un quesito para los señores? —en la mesa con dos hombres de traje y corbata—. No amigo, gracias. Entonces, otra mesa, más allá, varias mesas yuxtapuestas, formando una sola, larga, interminable. Le susurró al oído a cada uno, eran como veinte: ¿un quesito asado para usted? Y oyó respuestas negativas de parte de todos, menos de uno, que parecía ser vegetariano y probablemente sólo había entrado a la churrasquería para acompañar al grupo.

Circuló por entre las mesas. Percibió que aquel muchacho había entrado otra vez al recinto. Ese morenito. Todas las santas noches entraba para pedirles limosna a los clientes, perturbaba la paz. Bastó una mirada y dos pasos amenazadores para ahuyentar al limosnero, que esa vez no puso pretextos: hambre, algo de dinero, un pedazo, mis hermanos, mi madre enferma. Se largó rapidito.

Tenía que darse otra vuelta por las mesas ya visitadas. Pudiera ser que alguien hubiera cambiado de idea, pero nunca cambiaban.

Esta segunda vez, la rubia teñida estaba aún más entretenida con la conversación y se limitó a sacudir la cabeza para un lado y para el otro. ¿Caballero? No, gracias, dijo el hombre entretenido con la costilla. Esperó a que el colega del *mignon* terminara de

exhibirse con el cuchillo enorme y afilado, y se dirigió a la mesa de las mujeres, que ahora eran cuatro. Comenzó con la recién llegada que, como bien se sabe, no podría influir en las otras con su paladar diferenciado. No obstante, ella fue rápida al lanzar un *no*, gracias, y él quiso morirse de vergüenza por intentar seducir a la más joven frente a las otras.

La tercera vez, cuidando esquivar las miradas del capitán, probó saltarse la mesa donde estaban las cuatro mujeres, pasando de la mesa anterior directo a la siguiente, con la esperanza de poder, más que despertar en ellas el apetito por el queso asado, hacer que notaran su falta (la de él, de Waldir), que sintieran su ausencia e imploraran por su presencia, pero eso no sucedió.

De madrugada, en el camión de vuelta a casa, iba pensando, intentando comprender los diferentes tipos de alimentos y establecer una jerarquía entre ellos, según su propia visión de las cosas y del mundo.

Pensó en el carnero. ¿Qué es un carnero? ¿Cuál es su significado? Le vino a la mente lo apacible que es ese animal, la Biblia, el cordero llevado al matadero sin abrir la boca, la mudez de la oveja frente a quien la trasquila, sin reclamar aun siendo expuesta a la humillación y al sufrimiento. Llegó a emocionarse con el recuerdo de pasajes bíblicos que había leído no hacía mucho, pero, al final de cuentas, concluyó que no le producía gran placer pensar en ser un carnero. O cordero u oveja o lo que fuera. El carnero es un animal que camina pasivamente hacia la muerte, sin protestar y con lágrimas en los ojos. El tipo del carnero era Percival, un sujeto que, casualmente, también era muy pacato y vivía en Umbará, por allá en las cañadas.

Luego, pensó en el puerco, al que no le faltan ánimos para forcejear a la hora del calvario, pero la verdad es que, analizando la imagen del puerco en la sociedad, no pasa de ser una criatura

cobarde e histérica y su destino acaba siendo el mismo que el del carnero. O sea: es una reverenda estupidez hacer un escándalo antes de morir porque igual acaba muriéndose.

Pensó entonces en el pollo, que es blanco y muere con el pescuezo torcido. Él también se desespera al presentir que va a morir, pero el hecho de que corra buscando salvación suena un tanto ridículo. Tal vez porque el andar soberbio y el pescuezo siempre erguido no combinen con esas patitas flacas. Es un animalillo que causa una cierta rabia por su modo de ser afectado, pedante, pero después acaba inspirando lástima, sobre todo cuando le arrancan las plumas y se revela su piel erizada, prueba de un pavor permanentemente vivido, y que continúa incluso después de la muerte.

Pero el que está por debajo de todos en esa jerarquía que él, Waldir, iba construyendo mientras el camión avanzaba de prisa en esa madrugada con poco tráfico era, sin duda, el queso asado. El queso asado, además, no es ni siquiera un ser. De modo que, incluso antes de ser asado, ya no está vivo, o sea, antes de morir ya está muerto.

Pero el queso proviene de la leche y eso le da una cualidad animal, sin duda, aunque le falte la sangre. Y, más aún: tiene una característica femenina, maternal —Waldir pensó en su madre y después en su mujer, con los tres hijos—. Mientras que la carne de ganado, sobre todo las más nobles, como la picaña y el filete *mignon*, son fuertes y masculinas, el queso asado es femenino, maternal. La carne sugiere potencia, virilidad, salpicando sangre y con la sal gruesa castigando las entrañas, sin piedad.

Iba a hablar con el patrón para que llevara a cabo una rotación entre los meseros. O sea, cada mesero serviría un tipo diferente de comida cada día. Un día sería el queso asado, otro día el *sirloin tip*, otro el corazón de pollo. Finalmente, ¿no era aquélla una churras-

quería de rotación?¹ Entonces, ¿qué mal habría en hacer una rotación de platillos entre quienes los sirven? Haría esa sugerencia al patrón al día siguiente, en cuanto iniciara la repartición de tareas.

No tendría por qué negarse, finalmente los negocios iban bien, viento en popa, se podía notar que él y sus colegas trabajaban. Él no tanto, es verdad, pero no porque no quisiera. Además, al proponer la idea de la rotación le mostraría al patrón cuánta disposición tenía para el trabajo. Además, al proponer esa idea mostraría que lo que tenía en la cabeza eran ideas. Jair trabajaba más que él, pues servía la picaña, pero no era eso lo que él quería; él quería que todos trabajaran igual. No se trataba de exigir la picaña sólo para él, aunque supiera que es la carne superior, la más distinguida, sobre todo más que el queso, que ni carne es. Por eso la idea era tan buena, certera, nadie saldría perjudicado. Jair viajaba siempre en el mismo camión, pero nunca conversaban. Sólo se decían hey, hola, buenas noches, buenas noches. Se hallaba dos filas adelante. Waldir comenzó a imaginar si a Jair le gustaría la idea de no servir sólo picaña. Le pareció que no habría mayores problemas, pero también, si la idea no le gustaba, quien mandaba era el patrón.

Y Waldir siguió pensando, pensando, a medida que el camión avanzaba de prisa en esa madrugada con poco tráfico, hasta quedarse dormido con la cabeza apoyada en el vidrio de la ventana, y entonces, siguió soñando, soñando, hasta que el camión se detuvo en la terminal, a pocas cuadras de donde vivían él y su colega vecino.

TRADUCCIÓN DE MARÍA CRISTINA HERNÁNDEZ ESCOBAR

¹ Churrasquería de *rodízio* en portugués. *Rodízio* tiene al menos dos significados con los que se juega: “rotación” y “bufet libre con carnes a las brasas”, en donde los clientes pueden pedir que los platillos se preparen a su gusto. (N. de la trad.).

♦ La hora extrema ♦

El niño está sentado en el sofá de la sala viendo la televisión, pero sabe que dentro de algunos instantes ya no estará más ahí. A las nueve y media, puntualmente, aunque esto para él sea una idea nebulosa, la madre viene y lo jala rumbo al dormitorio. Un beso en la cara, que duermas bien mi niño, y la oscuridad.

Se queda inmóvil bajo la cobija escuchando los sonidos que escapan de la tele cruzando las fronteras de la sala. Cuando por fin todo queda en silencio, pega el oído en las tinieblas. En el cuarto de al lado, el bebé absorbe toda la atención; en el jardín, la lentitud inaudible de las babosas; en la calle, ningún carro. Y así, vigilando sin ver las cosas palpables, el niño termina por dormirse. Cuando despierte, el día ya estará en su apogeo, y esto es todo lo que conoce de los humores de la luz, del claroscuro del mundo.

El espectáculo más impresionante a que tiene acceso es el crepúsculo, que sale a su encuentro diariamente en el descampado al lado de la casa. Es algo lento y triste, como una especie de naufragio multicolor, y hace recordar la imagen de un animalito comiéndose a otro. Las reflexiones sobre la naturaleza del crepúsculo son siempre interrumpidas por el llamado inapelable de la madre y por los aromas de la cena.

Pero el sueño del niño, el mayor de todos, el más hondo deseo de su corazón es un día conocer la medianoche. Por ella siente una admiración velada, por ser la más famosa de todas las horas nocturnas y por ofrecerse sólo de vez en cuando a los ojos

humanos —a los suyos, por ejemplo, jamás—. Imagina que es negrísima, el centro espeso y oscuro del cuerpo nocturno cuyo color se difumina hacia las extremidades. Se imagina que es una vereda fina entre dos abismos o el momento en que todas las criaturas suspenden la respiración para luego, enseguida, continuar como si nada hubiera ocurrido. Sueña tanto con la medianoche, y no es imposible que hasta haya pasado rozando la ventana allá afuera, sin que la percibiera, mientras él la sueña.

Ahora, nuevamente en la cama, sábana olorosa, buena cobija. El bebé llora un poquito a través de la pared delgada, pero la madre y el padre están atentos. Está también una prima de la madre que pasa una temporada con la familia mientras encuentra empleo. Migajas de sonidos de la tele llegan hasta la cama, en forma de diálogos incomprensibles entreverados con la música. De repente, la vejiga llena, el pie en el piso. Abre la puerta despacito, sin encender la luz, y se desintegra en el corredor para reintegrarse tan sólo diez metros más adelante, ya dentro del baño.

Al volver, aliviado, se arriesga desviándose del recorrido y espía un poco la sala: desierta, la tele sostiene ella sola el único diálogo de la casa. El padre, la madre y la prima deben de estar preparando para dormir. Oye cerrarse la puerta del baño. Curiosidad, ganas de asaltar la cocina y robarse las horas del reloj que está sobre el trastero, pero prefiere evitar la maniobra arriesgada y salta al corredor. Abre y cierra la puerta en un segundo, sin despertar al cuarto que continuó durmiendo sin él, dejando atrás las habitaciones con la luz encendida, palpitantes. Esconde los deseos bajo la sábana y ahí permanece resignado hasta que llega el sueño, que viene sin demora porque, a pesar de toda la inquietud, el niño no está habituado a las infinitas esperas de la noche, sus horas sueltas y sin referencia, a la manera de un animalillo invertebrado. Tal vez, al vagar perdido en esas horas blandas, comience a sentir

la falta del día, con su esqueleto preciso, su arquitectura bien definida, y lata entonces una saudade de sí mismo.

Durante la noche, los deseos escondidos bajo la sábana se transforman en un plan, la primera trama tejida con los hilos, hasta entonces sueltos, de su espíritu. Así, al romper el ayuno ante el tazón de plástico servido por la madre, el niño ya no es tan inocente.

A medida que avanza el día, descansa secretamente entre uno y otro latido del corazón sobresaltado, guardando energías. Dormita dos segundos mientras la madre le enjabona la espalda; su ronquido es disimulado por el sonido de los cubiertos; aprovecha los intervalos comerciales para ir adelantando los sueños que no tendrá tiempo de soñar más tarde.

A las nueve y media, la madre presiona el interruptor, y las sombras que había en el cuarto corren a esconderse debajo de los muebles. La madre alisa la sábana y la cobija sobre su pecho y se va. La prima carraspea en la sala. ¿Por qué será que el volumen de la tele sube a la hora de los comerciales? Su propia tos, seca, hace que su vejiga se sacuda y la necesidad de hacer pipí lo lleva de nuevo al corredor.

Todas las luces de la casa, encendidas; la sensación de que la vida transcurre a sus espaldas. A medianoche tendría que haber una gran celebración, con las personas abrazándose y hablando alto, y los relojes digitales parpadeando al marcar un insólito 0:00. De regreso del baño, aliviado, enfila hacia la cocina, donde una tetera hierve sola, y se roba el viejo despertador de manecillas ruidosas, que pisan cada segundo como si usaran tacones altos. Regresa al cuarto sin perturbar la oscuridad y acerca el despertador a la ventana para que la luz que llega desde las farolas y de una luna a la mitad lo ayude a acompañar el trabajo de las manecillas. Son las diez veintiocho.

En un ojo, el avance de la manecilla grande, en el otro, la sorpresa del jardín revestido de sombras, como nunca antes lo había visto. Los rosales casi irreconocibles, confundidos con el muro. Éste, a su vez, mezclado con las paredes de las casas vecinas. Las casas, transfiguradas por la luz de las farolas, y todo disuelto en el aire negro. Todos los contornos aprendidos de memoria a lo largo de una vida —¡nueve años!— se perdieron.

El viento sacude todas las cosas, pero las sombras oscuras no caen, parecen pegadas a los objetos. El niño está boquiabierto, obligado a pasar el ojo de una rama a la otra hasta reaprender cada color y cada forma. De repente, se pega un susto como los que le provocan los pellizcones, de éstos que da la madre: con la manga del pijama roza el reloj ¡y éste comienza a caer desde el umbral de la ventana! Pero el ruido del encuentro con el suelo coincide con la tos del niño. Una tos fea, como de perro detrás de una puerta cerrada. La madre lo auxilia ya en la cama con el jarabe de guaco, mano en la cabeza, alisa una vez más la cobija a la altura del pecho y se va. Aquella tos atraviesa la madrugada, salpica todas las horas.

Eran las diez cuarenta y seis la última vez que vio el reloj que ahora reposa hecho trizas, junto con él, debajo de las cobijas. Al sentir que el peligro de la madre ya está lejos, lo lleva hasta la luz de la ventana para evaluarlo. La manecilla grande está inerte, mientras que la pequeña aún se debate, intentando inútilmente proseguir la escalada que apenas inicia. El segundero pulsa, recorre el espacio de un minuto para enseguida regresar al punto de partida; está atorado.

No se sabe cuánto tiempo pasó desde la caída, pero el niño toma prestado el material escolar que descansaba por ser día libre dentro de la mochila y en un cuaderno garabatea una cuidadosa multiplicación. Talento para la aritmética. Luchando contra los

segundos que pasan ahora en absoluto silencio, y, bajo la pequeña luz de la ventana, concluye que tendrá que contar ¡casi hasta cinco mil!

De nuevo bajo las cobijas con el viejo despertador. Ojos cerrados, 331, 332, 495, 517... Orgulloso: ¡soy más rápido que los segundos! Al poco rato, no obstante, la marcha veloz del tiempo que él mismo inventa comienza a tropezar, se pierde en el camino oscuro. En las tinieblas la realidad se extravía. Imagina su cuerpo más allá de las paredes del cuarto. Imagina dentro del cuarto las plantas del jardín. ¿Qué distancia había entre la cama y el armario? ¿Y si un ratón inmundo estuviera a punto de rozarlo en plena mejilla? Se voltea de lado, acomodando los brazos estirados y unidos entre las rodillas, como quien busca el abrigo de sí mismo. Comodidad en la almohada gorda, aroma de suavizante de telas en la cobija, el ronquido familiar de su padre. Y así va desarrollándose el mismo proceso de casi todas las noches, cuando los brazos se alejan del pecho y los dedos suaves dejan escapar el hilo del avemaría. Un poco de miedo al infierno. Sin embargo, qué deliciosa oscuridad, qué apacibles tinieblas y qué acariciador resulta el ronquido del motor de un carro en la calle, allá abajo.

Despierta con la luz alta de la mañana, la cocina hace horas que está en pie, murmullo de la olla de presión, barullo de agua en el lavatrastes. Con los ojos heridos, contempla a través de las cortinas el jardín conocido, con los rosales bañados de sol y la ropa extendida en el asoleadero. Dentro de la mochila escolar —marchita, a la espera de los libros que aún serán comprados para el nuevo año lectivo— esconde el reloj destruido, pero, ¿cómo explicar su ausencia en la cocina? La madre ya debe de haberla percibido, pues todas las tareas de la mañana son autorizadas por el marcado de las manecillas.

Para su sorpresa, sin embargo, la madre nada dice durante el desayuno, aunque sea evidente el espacio vacío sobre el trastero. El radio encendido provee la medición del tiempo necesaria para la organización de las tareas domésticas. La duda del niño, entonces, recae en restituir o no el reloj a su lugar de origen. Considera la cuestión durante algunos minutos, en silencio, mientras observa cómo la mezcla de leche y hojuelas de cereal desaparece del fondo del tazón de plástico. Decide al fin no decidirse por nada, levantándose de la silla en un ímpetu y precipitándose en busca del patio, con un ruido de motor de automóvil en los labios.

El niño aprovecha el día para prepararse: quince minutos de sueño sobre la mesa de fútbol de botón durante una pausa del partido;¹ un minuto más acostado en el pasto después de sufrir la ausencia del adversario invisible en el juego de fútbol simulado; un par de horas de meditación en el sótano de la casa, entre polvo y revistas viejas, donde encuentra refugio también de las eventuales investigaciones que la madre quiera hacer.

Por la noche, al final de la segunda novela, percibiendo que se aproxima el momento de dejar la sala y confiando en que la madre está entretenida con el bebé, se dirige al padre y le pregunta la hora. Quiere ser consciente del camino por recorrer. Nueve veinticinco, dice el padre con voz alta y clara. La madre, en silencio, ¿será su cómplice? En ese preciso momento el bebé se queda en paz y la madre lo lleva al cuarto, arrullarlo en la cuna al lado de la cama de la pareja, donde dormirá cuanto le plazca, hasta que sienta hambre, sed, miedo o la incomodidad del pañal mojado. Despertará cuando le plazca, reflexiona el niño sobre el herma-

¹ Se trata de una modalidad de fútbol de mesa creada en 1930 en Brasil, en la que los jugadores son representados con botones o fichas, con los datos e insignias de jugadores reales, que son movidos con la ayuda de una paleta. (N. de la trad.)

nito, y esto puede significar incluso hasta la medianoche, piensa él, sintiéndose relegado a un limbo exiguo, aplastado entre el mundo libre de los bebés y el universo permisivo de los adultos.

El ruido en el piso de madera anuncia que la madre está en camino y él le pregunta de nuevo al padre: son las nueve treinta y tres.

Cepillo de dientes en cuenta regresiva, buenas noches a la prima, el beso de la madre ya en el cuarto, la cobija, pero el conteo no se interrumpe. Se queda solo en lo oscuro, procurando un equilibrio entre números y las palabras santas del rezo. Cumplida la obligación religiosa, la cuenta ya va por el 867, se acerca a la ventana, la línea del umbral queda a la altura de la nariz, dejando a la boca sumergida. Entonces, estira el cuerpo, haciendo un esfuerzo por entregar todos los sentidos y ahí permanece, entre números cada vez más grandes, estratosféricos, y la visión deslumbrante de las formas del jardín, modificadas por la noche.

El día se balancea todo el tiempo, el sol parpadea sin parar, entra y sale de escena, inquieto, voluble, y los colores se transforman cada instante. Sin embargo, nada se compara con la noche, con sus tonos inmóviles, o casi inmóviles, que sólo se alteran muy sutilmente, siendo justo esa variación de textura, en contrapunto con el pasar de los minutos, lo que el niño busca, con las manos puestas sobre el umbral de la ventana y sobre ellas, el mentón.

Olfatea el aire atentamente buscando indicios de la medianoche que se avecina. ¿Será más negra, más blanca, más fría? Los redobles que anunciarán su llegada, ¿serán un gran estruendo o una pausa solemne? ¿O una sirena escuchada a lo lejos? Los animales y plantas del jardín ¿harán una amplia manifestación, una marcha por el asoleadero ahora desactivado y sin dueño, o sólo la observarán en silencio respetuoso? Existe también la posibilidad de un desfile de fantasmas, como dicen que acostumbra

a suceder a medianoche, y en medio de ese pensamiento un escalofrío le besa la nuca. Fantasmas, embrujos, almas en pena, ¿de qué color serán? Unos dicen que de un blanco denso como la leche; otros, que son transparentes y, en ese caso, deberán adquirir el color de fondo, es decir, negro. ¿O son como los gases y el humo, de un color desvaído, y que tiende a hacerse cada vez más claro a medida que se dispersan por el aire? Es bueno estar preparado para que, en caso de que surjan almas, tal vez acompañe al cortejo el alma del perrito, sepultado en un rincón del jardín, al pie del muro.

Hay tantas tareas con qué lidiar: el conteo, ahora desde una altura nunca antes osada; el escalofrío de miedo que se aferró a su nuca y ahí se quedó; el martirio del cuerpo estirado; el hálito empañando el vidrio, pero, por encima de todo, el sueño que se insinúa por entre las rendijas de la concentración. De este modo, en el vértigo del número 3976, contra todos los pronósticos, se queda dormido.

Se despierta sobresaltado. Soñó que la mañana entraba por la ventana y que él nada podía hacer para atajarla, y luego empezaron los murmullos venidos de las cosas que sucedían en la cocina, el agua, las ollas, el carraspeo de la madre, pero entonces se da cuenta de que la noche persiste. La cuestión es saber qué noche es ésta que desfila inmóvil frente a él. Una noche sin reloj es como un callejón sin salida.

De nada sirve ahora retomar el conteo. Está claro, por ahora, que el paisaje del otro lado del vidrio no presenta ningún cambio visible. Ramas y hojas arrulladas por el viento, puntos de luz amarilla en los postes, el ojo blanco semicerrado de la luna. No hay por qué creer que la medianoche haya pasado mientras dormitaba, pues no podría tolerar aquella posición incómoda durante tanto tiempo. Por lo tanto, se encuentra posiblemente en los

alrededores de la medianoche, atento a la textura del cielo y a la composición del aire, que luego, luego comenzarán a transformarse hasta quedar irreconocibles.

El tiempo pasa.

El tiempo pasa, y sin embargo nada sucede. El día tiene su producción propia de humores y estados de espíritu, mientras que la noche es un monolito.

El niño sale del cuarto, con cuidado para que la madera del piso no rezongue bajo sus pisadas, palpando los muebles, controlando el cosquilleo en la garganta. Un pie delante del otro, entra en la cocina y encuentra el radio, que enciende dejándolo en un volumen bajito. El radio es de un modelo antiguo, de los que no muestran las horas, sino que sólo las revelan con palabras, en los intervalos entre una y otra melodía. Por el momento no hay una canción sonando, sino un parloteo sin fin, un largo diálogo cuyo contenido no se logra discernir a ese volumen, y así tiene que esperar. Lo que se oye parece un juego de preguntas y respuestas. Después vienen las noticias de la noche.

Cuando finalmente el radio da la hora son las once cuarenta y ocho. Inicia inmediatamente un nuevo conteo, como en las peleas de box y en los partidos de básquetbol. Esta vez, la pulsación de los números en la cabeza viene acompañada por los latidos del corazón afligido. Enfila hacia el cuarto despacio, obligado a tener cuidado, el ritmo de los pasos en desarmonía con el resto de sí. Alcanza la ventana y contempla la noche que sigue en blanco, haciéndolo dudar de lo que acaba de decir el radio y de lo que diría cualquier reloj. Entonces, hincado en una silla, se dispone a abrir la ventana, impaciente, pero lentamente debido a su fuerza pequeña, haciendo que el vidrio se deslice con suavidad por la moldura hasta topar, mientras la noche comienza a encender el cuarto, con su viento fresco, sus aromas y sus luces de luciérnagas.

Falta un minuto. Siente un escalofrío, que se explica ciertamente por su afecto innato por la naturaleza, por contener él mismo ramas, rocío, hojas y piedras. Ahora comienza a contar más lentamente, embriagado de los aromas del jardín, y sesenta morosos segundos después, comprende que la medianoche es la hora secreta en que babosas y jazmines se reúnen para exhalar. Los colores sombríos explotan, en una vibración imperceptible a las criaturas diurnas. El silencio de afuera se sobrepone al silencio de adentro, siendo aquél un silencio más fresco, perturbado por ruidos siempre imprevisibles, mientras que el silencio de adentro está estancado, oprimido entre los rugidos del padre y los suspiros del bebé —solamente la madre aprendió el arte de la sublimación aun estando inconsciente—. Invadido por el silencio, por el olor y la negrura de la noche, el cuarto del niño ya no le pertenece a la casa, fue anexado por el mundo. La medianoche es, en verdad, la hora de la noche extrema.

Pero la medianoche sólo dura un segundo, o un minuto, y no hay que esperar a que se desenrolle la madeja de la madrugada. Entonces, con el rostro acariciado por el viento cordial del enigma descifrado, baja el vidrio de la ventana y devuelve el cuerpo a la inmovilidad, bajo las cobijas calientitas. En lo más íntimo sabe que la noche es también una estatua, inalterada de las ocho a las cinco. Duerme tranquilo.

TRADUCCIÓN DE MARÍA CRISTINA HERNÁNDEZ ESCOBAR

♦ Índice ♦

¿Nado libre/Narrativa?	7
ANA MIRANDA	17
Celos	18
Macaco	20
Pies descalzos	22
JOÃO GILBERTO NOLL	25
Nado libre	26
En nombre del hijo	31
MARÇAL AQUINO	37
Repartición I	38
Matadero	44
MILTON HATOUM	63
Una carta de Bancroft	64
Dos tiempos	69
BERNARDO CARVALHO	77
El arquitecto	78
La alemana	89

MÁRCIA DENSER	107
Adriano.com	108
Las laderas de Aclimação	117
HELOISA SEIXAS	121
Vitrales	122
Las moscas	129
LUIZ SCHWARCZ	137
La biblioteca	138
Desarrollo residencial de lujo	143
IVANA ARRUDA LEITE	149
La quinta carta	150
Mujer del pueblo	151
RUBENS FIGUEIREDO	177
Un cierto tono de negro	178
La escuela nocturna	199
LUIZ RUFFATO	209
La mancha	210
Amigos	221
ADRIANA LISBOA	233
Botánica	234
Reencuentro	235
Corte y confección	237

JOÃO INÁCIO PADILHA	239
Burbuja de luces	240
Ofertorio	243
ALEXANDRE VIDAL PORTO.....	249
El oro de Artur	250
Accidente de tránsito sin víctimas	259
MARCELINO FREIRE	263
Polícia y ladrón (canto XII).....	264
Mi última navidad	267
BEATRIZ BRACHER	271
Un poco feliz, de noche	272
Llueve y el dinero del marido	277
MÁRIO ARAÚJO	285
Mesero	286
La hora extrema	291

Nado libre. Narrativa brasileña contemporánea, editado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, se terminó de imprimir el 9 de noviembre de 2013 en el taller de Color e Arte, Rinconada Macondo, Edificio José A., núm. 304, col. Pedregal de Carrasco, Coyoacán, México, D. F. Se tiraron 500 ejemplares en papel unibond de 75 gramos. La composición tipográfica y formación elaborada por Sigma Servicios Editoriales, sobre el diseño para esta Serie de Mauricio López Valdés, se realizó en tipo Gandhi Serif de 24, 12:14, 10:14 y 8:12 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Juan Carlos H. Vera, el diseño de cubierta fue realizado por Sara Risk Ferrer.

La diversidad temática de la antología se acompaña por una estimulante muestra de lo que genéricamente se suele denominar “narrativa breve”: minificción, relato y cuento. Lo cual, como en un ejercicio de buceo a profundidad, permite advertir las diversas apuestas creativas y estilísticas de los escritores brasileños en los últimos veinte años. Vale señalar que la labor de los traductores de-
la acertadamente el estilo y el lenguaje propio de cada uno de los autores. *Nado libre* es la oportunidad de dejarse llevar sobre las aguas de una de las literaturas más ricas de América Latina.



NADO LIBRE

